

MÁRGENES AGROALIMENTARIOS
EN MÉXICO
Experiencias de estudio y debates teóricos

Tlacaelel Rivera-Núñez • Héctor Nicolás Roldán-Rueda • Alejandra Guzmán Luna
(coordinadores)

Yolanda Cristina Massieu Trigo
(Prólogo)

Luz P. Llamas-Guzmán • Elena Lazos-Chavero • Lucía Pérez-Volkow • Stewart A. W.
Diemont • Helda Morales • Alejandro Casas • Theresa Selfa • Tlacaelel Rivera-Núñez •
Sofía Lugo Castilla • Julieta A. Rosell García • Mariana Benítez Keinrad • Luis
García-Barrios • Edwin Fernández Sarabia • Jean Arnaud García Brulé • Guillermo
Andrade-Turner • H. Nicolás Roldán-Rueda • Erin I. J. Estrada Lugo • Juan Manuel Pat
Fernández • María Amalia Gracia • Rocío García Bustamante • Alejandra Guzmán Luna •
Wendy Bazán Landeros • Coral Rojas Serrano

CopIt-arXives
Publishing Open Access
with an Open Mind
2023

Este libro contiene material protegido por leyes de autor

Todos los derechos reservados © 2023

Publicado electrónicamente en México, por CopIt-arXives en coedición con Inecol.

Diseño de portada: Irwin Huerta Pérez.

Revisores: Bruce Ferguson, Analiese Richard, Diana Blanco Betancourt, Amayrani Meza Jiménez, Rúben Dario Madrigal, Juan Carlos Rocha Pardo, Luis Bracamontes Nájera, Valeria de León, Fredy Ochoa, Sofia Lail Lugo Castilla, Alejandra Guzmán Luna.

Obra editada por Eduardo Vizcaya Xilotl.

Márgenes agroalimentarios en México. Experiencias de estudio y debates teóricos / [coordinadores] T. Rivera-Núñez, H. N. Roldán-Rueda y A. Guzmán Luna; [autores] Luz P. Llamas-Guzmán ... [y veintidos más]. — México CDMX: CopIt-arXives e Inecol — México, 2023

Incluye bibliografías e índice

ISBN: 978-1-938128-30-1 ebook

Derechos y permisos

Todo el contenido de este libro es propiedad intelectual de sus autores quienes, sin embargo, otorgan permiso al lector para copiar, distribuir e imprimir sus textos libremente, siempre y cuando se cumpla con lo siguiente: (i) el material no debe ser modificado ni alterado, (ii) la fuente debe ser citada siempre y los derechos intelectuales deben ser atribuidos a sus respectivos autores, (iii) estrictamente prohibido su uso con fines comerciales.

El contenido y puntos de vista planteados en cada capítulo es responsabilidad exclusiva de los autores y no corresponden necesariamente a los de los editores o a los de ninguna institución, incluidas CopIt-arXives o la UNAM.

Producido con software libre incluyendo \LaTeX . Indexado en el catálogo de publicaciones electrónicas de la UNAM y en Google Books.

Todas las figuras e imágenes son cortesía de www.wikimedia.org o bien de los autores, a menos que se señale lo contrario explícitamente.

ISBN: 978-1-938128-30-1 ebook

<https://copitarxives.fisica.unam.mx>

Este libro ha pasado por revisión de pares

CopIt-arXives

Cd. de México - Cuernavaca - Madrid - Curitiba
Viçosa - Washington DC - Mallorca - Oxford

Con el apoyo de la
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Física

Nasrudín es el Sancho Panza de la cultura persa. Cierta noche estaba Nasrudín bajo una farola buscando con inquietud. Un vecino le preguntó qué estaba haciendo. «Busco mis llaves», contestó. Ambos se pusieron a buscarlas. Pasado un rato, el vecino exclamó que allí no había nada, y le preguntó: «Nasrudín, ¿has perdido aquí las llaves?». «No, pero es aquí donde hay luz», dijo Nasrudín.

Un antiheroe del Islam, Cuento popular

AGRADECIMIENTOS:

Los coordinadores de esta obra estamos profundamente agradecidos con Mariana Benítez y Octavio Miramontes por cobijar este tipo de temáticas dentro del proyecto y la política editorial de acceso abierto de CopIt-arXives. También agradecemos a Eduardo Vizcaya por su cuidadosa labor de revisión editorial. Finalmente, damos las gracias a los comités editoriales del Instituto de Ecología, A. C. y de El Colegio de la Frontera Sur, por facilitarnos acompañamiento durante el proceso de conformación de la obra.

ÍNDICE

SEMBLANZA DE AUTORES	IX
PRÓLOGO	XVII
<i>Yolanda Cristina Massieu Trigo</i>	
INTRODUCCIÓN	XXV
<i>Alejandra Guzmán Luna, Héctor Nicolás Roldán-Rueda y Tlacaelel Rivera-Núñez</i>	
El punto de partida	XXV
¿Márgenes agroalimentarios?	XXVIII
Presentación de la obra	XXXII
Referencias	XXXVI
AGRICULTORES NODALES: EL INTERCAMBIO DE SEMILLAS COMO RESIS- TENCIA FRENTE A LA PÉRDIDA DE LA AGROBIODIVERSIDAD	1
<i>Luz P. Llamas-Guzmán y Elena Lazos-Chavero</i>	
1. Introducción	2
2. Metodología	4
2.1. Zona de estudio	4
2.2. Trabajo de campo con los agricultores nodales	4
3. Resultados	6
3.1. Características y funciones de los agricultores nodales para conservar las semillas nativas	6
3.2. Dinámica de los intercambios de semillas de los agricultores no- dales	10
4. Discusión y conclusiones	15
Referencias	18
LA AGROECOLOGÍA DESDE LOS FOGONES DE LAS MUJERES LACANDONAS	23
<i>Lucía Pérez-Volkow, Stewart A. W. Diemont, Helda Morales, Alejandro Casas y Theresa Selfa</i>	
1. Introducción	24
2. Desarrollo teórico	26

2.1. La cocina y sus recetas	26
2.2. El sistema agroforestal lacandón	26
3. Apartado metodológico	27
3.1. Una mirada a Lacanjá Chansayab	27
3.2. Métodos de trabajo en sitio y análisis de información	28
4. Resultados	29
4.1. Las recetas tradicionales y su vínculo al sistema agroforestal	29
4.2. Cambio de dieta en Lacanjá Chansayab	31
4.3. Tortillas en Lacanjá Chansayab	32
5. Discusión	34
5.1. La gastronomía lacandona promueve dietas y paisajes diversos	34
5.2. La comida tradicional lacandona cuestiona el modelo actual de modernidad	35
6. Conclusiones	37
7. Referencias	37
ESCASEZ ESTACIONAL DE ALIMENTOS EN UNA REGIÓN CAMPESINA DE LA SIERRA MADRE DE CHIAPAS	41
<i>Tlacaclael Rivera-Núñez, Sofía Lugo Castilla, Julieta A. Rosell, Mariana Benítez y Luis García-Barrios</i>	
Introducción	42
Aproximación metodológica	45
Área de estudio y estrategia de muestreo	45
Etnografía regional de segundo orden	48
Análisis estadístico	48
Resultados y discusión	49
Presencia y extensión de meses subalimenticios entre los hogares campesinos	49
Estrategias de afrontamiento	52
Relación entre la economía campesina y la tendencia a la escasez alimentaria	55
Propuestas para la reducción de la escasez estacional de alimentos	57
Conclusiones	59
Referencias	60
¿AGROECOLOGÍAS EN SOTUTA? RESILIENCIA Y PLURIACTIVIDAD EN ENTORNOS DINÁMICOS	65
<i>Edwin Fernández Sarabia y Jean Arnaud García Brulé</i>	
Introducción	66
1. Lateralidades agroecológicas en Sotuta, Yucatán: la historia de un pro- yecto dinámico	67
A. El éxodo: romantizar el territorio	68
B. Diáspora y transiciones del proyecto Zutut Ha	69

C. Festivales de arte y cultura en Sotuta: “Luum Puksi’ik’al”, Corazón de la Tierra	70
D. Proyecto Cultiva y Solares Huertas Agroforestales	71
2. Teoría a la luz de un proyecto dinámico en Sotuta	73
2.1. Agencia y territorio	73
2.2. Nueva ruralidad e identidad étnica	74
2.3. Control cultural: de una cultura impuesta a una cultura apropiada	75
2.4. Agroforestería, agricultura sintrópica y milpa maya	78
3. Conclusiones	80
Bibliografía	81
“SIN SABERLO, ESTÁBAMOS PREPARADOS”: PRÁCTICAS Y ESTRATEGIAS AGROALIMENTARIAS DE LA COMUNIDAD MAYA DE SANTA GERTRUDIS EN TIEMPOS DE PANDEMIA COVID-19	85
<i>Guillermo Andrade-Turner, Nicolás Roldán-Rueda, Erin I. J. Estrada Lugo y Juan Manuel Pat Fernández</i>	
Introducción: Sistema alimentario global y COVID-19	86
2. Marco teórico	88
2.1. Grupo doméstico	88
2.2. Economía popular, racionalidad campesina, estrategias y prácticas agroalimentarias	89
3. Sitio de estudio y herramientas metodológicas	90
4. Resultados	91
4.1. Efectos de la pandemia sobre el sistema alimentario local, estrategias y prácticas agroalimentarias	92
4.2. Transformación de prácticas y conocimientos asociados a crisis alimentarias locales del pasado, una mirada desde la coyuntura pandémica	97
5. Conclusiones	100
Bibliografía	101
RECONOCER LA DIFERENCIA: ENTRE ADJETIVACIONES REDUCCIONISTAS Y PROCESOS TRANSFORMADORES DE MERCADOS EN ÁMBITOS LOCALES	105
<i>Nicolás Roldán-Rueda, María Amalia Gracia y Rocío García Bustamante</i>	
1. Introducción	105
2. El mercado y sus dimensiones: breve repaso	108
3. Diferencias y singularidades para la construcción de alternativas al mercado	112
3.1. El ritmo – tiempo – la realidad	112
3.2. Las y los participantes – sujetos sociales	114
3.3. Lugar	115
3.4. Los discursos, reivindicaciones y coyunturas	116
4. Otras dimensiones complementarias del mercado	117

5. Conclusiones	118
Bibliografía	119
CÓMO JUGAR CON FUEGO: ANDANZAS CAMPESINAS EN LA CADENA GLOBAL DE CAFÉ	123
<i>Alejandra Guzmán Luna</i>	
El fuego	125
Las andanzas campesinas	132
Ritmos en las andanzas	136
Conclusiones	139
Referencias	140
EL ENFOQUE AGROECOLÓGICO EN EL GOBIERNO DE LA 4T: LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA ANTE LA HETEROGENEIDAD CAMPESINA	145
<i>Wendy Bazán Landeros</i>	
Introducción	145
1. Composición del capítulo	146
2. Enfoque teórico metodológico	147
3. Los actores y programas que promueven un enfoque agroecológico en el gobierno de la 4T	149
4. El 'framing' que sostiene el enfoque agroecológico	152
5. Alteridades agroecológicas y coexistencias productivas en Hopelchén	155
Consideraciones finales	161
Bibliografía	162
AGROECOLOGÍA FEMINISTA: CONVERGENCIAS Y ARTICULACIONES DESDE LA COMPLEJIDAD	167
<i>Coral Rojas Serrano</i>	
Introducción	167
La necesidad del contexto	170
Y en el contexto: el México profundo	172
Realidad multidimensional	174
La complejidad	176
Principios del pensamiento complejo	177
Principio dialógico	178
Principio recursivo	180
Principio hologramático	182
Construyendo la agroecología feminista	183
Agroecóloga feminista: mi corpus y praxis	188
Bibliografía	189

SEMBLANZA DE AUTORES

GUILLERMO ANDRADE TURNER

Biólogo por parte de la Facultad de Ciencias de la UNAM y maestro en Ciencias en Recursos Naturales y Desarrollo Rural por parte de El Colegio de la Frontera Sur, Unidad Chetumal. Profesionalmente me he dedicado principalmente a la docencia a nivel medio superior, impartiendo materias relacionadas con ciencias naturales. Más recientemente he comenzado a formarme como agroecólogo a través de diferentes cursos y diplomados, además de colaborar con colectivos y redes de alimentación alternativa, huertos escolares y grupos de campesinas y campesinos. Algunas de mis principales áreas de interés son las siguientes: agrobiodiversidad, conocimientos y prácticas agroecológicas y gastronómicas tradicionales; economías campesinas y populares; movimientos sociales y metodologías pedagógicas para la transición agroecológica; así como la relación entre sociedad y naturaleza dentro de la cosmovisión y cotidianidad de pueblos originarios. En mis tiempos libres disfruto de ser huertero y músico, cocinar y viajar de mochilero cuando hay oportunidad.

WENDY BAZÁN LANDEROS

Se ha desempeñado como investigadora de procesos socioambientales en entornos rurales e indígenas en la península de Yucatán. Ha colaborado con organizaciones de la sociedad civil como promotora comunitaria y en acciones de incidencia en política pública. Su formación académica comenzó en la Licenciatura en Desarrollo y Gestión Interculturales en el CEPHCIS-UNAM, más tarde cursó la Maestría en Antropología Social en CIESAS-Pacífico. Actualmente realiza el doctorado en Antropología en el programa "Temporalities of Future", de la Freie Universität Berlin, desde el cual analiza las aspiraciones de jóvenes rurales mayas y menonitas que cohabitan en un municipio del sureste mexicano a la luz de las propuestas de cambio en la política rural del gobierno de la 4T.

MARIANA BENÍTEZ KEINRAD

Investigadora Titular A de Tiempo Completo en el Instituto de Ecología, Universidad Nacional Autónoma de México, adscrita al Laboratorio Nacional de Ciencias de la Sostenibilidad (LANCIS). Miembro del SNI nivel III. Bióloga, Maestra en Dinámica No Lineal y Sistemas Complejos, Doctora en Ciencias Biomédicas. Junto con su grupo de investigación, desarrollan y retoman aspectos conceptuales y metodológicos de las ciencias de la complejidad y de la ecología evolutiva del desarrollo para abordar de manera integral la pérdida de la biodiversidad y la transición hacia una producción agrícola sustentable y justa, a través de impulsar perspectivas agroecológicas, espacios participativos de formación y el diseño de políticas públicas bioculturalmente pertinentes.

ALEJANDRO CASAS

Investigador de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde es responsable del Laboratorio de Cultura, Ecología y Evolución del Manejo de Biodiversidad. Su trabajo se ha centrado en el estudio de interacciones entre humanos y biodiversidad, evolución a través del manejo y domesticación, etnoecología, conservación biocultural, agrobiodiversidad y soberanía alimentaria.

STEWART A. W. DIEMONT

Profesor asociado en el Departamento de Biología Ambiental en la Universidad Estatal de Nueva York, Colegio de Ciencias Ambientales y Forestería. Su trabajo ha recuperado elementos de la agroecología, restauración ecológica y el conocimiento ecológico tradicional. Ha realizado investigación en la comunidad de Lacanjá Chansayab por más de 20 años, donde trabaja con personas para comprender mejor cómo el conocimiento tradicional puede ser parte del diseño del ecosistema. Con sus estudiantes y las personas de las comunidades en las que trabaja, ha estudiado el suelo, las plantas, los hongos, los insectos y las aves, y ha conversado extensamente con los miembros de las comunidades. Él ha trabajado con una comunidad zapoteca en México; con comunidades mayas en México, Belice y Guatemala; con comunidades Haudenosaunee de Nueva York; y con viticultores tradicionales de Europa. Su diseño de manejo de ecosistema se centra en conectar a las personas con el lugar. Está particularmente interesado en cómo los alimentos pueden ser parte de la restauración de ecosistemas en entornos rurales y urbanos, y examina cómo la restauración puede avanzar en asociación con el conocimiento tradicional para sistemas socioecológicos sostenibles.

ERIN I. J. ESTRADA LUGO

Bióloga de la ENEP-Iztacala, UNAM. Maestría en Botánica, Colegio de Postgraduados con el Dr. Efraím Hernández Xolocotzi. Doctora en Antropóloga Social, Universidad Iberoamericana. Profesora Investigadora Titular de El Colegio de la Frontera Sur y Nivel II del SNI. Realizó estancia de investigación en el Departamento de Antropología Social de la Universidad de Barcelona, España. Investiga desde la biología y la etnobotánica la relación hombre-sociedad-naturaleza, visión enriquecida con la teoría etnohistórica y la antropología social para el estudio de la reproducción y organización social en la apropiación del territorio y uso de los recursos naturales en las sociedades campesinas indígenas.

EDWIN FERNÁNDEZ SARABIA

Licenciado en Comunicación Social, Maestro en Ciencias en Desarrollo Rural Regional, y Doctor en Ecología y Desarrollo Sustentable con Mención en Agroecología y Sociedad. Sus líneas de investigación son: (a) estudios del territorio, dinámicas agrarias rurales y sistemas socioambientales; (b) metodologías participativas e investigación-acción-participativa, (c) procesos artísticos y culturales en el sector rural y teatro comunitario. Ha colaborado en procesos de investigación con comunidades rurales y campesinas en Yucatán, Campeche; así como en la región Altos y Selva de Chiapas.

LUIS GARCÍA-BARRIOS

Investigador Titular C en el Departamento de Agricultura, Sociedad y Ambiente, El Colegio de la Frontera Sur, Unidad San Cristóbal. Ha sido profesor invitado y visitante en la Universidad de Michigan y en la Universidad de Wageningen. Actualmente se desempeña como Director Regional Sureste del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnología (CONAHCYT). Miembro del SNI nivel II. Biólogo, Maestro y Doctor en Ecología. Cuenta con más de tres décadas de experiencia desarrollando investigaciones en torno a la ecología agrícola, diseño de tecnología y prácticas agroforestales y silvopastoriles, uso de modelos y juegos socioecológicos serios para la transformación rural, así como trabajo multi y transdisciplinario.

ROCÍO GARCÍA BUSTAMANTE

Licenciada en Comercio Exterior y Aduanas y Maestra en Estudios Regionales en Desarrollo y Medio Ambiente (Universidad Iberoamericana, Puebla), doctora en Economía Política del Desarrollo (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla) y posdoctorado en el Departamento de Procesos Culturales y Construcción de Alternativas de El Colegio de la Frontera Sur, sede Chetumal. Es fundadora y coordinadora de Investigación de Desarrollo y Aprendizaje Solidario A. C. Profesora

Investigadora en el Colegio de Puebla y ha sido profesora invitada en la Universidad Iberoamericana Puebla en el área de Ciencias Sociales, en la Maestría en Gestión de Empresas de Economía Social, en el Tianguis Alternativo de Puebla, así como en El Colegio de la Frontera Sur dentro de la Maestría en Ciencias Recursos Naturales y Desarrollo Rural. Actualmente participa en el equipo coordinador del proyecto "Fortalecimiento y habilitación de redes e iniciativas alimentarias de producción y consumo local de economía social y solidaria, en el marco territorial de la zona metropolitana Puebla-Tlaxcala", perteneciente a la convocatoria de los Programas Nacionales Estratégicos de Investigación e incidencia para la Soberanía Alimentaria impulsados por CONACYT.

JEAN ARNAUD GARCÍA BRULÉ

Jean Arnaud es biólogo egresado de la UNAM, especializado en ecología de suelos y apasionado de los sistemas agroforestales. Ha trabajado por los últimos 7 años como asesor y técnico agroforestal en diversos proyectos agroecológicos en la península de Yucatán. Es miembro cofundador del Centro de Agroecología, Artes y Oficios Zutut Ha y actualmente colabora como coordinador de promotores comunitarios con la organización de mujeres Cultiva Alternativas de Regeneración en el marco del proyecto "Comunidad escuela de agricultura y agroforestería maya" en Sotuta, Yucatán.

ALEJANDRA GUZMÁN LUNA

Mujer originaria de la Ciudad de México, agroecóloga de escritorio y, desde la investigación-acción-participativa, es aliada de las comunidades campesinas en el largo y sinuoso camino hacia la soberanía alimentaria. Desde su doctorado en el 2015, Alejandra ha colaborado con comunidades campesinas de Tabasco, península de Yucatán, mixteca oaxaqueña y la Sierra Madre de Chiapas. Actualmente es Investigadora por México (CONACYT) adscrita a la Universidad Veracruzana donde hace parte del núcleo académico de la Maestría en Educación para la Interculturalidad y la Sustentabilidades (MEIS). Además es Colaboradora Global del Instituto para la Agroecología, Universidad de Vermont, EUA.

MARÍA AMALIA GRACIA

Licenciada en Ciencia Política (UNR, Argentina), Maestra en Estudios de Población (FLACSO, México) y Doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Sociología (COLMEX, México). Investigadora Titular C de El Colegio de la Frontera Sur, Grupo Académico Procesos Culturales y Construcción Social de Alternativas, del Departamento Sociedad y Cultura. Dentro de sus principales temas de aprendizaje, investigación, colaboración y difusión de la ciencia y del conocimiento se encuentran la creación de alternativas económicas y socioambientales para enfrentar las crisis de reproducción de la vida. Destaca su interés por las economías, políticas

y subjetividades emergentes, las prácticas socioproductivas y acciones colectivas para el intercambio, la distribución y consumo agroalimentario en espacios rurales y urbanos. En reconocimiento por su trayectoria es miembro del Sistema Nacional de Investigación (SNI) nivel II de CONAHCYT.

ELENA LAZOS-CHAVERO

Profesora-Investigadora del Instituto Investigaciones Sociales de la UNAM. Bióloga (UNAM), antropóloga (maestría ENAH), antropóloga y socio-economista en desarrollo (doctorado EHESS, París). Coordinadora de 30 proyectos de investigación. Autora y coautora: 8 libros y 125 artículos científicos y capítulos en libros. Directora de 65 tesis y 70 cursos en México y en el extranjero. SNI III. Premios en antropología y en la UNAM. Cátedras en universidades de Zürich, Berlín, Montreal, IDS-Sussex, Sorbona en París. Líneas de investigación: Ecología política sobre vulnerabilidades y territorios agroalimentarios, conservación de agrobiodiversidad, autonomía alimentaria, género, vulnerabilidades climáticas, justicia socioambiental, cultura y poder en torno a la conservación de bosques y territorios, naturaleza en pueblos originarios.

SOFÍA LUGO CASTILLA

Doctorante en Ciencias de la Sostenibilidad, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Bióloga por la UNAM y Maestra en Ciencias por el Instituto de Ecología, A. C. Ha desarrollado trabajo de investigación sobre la caracterización de la agrobiodiversidad en milpas tradicionales de Tepoztlán, sobre los factores que moldean las redes de intercambio de semillas de maíz nativo en comunidades agrícolas de montaña en el Cofre de Perote, así como sobre los cuellos de botella que dificultan la transición agroecológica de los sistemas productivos y la relocalización de los sistemas alimentarios en la región milpera y Puuc de la península de Yucatán.

LUZ P. LLAMAS-GUZMÁN

Es bióloga por la Facultad de Ciencias de la UNAM. Maestra en Ciencias Biológicas por la UNAM. Actualmente es candidata a doctora en Ciencias de la Sostenibilidad. Ha trabajado directamente con agricultores del estado de Tlaxcala dentro del proyecto "Amenazas y vulnerabilidades del campo mexicano: Pérdida de la agrobiodiversidad y de semillas, migración juvenil y cambio climático". Le interesan los campos de investigación relacionados con la ecología evolutiva, conservación de la agrobiodiversidad, redes de intercambio entre campesinos, semillas nativas y la agroecología.

YOLANDA CRISTINA MASSIEU TRIGO

Profesora-investigadora en la División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Imparte docencia en la Licenciatura en Sociología, el Posgrado en Desarrollo Rural y la Maestría en Sociedades Sustentables. Miembro del SNI nivel II. Médica Veterinaria Zootecnista, Maestra en Sociología Rural y Doctora en Economía Agrícola. Sus temas de investigación son: impactos socioeconómicos, ambientales, políticos y culturales de la biotecnología agrícola, innovación tecnológica en la producción agropecuaria; trabajadores agrícolas: biodiversidad, bienes comunes, ecología política y propiedad intelectual: campesinado y soberanía alimentaria; agrocombustibles y crisis energética. Ha obtenido en dos ocasiones el Premio Ernest Feder del Seminario en Economía Agrícola de la UNAM.

HELDA MORALES

Profesora del Departamento de Agricultura, Sociedad y Ambiente de El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR) en San Cristóbal de Las Casas, en Chiapas. Realiza investigación en procesos ecológicos en los agroecosistemas, educación agroecológica y los sistemas alimentarios sustentables.

LUCÍA PÉREZ-VOLKOW

Estudió la carrera de biología en la UNAM y luego hizo una maestría en ciencias ambientales en la Universidad Estatal de Nueva York. Siempre se ha interesado en sistemas socioambientales, inicialmente a través de productores tradicionales de carbón vegetal y después a través de la alimentación. En su maestría estudió el papel de las mujeres lacandonas en su sistema alimentario con perspectiva de género. Desde enero del 2021 participa en el equipo transversal de Cocina Laboratorio apoyando en la observación transdisciplinaria, construyendo parcelas experimentales y también trabajando de cerca con las cocineras.

JUAN MANUEL PAT FERNÁNDEZ

Ingeniero agrónomo con Maestría en Ciencias en Economía en Desarrollo Rural y Doctorado en Ciencias en Economía Agrícola realizado en la Universidad Autónoma Chapingo, México. Fue Profesor investigador en la Universidad Autónoma Chapingo, México, y de la Universidad Autónoma de Campeche. Actualmente labora como profesor investigador en El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR), Unidad Campeche, México (1997–2022). Cursó el Diplomado en Comercio Internacional por la United States International University-México. Ex jefe de Departamento de Gestión de Recursos Naturales de ECOSUR (1999–2001). Ex presidente del Consejo Asesor de la Reserva de la Biosfera Los Petenes, Campeche, México (2006–2012). Actualmente el área de interés en investigación se encuentra en la región

de la Reserva de la Biosfera “Los Petenes” (RBLP), donde se ubican productores campesinos mayas en el norte del estado de Campeche. Ha publicado en diversas revistas científicas nacional e internacional. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel I de CONACYT.

TLACAELEL RIVERA-NÚÑEZ

Investigador Titular A en la Red de Ambiente y Sustentabilidad, Instituto de Ecología, A. C. Profesor y tutor en el Posgrado en Ciencias de la Sostenibilidad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor invitado en diversas universidades en México y en el extranjero. Miembro del SNI nivel I. Ecólogo, Maestro en Ecología Humana y Doctor en Agroecología. Ha ocupado puestos directivos en instituciones gubernamentales de los tres órdenes de gobierno en México y ha participado en más de una decena de proyectos de investigación. Trabaja con comunidades indígenas, campesinas y pesqueras en la península de Yucatán, Chiapas, Veracruz y Sonora (México). Entre sus líneas de investigación figuran los estudios agroalimentarios, la ecología política e histórica de la conservación ambiental, así como el diseño y la implementación de metodologías participativas y multiactorales de investigación socioecológica.

CORAL ROJAS SERRANO

Especialista en “Género y Sustentabilidad”; Ingeniera en Agroecología por la Universidad Autónoma Chapingo, Maestra y Doctora en Ciencias en Estrategias para el Desarrollo Agrícola Regional por el Colegio de Postgraduados. Se ha desempeñado como técnica en proyectos de empoderamiento y agroecología, facilitando proyectos con mujeres rurales en la Secretaría de Agricultura, el Colegio de Postgraduados y el Instituto Politécnico Nacional. Fue docente en la Universidad Inter-cultural del Estado de Puebla y en la Universidad Tecnológica de Tecamachalco. Es directora del Área de Agroecología en la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales desde 2019.

HÉCTOR NICOLÁS ROLDÁN RUEDA

Se formó como economista en la Universidad Nacional de Colombia, realizó un posgrado en desarrollo rural en El Colegio de la Frontera Sur, en donde actualmente hace parte del Grupo Académico en Proceso Culturales y Construcción Social de Alternativas, del Departamento de Sociedad y Cultura. Durante su trayectoria personal y académica se ha interesado en el lugar que ocupan las y los sujetos sociales que dan sentido a espacios, prácticas y relaciones cotidianas en torno a los procesos productivos, organizativos y domésticos. Para ello, se ha acercado al estudio de los mercados campesinos, el sistema agroalimentario, la defensa del territorio, las semillas, las economías alternativas, la alimentación, la cocina y el papel de la memoria en la configuración de vínculos y relaciones. Participó en el diseño de

la propuesta ampliada del proyecto PRONACE “Sembrando economías solidarias en la península de Yucatán”. Actualmente participa en el PRONACE “Cocina Colaboratorio: Co-construcción transdisciplinaria de sistemas alimentarios más justos y sostenibles”. Recientemente participó en el proyecto “Estrategias colaborativas para el fortalecimiento y articulación de prácticas agroalimentarias de las economías popular-social/solidarias, para enfrentar la crisis y poscrisis por COVID-19 en municipios del Centro-Sur-Sureste y Occidente de México”, de la Convocatoria para proyectos de investigación científica, desarrollo tecnológico e innovación en salud ante la contingencia por COVID-19, así como en el proyecto: Reconstrucción productiva y comercial en el sur de Yucatán y Quintana Roo bajo un contexto de crisis acopladas y potenciadas, de la Convocatoria: Redes Horizontales del Conocimiento 2020.

JULIETA A. ROSELL GARCÍA

Investigadora Titular A de Tiempo Completo en el Instituto de Ecología, Universidad Nacional Autónoma de México, adscrita al Laboratorio Nacional de Ciencias de la Sostenibilidad (LANCIS). Miembro del SNI nivel II. Bióloga, especialista en Estadística Aplicada, Maestra y Doctora en Ciencias Biológicas. Líneas de investigación: ecología de rasgos funcionales en plantas silvestres y cultivadas, respuesta de la vegetación ante el cambio climático, agroecología y colaboración transdisciplinaria para la sustentabilidad. Ha obtenido diversos galardones académicos nacionales e internacionales, como Hugh Kelly Research Fellowship, Rhodes University, Sudáfrica (2019); Young Scientist Award, Man and the Biosphere, UNESCO (2014); Graduate Student Research Grant, American Society of Plant Taxonomists (2009); Medalla Alfonso Caso, Posgrado en Estadística, UNAM (2005).

THERESA SELFA

Profesora y coordinadora del Departamento de Estudios Ambientales en la Universidad Estatal de Nueva York, Colegio de Ciencias Ambientales y Forestería. Su investigación se enfoca en dimensiones sociales de agua, energía, sistemas hidrológicos, política alimentaria, agricultura biotecnológica, gobernanza ambiental y certificaciones ambientales en Estados Unidos y América Latina. Ha también trabajado en los impactos de programas de pagos por servicios ambientales en comunidades rurales de Veracruz, México. Su proyecto más reciente es comparar cómo las tecnologías emergentes en la agricultura son promovidas o disputadas por actores sociales en diferentes países, y cómo el público puede incorporarse en la gobernanza de estas tecnologías emergentes.

PRÓLOGO

Yolanda Cristina Massieu Trigo

Posgrado en Desarrollo Rural, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

Este excelente libro es un desafío y una provocación. Un desafío porque nos motiva a repensar y reposicionar muchos conceptos ya hechos sobre la cuestión agroalimentaria y agraria en nuestro país, desde la situación socioeconómica, ambiental y alimentaria de las y los campesinos hasta la propuesta teórica de regímenes alimentarios hecha por Friedmann y McMichael (1989) a fines de los años ochenta; así como la cuestión de las semillas y los recursos genéticos, la alimentación, la cultura y el feminismo, entre otros. Nos aporta diversas visiones frescas y novedosas para reflexionar sobre el tema agroalimentario en México, sin descuidar la historicidad del asunto, que ha sido motivo de discusiones y propuestas teóricas desde hace décadas, no sólo en México, sino en el mundo. Es una provocación porque reta a visitar las temáticas de la alimentación, la agricultura y el campesinado con base en una mirada libre de prejuicios e investigación de campo con rigurosidad metodológica e interdisciplina (algo que reivindican la y los coordinadores desde la introducción). Este análisis es bien recibido, no sólo para los que nos dedicamos a estos tópicos de investigación, sino para la sociedad en general, en una coyuntura crítica en la que la pandemia de COVID-19 y la guerra en Ucrania nos han colocado en el reconocimiento de que la crisis socioambiental mundial, de causas antropogénicas, afecta profundamente ni más ni menos que la manera en que nos alimentamos.

Desde la introducción la y los coordinadores lanzan el reto y la provocación, afirmando que buscan salir de conceptos ya elaborados en la teoría para explicar el fenómeno agroalimentario, conceptos que son aceptados desde hace tiempo y pueden llegar a funcionar como camisa de fuerza, sin detectar lo nuevo y los cambios en la agricultura, el medio ambiente, el campesinado y la alimentación. De esta manera es que las y los autores y coordinadores se sitúan en los márgenes, reivindicando así una mirada libre de ataduras para acercarse a la realidad social del campo. Se adhieren a la idea de régimen alimentario corporativo del autor australiano McMichael (2009, 2015), que ciertamente ha sido una aportación importante a los estudios de la globalización agroalimentaria y el dominio de las grandes cor-

poraciones, vigente hasta nuestros días, y que evidenció buena parte de sus consecuencias, primero con la crisis alimentaria global de 2008–2009, y posteriormente con la pandemia y la guerra en Ucrania (van der Ploeg, 2020; Leff, 2020; Massieu, 2021; Acuña y Massieu, 2023).

Al leer las páginas del libro se van entreverando distintos aspectos centrales para el entendimiento de la situación agroalimentaria en varias escalas (global, nacional, regional y comunitaria), que resultan transversales para la investigación y que están presentes con distintos énfasis en cada uno de los nueve textos que componen el volumen. Entre ellos destaco: la viabilidad y características del campesinado actual; la relación alimentación-medio ambiente en las comunidades rurales ante la crisis socioambiental; la viabilidad de la agroecología como solución, la política de conservación y el diálogo de saberes; los recursos genéticos y las semillas como un bien común estratégico; el papel fundamental de las mujeres rurales en la preservación de la agrobiodiversidad y los saberes culinarios; el peso de la decisión del Estado respecto a la soberanía alimentaria y las características del sector agroalimentario; la inserción de países como el nuestro, dependientes de las importaciones de alimentos básicos, en el régimen agroalimentario global; el poder de las grandes empresas transnacionales para moldear tanto la agricultura como el consumo, y el giro de la política gubernamental actual hacia la pequeña producción campesina y la agroecología.

Cada uno de estos ejes es fundamental para abordar el tema en cuestión, y el libro proporciona ángulos de análisis de notable riqueza y frescura, pues reporta hallazgos de campo recientes con rigurosidad, en un diálogo permanente con algunos marcos teóricos. El campesinado ha sido, desde los primeros planteamientos de Marx y otros clásicos (Lenin, Kautsky, Luxemburgo),¹ un hueso duro de roer para explicar su destino en el capitalismo como clase social. En México la polémica, sobre todo en los años setenta, fue intensa y osciló entre aquellas y aquellos que preconizaban su completa desaparición como productores directos, pues sus únicas opciones eran: para la mayoría el abandono de la producción agropecuaria y su proletarización en las ciudades y la transformación de una minoría en empresarios capitalistas, mientras que otras y otros investigadores retomaban el análisis seminal de Chayanov (1981), economista ruso de fines del siglo XIX y principios del XX, para explicar su funcionalidad y desventajas en el capitalismo como productoras y productores. La intensidad del debate fue tal que Feder (1977, 1978) nombró a unos y otros “campesinistas y descampesinistas”, y hubo múltiples análisis y teorías, de inspiración marxista y chayanoviana, que se enfocaban en la explotación del trabajo campesino por el capital (Bartra, 1979) y la modalidad específica de extracción de plusvalor como productores directos, para explicar por qué las y los campesinos siguen produciendo pese a tener notables desventajas en los tres mercados a los que concurren: de productos, de dinero y de trabajo.

¹ De Marx es famosa la interpretación errónea de una afirmación hecha en “El 18 Brumario de Luis Bonaparte” en la que se refiere a los campesinos como un “costal de papas”, el capítulo XXIV del tomo 2 de *El capital: La llamada acumulación originaria*, y el capítulo 6o. inédito; de Lenin: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*; de Kautsky: *La cuestión agraria*; y de Luxemburgo: *La acumulación del capital*.

Mucha tinta y muchos cambios han sucedido en cuanto a la realidad del agro en nuestro país desde aquellos años, y las y los campesinos siguen ahí, produciendo alimentos y diversos bienes, y dedicándose a otras actividades, cambio que Carton de Grammont (2009) interpreta como desagrarización, y que da cuenta de su versatilidad, flexibilidad y capacidad de *r-existencia* (Porto Gonçalves y Betancourt, 2016). Las modalidades de la pluriactividad campesina están presentes en varios de los textos, como el turismo en la Lacandona, el trabajo asalariado y la migración en la reserva La Sepultura en Chiapas, y los empleos turísticos en Quintana Roo para pobladores mayas de Yucatán. En la propia pervivencia de la milpa Bartra (2017) distingue toda una propuesta civilizatoria, similar a lo que ve Toledo (2019) en la producción campesina biodiversa de policultivo, mientras que Azuela (2018) reflexiona sobre la situación contemporánea del ejido y sus nuevas funciones, tales como el cuidado del medio ambiente y los bienes comunes en un entorno adverso, ante el cual asume nuevas tareas. Todo este reposicionamiento de la discusión del campesinado se enmarca en su situación ante la globalización (Haroon Akram-Lodhi & Kay, 2009), y nos desafía a pensar en cómo resiste, se reinventa y propone alternativas esta importante población productora de alimentos, que en nuestro país puede ser originaria, mestiza o blanca, así de diversa y difícil de clasificar es su existencia. La y los coordinadores del libro enuncian desde la introducción, y se enfatiza especialmente en el capítulo 3, con razón, la injusticia de que estas y estos trabajadores de la tierra sufran de hambre y escasez de alimentos en épocas determinadas. El libro proporciona un rico material para abonar al análisis y reposicionamiento de las y los campesinos como productores y consumidores de alimentos.

Especialmente interesantes en la relación de la producción con la alimentación, y de las y los campesinos con la naturaleza, son los capítulos 2, 4 y 8, que nos exponen cómo la biodiversidad y los otros seres vivos que circundan la producción campesina en el sureste de México proporcionan recursos de recolección para la alimentación. En este recorrido podemos apreciar lo dramático de las épocas de escasez de alimentos en la reserva La Sepultura en Chiapas, la riqueza de saberes culinarios y de conocimientos sobre el entorno de las mujeres lacandonas, y la posibilidad de que la agroecología se abra paso en un diálogo de saberes entre personas urbanas y rurales. Todo ello atravesado por la polémica de la conservación, en selvas y bosques que agonizan, y de la aguda necesidad de buscar otros ingresos ante la baja rentabilidad de la agricultura y la insuficiencia de la producción de autoconsumo para alimentar a la familia campesina. Llama la atención aquí la fuerte presión de las corporaciones agroalimentarias para un cambio alimenticio hacia productos ultraprocesados, perjudiciales para la salud, y la necesidad de que las propias comunidades campesinas retengan las semillas para el futuro mediante relaciones de reciprocidad, ante la presión creciente de las corporaciones para monopolizarlas por medio de mecanismos de propiedad intelectual (Castañeda y Massieu, 2016). El manejo de semillas de maíz y frijol en Ixtenco, Tlaxcala, es ilustrativo a este respecto (capítulo 1).

También está presente, sobre todo en los capítulos 2 y 9, la importancia de las acciones de las mujeres campesinas para lograr tanto una alimentación sana y sustentable, con base en los cuidados del solar y el fogón, como para avanzar hacia la sustentabilidad al visibilizar y reconocer su labor. Sus propuestas desafían a aquellos feminismos que cuestionan el papel tradicional en cuanto a las labores hogareñas, pues en la unidad doméstica campesina la visión de supervivencia y viabilidad del conjunto de la familia conduce a que estas labores sean fundamentales, y el trabajo doméstico se extiende más allá de la casa y la cocina (que frecuentemente es abierta), lo que incluye el entorno y el cuidado ambiental. Así surge la propuesta de una agroecología feminista (capítulo 9), en la que el trabajo de las mujeres es base de una nueva visión agroecológica, de cuidado ambiental y producción de alimentos.

La naturaleza en general y los agroecosistemas han interactuado ancestralmente con las y los campesinos, constituyendo la rica bioculturalidad que existe en nuestro país. En varios de los textos (especialmente en los capítulos 2, 4, 8 y 9), salta a la vista su manejo como bienes comunes por generaciones, para dar lugar a la producción de alimentos. Es por esto que la cultura alimentaria, tanto entre grupos indígenas como mestizos o blancos, es un elemento de resistencia ante la permanente presión de las empresas de alimentos industrializados para que se abandonen las comidas tradicionales. La pervivencia de esta cultura alimentaria resulta así esencial para avanzar hacia la sustentabilidad en el medio rural y la producción agroalimentaria, pues también hay interés del grupo de corporaciones agrobiotecnológicas para que continúe predominando el modelo tecnológico de la revolución verde, nacida en la segunda mitad del siglo pasado en nuestro país, basado en tierras planas, monocultivo de variedades mejoradas, mecanización, riego y agroquímicos. Es en este contexto que la viabilidad de la agroecología como opción de agricultura sustentable y alimentación sana puede ser considerada de manera urgente y necesaria.

En el libro hay interesantes elementos para valorar a la agroecología como opción en varias modalidades, pues aparece en el intercambio de semillas, las recetas lacandonas, el diálogo de saberes entre personas de la ciudad y del área rural de Yucatán, las propuestas de política gubernamental del gobierno actual y el feminismo. En todos los casos se describen y analizan tanto las tecnologías aplicadas como el potencial de transformación agroecológico. Yo agregaría su urgente necesidad ante la crítica situación mundial alimentaria, que se ha agudizado con la pandemia y la guerra, y ya conformaba un entorno difícil desde la crisis alimentaria de 2008–2009 (Bartra, 2008; Acuña y Massieu, 2023).

El modelo hegemónico de agricultura globalizada, que corresponde al régimen alimentario corporativo propuesto por McMichael (2009, 2015), ha favorecido de manera notable a las grandes corporaciones, tanto las productoras de cultivos transgénicos como las que abastecen de insumos como los agroquímicos (Villalobos, 2021). Es un sector cada vez más concentrado, con menos empresas, con mayor control de la agricultura y la alimentación mundiales, y son sus fuertes intereses los que frecuentemente se oponen a la posibilidad de una opción agroecológica

campesina de producción y abasto de alimentos. En ocasiones sus reacciones son bastante virulentas, y pueden ejercer su poder a través del lobby en el poder legislativo y de mecanismos legales, como sucede actualmente en lo referente al decreto presidencial de 2020, que establece la eliminación gradual del herbicida cancerígeno glifosato, llegando al total en 2024 y la prohibición de la siembra de maíz transgénico (DOF, 2020). La agresiva reacción de las firmas transnacionales y sus aliados expresa bien la confrontación de intereses que actualmente vive México en cuanto a la agricultura y la alimentación (Acuña y Massieu, 2023).

Esta arena de disputa en nuestro país se acompaña, agravando la situación, de los efectos de la pandemia y la guerra en Ucrania, que han encarecido los alimentos a nivel mundial. Ambos fenómenos fueron precedidos por la crisis alimentaria de 2008, explicada por varios factores como: el aumento del consumo de cárnicos en China, que condujo a la escasez global de granos; la especulación con sus precios en la bolsa de Chicago; y el uso creciente de maíz para elaborar agrocombustible, entre otros (Bartra, 2008). El sistema agroalimentario hegemónico global ha demostrado su vulnerabilidad ante la crisis pandémica pues, para van der Ploeg (2020), la agricultura globalizada de exportación, que opera con crédito y altos costos (por no hablar del oneroso gasto en agua y energía), tuvo un fuerte quebranto económico al interrumpirse las cadenas de distribución por razones sanitarias. Coincidió con el autor en la mayor resiliencia de la agricultura campesina ante fenómenos catastróficos como guerra y pandemia, algo evidente en el capítulo 5 en la península de Yucatán. La guerra, por su parte, ha traído un encarecimiento de los fertilizantes (de los que Ucrania es un importante productor) y de los propios alimentos ante el bloqueo económico a Rusia (Acuña y Massieu, 2023).

Conviene aquí recordar que la modalidad de producción agroalimentaria de un país es una decisión de Estado (Pistorius & van Wijk, 1999). Tras décadas de políticas neoliberales, especialmente agresivas con la producción campesina, se vive actualmente en el país un cambio notable. Algunos programas gubernamentales como Sembrando Vida y Producción para el Bienestar por primera vez en mucho tiempo se dirigen a pequeñas y pequeños productores de 5 hectáreas o menos, con promoción de técnicas agroecológicas, fondos comunitarios de semillas y mercados locales. Un cambio saludable que, sin embargo, no ha podido revertir la aguda dependencia de cultivos básicos del país, generada por las políticas neoliberales (Acuña y Massieu, 2023). Pese a ello, se está sembrando una semilla interesante en cuanto a aplicación y conocimiento de técnicas agroecológicas, que puede permanecer para cambios hacia la sustentabilidad y la calidad alimentaria a futuro.

Atraviesa varios de los textos del libro el concepto de soberanía alimentaria, directamente relacionado con la decisión estatal mencionada. En el libro se usa en su acepción más reciente, propuesta por la Vía Campesina, que implica que dicha soberanía se basa en la pequeña producción familiar de policultivo, de manera que se den las condiciones para que estas y estos productores obtengan lo necesario para su subsistencia y abastezcan de alimentos al mercado (Martínez y Rosset, 2014). El concepto ha cambiado en las últimas décadas, pues en los años setenta involucraba la capacidad y margen de decisión de un Estado para abastecer de ali-

mentos a la población con producción interna, objetivo que pasó a segundo plano a partir de los ochenta y hasta años recientes con las políticas neoliberales, cuando se privilegió la idea de seguridad alimentaria, justificando que se dependiera de importaciones de alimentos básicos y se exportaran productos de mayor rentabilidad, con base en las ventajas comparativas (González, 2007). En los programas gubernamentales mencionados se usa otro concepto relacionado: el de autosuficiencia alimentaria. Con el neoliberalismo muchos países, entre ellos el nuestro, cayeron en dependencia del exterior para alimentarse, a la vez que somos un potente agroexportador de productos perecederos de lujo como frutas, hortalizas y flores.

Los intentos gubernamentales de revertir el daño a la producción campesina, promover la agroecología y recuperar la autosuficiencia alimentaria atentan contra los intereses de las grandes transnacionales productoras del glifosato y los cultivos transgénicos, y su reacción no se ha hecho esperar en el marco del Tratado Estados Unidos, México y Canadá (TMEC), con la amenaza de llegar a un panel de controversia para que continúen las exportaciones del herbicida y el maíz transgénico. Un contrapeso interesante han sido las acciones de diversas organizaciones ambientalistas, de consumidores y de productores del vecino país que apoyan la decisión del gobierno de México y, en el caso de los productores, estarían de acuerdo en sembrar maíz convencional para exportarlo a nuestro país (NonGmo Project, 2023), cuya inserción en la globalización agroalimentaria como dependiente de importaciones de alimentos básicos y exportador de frutas y hortalizas comienza a cambiar.

El futuro agroalimentario de México y el mundo se muestra incierto (aún más, el futuro del planeta), y mientras las potencias continúan enfrascadas en la guerra y las poderosas corporaciones agroalimentarias defienden sus intereses con agresividad, a ras de tierra vemos en este libro la experiencia, conocimientos, venturas y desventuras de comunidades campesinas e indígenas que portan propuestas interesantes para salir de la crisis socioambiental y alimentaria actual. Es por ello que este tipo de estudios, que abordan la problemática agroalimentaria sin prejuicios, con apertura e interdisciplina, resultan cada vez más importantes. Bienvenido el esfuerzo y su aportación a la búsqueda de soluciones.

REFERENCIAS

- Acuña, O. y Massieu, Y. (2023). Situación alimentaria en México y el mundo. *Memoria. Revista de crítica militante*, 1, 284, 42–46. Disponible en: <https://revistamemoria.mx/wp-content/uploads/2023/04/Memoria-284-web.pdf>
- Azueta, A. (2018). Avatares de un cronotopo: el ejido y el fin del orden posrevolucionario. En: F. Escalante (comp.), *Si persisten las molestias. (Noticias de algunos casos de ceguera ilustrada)* (pp. 53–88). México: Cal y Arena.
- Bartra, A. (1979). *La explotación del trabajo campesino por el capital*. México: Editorial Macehual.
- Bartra, A. (2008). Fin de fiesta. El fantasma del hambre recorre el mundo. *Argumentos. Dossier: Crisis alimentaria: abundancia y hambre*, 21(57), 15–34.

- Bartra, A. (2017). Aproximaciones a una quimera. Campesinidios: ethos, clase, predadores, paradigma. En: A. San Vicente (coord.), *Hagamos milpa, fortalezcamos la agricultura campesina* (pp. 55–63). México: UAM-X, Oxfam, Semillas de vida, Red Temática sobre el Patrimonio Biocultural, Fundación Dondé.
- Carton de Grammont, H. (2009). La desagrarización del campo mexicano. *Convergencia, Revista de Ciencias Sociales*, 16(50), 13–55.
- Castañeda, Y. y Massieu, Y. (2016). Las semillas de maíz: artefacto, bien común y ser vivo. *Sociedades rurales, producción y medio ambiente*, 16(32), 17–48.
- Chayanov, A. V. (1981). Sobre la teoría de los sistemas económicos no capitalistas. En: J. Aricó (comp.), *Chayanov y la teoría de la economía campesina* (pp. 49–79). México: Siglo XXI Editores, Cuadernos de Pasado y Presente No. 94.
- DOF (*Diario Oficial de la Federación*) (31/12/2020). “Decreto por el que se establecen las acciones ... de la sustancia química denominada glifosato y de los agroquímicos ...”. México: Secretaría de Gobernación. [online] Disponible en: http://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5609365&fecha=31/12/2020
- Feder, E. (1977). Campesinistas y descampesinistas, tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado. 1a. parte. *Comercio Exterior* 27(12), 1439–1446.
- Feder, E. (1978). Campesinistas y descampesinistas, tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado. 2a. parte. *Comercio Exterior* 28(1), 42–51.
- Friedmann, H. & McMichael, P. (1989). Agriculture and the state system: The rise and decline of national agricultures, 1870 to the present. *Sociologia Ruralis*, 29(2), 93–117.
- González Chávez, H. (2007). La gobernanza mundial y los debates sobre seguridad alimentaria. *Desacatos*, 25, septiembre-octubre, 7–20. <https://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/issue/view/36>
- Haroon Akram-Lodhi, A. & Kay, C. (eds.) (2009). *Peasants and Globalization. Political economy rural transformation and the agrarian question*. Londres y Nueva York: Routledge ISS Studies in Rural Livelihoods.
- Leff, E. (2020). A cada quien su virus. La pregunta por la vida y el porvenir de una democracia viral. *HALAC. Historia Ambiental Latinoamericana y Caribeña*, 10, ed. supl. 1, 139–177. <https://www.halacsolcha.org/index.php/halac/issue/view/40>
- Martínez Torres, M. A. y Rosset, P. (2014). Rural Social Movements and Diálogo de Saberes: Territories, Food Sovereignty, and Agroecology, ponencia núm. 4. “*Food Sovereignty: A Critical Dialogue*”, *International Conference, Yale University, september 14–15, 2013*, under the review at the *The Journal of Peasant Studies*. https://schoolsforchiapas.org/wp-content/uploads/2014/06/4_Rosset_Torres_2013.pdf
- Massieu, Y. (2021). Crisis civilizatoria y socioambiental en tiempos de coronavirus. *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad. Dossier: Hacia una nueva normalidad. El impacto covid-19 en la sociedad*, 96, tomo I, 21–40. <https://argumentos.xoc.uam.mx/index.php/argumentos/article/view/1250/1202>
- McMichael, P. (2009). A food regime genealogy. *The Journal of Peasant Studies*, 36(1), 139–169. <https://doi.org/10.1080/03066150902820354>
- McMichael, P. (2015). *Regímenes alimentarios y cuestiones agrarias*. México: Miguel Ángel Porrúa, Universidad Autónoma de Zacatecas, Red Internacional de Migración y Desarrollo.

- NonGmo Project (2023). Empresas estadounidenses e internacionales apoyan los esfuerzos de México para restringir el maíz transgénico. *Non-GMO Project*, April 25 [blog] Disponible en: <https://www.nongmoproject.org/blog/us-and-international-companies-support-mexico/> [consultado el 23 de junio de 2023].
- Pistorius, R. & van Wijk, J. (1999). *The exploitation of plant genetic information. Political strategies in crop development*. CABI Publishing.
- Porto Gonçalves, C. W. y Betancourt, M. (2016). Encrucijada latinoamericana en Bolivia. El conflicto del TIPNIS y sus implicaciones civilizatorias. En: A. Bartra, C. W. Porto Gonçalves y M. Betancourt (eds.), *Se hace terruño al andar. Las luchas en defensa del territorio* (pp. 219–367). México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Ithaca. [PDF] Disponible en: <http://dcsh.xoc.uam.mx/repdig/index.php/libros-dcsh/dcsh/item/401-se-hace-terrano-al-andar-las-luchas-en-defensa-del-territorio>
- Toledo, V. M. (2019). *Los civilizacionarios. Repensar la modernidad desde la ecología política*. México: UNAM-IIES/Juan Pablos Editor.
- van der Ploeg, J. D. (2020). From biomedical to politico-economic crisis: the food system in times of COVID-19. *Journal of Peasant Studies*, 47(5), 944–972. <https://doi.org/10.1080/03066150.2020.1794843>
- Villalobos, G. (2021). Los dueños del circo: principales empresas que se benefician del modelo agrícola dependiente de los agroquímicos. *Fundación Solón. La conciencia social del arte*, [blog] 8 de diciembre. Disponible en: <https://fundacionsolon.org/2021/12/08/los-duenos-del-circo-principales-empresas-que-se-benefician-del-modelo-agricola-dependiente-de-los-agroquimicos/> [consultado el 25 de junio de 2023].

INTRODUCCIÓN

Alejandra Guzmán Luna¹, Héctor Nicolás Roldán-Rueda², Tlacaelel Rivera-Núñez³

¹ Universidad Veracruzana – CONAHCYT / alejandra.guzman@conahcyt.mx

² El Colegio de la Frontera Sur / hector.rolدان@ecosur.mx

³ Instituto de Ecología, A. C. / aaron.rivera@inecol.mx

EL PUNTO DE PARTIDA

Una bióloga, un economista y un ecólogo coincidimos en tiempo, espacio y amistad dentro de un doctorado en agroecología en la frontera sur de México. Al intercambiar ideas, rápidamente advertimos que además coincidíamos en procesos de deconstrucción formativa, pues habíamos abierto la caja negra de nuestros ámbitos disciplinares para aventurarnos a distintos derroteros académicos: estudios latinoamericanos en el primer caso, desarrollo rural en el segundo y ecología humana en el tercero. Entre múltiples intereses y acercamientos, nos fuimos encontrando en espacios, debates e ideas que giraban alrededor de la agroecología. Con el tiempo, esas ideas se fueron complementando de experiencias, voces, lecturas y reflexiones que venían de lugares y personas desde múltiples escenarios (académicos, institucionales, comunitarios, cotidianos). Nuestro interés central por dicho campo de estudio emergente tenía que ver con la posibilidad de explorarlo desde alguno de los propósitos que se enunciaban en ese entonces: como una ciencia que se encarga del estudio sistemático de las bases ecológicas de la agricultura; como una técnica que busca impulsar prácticas agrícolas sostenibles; y como un movimiento que lucha por la justicia agraria, ambiental y alimentaria (Francis et al., 2003; Wezel et al., 2009; Méndez et al., 2013).

Por el amplio lienzo de aproximaciones al campo de estudio, nuestro adentramiento a la agroecología tuvo lugar a partir de vetas y geografías diversas. Procesos de restauración agroecológica en Tabasco y Oaxaca, mercados alimentarios alternativos en México y Colombia, así como redes campesinas de abasto agroalimentario en Chiapas, respectivamente. Comenzaron entonces los diálogos en los que se fueron entreverando escalas analíticas como los paisajes, los tianguis

campesinos y los hogares rurales; enfoques teóricos como la territorialización de la agroecología, la economía campesina, los mercados anidados, las investigaciones agroalimentarias y las ciencias de la complejidad; así como métodos de trabajo como la investigación etnográfica, las cartografías sociales, los relatos de vida, el análisis de redes sociales y los juegos de mesa socioecológicos serios.

Llevamos a buen término nuestros estudios de posgrado y los senderos de la vida comenzaron a bifurcarse dejando como anclaje la amistad y el interés académico por el quehacer del otro(a). Aún entonces la agroecología se mantenía como eje articulador. El estudio de los paisajes cafetaleros y la construcción de procesos de soberanía alimentaria, la búsqueda de transición hacia agriculturas libres de agrotóxicos, las vulnerabilidades y respuestas alimentarias de los hogares rurales ante la pandemia sanitaria ocasionada por el COVID-19, así como la participación en proyectos transdisciplinarios para la recuperación de las culinarias locales, pasaron a formar parte de nuestras experiencias y andamiajes académicos.

Un par de años adelante, los azares del destino nos hicieron coincidir nuevamente en tiempo y en espacio en Veracruz a dos de lo(a)s coordinadores de la obra, por lo que rápidamente reestablecimos el contacto para, entre otras colaboraciones, emprender el presente proyecto editorial. Un primer cuestionamiento del cual partimos para establecer un piso común de ideas fue la interrogante: *¿sigue siendo la agroecología nuestro campo de enunciación y desenvolvimiento central?* Sorpresivamente, la respuesta fue: hasta cierto punto, y comenzaron los asegunes... Ahora, a más de un año de aquel primer cuestionamiento epistémico, podemos organizar nuestras ideas en tres razones centrales que nos llevaron a pensar un libro que no necesariamente tuviera que cobijar de manera prescriptiva el enfoque agroecológico para tratar planteamientos teóricos y experiencias de estudio alusivas a temáticas agrícolas y alimentarias en un sentido amplio.

La primera razón tiene que ver con la complicada disputa cartográfica en la que, al nivel ideológico, se ha situado a la agroecología. Con esto nos referimos al acalorado debate de tiempos recientes entre las agroecologías comunitarias, populares, emancipatorias, insurgentes, históricas, entre otras, *versus* aquellas agroecologías catalogadas como chatarras, institucionalizadas o demagógicas (D'Alessandro, 2015; Giraldo & McCunne, 2019; Rivera-Núñez et al., 2020; Herrera y Domené-Painenao, 2022; Giraldo & Rosset, 2022). Hasta cierto punto compartimos la inquietud bien fundamentada de –a medida de lo posible– intentar acompañar los procesos agroecológicos para que se mantengan en sus bases sociales en lugar de verlos discurrir acrítica y estratégicamente por los dominios del agronegocio o por políticas públicas oportunistas, en tanto lavados de rostro verdes y coyunturas mediáticas, respectivamente (Giraldo & Rosset, 2017; Alonso-Fradejas et al., 2020). Sin embargo, nuestro reciente distanciamiento con este tipo de razonamientos responde a que, como todo ejercicio de encuadre, en la adjetivación de la agroecología se forzan los límites de las categorizaciones, se reduce la complejidad de los procesos y actores, se invisibilizan las escalas de grises y, sobre todo, se imponen jerarquizaciones entre lo legítimo, lo espurio y lo insuficiente (Fuentes-Ponce et al., 2018). En pocas palabras, comprendimos que ponerle apellidos a la agroecología era un

síntoma de cómo de a poco se iba vaciando, transformando o tergiversando su contenido, o al menos perdiendo de vista el desfase entre el papel y la realidad, condicionando así espacios, prácticas, creencias, relaciones y representaciones (Quintar, 2018).

Lo anterior nos lleva a la segunda razón crítica: nos referimos al abarrotamiento del quehacer agroecológico en ciertas geografías icónicas, los denominados “faros” (Altieri, 2022), cuyo correlato es el poco interés por estudiar y acompañar las matrices agrarias, agrícolas y alimentarias comunes (“océanos”), que no muestran *a priori* y explícitamente procesos de construcción de alternativas. Desde nuestro muy particular punto de vista, ello implica un sesgo profundo que contraviene incluso la propia esencia del campo de estudio como ciencia, práctica y movimiento social, ya que, en sus fundamentos, la agroecología se plantea justamente detonar y acompañar la transición productiva y avanzar hacia un enfoque de justicia; aspectos en los que hay todo por hacer en esas matrices campesinas convencionales que, por cierto, son la gran mayoría en México, en Latinoamérica y en el Sur global. También, asociado a esta segunda crítica, nos parece hasta cierto punto ingenuo y trillado continuar, como algunos enfoques agroecológicos polarizantes mencionados en el punto anterior, con las lecturas maniqueas sobre el Estado (“el feo”) y el mercado (“el malo”), desde las cuales se justifican las apologías agroecológicas (“el bueno”) (Bernstein, 2017). A quienes realizamos trabajo de campo en los territorios rurales, nos queda muy clara la racionalidad, el pragmatismo y agenciamiento (Long, 2003) detrás de la participación de las familias y organizaciones campesinas en los programas públicos y en la comercialización de productos agrícolas. Es muy fácil juzgar desde una posición de privilegio (cuando no se necesitan los dos pesos), por lo que no debería ser tan difícil comprender que orientarse parcialmente a los mercados (los que estén a la mano) es una estrategia de subsistencia y diversificación campesina por excelencia (Bartra et al., 2014).

Finalmente, la tercera razón atañe a que la agroecología trascendió el estudio de las prácticas agrícolas ambientalmente amigables para consolidarse en su actual complejidad y multidimensionalidad social y política hace apenas un par de décadas (Toledo, 2011; Wezel & Soldat, 2009; Astier et al., 2015). Lo que no resulta sorprendente de lo anterior es el considerar los derroteros sociales y políticos de la producción, distribución y comercialización de alimentos como una nueva impronta analítica, cuando anteceden más de un siglo de tradición en investigaciones agrarias, dentro de las cuales han figurado centralmente la economía campesina, la sociología rural, la antropología de la alimentación e incluso cinco décadas de ecología política enfocada al estudio del campo (Wolf, 1955, 1972; Chayanov, 1966; Kaustky, 1974; Bernstein, 1977; Galeski, 1977; Sevilla-Guzmán, 2006; Toledo, 2011; Weis & Weis, 2007; Mintz & Du Bois, 2002). De manera tal, el cuestionamiento que nos asalta es: ¿hasta qué punto supeditarnos inexorablemente a un campo de estudio que apenas está trascendiendo el encuentro de sus bases agronómicas y ecológicas para moverse al entendimiento de las dinámicas agroalimentarias? Sería como intentar reinventar la rueda y tirar por la borda más de un siglo de reflexiones.

Toda vez esbozadas las razones que nos llevaron a pensar una obra que tratara temáticas agrícolas, alimentarias y agrarias en México, y que no tuviera que enmarcarse prescriptivamente en el dominio agroecológico (al menos no en su *mainstream*), nos vimos asaltado(a)s por una nueva interrogante: *¿de qué bases teórico-conceptuales partimos?* Para definir tal empresa (no menor), comenzamos al revés, esto es, haciendo un recuento de experiencias de estudio y colegas en el país que abordan este tipo de tesisuras al margen del núcleo paradigmático (Kuhn, 2019) de la agroecología. Particularmente nos interesaba traer a cuentas procesos y planteamientos que se posicionaran o sucedieran en los márgenes de las alternativas, así como que, a partir de ellas, se pudieran construir enfoques periféricos o *márgenes* a las narrativas dominantes. En ese revire intersticial, reconocimos que los casos y colegas invitado(a)s nos aglutinábamos en torno a las investigaciones agroalimentarias; un dominio analítico y de acción mucho más abierto y permisivo, con larga tradición en México, que nos habilitaba a tomar múltiples derroteros respecto a la inquietud central de aproximarnos a conocer qué bases agrarias, prácticas productivas, dinámicas alimentarias, tipos de intercambio, procesos organizativos, relaciones Estado-campesinos y redes de colaboración están sucediendo en los territorios rurales de nuestro país, que no figuran como faros agroecológicos.

¿MÁRGENES AGROALIMENTARIOS?

México bien puede ser considerado uno de los epicentros del surgimiento temprano de lo que hoy conocemos como investigaciones agroalimentarias. A pesar de que este marco de estudio fue definido propia y formalmente en 1989 por la socióloga canadiense Harriet Friedmann y por el profesor norteamericano en estudios del desarrollo Philip McMichael, desde la década de los cuarentas en nuestro país comenzaron a realizarse investigaciones que buscaban integrar las dimensiones productivas con las alimenticias en el campo mexicano. Lo anterior tuvo lugar, en gran medida, tras el paso por México del antropólogo de mayor envergadura internacional, Bronislaw Malinowski, considerado incluso el padre de la antropología moderna. En 1940 Malinowski pasó un periodo de trabajo en México acompañado por el joven antropólogo mexicano Julio de la Fuente, a partir del cual desarrollaron la investigación titulada "La economía de un sistema de mercado en México: Un ensayo sobre etnografía contemporánea y cambio social en un valle mexicano". La investigación tuvo por objetivo conocer la función económica y alimentaria de los pequeños y numerosos mercados distribuidos por todo el valle de Oaxaca. El resultado fue un ensayo de una riqueza histórica y densidad etnográfica destacables, meritorio de ser considerado un trabajo fundacional dentro de las investigaciones agroalimentarias por su aporte al análisis de las interdependencias entre producción, distribución y consumo que constituyen un sistema de mercado de alimentos, mismo que fue publicado inicialmente en inglés por la Universidad de Yale y después traducido al español, en 1957, por estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (Drucker-Brown, 1988).

El trabajo seminal de Malinowski y de la Fuente sobre mercados alimenticios campesinos dejó una profunda huella, de tal suerte que años adelante comenzaron a avanzarse en México investigaciones antropológicas y económicas que buscarían dar cuenta de los nexos entre producción agrícola, comercialización y alimentación. Dos de los estudios que de manera inmediata siguieron esta tradición fueron *La ciudad mercado: Tlaxiaco* (1954), del antropólogo salvadoreño e investigador del Instituto Indigenista, Alejandro Marroquín, así como *Diagnóstico sobre el hambre en Sudzal, Yucatán* (1962), del prominente antropólogo mexicano, Guillermo Bonfil Batalla, en su paso por el Instituto Nacional de la Nutrición. El primer libro resulta un recorrido vívido e ilustrador por la configuración del mercado central de los pueblos de la alta mixteca: el escalamiento de los días de plaza, los grupos étnicos que convergen, los productos comercializados, el tipo de transacciones, hasta llegar a ofrecer un sofisticado análisis del panorama socioproductivo y económico regional. El segundo, por su parte, nos adentra a los sistemas de producción, comercio local y consumo familiar de alimentos en un municipio milpero del interior de Yucatán, teniendo el particular aporte de analizar las implicaciones de la estratificación y organización social en los aspectos agroalimentarios.

Años adelante, otro antropólogo (agrarista) mexicano, igualmente planteó de manera temprana un aspecto analítico que eventualmente se constituiría como uno de los pilares fundamentales de las investigaciones agroalimentarias: la noción de régimen. En una de sus obras magnas, *La historia de un bastardo: maíz y capitalismo* (1988), al analizar el devenir del maíz, de alimento sacro y venerado en Mesoamérica a alimento subyugado en otras geografías tras la diseminación mundial que trajo la Colonia, Arturo Warman, a través de la reflexión antropológica sobre un cultivo, nos introduce al sistema mundial de relaciones agroalimentarias en las siguientes líneas:

La disciplina antropológica, que en el siglo pasado especuló alegremente sobre la evolución universal, en nuestro siglo se orientó intelectual y metodológicamente hacia el conocimiento de la pequeña realidad, la que puede abarcarse caminando y donde se conoce a todos los habitantes por su nombre. Comparto la satisfacción por el conocimiento que de esa práctica se obtiene: profundo, concreto, donde la reflexión teórica se hace a partir de objetos y personas precisas, reales, conocidas. Pero también comparto la frustración que se deriva de este tipo de conocimiento. Una gran parte de los hechos que vemos en la pequeña realidad no pueden explicarse por ella, se originan fuera, en ámbitos mayores. Por pequeño que sea el universo de estudio allí están el mercado mundial, la ciencia y la tecnología de punta, el gobierno nacional, las muchas dependencias que forman parte integral de la pequeña realidad. Por diversos caminos los antropólogos hemos tratado de superar esa limitación sin perder nuestra naturaleza, nuestro estilo para investigar. Ampliamos el universo de estudio hacia la región y, maldición, nos pasó otra vez lo mismo. Más todavía, estudiamos el estado-nación y otra vez, maldición, aparecía el llamado sistema mundial. Los caminantes y peatones, los que estudiamos las relaciones sociales con nombres y apellidos, los que tratamos de aprender las técnicas trabajando nosotros mismos, para burla y regocijo de los maestros en estos oficios, tenemos enfrente al sistema planetario como tema de estudio.

No sólo la antropología mexicana tuvo aportes tempranos a las hoy consolidadas investigaciones agroalimentarias, también lo hicieron la agronomía, la geografía y la ecología. Muestra de lo anterior es la definición en 1981 de un sistema agroalimentario por parte del padre de la etnobotánica mexicana y también primer acuñador del concepto de agroecosistema, Efraím Hernández Xolocotzi. Años atrás de que Friedmann y McMichael trajeran a escena el concepto de régimen alimentario, Hernández Xolocotzi definió a un sistema agroalimentario como el proceso histórico resultado de las interrelaciones entre los componentes físico-ambientales y agrícolas, así como dinámicas socioculturales, económicas y políticas a partir de las cuales tiene lugar el abastecimiento de productos alimenticios, incluidos los industriales, dentro de una población espacial y temporalmente definida (véase Lazos Chavero, 2017). Por esos mismos años, Ronald Nigh y Arturo Gómez Pompa, desde la ecología humana y la etnoecología, comenzaron a plantear que las selvas mayas (lacandonas y yucatecas), más que bosques tropicales prístinos o degradados por la acción antropogénica, representaban metapaisajes oligárquicos o jardines forestales en donde cerca del 90 % de las especies con mayor dominancia ecosistémica tienen algún aprovechamiento humano, fundamentalmente alimenticio (Nations & Nigh, 1980; Gómez-Pompa, 1987). Esta conjetura puede ser considerada una aproximación temprana a los hoy en boga estudios sobre *foodscapes* o paisajes agroalimentarios.

Igualmente, a mediados de la década de 1980, el geógrafo Ángel Bassols Batalla inició en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM un programa de trabajo enfocado en analizar las dinámicas socioeconómicas regionales a partir de las cuales se configura el abasto de alimentos en México. En 1994, junto con un grupo de colegas y estudiantes, publican la obra *El abasto alimentario en las regiones de México*, misma que ofrece un lúcido y temprano análisis de las transformaciones espaciales y la adopción de estrategias comerciales que llevaron a México a la dependencia alimentaria en los mercados externos. Bassols Batalla et al. (1994) plantearon acertadamente la hipótesis de que los productos agroindustriales, así como las cadenas de autoservicio urbanas y los apartados de distribución mayoristas serían quienes marcarían la mayor concentración del abasto alimenticio en nuestro país. A su vez, este grupo de geógrafo(a)s y economistas mexicano(a)s avanzaron también el entendimiento de la expansión de las ciudades y el aumento de las demandas alimenticias urbanas sobre el reordenamiento espacial y la recomposición regional del abasto en su ciclo producción-distribución-consumo. Dichas conjeturas son premonitorias de lo que hoy conocemos como la tercera etapa del régimen agroalimentario o la revolución del supermercado (McMichael, 2009).

A pesar de que en México, así como en algunos otros países con larga tradición de estudios agrarios, se comenzó a buscar integrar de manera seminal el estudio de la dimensión productiva con la comercial y la alimentaria, no fue sino hasta la publicación en *Sociologia Ruralis* del artículo "The rise and decline of national agricultures, 1870 to the present", cuando las denominadas investigaciones agroalimentarias irrumpieron la escena internacional (Friedmann & McMichael, 1989). Friedmann y McMichael, partiendo de un enfoque de economía política, así co-

mo de los análisis geopolíticos centro-periferia y sistema-mundo moderno, posicionaron el concepto de régimen agroalimentario, entendido como una estructura global de producción y consumo de alimentos gobernada por reglas establecidas por los estados-nacionales y los actores transnacionales. Un régimen agroalimentario involucra periodos largos de relaciones relativamente estables de acumulación de capital a través de la agricultura, con periodos inestables de transformaciones políticas impulsadas por conflictos, movilizaciones sociales o por la irrupción de formas de gobierno progresistas (Friedmann, 2005). A la fecha, McMichael (2012) rastrea el tránsito acumulativo por cuatro grandes regímenes agroalimentarios: colonial (1870–1930), industrial-mercantil (1950–1970), revolución del supermercado (1980–), especulativo-financiero (2000–).

La capacidad de ofrecer análisis rigurosos y organizados de la producción y distribución de alimentos en tiempo y espacio que ofrecía el constructo de régimen, rápidamente se encontró con los enfoques sistémicos de la escuela agronómica de Montpellier para proponer la noción de sistemas agroalimentarios (Malassis & Ghersi, 1992). Los sistemas agroalimentarios son definidos como el conjunto de procesos, personas y organizaciones que concurren en el eslabonamiento de la planificación, preproducción, producción, cosecha, transformación, almacenamiento, distribución, consumo y desecho de alimentos para el cumplimiento de la función nutricional en una sociedad determinada (Thompson & Scoones, 2009). El concepto ofrece la ventaja de incorporar múltiples escalas analíticas, además de ser altamente operacionalizable al concebir una dimensión espacio-temporal explícita. Sin embargo, para lograr capturar los circuitos agroalimentarios, se suelen requerir ventanas observacionales muy amplias que limitan la profundidad analítica. A fin de optimizar el manejo de esa complejidad sin reducirla y ganar profundidad en los análisis, quienes desarrollan investigaciones que buscan integrar las dimensiones productivas, con las comerciales y alimenticias, suelen recurrir a la noción de territorios agroalimentarios, entendidos como una porción espacial y temporalmente localizada de los regímenes y sistemas agroalimentarios, donde el territorio es concebido como un espacio ambientalmente posibilitado, socialmente construido, culturalmente identificado e institucionalmente regulado (Muchnik, 1996).

Las investigaciones agroalimentarias nos habilitan a estudiar desde las parcelas hasta los tenedores, de manera organizada y en función de escalas analíticas bien definidas, denotando relaciones de poder y agenciamientos, sin la necesidad de incurrir en reinventiones analíticas, ideologizaciones, ni jerarquías segregantes demasiado estrechas como para dejar fuera complejidades y matices constitutivos. Es así que, en esta obra, proponemos la alusión de *márgenes agroalimentarios* para referirnos a todos aquellos procesos, dinámicas, relaciones, geografías, sujetos, posicionamientos y lecturas que no se sienten del todo cómodas dentro del núcleo duro agroecológico, no obstante que puedan llegar a enunciarlo en un sentido reivindicativo. De manera tal, el llamado fue a constituir una obra capaz de tratar temáticas agrarias, agrícolas y alimentarias a diferentes escalas espaciales, como son los cuerpos-territorio, los recursos genéticos, los hogares rurales, las relaciones campo-ciudad, los mercados y las políticas públicas. Comenzamos al revés nue-

vamente, esto es, organizando el libro de las experiencias de estudio a los debates teóricos. Reparando sobre ello, quizás los márgenes sean precisamente eso, un revés para leer realidades e imaginar posibilidades a contraluz, desde la libertad y agudeza que brinda el tener un pie dentro y el otro fuera, en el margen.

PRESENTACIÓN DE LA OBRA

En el primer capítulo, “Agricultores nodales: El intercambio de semillas como resistencia frente a la pérdida de la agrobiodiversidad”, Luz Llamas y Elena Lazos nos recuerdan que el intercambio de semillas es una de las prácticas más antañanas que las familias campesinas despliegan para adquirir, renovar o reemplazar germoplasma y a la vez para establecer relaciones sociales, reforzar conocimientos e incluso como medio de experimentación agrícola. Sin embargo, no todas las y los agricultores suelen tener la misma importancia dentro de las redes de intercambio de semillas; existen algunos que tienen mayor influencia y son considerados como agricultores nodales. A partir de cuestionarios a profundidad desarrollados a lo largo de cinco años con agricultoras y agricultores nodales de los municipios de San Juan Ixtenco y Huamantla, en Tlaxcala, las autoras analizan el papel que estos juegan dentro de las dinámicas de intercambio de semillas. Los resultados arrojaron que, en promedio, las y los agricultores nodales conservan más de seis variedades de maíz y cuatro de frijol, así como una variedad de calabaza criolla. El capítulo concluye resaltando la importancia que tienen las y los agricultores nodales en la preservación de la agrobiodiversidad ya que mantienen vivas técnicas, cuidados y conocimientos para la siembra, conservación e intercambio de semillas que se han transmitido de generación en generación a lo largo de los años.

En el segundo capítulo, “La agroecología desde los fogones de las mujeres lacandonas”, Lucía Pérez, Stewart Diemont, Helda Morales, Alejandro Casas y Theresa Selfa, se ubican desde las cocinas como espacio cotidiano en donde múltiples relaciones y vínculos giran en torno a los alimentos y la alimentación. Los conocimientos que se expresan en las recetas y técnicas de cocina echan mano del fogón, sartenes, ollas e ingredientes para crear aromas, sabores y texturas que además de alimentar vidas, influyen en acciones que moldean el paisaje. Este trabajo se desarrolló en una comunidad maya lacandona, Lacanjá Chansayab, ubicada en el bosque tropical húmedo de Chiapas, México. Se realizó una observación participante, la cual consistió en cocinar recetas tradicionales con mujeres para la elaboración de un recetario. El trabajo incluyó recorridos en áreas forestales y agrícolas para coleccionar ingredientes, así como colaboración en la preparación de comida. Se documentaron en la comunidad actitudes discriminatorias hacia las familias que siguen utilizando el sistema alimentario tradicional, así como marcadas presiones sociales por consumir productos procesados. Este problema se ejemplificó a través del consumo de tortillas preparadas tradicionalmente y adquiridas en tortillerías. El que una familia elija consumir comida tradicional tiene impactos en su dieta, en su cultura y en el ambiente. Es una expresión de resistencia a la homogeneización biocultural ejercida por sistemas alimentarios modernos, que promueven el con-

sumo de productos procesados. Lo que se cocina determina el tipo de agricultura que tendremos.

En el capítulo tres, “Escasez estacional de alimentos en familias campesinas de la Sierra Madre de Chiapas”, Tlacaelel Rivera, Sofía Lugo, Julieta Rosell, Mariana Benítez y Luis García, inician con un recorrido teórico por las causas e implicaciones que deviene la escasez alimentaria estacional para las familias campesinas alrededor del mundo. Acto seguido, problematizan que a pesar de ser una condición ampliamente extendida en el México rural, hasta ahora, las investigaciones agroalimentarias y agroecológicas han prestado poca atención a dilucidar los factores agrarios y socioeconómicos que la pueden estar determinando, así como las consecuencias que puede significar para la reproducción social de las familias campesinas. Es así que, a través de la aplicación de 120 cuestionarios, entrevistas a profundidad con actores locales clave, así como trabajo de campo etnográfico –incluidos recorridos guiados por las unidades productivas–, las y los autores analizan la extensión, la severidad y las estrategias de afrontamiento que las familias campesinas de una microrregión agraria en la Sierra Madre de Chiapas se ven forzadas a desplegar para responder a dicha condición estacional. La contribución concluye con una reflexión sobre la necesidad de transitar de los entendimientos campesinos esencialistas y monolíticos a lecturas críticas que sean capaces de poner en relieve las crecientes y agudas problemáticas que enfrenta este sector, como por ejemplo, la paradoja de tener una vocación productiva hacia la sociedad y experimentar internamente condiciones subalimenticias año tras año.

En el capítulo cuatro, “¿Agroecologías en Sotuta? Resiliencia y pluriactividad en entornos dinámicos”, Edwin Sarabia y Jean García abordan un proceso agroecológico poco ortodoxo en donde, contrario a lo que se esperaría como una reproducción colonial más por parte de un grupo de jóvenes clase media-alta de la Ciudad de México llegando a establecerse a Sotuta, Yucatán, un territorio maya peninsular, se trata de un ejemplo de apropiación cultural, para utilizar las categorías de Bonfil Batalla. Por un lado, el grupo de jóvenes movido por un sueño romántico de migrar y comenzar una “comunidad intencional sustentable”, y por otro lado, la comunidad sotuleña erosionada por décadas de neoliberalismo impulsando la agroindustria. El punto de partida fue la apertura de espacios para el intercambio de saberes culturales, agrícolas y artísticos. Para continuar con actividades que buscan recuperar la producción de alimentos en los traspatios desde una visión agroforestal y comunitaria, usando parcelas demostrativas y principios de la agricultura sintrópica, la creación de un centro de transformación de alimentos como herramienta para la organización social y las prácticas artísticas encaminadas a la educación ambiental. Este capítulo nos muestra cómo los territorios agroalimentarios se entrelazan con el medio ambiente, la cultura y el poder de las artes. También da cuenta de cómo las colaboraciones entre actores dispares, a escala local y comunitaria, son procesos con potencial de cambio profundo, aunque los procesos sean de largo aliento y muchas veces impredecibles.

En el capítulo cinco, “«Sin saberlo, estábamos preparados»: prácticas y estrategias agroalimentarias de la comunidad maya de Santa Gertrudis en tiempos de

pandemia COVID-19”, Guillermo Andrade, Nicolás Roldán, Erin Estrada y Juan Manuel Pat, problematizan en torno a la relación entre la actual pandemia y el sistema alimentario hegemónico, enfocándose en algunas tensiones entre estrategias y conocimientos agroalimentarios locales en relación con programas y apoyos gubernamentales. El marco teórico parte desde las nociones de grupo doméstico en contextos rurales, economía popular, racionalidad campesina, estrategias y prácticas agroalimentarias. Por medio de entrevistas semiestructuradas y observación participante en un periodo de tres meses, se documentaron los principales impactos de la pandemia por COVID-19 sobre el sistema agroalimentario local de la comunidad de Santa Gertrudis, ubicado en la zona maya de Quintana Roo (municipio José María Morelos), así como las estrategias y prácticas a las que se recurrió desde los grupos domésticos durante esta coyuntura socioambiental. También se indagó en torno a la transformación de conocimientos, prácticas y estrategias utilizadas en crisis alimentarias del pasado, causadas principalmente por huracanes, ciclones y plagas. A partir de estos resultados, las reflexiones finales giran en torno a la relevancia de las prácticas y conocimientos culturales y agroecológicos descritos en este caso, como insumos para reflexionar en torno a la transformación del actual sistema alimentario a la luz del contexto pandémico.

En el capítulo seis, “Reconocer la diferencia: entre adjetivaciones reduccionistas y procesos transformadores de mercados en ámbitos locales”, Nicolás Roldán, Amalia Gracia y Rocío García, abordan una discusión un tanto invisibilizada por la presencia de mercados alternativos y cuya estrategia se funda en la adjetivación de lugares, personas y discursos. En ese sentido, se plantean como eje la lucha por el reconocimiento de la diferencia y el papel que juega como una de las principales demandas de distintos movimientos sociales y una de las estrategias a la que recurren experiencias de producción, comercialización e intercambio cuando buscan inaugurar en lo local espacios, relaciones y prácticas alternativas frente al mercado convencional. Este texto reflexiona sobre la importancia que tiene el recuperar la diferencia como bandera, para evitar cierta tendencia a homogeneizar, simplificar e idealizar estas experiencias, sus contextos, participantes y motivaciones. Identifican en la adjetivación de lugares, actores, relaciones y productos, un esfuerzo por reverdecer discursos y prácticas, es decir, darles un carácter ecológico, sin generar transformaciones más amplias frente a las lógicas y vínculos con el mercado convencional. Se resaltan cuatro ejes de análisis sobre los que recae dicha adjetivación: el tiempo y los ritmos propios de estas experiencias, las y los participantes, así como los actores externos, los lugares que convergen en el mercado, y el tipo de discursos y reivindicaciones que tienen lugar y su relación con el contexto en el que se ubican. Reconocemos en estas experiencias la posibilidad y potencialidad de transformación a partir de la diversidad de trayectorias y aprendizajes situados y que de muchas formas buscan el arraigo y la transformación de sus contextos, vínculos y formas de participación.

En el capítulo siete, “Cómo jugar con fuego: andanzas campesinas en la cadena global de café”, Alejandra Guzmán Luna parte de la metáfora del fuego para representar los riesgos que, ahora como hace siglos, representan las relaciones de co-

lonialidad del ser, poder y saber de los productores del café respecto a los compradores, certificadoras y organizaciones no gubernamentales del Norte global. Con base en el acompañamiento a cooperativas de café y una revisión bibliográfica, la autora ilustra las tres formas de colonización: retomando el mito del buen salvaje en los productores racializados de café; la reproducción del “salvador blanco”; y la imposición de saberes y estándares de medios de vida occidentales a las comunidades productoras de café, muchas de ellas indígenas. En una segunda parte del texto, y siguiendo la metáfora del fuego, la autora nos habla sobre las andanzas como formas de resistencia para aquellas cooperativas de café con alta dependencia en la exportación del grano y poco politizadas. Todas estas andanzas fuera de las cartografías de los conservadurismos de izquierda, y trascendiendo los arquetipos de víctima-victimario. El texto menciona tres andanzas ubicadas en los márgenes simbólicos y materiales de lo que escapa al fuego colonizador de las instituciones del Norte global. Es aquí en donde una agroecología aparentemente despolitizada tiene lugar. La segunda y tercera andanzas se refieren a una resignificación y desobediencia estratégica a favor de las y los campesinos. Hacia el final del capítulo se profundiza en esas relaciones y se nombran los ritmos de las andanzas en donde el peligro del fuego colonizador puede disminuirse y establecer relaciones más justas y equitativas entre las instituciones del Norte global y los productores.

En el capítulo ocho, “El enfoque agroecológico en el gobierno de la 4T: La construcción discursiva ante la heterogeneidad campesina”, Wendy Bazán analiza de qué manera el impulso de una transición agroecológica a escala nacional promovida por la actual administración pública federal en México coincide o se desfaza en los planos discursivos y operativos. Para ello, partiendo de un análisis antropológico comparado y de una mirada crítica desde la ecología política que toma como esfera de análisis el ámbito institucional, la autora ofrece un recorrido por la genealogía académica y política de los principales actores que promueven el enfoque agroecológico dentro del nuevo gobierno, así como por la caracterización de las lógicas y escalas productivas que son consideradas adeptas para emplazar dicha transición. Así, la autora se detiene analíticamente en los programas públicos Sembrando Vida y Producción para el Bienestar que encarnan la “retórica agroecológica” y posteriormente baja el foco de observación hacia el municipio de Hopelchén, Campeche, para ventilar de qué manera muchas de las prácticas productivas que despliegan las familias campesinas en dicha región intercultural (donde convergen mayas y menonitas) escapan a las representaciones gubernamentales, ya que responden a aspiraciones y necesidades mediadas por las posibilidades territoriales y marcos culturales propios. El capítulo concluye con una reflexión sobre la gran heterogeneidad y complejidad campesina del país, misma que en lugar de ser incorporada al diseño de programas públicos agroalimentarios maduros, sigue siendo sobresimplificada a través de idealizaciones políticas.

Finalmente, en el capítulo nueve, “Agroecología feminista: convergencias y articulaciones desde la complejidad”, Coral Rojas visibiliza uno de los intersticios del sistema agroalimentario: el del género visto a los ojos de la multidimensionalidad y la complejidad, desde una mirada personal cuya fortaleza es la subjetividad de una

mujer académica mestiza, con una experiencia amplia y profunda del campo mexicano. Coral comparte un texto en donde integra fuertes elementos autobiográficos –muy al estilo de las epistemologías feministas– y su labor en comunidades campesinas del centro del país, abrevando de marcos teóricos que le llevan a sostener una agroecología feminista crítica. Esta propuesta tiene muchas coincidencias con la ecología política feminista, pero parte de un núcleo agrícola y rural, y desde la necesidad de realizar investigación situada, útil, práctica y popular, reconociendo las escalas de poder entre las propias mujeres y hombres del medio rural y la academia. Desde su formación como agroecóloga de Chapingo, en donde se encontró e identificó con la “investigación de huarache” de Hernández Xolocotzi, constantemente trae a colación al maestro, profundizando en la necesidad de evidencia empírica y la integración de otros saberes en la comprensión del agro mexicano. Así, va tejiendo sus relatos vivenciales con autores como Feyerabend, Bourdieu y Bonfil Batalla. Desde un viaje al pasado prehispánico teotihuacano, el análisis del paisaje limítrofe entre Tlaxcala y Puebla, y una ex hacienda en San Martín Texmelucan, Coral nos ilustra la relevancia de no fragmentar la realidad, sino de incorporar una visión multidimensional como un cubo que tiene varias caras: política, económica, social, ambiental, tecnológica y cultural. Hacia el final del capítulo integra todos los elementos expuestos para definir la agroecología feminista como un corpus y una praxis, con un enfoque complejo y multidimensional, que integra centralmente el género, pero además clase social, edad, etnia y raza, en la conformación de las sociedades, principalmente rurales, y el medio ambiente.

REFERENCIAS

- Alonso-Fradejas, A., Forero, L. F., Ortega-Espès, D., Drago, M. & Chandrasekaran, K. (2020). *'Junk Agroecology': The corporate capture of agroecology for a partial ecological transition without social justice*. ATI, TNI, Crocevia.
- Altieri, M. A. (2022). *Propuesta metodológica para evaluar el escalamiento de iniciativas agroecológicas*. Lima: Centro Latinoamericano de Investigaciones Agroecológicas (CELIA) y Red de Agricultura Ecológica del Perú (RAE) <https://raeperu.org>
- Astier, C. M., Argueta, Q., Orozco-Ramírez, Q., González, S. M. V., Morales, H. J., Gerritsen, P. R. W., Escalona, M., Rosado-May, F. J., Sánchez-Escudero, J., Martínez, T. S. S., Sánchez Sánchez, C. D., Arzuffi, B. R., Castrejón, A. F., Morales, H., Soto, P. L., Mariaca, M. R., Ferguson, B., Rosset, P., Ramírez, T. H. M., Jarquin, G. R., Moya, G. F., González-Esquivel, C. y Ambrosio, M. (2015). Historia de la agroecología en México. *Agroecología*, 10(2), 9–17.
- Bartra, A., Cobo, R., Meza, M., Paz Paredes, L., Quintana S., V. M. y Rudiño, L. (2014). *Haciendo milpa. Diversificar y especializar: estrategias de organizaciones campesinas*. México: Circo Maya/Itaca.
- Bassols Batalla, Á., Torres Torres, F., Delgadillo Macías, J., Chías Becerril, L., Gasca Zamora, J., Peña Torres, E., Delgado Martínez, I., Aguilar, J. y Echánove, F. (1994). *El abasto alimentario en las regiones de México*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Económicas, Programa Universitario de Alimentos.
- Batalla, G. B. (1962). *Diagnóstico sobre el hambre en Sudzal, Yucatán: un ensayo de antropología aplicada*. México: Instituto Nacional de la Nutrición.

- Bernstein, H. (1977). Notes on capital and peasantry. *Review of African Political Economy*, 4(10), 60–73.
- Bernstein, H. (2017). Taking the part of peasants': Hits an Misses. En: *Coloquio Internacional: El futuro de la alimentación y retos de la agricultura para el siglo XXI: Debates sobre quién, cómo y con qué implicaciones sociales, económicas y ecológicas alimentará el mundo, 24–26 de abril de Vitoria, País Vasco*. Disponible en: <http://elikadura21.eus/wp-content/uploads/2017/04/1-Bernstein.pdf>
- Chayanov, A. V. (1966). *The Theory of Peasant Economy*. The American Economic Association.
- D'Alessandro, R. (2015). ¿Agroecología demagógica o comunitaria? *Maíz y acción colectiva*, [blog] 5 de septiembre. Disponible en: <http://maizyaccion.blogspot.com/2015/09/agroecologia-demagogica-o-comunitaria.html> [consultado el 18 de julio de 2023].
- Drucker-Brown, S. (1988). Malinowski en México. *Anuario de Etnología y Antropología Social*, 1, 18–57.
- Francis, C., Lieblein, G., Gliessman, S., Breland, T. A., Creamer, N., Harwood, R., Salomonson, L., Helenius, J., Rickerl, D., Salvador, R., Wiedenhoft, M., Simmons, S., Allen, P., Altieri, M., Flora, C. & Poincelot, R. (2003). Agroecology: The ecology of food systems. *Journal of Sustainable Agriculture*, 22(3), 99–118.
- Friedmann, H. & McMichael, P. (1989). Agriculture and the state system: The rise and decline of national agricultures, 1870 to the present. *Sociología ruralis*, 29(2), 93–117.
- Friedmann, H. (2005). From colonialism to green capitalism: Social movements and emergence of food regimes. In: F. H. Buttel and P. McMichael (Ed.), *New directions in the sociology of global development* (Vol. 11, pp. 227–264). Bingley: Emerald Group Publishing Limited.
- Fuentes Ponce, M. H., Rodríguez Sánchez, L. M., Pinheiro, S. y Macedas Jiménez, J. U. (2018). Más allá de las etiquetas: más cerca de la agricultura. *Interdisciplina*, 6(14), 113–127.
- Galeski, B. (1977). *Sociología del campesinado*. Barcelona: Península.
- Giraldo, O. F. & McCune, N. (2019). Can the state take agroecology to scale? Public policy experiences in agroecological territorialization from Latin America. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 43(7-8), 785–809.
- Giraldo, O. & Rosset, P. (2017). Agroecology as a territory in dispute: Between institutionality and social movements. *The Journal of Peasant Studies*, 45(3), 545–564.
- Giraldo, O. F. & Rosset, P. M. (2022). Emancipatory agroecologies: social and political principles. *The Journal of Peasant Studies*, 50(3), 820–850.
- Gómez-Pompa, A. (1987). On Maya Silviculture. *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, 3(1), 1–17.
- Herrera, F. F. y Domené-Painenao, O. (comps.) (2022). *Agroecologías insurgentes en Venezuela. Territorios, luchas y pedagogías en revolución*. Caracas: Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología (Mincyt).
- Kautsky, K. (1974). *La cuestión agraria: estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*. Barcelona: Laia.
- Kuhn, T. S. (2019). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE
- Lazos Chavero, E. (2017). L'intégration des connaissances locales sur le maïs dans les politiques agroalimentaires au Mexique est-elle possible? *Revue de sciences sociales au Sud*, 81(1), 57–74.

- Long, N. (2003). *Development sociology: actor perspectives*. Routledge.
- Malassis, L. & Ghersi, G. (coords.) (1992). *Initiation à l'économie agro-alimentaire*. Paris: Hatier.
- Marroquín, A. D. (1954). *La ciudad mercado: Tlaxiaco*. Instituto Nacional Indigenista.
- McMichael, P. (2009). A food regime genealogy. *The Journal of Peasant Studies*, 36(1), 139–169.
- McMichael, P. (2012). The land grab and corporate food regime restructuring. *The Journal of Peasant Studies*, 39(3–4), 681–701.
- Méndez, V. E., Bacon, C. M. & Cohen, R. (2013). Agroecology as a transdisciplinary, participatory, and action-oriented approach. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 37(1), 3–18.
- Mintz S. W. & Du Bois, C. M. (2002). The Anthropology of Food and Eating. *Annual Review of Anthropology*, 31, 99–119.
- Muchnik, J. (ed.) (1996). *Systèmes agroalimentaires localisés (organisations - innovations et développement local): Proposition d'animation scientifique: orientations et perspectives issues de la consultation du Centre de Coopération Internationale en Recherche Agronomique pour le Développement Rural (CIRAD), "Stratégies de recherche dans le domaine de la socio-économie de l'alimentation et des industries agroalimentaires"* (12 avril 1996) N° de rapport: 134/96. Montpellier: CIRAD-SAR.
- Nations, J. D. & Nigh, R. B. (1978). Cattle, Cash, Food, and Forest; The Destruction of the American Tropics and the Lacandon Maya Alternative. *Culture & Agriculture*, 16(6), 1–6.
- Nations, J. D. & Nigh, R. B. (1980). The evolutionary potential of Lacandon Maya sustained-yield tropical forest agriculture. *Journal of Anthropological Research*, 36 (1), 1–30.
- Quintar, E. (2018). Crítica teórica, crítica histórica: las paradojas del decir y del pensar. *Archivos de Ciencias de la Educación*, 12(13), e040.
- Rivera-Núñez, T., Fargher, L. & Nigh, R. (2020). Toward an Historical Agroecology: an academic approach in which time and space matter. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 44(8), 975–1011.
- Sevilla-Guzmán, E. S. (2006). *De la sociología rural a la agroecología* (Vol. 1). Barcelona: Icaria editorial.
- Thompson, J. & Scoones, I. (2009). Addressing the dynamics of agri-food systems: an emerging agenda for social science research. *Environmental Science & Policy*, 12(4), 386–397.
- Toledo, V. M. (2011). La agroecología en Latinoamérica: tres revoluciones, una misma transformación. *Agroecología*, 6, 37–46.
- Warman, A. (1988). *La historia de un bastardo: maíz y capitalismo*. México: UNAM/FCE.
- Weis, A. J. & Weis, T. (2007). *The global food economy: The battle for the future of farming*. Zed Books.
- Wezel, A. & Soldat, V. (2009). A quantitative and qualitative historical analysis of the scientific discipline of agroecology, 7(1), 3–18.
- Wezel, A., Bellon, S., Doré, T., Francis, C., Vallod, D. & David, C. (2009). Agroecology as a science, a movement and a practice. A review. *Agronomy for Sustainable Development*, 29, 503–515.
- Wolf, E. (1972). Ownership and political ecology. *Anthropological Quarterly*, 45(3), 201–205.
- Wolf, E. R. (1955). Types of Latin American peasantry: a preliminary discussion. *American Anthropologist*, 57(3), 452–471.

AGRICULTORES NODALES: EL INTERCAMBIO DE SEMILLAS COMO RESISTENCIA FRENTE A LA PÉRDIDA DE LA AGROBIODIVERSIDAD

Luz P. Llamas-Guzmán^{1} y Elena Lazos-Chavero²*

¹ Posgrado en Ciencias de la Sostenibilidad, Universidad Nacional Autónoma de México; Ciudad de México, México.

² Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, Circuito Maestro Mario de la Cueva s/n Ciudad de la Investigación en Humanidades, Ciudad Universitaria, CP 04510, Coyoacán, Ciudad de México. / lazos@unam.mx

AGRADECIMIENTOS: Agradecemos a Tlacaclael Rivera-Núñez por la oportunidad de participar en este libro. La primera autora agradece al Posgrado en Ciencias de la Sostenibilidad de la Universidad Nacional Autónoma de México, al Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) de la Universidad Nacional Autónoma de México y al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). Agradece a Humberto Peraza Villarreal y Tania Flores Gutiérrez por el apoyo técnico y asistencia en campo. Dedicamos esta investigación a los agricultores de Ixtenco y Huamantla.

FINANCIAMIENTO: Este proyecto fue posible gracias a la beca otorgada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) a Luz Palestina Llamas Guzmán (número de beca 288704) y el proyecto UNAM DGAPA-PAPIIT IN-304519, "Amenazas y vulnerabilidades del campo mexicano: Pérdida de la agrobiodiversidad y de semillas, migración juvenil y cambio climático, coordinado por Elena Lazos Chavero.

RESUMEN: Los agricultores nodales son aquellos que realizan un alto número de intercambios de semillas y, de esta forma, favorecen la conservación de la agrobiodiversidad. El objetivo de este trabajo fue conocer las características de los agricultores nodales de los municipios de San Juan Ixtenco y San Luis Huamantla, Tlaxcala, y sus funciones en la conservación de semillas nativas. Así mismo, se analizó la dinámica del intercambio de semillas para entender si este se configura como forma de resistencia para la conservación de la agrobiodiversidad. En promedio, los agricultores nodales conservaron 6.4 diferentes variedades de maíz, 4.3 variedades diferentes de frijol y siembran una variedad criolla de calabaza.

* Correspondencia: luzllamasg@gmail.com

Llevaron a cabo en promedio 6 intercambios de 4 diferentes variedades de maíz, y 6.6 intercambios de 4.3 variedades de frijol y dos agricultores nodales participan activamente en la feria de semillas local. Los agricultores mantienen las variedades de cultivos tanto para el autoconsumo familiar como para la comercialización. Al realizar un alto número de intercambios de semillas, los agricultores nodales favorecen el movimiento de las diferentes variedades, propiciando de esta manera el flujo genético.

1. INTRODUCCIÓN

Los agricultores han mantenido las diferentes variedades locales de semillas a través de técnicas agrícolas ancestrales y la domesticación de las plantas, procesos que aún en la actualidad continúan (Rindos, 1984; Kato et al., 2009). El intercambio de semillas es una de las estrategias que los agricultores llevan a cabo para poder adquirir, renovar o reemplazar semillas y expresa las relaciones sociales tejidas entre los agricultores (Pautasso et al., 2013; van Niekerk y Wynberg, 2017). Badstue et al. (2003) identifican las siguientes transacciones: intercambio, compra, préstamo, regalo de semilla e incluso obtener semilla sin el conocimiento del proveedor.

Las motivaciones para intercambiar, regalar o comprar semilla son varias: puede ser que los agricultores brinden semilla a las personas que lo necesitan debido a que sienten un compromiso social de responsabilidad (Badstue, 2007), pero, a la vez, representa una opción para obtener algún beneficio económico (Badstue et al., 2006) o la oportunidad de adquirir nuevas variedades (Louette et al., 1997). Los intercambios de semillas se llevan a cabo por medio de las relaciones sociales que tienen los agricultores: entre miembros de la familia, compadres, vecinos, amigos, conocidos o, en el menos frecuente de los casos, con personas que no tienen alguna relación cercana al donante de semilla (Badstue et al., 2003; Badstue et al., 2006; Pautasso et al., 2013). Al realizar un intercambio de semillas surgen acuerdos, se comparten valores entre los agricultores interactuantes como la confianza y el cumplimiento de compromisos, normas y el agricultor renueva constantemente conocimientos (Badstue et al., 2007; Pautasso et al., 2013).

Los agricultores nodales son aquellos que llevan a cabo un alto número de intercambios de semillas en comparación con otros agricultores de la comunidad (Subedi et al., 2003; Subedi et al., 2005). Estos agricultores conservan un gran número de variedades de semillas y se interesan por adquirir nuevos cultivos (Abay et al., 2011). Son reconocidos por sus amplios conocimientos sobre cultivos, por la calidad de las semillas que preservan, por la producción de cultivos de importancia local o de variedades que son poco comunes y tienen la capacidad para poder experimentar con nuevos cultivos (Subedi et al., 2003; Pinedo et al., 2009). Estos agricultores nodales (al llevar a cabo un alto número de intercambios) favorecen el movimiento de las diferentes variedades, propiciando de esta manera el flujo genético (Subedi et al., 2003; Devkota et al., 2014). Empleando el Análisis de Redes Sociales (ARS), diferentes autores han identificado a los agricultores nodales como aquellos que tienen el mayor grado de centralidad en una red de intercambio (Rodier y Struik, 2018; Song et al., 2019; Otieno et al., 2021). Sin embargo, es necesario

llevar a cabo más investigaciones sobre la importancia y las características de los agricultores nodales y comprender su influencia dentro de las redes de intercambio de semillas, debido a que también se ha señalado que hay agricultores que a pesar de ocupar una posición central en las redes, no necesariamente mantienen una alta diversidad, pero son reconocidos como expertos y, por contraste, se dice que la calidad de las variedades manejadas es más importante que un alto número de variedades (Abizaid et al., 2016; Thomas y Caillon, 2016).

Se estima que para el año 2050 la población aumentará a 9.7 millones de personas, por lo que la demanda de los alimentos incrementará, aunado a los problemas ocasionados por el cambio climático (FAO, 2018). Debido a esta situación, las estrategias para la producción de los alimentos resultan ser un asunto crucial y el trabajo de los agricultores nodales es fundamental para asegurar la producción de los alimentos. Las semillas resguardadas por los campesinos son el recurso principal para la producción de los alimentos. Proteger el trabajo que llevan a cabo los agricultores en el campo, por medio de acuerdos que los beneficien (por ejemplo, con pagos justos a la producción y sin intermediarios), fomentar la producción de cultivos por medio de prácticas agroecológicas, así como permitir que los agricultores continúen con su labor de conservación de las semillas nativas y propiciar que mantengan las decisiones sobre qué sembrar, cuándo y cómo hacerlo y con quién intercambiar las semillas permitirá lograr una agricultura sustentable y más justa (Gliessman, 2002; Gliessman, 2015). En este sentido, es pertinente valorar las capacidades que tienen los agricultores nodales y tomar en cuenta el papel que llevan a cabo en la conservación e intercambio de semillas en las comunidades (Subedi et al., 2003).

La investigación se llevó a cabo en los municipios de San Juan Ixtenco (Ixtenco) y San Luis Huamantla (Huamantla), ubicados en el estado de Tlaxcala, lugares donde los agricultores conservan diferentes variedades de maíz, frijol y una variedad nativa de calabaza. En estos municipios se detectaron a los agricultores nodales de las redes de intercambio de semillas de maíz, frijol y calabaza, como aquellos agricultores que llevaron a cabo cuatro o más intercambios de semillas de tres o más variedades diferentes. El análisis de los intercambios de semillas abarcó un lapso de cinco años (2015–2019) (Llamas-Guzmán et al., 2022). En la red de maíz se localizaron cinco agricultores nodales, en la red de frijol tres agricultores nodales y en la red de calabaza no se identificó a ningún agricultor nodal. El presente trabajo pretende profundizar en las siguientes preguntas de investigación: ¿quiénes son los agricultores nodales?, ¿son importantes en la conservación de la agrobiodiversidad?, ¿podemos hablar del intercambio de semillas como mecanismo de resistencia frente a la pérdida de agrobiodiversidad?

El objetivo de este trabajo es conocer las características de los agricultores nodales y sus funciones en la conservación de semillas nativas. Nos interesa analizar la estructuración y la dinámica del intercambio entre los agricultores nodales para entender si el intercambio se configura como forma de resistencia para la conservación de la agrobiodiversidad. La hipótesis de trabajo que guía este trabajo es que los agricultores nodales son actores clave en la red de intercambio de semillas para

el mantenimiento de la agrobiodiversidad, debido a que conservan e intercambian un alto número de variedades nativas y mantienen el flujo de las semillas en la comunidad.

2. METODOLOGÍA

2.1. Zona de estudio

El estado de Tlaxcala tiene un clima templado subhúmedo con una temperatura promedio de 14 °C y precipitación media anual de 800 mm con lluvias en verano (INEGI, 2017). La producción es principalmente de temporal y los problemas asociados a la producción agrícola son las sequías y heladas (Sánchez-Morales et al., 2014). Las razas de maíz (*Zea mays L.*) registradas para este estado pertenecen al grupo racial cónico entre los cuales se encuentran el maíz chalqueño, cónico, elotes cónicos y cacahuacintle. Este grupo racial se distribuye en regiones elevadas, entre 2000 y 2800 m.s.n.m. (CONABIO, 2022). En el caso del cultivo de frijol, se registró la presencia del frijol común (*Phaseolus vulgaris L.*) y el frijol ayocote (*Phaseolus coccineus L.*). Para la calabaza, la especie registrada es *Cucurbita pepo L.* (Lira et al., 1998; Espinosa-Pérez et al., 2015).

Los municipios de Ixtenco y Huamantla se encuentran ubicados al oriente del estado y cercanos al volcán La Malinche (figura 1). En el municipio de Ixtenco viven 7,504 habitantes (3,622 hombres y 3,882 mujeres) en 1,970 viviendas, existe un solo ejido con una superficie actual del núcleo de 5,917 hectáreas y 1,777 ejidatarios (RAN, 2021; INEGI, 2022a). Desde 2011, se lleva a cabo la feria anual de semillas conocida como “Fiesta del maíz”, en la cual los productores del municipio participan vendiendo tanto grano como semillas de maíz, frijol y calabaza. El municipio de Huamantla cuenta con 98,764 habitantes (47,761 hombres y 51,003 mujeres) y 23,989 viviendas distribuidas en 24 ejidos (RAN, 2021; INEGI, 2022b). En este municipio se seleccionaron dos ejidos, el ejido de San Luis Huamantla, con una superficie de 4,826 hectáreas y 1,946 ejidatarios, y el ejido de Zaragoza, con una superficie de 1,022 hectáreas y 322 ejidatarios (RAN, 2021).

2.2. Trabajo de campo con los agricultores nodales

El primer contacto con los agricultores de Ixtenco fue a través del coordinador de la “Fiesta del maíz” y los agricultores participantes en esta feria. En el caso de Huamantla, el contacto fue a través de las autoridades ejidales. Durante 2019, en Ixtenco y Huamantla se aplicó un cuestionario extenso a los agricultores nodales: 3 agricultores y 3 agricultoras en Ixtenco y un agricultor en Huamantla. Los temas de la encuesta abarcaron los siguientes ejes de análisis: a) información de la parcela (superficie, ubicación y problemas productivos); b) información de las semillas de maíz, frijol y calabaza (número de variedades sembradas por cada agricultor); c) intercambio de semillas de maíz, frijol y calabaza (con quién o quiénes intercambió semillas) durante el lapso de los últimos cinco años (2015–2019); d) selección

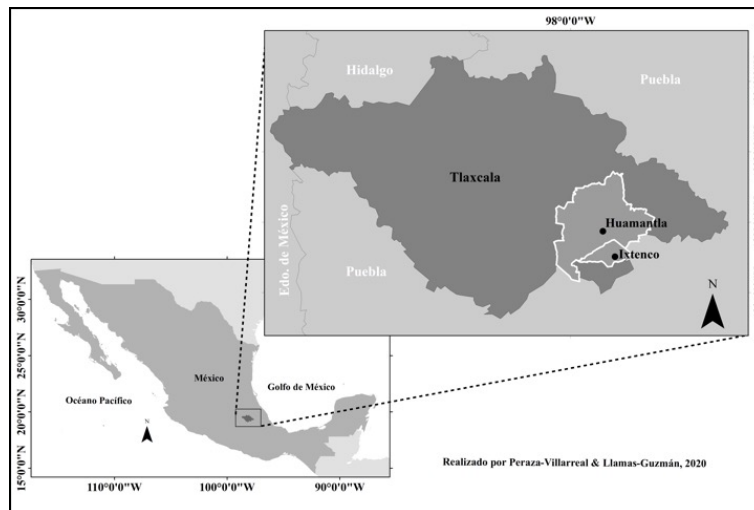


Figura 1: Estado de Tlaxcala y localización de los municipios de Ixtenco y Huamantla.

de semillas (características importantes al seleccionar las semillas); e) venta de semilla (lugar, cantidad y variedades vendidas); f) participación de las mujeres en la selección de semillas y actividades en el campo; y g) participación y opinión sobre la feria de semillas.

Para el estudio de los intercambios de semillas se utilizó el Análisis de Redes Sociales (ARS), metodología que permite detectar a los agricultores nodales de las redes de intercambio (Calvet-Mir y Salpeteur, 2016). Por medio de este análisis se conoce la dirección del intercambio, el tipo de flujos dentro o fuera de la comunidad y las variedades intercambiadas con mayor o menor frecuencia entre los agricultores (Abay et al., 2011; Devkota et al., 2014; Rodier y Struik, 2018; Song et al., 2019). Para el desarrollo de este estudio, partimos del trabajo realizado por Llamas-Guzmán et al. (2022), en el cual los agricultores nodales fueron identificados como aquellos que llevaron a cabo cuatro o más intercambios de semillas (agricultores con alto grado de salida dentro de la red), de tres o más variedades diferentes. En particular, el grado de salida se interpretó como el número de veces que un agricultor dio semilla a otro agricultor y el grado de entrada como el número de veces que un agricultor recibió semillas de otro agricultor. Con base en estos criterios, en la red de maíz se localizaron cinco agricultores nodales, cuatro de ellos de Ixtenco (tres hombres y una mujer) y uno de Huamantla (un hombre). En la red de frijol se detectaron tres agricultores nodales, todos ellos de Ixtenco (dos mujeres y un hombre) y en la red de calabaza no se identificó a ningún agricultor nodal. A continuación se detallan las características y funciones de los agricultores nodales identificados.

3. RESULTADOS

3.1. *Características y funciones de los agricultores nodales para conservar las semillas nativas*

El número de agricultores nodales detectados en Ixtenco fue de seis (tres mujeres y tres hombres) y en Huamantla únicamente un agricultor. Los agricultores nodales tienen una edad promedio de 46 años (rango de edad de 24 a 73 años). Todos tienen parcela propia con una superficie promedio de 3.6 hectáreas. Se dedican al campo, aunque también llevan a cabo otras actividades para obtener ingresos, entre las que se encuentran: albañilería, herrería y elaboración de artesanías. Con su producción, elaboran alimentos a base de maíz para la venta (como tortillas y harinas para atole) y venden tanto el grano como la semilla de los cultivos producidos.

Los agricultores nodales han conservado diferentes variedades de maíz, frijol y calabaza desde hace treinta hasta sesenta años. Son semillas que han heredado de sus familiares y año con año las han sembrado, manteniéndolas hasta la actualidad. Preservar las semillas es un trabajo en el cual todos los miembros de la familia se involucran y participan de forma activa. Estos agricultores mencionaron que desde niños trabajaban en el campo, lo que les permitió adquirir los conocimientos sobre las semillas.

La venimos conservando (la semilla), al menos yo ya tengo la edad de cuarenta y ocho años, más a parte mi papá, yo creo que ¡huy! mínimo, mínimo unos sesenta años. Se ha venido pasando de generación en generación.

(Agricultor nodal de Ixtenco, 48 años)

Desde que empecé con mi papá hemos siempre sembrado esas semillas [...] más o menos desde hace treinta años, todo el tiempo estuve trabajando con él, trabajando en el campo [...] él ya venía sembrando esas semillas.

(Agricultor nodal de Huamantla, 43 años)

Desde que tengo uso de razón digamos que, desde nueve, diez años, yo conozco esa semilla, porque mis papás, mis abuelos, eran productores de maíz, entonces de allí yo fui aprendiendo y claro que estudiamos, pero también le entrábamos a las actividades de campo y de allí va uno conociendo los conocimientos que tenían los abuelos, los papás y de allí uno mismo va aprendiendo a seleccionar la semilla. Desde los nueve, diez años yo conozco, por ejemplo, la semilla del maíz blanco que es lo común que se sembraba acá y en tiempo más atrás digamos, pues igual los abuelitos seguían sembrando azul, negro, crema, rosa, ya años conociendo la semilla.

(Agricultor nodal de Ixtenco, 44 años)

Una de las agricultoras nodales nos comenta que para no perder las variedades de colores del maíz, su suegra (quien a su vez mantenía las semillas heredadas), sembraba cinco surcos de cada color de maíz.

Son de la familia [...] esas semillas nos las heredó mi suegra, son herencia, todas [...] mi suegra decía que ya los tenía su suegro, es herencia de muchísimos años porque ellos ya los tenían. Mi suegra no sembraba mucho, pero sembraba de cinco surcos de cada color de maíz, para no perder la semilla, todo el tiempo [...] Dice que su

suegro ya los tenía y cuando ella llegó, aquí se casó, él ya tenía todas esas variedades de maíz.

(Agricultora nodal de Ixtenco, 39 años)

Actualmente, los siete agricultores nodales siembran maíz, seis siembran frijol y calabaza y solo tres siembran otros cultivos, entre los cuales se encuentra el haba y el alverjón (figura 2).



Figura 2: Variedades de maíz (a), calabaza (b) y frijol (c) sembradas por los agricultores nodales.

En promedio, los agricultores nodales conservan 6.4 diferentes variedades de maíz y 4.3 variedades diferentes de frijol. Las variedades de maíz que conservan los agricultores nodales son: blanco, azul, negro, amarillo, cacahuacintle, xocoyul, crema, rojo, arrocillo palomero, sangre de cristo y ajo (tabla 1). Las variedades de frijol conservadas son: negro, amarillo, bayo, mantequilla, parraleño, morado, pinto y ojo de liebre. En relación con la calabaza, únicamente hay presencia de una variedad, conocida localmente como “calabaza criolla” (tabla 1).

Los agricultores nodales mantienen las diferentes variedades porque constituyen la base del autoconsumo familiar y, además, la comercialización (en forma de grano) representa un ingreso económico importante. En el caso del maíz, se elaboran tortillas, harinas para atole y se utiliza como alimento para los animales.

Digamos en cuestión de alimento, pues todos los maíces son buenos porque todos juegan un papel importante en la nutrición, lo podemos utilizar para el alimento del

Tabla 1: Variedades de maíz, frijol y calabaza que conservan los agricultores nodales de Ixtenco y Huamantla (n=7).

Variedad de maíz	Número de agricultores nodales que conserva la variedad de maíz	Razones dadas por los agricultores nodales para sembrar las variedades de maíz
Blanco	7 (100%)	Venta, apreciada por el peso, el tamaño y el color de mazorcas. Autoconsumo familiar y elaboración de tortillas.
Azul	6 (85.71%)	Venta, apreciada por el color y aspecto de la mazorca. Autoconsumo familiar.
Negro	6 (85.71%)	Apreciada por el rápido crecimiento de la planta, el tamaño y el color de la mazorca que le da el color morado al atole tradicional.
Amarillo	5 (71.42%)	Venta y consumo para los animales. Apreciada por el color y peso de la mazorca.
Cacahuacintle	4 (57.14%)	Venta, elaboración de totillas, tamales y pozole. Autoconsumo familiar.
Xocoyul	4 (57.14%)	Elaboración de atole y tortillas. Apreciada por el color de la mazorca y autoconsumo familiar.
Crema	2 (28.57%)	Venta y autoconsumo familiar.
Rojo	2 (28.57%)	Venta y autoconsumo familiar.
Arrocillo palomero	2 (28.57%)	Venta y autoconsumo familiar.
Sangre de cristo	1 (14.28%)	Venta y autoconsumo familiar.
Ajo	1 (14.28%)	Venta y autoconsumo familiar.
Variedad de frijol	Número de agricultores nodales que conserva la variedad de frijol	Razones dadas por los agricultores nodales para sembrar las variedades de frijol
Negro	5 (71.42%)	Venta, rápida cocción y color de semilla.
Amarillo	5 (71.42%)	Venta, rápida cocción y color de semilla.
Bayo	4 (57.14%)	Venta, rápida cocción y color de semilla.
Mantequilla	4 (57.14%)	Venta, semilla más grande en comparación con otras variedades de frijol. Fácil de limpiar y color de semilla.
Parraleño	1 (14.28%)	Venta y rápida cocción.
Morado	1 (14.28%)	Venta y color de semilla.
Pinto	1 (14.28%)	Venta.
Ojo de liebre	1 (14.28%)	Venta y rápida cocción.
Variedad de calabaza	Número de agricultores nodales que conserva la variedad de calabaza	Razones dadas por los agricultores nodales para sembrar la calabaza
criolla	6 (85.71%)	Venta, semilla grande, color de semilla y productividad.

ganado, como lo podemos utilizar para tortilla, tienen el mismo uso, acá optamos más por el blanco y el azul para lo que es la tortilla.

(Agricultor nodal de Huamantla, 44 años)

Los agricultores nodales de Ixtenco y Huamantla llevan a cabo una serie de funciones para no perder la semilla, una de éstas es la selección cuidadosa de las características (morfológicas, color) de las semillas. En este estudio todos los agricultores nodales mencionaron que seleccionan las semillas (maíz, frijol y calabaza) que siembran para cultivar con base en particularidades morfológicas (tabla 2).

Tabla 2: Características consideradas en la selección de semillas de maíz, frijol y calabaza por los agricultores nodales.

Atributo de selección maíz	Descripción del atributo
Tamaño mazorca o semilla	Semilla y mazorca grande
Mazorca	Mazorca con hileras bien formadas, punta de mazorca completa, selección de la parte central de la mazorca y olote delgado
Peso semilla	Grano que no esté bofo (picado, que no esté lleno)
Color	Color que presente la semilla o la mazorca. Por ejemplo, las semillas o mazorcas que tengan alguna tonalidad de color que llame la atención del agricultor
Calidad semilla	Semilla no podrida, sin plagas, sin manchas
Atributo de selección frijol	Descripción del atributo
Tamaño semilla	Semilla grande
Color	Color que presente la semilla de frijol. Por ejemplo, semillas con una tonalidad uniforme
Calidad semilla	Semilla no apollada, sin manchas y sin malformaciones
Atributo de selección calabaza	Descripción del atributo
Tamaño semilla	Semilla grande y que la semilla este bien formada
Color	Color que presente la semilla de calabaza. Por ejemplo, semillas con una tonalidad uniforme

La selección se lleva a cabo principalmente en el hogar de los agricultores. Sin embargo, algunos mencionaron que si alguna característica de la planta o de la mazorca llama su atención, la selección se lleva a cabo directamente en el campo, aunque es una práctica poco frecuente y ha dejado de realizarse.

Aquí en la casa o en el campo. Por ejemplo, estamos pizcando y me gusta una mazorca ¡ay mira esta mazorquita esta bonita! la guardo.

(Agricultora nodal de Ixtenco, 73 años)

Lo que nosotros ya perdimos era lo que hacían nuestros abuelitos. Desde que estaba la mazorca ellos seleccionaban, veían la planta sana, la mejor, hoja grande. Pero eso ya le estoy hablando de más de setenta, ochenta años. Entonces seleccionaban mazorcas desde el campo.

(Agricultor nodal de Ixtenco, 48 años)

En el caso del maíz, las cualidades importantes para la selección de semillas son el tamaño de la semilla y de la mazorca, peso, color y calidad de la semilla (tabla 2 y figura 3).

La mazorca para semilla debe de tener las hileras bien derechitas y la semilla no debe ser de maíz boludo sino como derechito, como larguito [...] y la característica principal que debe ser una mazorca grande y que tenga las hileras derechitas.

(Agricultora nodal de Ixtenco, 50 años)

Las características importantes para la selección de semillas del frijol son el tamaño de semilla, el color y la calidad de la semilla. Mientras que, en el caso de la calabaza, las características importantes son el tamaño de semilla y el color (tabla 2).



Figura 3: Selección de semillas por parte de los agricultores nodales.

Digamos que su tamaño (del frijol), el tamaño y que esté libre a lo mejor de manchas o que tenga malformaciones de esa forma ahora escogemos, selecciona uno la semilla, la mejor.

(Agricultor nodal de Ixtenco, 44 años)

Seleccionamos las calabazas más grandes y nos fijamos que sean pepitas igual grandes, o sea que la semilla sea algo grande también. Algunas nos han salido pintas y blancas, entonces, pues esas también las seleccionamos, las que son como de dos colores, blancas y verdes, y hay unas que son totalmente blancas y entonces esas también, igual las seleccionamos como semilla.

(Agricultor nodal de Ixtenco, 24 años)

Otra de las funciones de los agricultores nodales es experimentar para obtener nuevos colores de semillas o adquirir nuevas variedades, las cuales pasan a formar parte del acervo familiar. Por medio de la experimentación y selección cuidadosa, los agricultores nodales han logrado obtener los llamados “maíces multicolor” empleados principalmente para decoración. Para otras variedades, se ha recurrido a bancos de semillas regionales. El maíz arrocillo palomero se adquirió a través del banco de semillas del municipio Vicente Guerrero. Este banco de semillas entregó $\frac{1}{4}$ de kilo de semilla de arrocillo palomero y los agricultores se comprometieron a regresar 1 kilo de la misma variedad (figura 4).

Nosotros hemos trabajado unos cinco, seis años, en una selección de maíces multicolor, nos piden mucho los maíces multicolor para decoración [...] entonces hicimos el experimento de combinarlos todos y sembrarlos juntos.

(Agricultor nodal de Ixtenco, 24 años)

El que adquirí fue el arrocillo, hace un año, fue el que nos dieron del banco de semillas de Vicente Guerrero. Este año lo tengo que entregar otra vez al banco, me dieron un cuarto de semilla y voy a regresar un kilo porque así fue la condición.

(Agricultora nodal de Ixtenco, 39 años)

3.2. Dinámica de los intercambios de semillas de los agricultores nodales

La motivación principal para intercambiar semillas entre personas de la misma localidad, municipios o estados aledaños, es volver a obtener semillas que se pier-

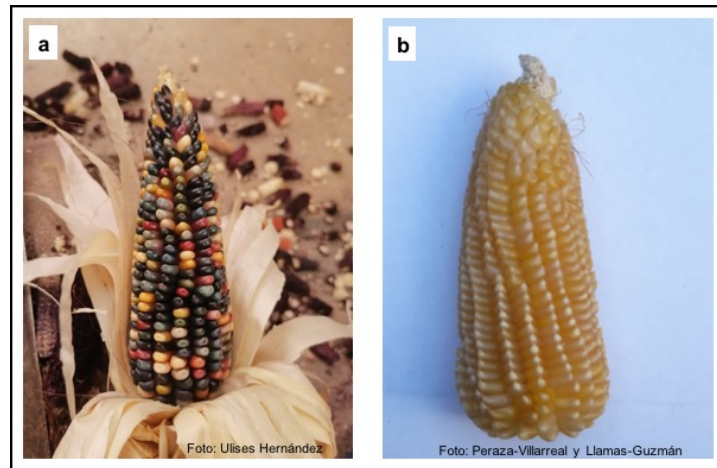


Figura 4: Maíz “multicolor” (a) y maíz arrocillo palomero (b). Mazorcas de los agricultores Ulises Hernández y Ana Lilia García.

den debido a heladas y sequías. Estos fenómenos climáticos son recurrentes en la región y los agricultores se ven en la necesidad de buscar semilla para reponerla y volver a sembrarla. También, hay agricultores que recuperan cultivos, principalmente frijol y calabaza, y buscan la semilla para volver a sembrarlos. Además, si un agricultor observa alguna característica que le llame la atención (por ejemplo, mazorca grande) busca intercambiar la semilla. Estos agricultores nodales comparten la semilla debido a que sienten un compromiso social con las personas que llegan a necesitarla.

Hace un par de años que heló un poco y prácticamente hay personas que perdieron su cosecha, y digamos, hay personas que andan buscando la semilla, vecinos o amigos, entonces preguntan: ¿qué no tienes semilla? No pues sí tengo un poco, no pues, necesito unos 50 kg, 40 kg entonces, como yo escojo de más, si alguna persona necesita o no tiene ese maíz y quiere sembrarlo, pues opto por venderle a lo mejor unos 10 kg o 15 kg o un bulto. Mi maíz se ha ido, digamos de 15-20 kg, se ha ido a la ciudad de Puebla, a Tlaxcala. Viene la gente. No somos las personas que decimos ‘sabes, tengo mi maíz, pero no lo vendo porque es mío’ porque hay personas que sí lo hacen, pero nosotros no, no somos así. Digamos que estamos abiertos al desarrollo, a lo que se refiere el campo.

(Agricultor nodal de Huamantla, 44 años)

Los agricultores nodales, en el periodo que comprende de 2015–2019, llevaron a cabo en promedio 6 intercambios de 4 diferentes variedades de maíz. Todos los agricultores nodales brindaron de su semilla a otras personas y únicamente un agricultor nodal, de Ixtenco, adquirió semilla de maíz negro y azul. Las variedades de maíz amarillo, negro y blanco fueron las más intercambiadas y estos intercambios fueron más frecuentes entre conocidos y amigos (tabla 3).

Tabla 3: Número de intercambios realizados por variedad de maíz entre agricultores nodales de Ixtenco (I) y Huamantla (H).

Variedad maíz	Total intercambios por variedad	Número de agricultores nodales que intercambiaron la variedad	Localidad	Número de intercambios por variedad	Número de agricultores nodales que dieron la variedad (grado de salida)	Número de agricultores nodales que recibieron la variedad (grado de entrada)	Número de intercambios entre diferentes actores				
							Familiares	Amigos	Véctinos	Conocidos	No conoce a la persona
Amarillo	7	4	I	4	3	0	1	1	-	1	1
			H	3	1	0	-	-	-	3	-
Negro	7	4	I	4	3	1	1	2	-	-	1
			H	3	1	0	-	-	-	3	-
Blanco	6	3	I	3	2	0	-	-	-	2	1
			H	3	1	0	-	-	-	3	-
Azul	5	4	I	5	4	1	-	3	-	1	1
			H	-	-	0	-	-	-	-	-
Cacahuacintle	2	2	I	2	2	0	1	1	-	-	-
			H	-	-	0	-	-	-	-	-
Rojo	1	1	I	1	1	0	-	1	-	-	-
			H	-	-	0	-	-	-	-	-
Ajo o tunicado	1	1	I	1	1	0	1	-	-	-	-
			H	-	-	0	-	-	-	-	-
Palomero	1	1	I	1	1	0	-	1	-	-	-
			H	-	-	0	-	-	-	-	-
	Total Ixtenco		I	21	4	1	4	9	-	4	4
	Total Huamantla		H	9	1	0	-	-	-	9	-
	Total		I-H	30	5	1	4	9	-	13	4

Con relación al cultivo de frijol, en el periodo 2015–2019, los agricultores llevaron a cabo, en promedio 6.6 intercambios de 4.3 diferentes variedades de frijol. Al igual que en el cultivo de maíz, todos los agricultores nodales brindaron de su semilla de frijol a otras personas y únicamente un agricultor nodal, de Ixtenco, recibió semilla de frijol negro. La variedad de frijol negro, amarillo y bayo fueron las más intercambiadas y estos intercambios fueron principalmente entre conocidos y familiares (tabla 4).

Tabla 4: Número de intercambios realizados por variedad de frijol entre agricultores nodales de Ixtenco (I).

Variedad frijol	Total intercambios por variedad	Número de agricultores nodales que intercambiaron la variedad	Localidad	Número de agricultores nodales que dieron la variedad (grado de salida)	Número de agricultores nodales que recibieron la variedad (grado de entrada)	Número de intercambios entre diferentes actores				
						Familiares	Amigos	Véctinos	Conocidos	No conoce a la persona
Negro	5	3	I	3	1	2	-	-	3	-
Amarillo	4	2	I	2	0	1	-	-	2	1
Bayo	4	3	I	3	0	2	-	-	2	-
Mantequilla	3	2	I	2	0	2	-	-	1	-
Parraleno	2	1	I	1	0	1	-	-	1	-
Ojo de liebre	1	1	I	1	0	-	-	-	1	-
Pinto	1	1	I	1	0	1	-	-	-	-
Total Ixtenco	20	3	I	3	1	9	-	-	10	1

En el caso del cultivo de calabaza, en el periodo 2015–2019, únicamente se registraron tres intercambios de este cultivo de dos agricultores nodales. El cultivo de la

calabaza ha disminuido debido a que algunos agricultores se ven en la necesidad de fumigar las parcelas, lo cual impide el crecimiento de la calabaza.

Muchos ya no la siembran. Como fumigamos, ya no nos da el tiempo de hacer las labores manuales totalmente, tiende uno a fumigar y dice uno: si yo fui a fumigar, porqué siembro calabaza. Entre cinco productores, a lo mejor dos son los que van a sembrar calabaza y los otros tres, pues nada.

(Agricultor nodal de Ixtenco, 44 años)

Los agricultores nodales también intercambian semillas cuando buscan renovar semilla “vieja por nueva”, estrategia que favorece el rendimiento del cultivo. A la par del intercambio de semillas, estos agricultores también han mantenido, a lo largo de los años y generación tras generación, estrategias de conservación para no perder la semilla como guardar una parte de la cosecha, ya sea algunos meses o años, y el movimiento de la semilla entre diferentes pisos agrícolas, esto es, sembrar un año en las parcelas de zonas altas y el siguiente año en las zonas bajas.

Vamos guardando dos años, un año antes para que esa semilla no la vayamos perdiendo [...] es poca, unos 70 kg (guarda de cada variedad de maíz) [...] Mi papá hacía eso, cambia las semillas por otras, y se daba un poco mejor, como es cambio de la semilla se daba mejor, si los cambiaba con otros señores las semillas. Yo apenas, no tiene mucho que falleció mi papá, pero yo pienso hacer igual, el recambio de la semilla [...] Aquí tenemos la creencia de que el cambio de semilla como que se da mejor [...] Nosotros vamos cambiando la semilla con los vecinos y así se da un poco mejor, de que es cambio de semilla.

(Agricultor nodal de Huamantla, 43 años)

Otro aspecto a considerar es la feria de semillas del municipio de Ixtenco, la cual permite a los agricultores de la región adquirir semilla, intercambiar variedades y saberes, debido a las pláticas que se presentan, en donde los agricultores pueden participar hablando sobre su experiencia en el campo (figura 5). Se detectó que dos de los siete agricultores nodales forman parte de esta feria de semillas. La productora nodal que forma parte de esta feria lleva participando desde su primera edición y fue por invitación del coordinador de la fiesta de semillas, debido a que la familia de la agricultora conserva una alta variedad de semillas. Esta agricultora nodal ha proporcionado semilla a personas que han perdido semilla por sequía. Además, participar en esta feria le brinda la oportunidad de vender los productos que elabora con el maíz, el frijol y la calabaza.

Gente que me ha visto en la “Fiesta del maíz”, me han pedido mi número y me han buscado (para adquirir semilla). Como ahorita que no llovió, mucha gente vino [...] Tenemos mucho maíz, sembramos maíz, sembramos frijol, haba, calabaza [...] En la “Feria del maíz” hice tortillas de todos los colores y las vendí bien [...] Primero voy a la feria de semillas de Vicente Guerrero y después 15 días, ya es la de acá [...] Preparo dulce de calabaza, chilacayote, pepitas huesito, preparo todo eso [...] todos los años he participado desde que inició.

(Agricultora nodal de Ixtenco, 39 años)



Figura 5: Feria de semillas en el municipio de Ixtenco.

Viene mucha gente que te pregunta, que no conoce el maíz, entonces me gusta intercambiar esas pláticas con ellos, decirles que desde cuando existe, que es de los mexicanos, que no lo valoramos [...] ese intercambio de conocimientos [...] La convivencia que hay alrededor del maíz, la importancia de que sigamos sembrando nuestros maíces nativos y que no optemos por un maíz híbrido o un maíz transgénico [...] lo importante es conservar nuestra semilla, lo importante es hacer milpa.

(Agricultor nodal de Ixtenco, 24 años)

Estos agricultores nodales, a pesar de las adversidades ambientales o falta de apoyos económicos, continúan preservando las diferentes variedades, debido a que se resisten a perder la semilla que la familia ha mantenido a lo largo de los años.

No es que sea uno pesimista, pero tiende a pasar. Ahorita, los que estamos sembrando, somos los que nos estamos resistiendo a hacer producir el campo, somos los que nos resistimos a no dejar que se pierdan los maíces y que no se deje de sembrar la tierra, o sea, que seguir haciéndola producir, pero ¿cuál es el detalle? Que nos faltan recursos, recursos para solventar los gastos de lo que nos va generando el transcurso de las labores, el trabajo y es lo que nos detiene un poco, porque uno quisiera hacer más, pero sin recursos es complicado, es difícil.

(Agricultor nodal de Huamantla, 44 años)

Además, las semillas que cultivan representan el soporte de la alimentación familiar y, por tanto, una de las bases para lograr la soberanía alimentaria.

Es importante seguir conservándolos más que nada por la soberanía alimentaria, porque últimamente estamos acostumbrados a comprar en el super y bueno hacer milpa te garantiza, pues no nada más es sembrar frijol, ayocote y calabaza, puedes implementar otras plantas allí, poner otras plantas en una milpa y entonces tú mismo puedes ir a cosechar tus frutos, tu comida. Entonces para mí es importante seguir conservando todos estos maíces porque tienen diferentes características. Todos tienen diferentes formas, diferente sabor se podría decir y entonces para mí es importante conservarlos todos para conocerlos, para no perderlos.

(Agricultor nodal de Ixtenco, 24 años)

4. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Los agricultores nodales intercambian y conservan una alta diversidad de semillas, en promedio mantiene 6.4 diferentes variedades de maíz y 4.3 variedades diferentes de frijol y seis de los siete nodales identificados, siembran el cultivo de calabaza. Estos agricultores nodales están preservando aproximadamente el doble de variedades de maíz y de frijol en comparación con los agricultores de las mismas comunidades que formaron parte del estudio, ya que en promedio los agricultores participantes (100 agricultores) tienen 3.17 variedades de maíz y 1.46 variedades de frijol (Llamas-Guzmán et al., 2022). Además, los agricultores nodales llevan a cabo en promedio 6 intercambios de 4 variedades de maíz y 6.6 intercambios de 4.3 variedades de frijol y realizan una selección altamente cuidadosa de las diferentes características de las semillas.

Diferentes estudios han identificado a los agricultores nodales como aquellos que ocupan una posición central en la red de intercambio (Rodier y Struik, 2018; Song et al., 2019; Otieno et al., 2021). En este trabajo, los agricultores nodales fueron aquellos que tuvieron un alto grado de salida, esto es, fueron agricultores que realizaron un alto número de intercambios aunado a que conservan una alta diversidad de variedades (ver tabla 1, 3 y 4). Sin embargo, el debate sobre quiénes son los agricultores nodales queda abierto, debido a que hay estudios que han señalado que los agricultores que ocupan una posición central en las redes de intercambio, no necesariamente tienen una mayor diversidad de semillas. Por ejemplo, Abizaid et al. (2016) encontraron que los agricultores centrales, los principales donantes de semillas, no fueron aquellos agricultores que tenían los huertos familiares más diversos, sino aquellos que son reconocidos como expertos y que mantienen una diversidad relativa, pero no excepcional. Por su parte, Thomas y Caillon (2016) encontraron: que el estatus social de los agricultores tuvo una alta influencia en el intercambio de plantas que tienen un alto valor biocultural, y que la calidad de las variedades manejadas por los agricultores es más importante que el número de variedades. Es este sentido, es importante continuar con más trabajos enfocados en describir el papel de los agricultores nodales y de los diferentes actores interactuantes dentro de una red de intercambio de semillas (Abizaid et al., 2016).

En este estudio, los agricultores nodales, junto con los diferentes miembros de la familia, desempeñan un papel importante en la preservación de las variedades. A lo largo de los años y generación tras generación, los conocimientos, las técnicas y cuidados de las semillas han pasado de padres a hijos, continuando de esta manera el legado de mantener los cultivos en la familia. Debido a que las redes de intercambio son altamente dinámicas a lo largo del tiempo, es decir, dado que algunos agricultores nodales pueden dejar de serlo, surgir nuevos nodales o se adquieren nuevas semillas dependiendo de las condiciones ambientales, es necesario llevar a cabo estudios sobre el cambio en las redes de intercambio tomando en cuenta diferentes ciclos agrícolas (Violon et al., 2016).

Para los agricultores nodales identificados en este trabajo, conservar las semillas representa el sustento familiar y obtener un beneficio económico por medio

de la comercialización del grano y de la semilla. Se identificó que todos los agricultores nodales siembran maíz. En particular, la variedad de maíz blanco, la cual tiene un amplio mercado, se puede vender en forma de grano para la elaboración de tortillas y harina para atole. Los intermediarios (locales y foráneos) compran el grano del maíz blanco a un precio que oscila entre los \$ 4 y \$ 5 pesos por kilogramo. En el municipio de Huamantla existen tiendas enfocadas exclusivamente en la compra-venta del grano de esta variedad. En los últimos años, el mercado ha impulsado la siembra de las variedades de colores, como el maíz azul que se comercializa para la elaboración de tortillas o harinas. La comercialización de estas variedades abarca el comercio local, se dirige hacia municipios aledaños e incluso a sitios como Puebla y la Ciudad de México.

En las comunidades hay ciertas variedades que se conservan por su alto valor cultural (Pérez et al., 2017; Llanos y Santacruz de León, 2018). En los sitios de estudio, y en particular en Ixtenco, las variedades de maíz negro, xocoyul y ajo son preservadas porque tienen un fuerte arraigo entre los pobladores. Por ejemplo, únicamente con la variedad de maíz negro se elabora la bebida tradicional llamada "atole agrio", la cual está presente en las principales festividades de Ixtenco y el nombre de este municipio proviene de la lengua otomí que significa "lugar del atole agrio" (Cajero, 2009). En el caso del maíz ajo, la mazorca es apreciada por su forma, debido a que cada una de las semillas se encuentra envuelta en una bráctea, por lo que el aspecto de la mazorca le confiere un aspecto en forma de ajo (Trueba y Turrent, 2015; Sangermán-Jarquín et al., 2018).

El intercambio entre agricultores propicia el flujo genético de las semillas (Louette et al., 1997; Bellon et al., 2015). Los agricultores nodales llevaron a cabo, en promedio, 6 intercambios de 4 variedades de maíz y 6.6 intercambios de 4.3 variedades de frijol y para el cultivo de calabaza únicamente tres intercambios. Si estos intercambios de semillas se interrumpieran, se detendría el flujo genético. Además, habría una recomposición de las relaciones sociales, los compromisos y los acuerdos entre los actores interactuantes, y las redes de intercambio se fragmentarían, por lo que buscar la semilla requerida sería complicado. Por ejemplo, los agricultores de los municipios de estudio buscan semillas para hacer cambio de "semilla vieja por nueva" y este recambio ocurre cada 2-3 años. Además, esta zona es afectada por heladas y sequías, por lo cual, si se llega a perder o reducir la cosecha, los campesinos se ven en la necesidad de buscar semilla para volver a sembrar y recuperar el cultivo. Debido a estas situaciones es crucial mantener las redes de intercambio entre agricultores para poder acceder con facilidad a la semilla.

Cabe destacar que a pesar de la importancia que tienen los cultivos para los agricultores nodales identificados, todos llevan a cabo otras actividades complementarias para poder subsistir. En este sentido, los agricultores necesitan tener las condiciones adecuadas para que continúen con su labor de conservadores de la diversidad. Sería importante involucrar a los agricultores nodales en programas de conservación de los cultivos nativos, así mismo, brindarles un reconocimiento como una forma de revalorar su labor de preservación de los cultivos locales.

En cada ciclo agrícola los agricultores seleccionan ciertos atributos de las plantas, actividad que además involucra la experimentación, el conocimiento, la experiencia y la curiosidad de los agricultores (Bellon y Brush, 1994; Bellon et al., 2003; Lope-Alzina, 2007). En los municipios de estudio, los agricultores nodales llevan a cabo la selección de semillas en el hogar y es una actividad en la cual los agricultores invierten una alta cantidad de tiempo y los diferentes miembros de la familia se involucran. Los agricultores nodales toman especial importancia en la selección del color y el tamaño de las semillas del maíz, frijol y calabaza. Por ejemplo, en el caso del color, los agricultores nodales han seleccionado a lo largo de diferentes ciclos agrícolas este atributo para poder obtener un color, ya sea más oscuro o claro de la semilla. Cabe mencionar que la selección en campo es poco frecuente e incluso este tipo de selección se ha perdido debido al tiempo limitado que tienen los agricultores nodales para poder recoger la cosecha. Sin embargo, retomar la selección desde la parcela, e incluso llevar a cabo técnicas como el mejoramiento participativo, podrían ser prácticas para mejorar algunas de las características de las plantas como el rendimiento, la resistencia a ciertas plagas o a la sequía (Aragón y Sánchez, 2019).

Esta investigación muestra el trabajo que llevan a cabo siete agricultores nodales en relación a la conservación de las semillas. En particular, en el caso de las mujeres campesinas, estudios previos han mostrado que llevan a cabo un papel crucial en la conservación de las semillas (Lope-Alzina, 2007). Otieno et al. (2021) han señalado la importancia de las mujeres nodales en las redes de intercambio y en la conservación de semillas debido a que las mujeres de la región de estudio (Kenia, Tanzania y Uganda) tuvieron un mayor número de conexiones y dependen principalmente de las propias redes de mujeres para intercambiar y conseguir semillas de variedades locales y nativas. Sin embargo, también señalan que muchas veces carecen de acceso a la tierra, a créditos e insumos para la agricultura. En México, se estima que el 18% (1,877,000) de mujeres rurales son dueñas de la tierra, entre las cuales 701,000 son ejidatarias, 201,000 comuneras, 656,000 posesionarias y 318,000 son propietarias privadas (FAO, 2022). En Ixtenco, las mujeres nodales se involucran en todas las actividades del campo, mantienen una alta diversidad de semillas de diferentes cultivos, llevan a cabo un alto número de intercambios y tienen parcelas propias para poder sembrar.

Finalmente, las ferias de semillas locales fomentan la conservación de las variedades (García et al., 2019; Tapia, 2000; Upadhyay et al., 2003). En este estudio, dos de los agricultores nodales identificados participan en la feria de semillas del municipio de Ixtenco, incluso asisten a otras ferias realizadas en municipios de Tlaxcala, como Vicente Guerrero, y en otros estados como Veracruz, Querétaro y la CDMX. La feria local de Ixtenco ha propiciado que los agricultores de la comunidad se interesen en temas relacionados con la conservación de la agrobiodiversidad y en los beneficios que trae consigo mantenerla. A pesar de que en este trabajo los agricultores nodales entrevistados no mencionaron llevar a cabo intercambios de semillas dentro de la feria, en visitas posteriores realizadas al trabajo de campo, se ha registrado venta de semilla a agricultores de municipios cercanos a Ixtenco.

REFERENCIAS

- Abay, F., de Boef, W. & Bjørnstad, Å. (2011). Network analysis of barley seed flows in Tigray, Ethiopia: supporting the design of strategies that contribute to on-farm management of plant genetic resources. *Plant Genetic Resources*, 9, 495–505. <https://doi.org/10.1017/S1479262111000773>
- Abizaid, C., Coomes, O. T. & Perrault-Archambault, M. (2016). Seed sharing in Amazonian indigenous rain forest communities: a social network analysis in three Achuar villages, Peru. *Human ecology*, 44(5), 577–594. <https://doi.org/10.1007/s10745-016-9852-7>
- Aragón Cuevas, F. y Sánchez Cuevas, A. (2019). *Generación de elementos para la construcción de uno o más modelos de conservación in situ de la agrobiodiversidad vinculada a la milpa y sus parientes silvestres en México: Conservación in situ y mejoramiento participativo de los maíces nativos y sus parientes silvestres en Oaxaca*. [PDF]. <http://www.conabio.gob.mx/institucion/cgi-bin/datos2.cgi?Letras=NM&Numero=2>
- Badstue, L. B. (2007). Adquisición de semillas: el papel que juega la confianza. *LEISA. Revista de Agroecología*, 23(2), 14–17.
- Badstue, L.B., Bellon, M.R., Berthaud, J., Juárez, X., Rosas, I. M., Solano, A. M. & Ramírez, A. (2006). Examining the Role of Collective Action in an Informal Seed System: A Case Study from the Central Valleys of Oaxaca, Mexico. *Human Ecology*, 34, 249–273. <https://doi.org/10.1007/s10745-006-9016-2>
- Badstue, L. B., Bellon, M. R., Juárez, X., Manuel, I. y Solano, A. M. (2003). *Social Relations and Seed Transactions among Small-scale Maize Farmers in the Central Valleys of Oaxaca, Mexico. Preliminary Findings*. CIMMYT Economics Working Paper 02-02. Mexico, D.F.: CIMMYT.
- Bellon, M. R., Berthaud, J., Smale, M., Aguirre, J. A., Taba, S., Aragón, F., Díaz, J. & Castro, H. (2003). Participatory landrace selection for on-farm conservation: An example from the Central Valleys of Oaxaca, Mexico. *Genetic Resources and Crop Evolution*, 50(4), 401–416.
- Bellon, M. R. & Brush, S. B. (1994). Keepers of maize in Chiapas, Mexico. *Economic Botany*, 48(2), 196–209.
- Bellon, M. R., Gotor, E. & Caracciolo, F. (2015). Assessing the effectiveness of projects supporting on-farm conservation of native crops: evidence from the high Andes of South America. *World Development*, 70, 162–176. <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2015.01.014>
- Cajero, M. (2009). *Historia de los Otomíes en Ixtenco*. Tlaxcala, México: Instituto Tlaxcalteca de la Cultura, Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias Tlaxcala, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Calvet-Mir, L. & Salpeteur, M. (2016). Humans, plants, and networks: A critical review. *Environment and Society*, 7, 107–128. <https://doi.org/10.3167/ares.2016.070107>
- CONABIO (Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad) (2022). *Razas de maíz de México*. [online] Disponible en: <https://www.biodiversidad.gob.mx/diversidad/alimentos/maices/razas/grupo-conico> [consultado el 5 de mayo de 2022].
- Devkota, R., Khadka, K., Gartaula, H., Shrestha, A., Upadhya, D.S.A., Chaudhary, P. & Patel, P. (2014). Farmers' seed networks and agrobiodiversity conservation for sustainable food security: A case from the mid-hills of Nepal. *Biodivers. Watch*, 4, 109–133.

- Espinosa-Pérez, E. N., Ramírez-Vallejo, P., Crosby-Galván, M. M., Estrada-Gómez, J. A., Lucas-Florentino, B. & Chávez-Servia, J. L. (2015). Classification of common dry bean landraces from the south-center of Mexico by seed morphology. *Revista fitotecnia mexicana*, 38(1), 29–38.
- FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura) (2018). *The future of food and agriculture. Alternative pathways to 2050*. Rome. <https://www.fao.org/3/CA1553EN/ca1553en.pdf>
- FAO (2022). *México en una mirada*. [online] Disponible en: <https://www.fao.org/mexico/fao-en-mexico/mexico-en-una-mirada/es/> [consultado el 13 de abril de 2022].
- García López, V., Giraldo, O. F., Morales, H., Rosset, P. M. & Duarte, J. M. (2019). Seed sovereignty and agroecological scaling: two cases of seed recovery, conservation, and defense in Colombia. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 43(7-8), 827–847. <https://doi.org/10.1080/21683565.2019.1578720>
- Gliessman, S. R. (2002). Importancia de los sistemas sostenibles para la producción de alimentos. En: E. Engles (ed.), *Agroecología: procesos ecológicos en agricultura sostenible* (pp. 3–16). Turrialba, Costa Rica: CATIE.
- Gliessman, S. (2015). Saving seeds and saving culture. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 39(6), 599–600.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática) (2017). *Conociendo Tlaxcala* (7a ed.). Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.
- INEGI (2022a). *México en cifras. Ixtenco, Tlaxcala*. [online] <https://www.inegi.org.mx/app/areasgeograficas/?ag=29016#collapse-Indicadores> [consultado el 6 de julio de 2022].
- INEGI (2022b). *México en cifras Huamantla, Tlaxcala*. [online] <https://www.inegi.org.mx/app/areasgeograficas/?ag=29013#collapse-Indicadores> [consultado el 6 de julio de 2022].
- Kato, T. A., Mapes, C., Mera, L. M., Serratos, J. A., y Bye, R. A. (2009). *Origen y diversificación del maíz: una revisión analítica*. Universidad Nacional Autónoma de México, Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad.
- Lira, R., Jiménez, C. R., Alvarado, J. L., Rodríguez, I., Castrejon, J. y Mariani, A. D. (1998). Diversidad e importancia de la familia Cucurbitaceae en México. *Acta Botánica Mexicana*, 42, 43–77.
- Llamas-Guzmán, L. P., Lazos Chavero, E., Perales Rivera, H. R. & Casas, A. (2022). Seed Exchange Networks of Native Maize, Beans, and Squash in San Juan Ixtenco and San Luis Huamantla, Tlaxcala, Mexico. *Sustainability*, 14(7), 3779. <https://doi.org/10.3390/su14073779>
- Llanos Hernández, L. y Santacruz de León, E. E. (2018). Food sovereignty and environmental risk in the social construction of rural territory in San Juan Ixtenco, Tlaxcala. *Textual: análisis del medio rural latinoamericano*, 72, 67–100.
- Lope-Alzina, D. G. (2007). Gendered production spaces and crop varietal selection: Case study in Yucatán, Mexico. *Singapore Journal of Tropical Geography*, 28(1), 21–38. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9493.2006.00274.x>
- Louette, D., Charrier, A. & Berthaud, J. (1997). In Situ conservation of maize in Mexico: Genetic diversity and Maize seed management in a traditional community. *Economic botany*, 51(1), 20–38.
- Otieno, G., Zebrowski, W.M., Recha, J. & Reynolds, T.W. (2021). Gender and Social Seed Networks for Climate Change Adaptation: Evidence from Bean, Finger Millet, and

- Sorghum Seed Systems in East Africa. *Sustainability*, 13(4), 2074. <https://doi.org/10.3390/su13042074>
- Pautasso, M., Aistara, G., Barnaud, A., Caillon, S., Clouvel, P., Coomes, O., Delêtre, M., Demeulenaere, E., Santis P., Döring, T., Eloy, L., Emperaire, L., Garine, E., Goldringer, I., Jarvis, D., Joly, H.I., Leclerc, C., Louafi, S., Martin, P., Massol, F., McGuire, S., McKey, D., Padoch, C., Soler, C., ... & Tramontini, S. (2013). Seed exchange networks for agrobiodiversity conservation. A review. *Agronomy for Sustainable Development*, 33(1), 151–175. <https://doi.org/10.1007/s13593-012-0089-6>
- Pérez, D. C. Q., Herrera, J. C., Escalante, L. N. y del Valle, J. M. Z. (2017). Maíz: Sustento de vida en la cultura Teenek. Comunidad Tamaletom, Tancanhuitz, S.L.P. México. *Revista de Geografía Agrícola*, 58, 5–19.
- Pinedo, R., Collado, L., Latournerie, L., Castiñeiras, L., Barrios, O., y Mijangos, J. (2009). El agricultor nudo en la dinámica del sistema informal de semillas. En: Hermann, M., Amaya, K., Latournerie, L., Castiñeiras, L., (eds.), *¿Cómo conservan los agricultores sus semillas en el trópico húmedo de Cuba, México y Perú?* (pp. 85–100). Roma: Bioversity International.
- RAN (Registro Agrario Nacional) (2021). *Padrón e historial de núcleos agrarios*. [online] Disponible en: <https://phina.ran.gob.mx/buscarNucleoAgrario.php> [consultado el 22 de marzo de 2021].
- Rindos, D. (1984). *The origins of agriculture: An evolutionary perspective*. Academic Press.
- Rodier, C. & Struik, P. C. (2018). Nodal farmers' motivations for exchanging sorghum seeds in Northwestern Ethiopia. *Sustainability*, 10(10), 3708. <https://doi.org/10.3390/su10103708>
- Sánchez-Morales, P., Ocampo-Fletes, I., Parra-Inzunza, F., Sánchez-Escudero, J., María-Ramírez, A. y Argumedo-Macías, A. (2014). Evaluación de la sustentabilidad del agroecosistema maíz en la región de Huamantla, Tlaxcala, México. *Agroecología*, 9, 111–122.
- Sangermán-Jarquín, D. M., O-Olán, M., Gámez-Vázquez, A. J., Navarro-Bravo, A., Ávila-Perches, M. Á. y Schwentesius-Rindermann, R. (2018). Etnografía y prevalencia de maíces nativos en San Juan Ixtenco, Tlaxcala, con énfasis en maíz ajo (*Zea mays* var. *tunicata* A. St. Hil.). *Revista fitotecnia mexicana*, 41(4), 451–459.
- Song, Y., Fang, Q., Jarvis, D., Bai, K., Liu, D., Feng, J. & Long, C. (2019). Network analysis of seed flow, a traditional method for conserving Tartary buckwheat (*Fagopyrum tataricum*) landraces in Liangshan, Southwest China. *Sustainability*, 11(16), 4263. <https://doi.org/10.3390/su11164263>
- Subedi, A., Chaudhary, P., Baniya, B., Rana, R., Tiwari, R. K., Rijal, D., Jarvis, D. & Sthapit, B. (2003). Who maintains genetic diversity and how? Policy implications for agrobiodiversity management. In: D. Gauchan, B. R. Sthapit & D. I. Jarvis (eds.), *Agrobiodiversity conservation on-farm: Nepal's contribution to a scientific basis for national policy recommendations* (pp. 24–26). Rome: IPGRI.
- Subedi, A., Singh, D., Shrestha, P., Subedi, S. R. & Sthapit, B. R. (2005). Stability of farmers' networks and nodal farmers in *terai* and hill villages of Nepal: implications for agrobiodiversity management on-farm. In: B. R. Sthapit, M. P. Upadhyay, P. K. Shrestha & D. I. Jarvis (eds.), *On-farm conservation of agricultural biodiversity in Nepal* (vol. 2, pp. 36–40). Nagarkot: IPGRI.
- Tapia, M. E. (2000). Mountain agrobiodiversity in Peru. *Mountain Research and Development*, 20(3), 220–225.

- Thomas, M. & Caillon, S. (2016). Effects of farmer social status and plant biocultural value on seed circulation networks in Vanuatu. *Ecology and Society*, 21(2), 13. <http://dx.doi.org/10.5751/ES-08378-210213>
- Trueba, C. A. y Turrent, F. C. (2015). Pasado y futuro del maíz ajo o tunicado. *Revista Ciencias*, 118-119, 16-22.
- Upadhyay, M. P., Rijal, D. K., Chaudhary, P., Khatiwada, S. P., Shakya, D. M., Tiwari, P. R., Pandey, D., Rana, R.B., Tiwari, R.K., Subedi, A. y Sthapit, B. R. (2003). Promoting conservation and utilization of agrobiodiversity through diversity fairs. In: B. R. Sthapit, M. P. Upadhyay, B. K. Baniya, A. Subedi and B. K. Joshi (eds.), *On-farm management of agricultural biodiversity in Nepal. Proceedings of a National Workshop, 24-26 April 2001, Lumle, Nepal* (pp. 215–219). Lumle: IPGRI.
- van Niekerk, J. & Wynberg, R. (2017). Traditional seed and exchange systems cement social relations and provide a safety net: A case study from KwaZulu-Natal, South Africa. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 41(9-10), 1099–1123. <https://doi.org/10.1080/21683565.2017.1359738>
- Violon, C., Thomas, M. & Garine, E. (2016). Good year, bad year: changing strategies, changing networks? A two-year study on seed acquisition in northern Cameroon. *Ecology and Society*, 21(2), 34. <http://dx.doi.org/10.5751/ES-08376-210234>

⊙ *Esta es una página en blanco.* ⊙

LA AGROECOLOGÍA DESDE LOS FOGONES DE LAS MUJERES LACANDONAS

Lucía Pérez-Volkow¹, Stewart A. W. Diemont², Helda Morales³, Alejandro Casas⁴ y Theresa Selfa⁵

¹ Departamento de Ciencias Ambientales, Universidad Estatal de Nueva York, Colegio de Ciencias Ambientales y Forestería, 1 Forestry Dr., Syracuse, NY, 13210, USA . / lpvolkow@gmail.com

² Departamento de Biología Ambiental, Universidad Estatal de Nueva York, Colegio de Ciencias Ambientales y Forestería, 1 Forestry Dr., Syracuse, NY, 13210, USA. / sdiemont@esf.edu

³ Departamento de Agricultura, Sociedad y Ambiente, El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR), Carretera Panamericana y Periférico Sur s/n Barrio María Auxiliadora, San Cristóbal de Las Casas, 29290, Chiapas, México. / hmoales@ecosur.mx

⁴ Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad, Universidad Nacional Autónoma de México, Antigua carretera a Pátzcuaro 8701, Col. ExHacienda de San José de la Huerta, Morelia, 58190, Michoacán, México. / acasas@cieco.unam.mx

⁵ Departamento de Estudios Ambientales, Universidad Estatal de Nueva York, Colegio de Ciencias Ambientales y Forestería, 1 Forestry Dr., Syracuse, NY, 13210, USA. / tselfa@esf.edu

RESUMEN: Las cocinas de los hogares son espacios donde manos y vidas se han dedicado a la transformación de ingredientes en comida. Los conocimientos que se expresan en las recetas y técnicas de cocina echan mano del fogón, sartenes, ollas e ingredientes para crear aromas, sabores y texturas que, además de alimentar vidas, influyen en acciones que moldean en el paisaje. Este trabajo se desarrolló en una comunidad maya lacandona, Lacanjá Chansayab, ubicada en el bosque tropical húmedo de Chiapas, México. Se realizó una observación participante, la cual consistió en cocinar recetas tradicionales con mujeres para la elaboración de un recetario. El trabajo incluyó recorridos en áreas forestales y agrícolas para coleccionar ingredientes, así como colaboración en la preparación de comida. También se hicieron 16 entrevistas semiestructuradas con mujeres y hombres de la comunidad. Se registró un amplio conocimiento ecológico relacionado con la cocina, el cual incluye los múltiples paisajes y los componentes de éstos que son necesarios para cocinar un platillo tradicional. Para ilustrarlo, se utiliza como ejemplo la receta del caldo de caracol con momo. Se documentaron en la comunidad actitudes discriminatorias hacia las familias que siguen utilizando el sistema alimentario tradicional, así como marcadas presiones sociales por consumir productos procesados. Este problema se ejemplificó a través del consumo de tortillas preparadas tradicionalmente y adquiridas en tortillerías. El que una familia elija consumir comida tradicional tiene impactos en su dieta, en su cultura y en el ambiente. Es una expresión de resistencia a la homogeneización biocultural ejercida por sistemas alimentarios

modernos, que promueven el consumo de productos procesados. Lo que se cocina determina el tipo de agricultura que tendremos.

AGRADECIMIENTOS: Agradecemos a todas las mujeres y hombres de Lacanjá Chansayab que hicieron posible esta investigación. En particular a Rosa González Alemán, Sinaí Chank'in González, Tifani Chank'in González, Eva Chanuk, Koj Chank'in, Lola Chanabol Chanak'in, Ebelina (Chanuk) Chancayun Kin, Chanes Chanajk'in, Regina, Margarita, Ruth, Juanita (Alta) Chanuk, Rosita, Amalia y Patricia. Adolfo Chank'in realizó las ilustraciones, identificó las etnoespecies y apoyó durante el trabajo de campo. Gonzalo Álvarez Ríos y Tomasz Falkowski también apoyaron en el trabajo de campo. Grace Taylor apoyó en la transcripción de las entrevistas. Kori Malsegna apoyó con el diseño, organización de las bases de datos. Violet Spann diseñó la figura.

FINANCIAMIENTO: Esta investigación fue posible gracias al financiamiento de las siguientes instituciones: Fulbright-García Robles, beca de investigación del Instituto Randolph G. Pack; beca de investigación de sistemas forestales tropicales de SUNY-ESF; beca de alumni memorial (SUNY-ESF); SUNY-ESF Programa de Career Fellowship; beca de investigación de Verano del Programa de América Latina y el Caribe (Syracuse University); beca de investigación de la Asociación de Estudiantes de Posgrado (SUNY-ESF).

1. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo es una invitación a pensar en la agroecología desde la cocina. Tener una producción agroecológica diversa, local, con bajo impacto socioambiental, no garantiza que esta se traduzca en platillos y dietas sustentables, ricas en sabor y nutrientes, y culturalmente aceptadas (Morgan & Trubek, 2020; Pereira et al., 2019). Cocinar involucra un amplio conocimiento y un gran trabajo. Requiere conocer los ingredientes, saber dónde y cómo recolectarlos, madurarlos, limpiarlos, cortarlos, fermentarlos, combinarlos, presentarlos: cocinar (Meah, 2014). Todas estas acciones invariablemente nos llevan a manos y vidas de mujeres a lo largo de muchas generaciones. Es, en su vasta mayoría, gracias a mamás, abuelas, bisabuelas, que nos podemos sentar en mesas a compartir platillos, los cuales forman la base de nuestra dieta, y son parte de nuestra identidad comunitaria.

Históricamente, muchas sociedades han asumido que las labores domésticas son responsabilidad de la mujer, y entre los múltiples trabajos que estas labores involucran, se encuentra la preparación de alimentos. Sin embargo, el conocimiento y las habilidades necesarias para alimentar una familia se han visto invisibilizadas y poco valoradas por la sociedad (Folbre, 1994; Meah, 2014). Por lo mismo, resulta relevante indagar lo que ocurre y cómo ocurre en los espacios cotidianos, entendiéndolos como espacios vitales para la vida y el bienestar. El realzar la importancia de estos espacios, implica también reconocer el trabajo que las mujeres han hecho a través de numerosas generaciones. La memoria y la vida de muchas mujeres se encuentra entre recetas y consejos de cocina, sabores, texturas, recuerdos de eventos y sus platillos (Abarca, 2006, 2007; Christensen, 2001; Esquivel, 1989). La cocina, el cocinar, las recetas, son una forma de recordar a las mujeres, de escucharlas y darles voz (Abarca, 2006, 2007; Christie, 2006, 2008; Holtzman, 2006;

Meah & Jackson, 2016). Si bien cocinar fue y es un rol impuesto a las mujeres en la mayoría de los casos, esta labor no sólo se puede ver como opresión, pues al hacerla, muchas de ellas crean, y logran poder y reconocimiento desde sus saberes y habilidades culinarias (Meah, 2014).

Es importante reconocer que las mujeres no sólo preparan, sino también producen y manejan sus ingredientes (Quisumbing et al., 2014; Rimarachín-Cabrera et al., 2001). Lograr servir un platillo en la mesa implica un gran conocimiento tradicional del entorno, tanto en los sistemas de producción, como en los que involucran la recolección o manejo de plantas, hongos, microorganismos y animales (Howard, 2003), inclusive en saber elegir los ingredientes en un mercado o tienda. El cocinar abre la posibilidad de moldear y crear vínculos con el territorio (Hermingrum, 2019) y los múltiples seres vivos que lo habitan. Se trata de una relación en constante movimiento, donde la innovación es continua. Frecuentemente, ocurre la llegada de nuevos ingredientes y nuevas formas de mezclarlos, prepararlos y cuidarlos. Esta relación entre un territorio y lo que comemos se ha erosionado en contextos urbanos y rurales, y como resultado de esta erosión es que muchos han pensado en los alimentos simplemente como una mercancía (Merçon, 2021). No saber de dónde vienen los alimentos que se consumen puede ocasionar una ceguera ambiental a las consecuencias de la decisión de una dieta. Es así que la dieta a elegir es un acto político, ecológico y cultural, donde la comida se puede entender meramente como una mercancía, o como una manera de nutrir física y espiritualmente a las personas y su territorio (Kimmerer, 2013; Reinhardt, 2015).

En muchas comunidades indígenas del mundo se ha documentado una estrecha relación entre su comida tradicional y el territorio (Casas et al., 2007; Nabhan et al., 2010; Padmanabhan, 2011; Toledo, 2001). Los cambios de dieta en estas comunidades, resultado de la entrada de sistemas alimentarios industriales, se han ligado a un aumento en la tasa de desnutrición, diabetes, cáncer y enfermedades cardiovasculares (Bordeleau et al., 2016; Hopping et al., 2010), así como a la pérdida de la relación con su territorio. En países como México, la responsabilidad del incremento de enfermedades crónicas asociadas a la dieta ha recaído a nivel de los individuos (Gálvez, 2018) y a través de explicaciones genéticas, las cuales han sido criticadas por tener suposiciones y conclusiones racistas sin fundamentos (Montoya, 2007). Se trata más bien de un problema sistémico en el que se involucran temas como la colonización, la contaminación, la inequidad, la pobreza, la discriminación cultural, el racismo, el estrés (Bordeleau et al., 2016; Gálvez, 2018; Whyte, 2015); y donde las predisposiciones genéticas (que siempre han existido en diferentes contextos geográficos, ecológicos y culturales) sólo pueden hacer estos problemas más agudos. El aumento en el consumo de productos industrializados también promueve cambios en los territorios. Estos productos son la antítesis de la apuesta de la agroecología, que busca generar alimentos de manera justa, con bajo impacto ambiental y promoviendo la diversidad (Altieri, 2009; Altieri & Nicholls, 2017).

2. DESARROLLO TEÓRICO

2.1. *La cocina y sus recetas*

Tradicionalmente se ha pensado en el cocinar únicamente desde las cocinas, éstas entendidas como espacios de cuatro paredes, cerrados. Las cocinas en muchas comunidades rara vez son de cuatro paredes. Existen las cocinas que son un fogón hecho con cuatro ladrillos al aire libre, cocinas que incluyen el traspatio de su casa, los cuales son una alacena viva, inclusive a veces también una farmacia viva. Hay casas en las que, según la ocasión, se cocina en estufas de gas, en hoyos en la tierra, en estufas mejoradas. A lo largo de este trabajo se seguirá la propuesta de Christie (2006, 2008) de entender a la cocina como un espacio complejo (en inglés: *kitchenspace*) el cual incluye cocinas cerradas, abiertas y el traspatio/solar del hogar. Entender a la cocina como un espacio complejo permite entender aspectos sociales, culturales y ambientales, que van más allá de la mezcla de ingredientes (Christie, 2006, 2008; Keys, 1999).

La cocina es un espacio material conformado por utensilios, ingredientes, olores, sabores; pero también, la cocina es un espacio inmaterial, conformada por símbolos, historias, memorias, ceremonias, deseos. En la cocina se cuentan historias de otros tiempos, de la familia, de la ciudad, de recetas y parte de esas historias cobran vida al volverse a cocinar los platillos, como cuando se cocina la comida favorita de un familiar fallecido para recordarle, o cuando se evoca o se busca emular la receta de un antepasado. La comida, al generar reacciones sensoriales, se convierte en un vehículo para la memoria (Holtzman, 2006) y su preparación propicia también un contexto para contar historias. Las recetas son historias, y como historias, tienen el potencial de mantener y conservar la transmisión de conocimientos bioculturales y pueden ser utilizadas como una estrategia para conservar y revitalizar la memoria biocultural de un territorio (Alves de Siqueira et al., 2020). Las recetas y sus platillos son parte fundamental de un territorio, de su memoria biocultural y son capaces de influir en transformar y moldear el paisaje (Roldán-Rueda & Pérez-Volkow, 2023).

2.2. *El sistema agroforestal lacandón*

Los sistemas agroforestales son aquellos donde se realiza un manejo de plantas cultivadas en conjunto con plantas silvestres, perennes leñosas, o anuales herbáceas; esta interacción se realiza con el fin de obtener beneficios económicos y ecológicos y conforman una herencia y riqueza biocultural (Moreno Calles et al., 2017).

El sistema agroforestal maya lacandón forma parte de la Selva Lacandona, uno de los lugares más biodiversos del planeta, y debido a la intensiva deforestación que ha tenido en las últimas décadas, se considera un punto crítico para la biodiversidad global (Myers et al., 2000). El mantenimiento del sistema agroforestal lacandón se ha propuesto como un punto de partida para lograr un manejo sustentable de la selva (Nations & Nigh, 1980) debido a: 1) la alta biodiversidad que

alberga (Levy Tacher et al., 2002); 2) los altos niveles de sustentabilidad energética, ya que no utiliza insumos externos (Diemont et al., 2006); 3) la capacidad que tiene de restablecer la fertilidad, la materia orgánica y los nutrientes del suelo (Diemont et al., 2006; Diemont & Martin, 2009; Falkowski et al., 2016); y 4) su capacidad para brindar alimentos culturalmente relevantes, que tiene todos los nutrientes esenciales (Falkowski et al., 2019; Pérez-Volkow et al., 2022).

El sistema agroforestal lacandón es de tipo cíclico, el cual “inicia” a través de cultivar un *kor* (*kor* es lo que en náhuatl y español se conoce como milpa). Después de dos o tres cosechas de *kor* y cuando disminuye la fertilidad de la tierra, la parcela es puesta en descanso. No se sembrará más *kor* y comenzará la recuperación de la selva gracias a la vegetación circundante y a un manejo tradicional. La recuperación y sucesión de la vegetación se da por diferentes etapas, que los lacandones clasifican como *robir*, *jurup che*, *pak che kor*, *mehen che*, *nu kux che*, en español se les clasifica a todos de manera uniforme como acahuales (Diemont & Martin, 2009). El paso de los distintos acahuales eventualmente culmina en llegar a *tam che*, cuya traducción al español es la selva madura. Los distintos acahuales se clasifican en lacandón según el tipo de plantas que se encuentran; por ejemplo, el *robir*, hace referencia a un lugar con hierbas que llegan a nivel de la rodilla de un adulto, *jurup che* tiene la característica de ser un lugar muy cerrado con árboles (*che*) muy delgados (*jurup*). Cada etapa provee a las personas de plantas con distintos usos y valores, como comestibles, medicinales, ornamentales, combustibles, etc. (Diemont & Martin, 2009). El sistema agroforestal lacandón es un ciclo cuya duración total toma alrededor de 40 a 80 años, donde una selva se transforma en *kor* y una *kor* en selva.

En este capítulo indagaremos en el sistema alimentario maya lacandón, reconociendo en éste la presencia de la comida tradicional así como de productos industrializados. Las preguntas de investigación que guiaron el trabajo fueron: ¿Qué es la comida tradicional para los mayas lacandones? ¿Cuál es la relación entre las recetas tradicionales, el territorio y el trabajo de mujeres lacandonas? ¿Cómo ha cambiado la dieta maya lacandona a través del tiempo? El primer objetivo que se planteó fue documentar qué es la comida tradicional lacandona. El segundo objetivo fue documentar a través de una receta tradicional la relación entre ésta, el territorio y las mujeres. El tercer objetivo fue documentar los cambios más recientes en la dieta lacandona a través del consumo de tortillas.

3. APARTADO METODOLÓGICO

3.1. Una mirada a Lacanjá Chansayab

Lacanjá Chansayab (se utilizará Lacanjá a lo largo del capítulo) es una de las tres comunidades, junto con Metzabok y Nahá, donde viven los mayas lacandones (*hach winik*). Lacanjá se encuentra en la Selva Lacandona (bosque tropical perennifolio con lluvias todo el año), dentro de la Reserva de la Biósfera de Montes Azules en Chiapas. Lacanjá es la comunidad que maneja el sitio arqueológico maya Bo-

nampak, famoso por sus murales prehispánicos en buen estado de conservación. Recibe muchos turistas dado que se ofrecen campamentos, visitas guiadas a la selva, y es parte de una ruta turística nacional e internacional al encontrarse cerca de otros sitios arqueológicos mayas importantes como Yaxchilán y Palenque.

3.2. Métodos de trabajo en sitio y análisis de información

El trabajo en sitio se llevó a cabo durante tres meses (junio–agosto de 2019) y posteriormente se realizó una visita corta en enero de 2020. Se realizó una observación participante, la cual consistió en acompañar y apoyar a mujeres en todas las actividades alrededor de la preparación de alimentos, dentro de las cocinas y el sistema agroforestal. Como resultado de estas actividades, un grupo de mujeres de la comunidad tuvo la idea de realizar un recetario de las recetas tradicionales, y se inició la tarea de documentar las recetas. El trabajo en la cocina con las mujeres permitió generar una cercanía íntima con ellas, así como aprender sobre el sistema agroforestal.

Durante las últimas dos semanas de trabajo en el sitio se realizaron entrevistas semiestructuradas. La espera para realizar las entrevistas al final de la temporada de trabajo, permitió generar una relación con la comunidad, así como definir los principales temas a indagar en torno al tema de la comida tradicional lacandona. En total se realizaron 16 entrevistas, once a participantes que se identifican como mujer-cis, cinco a participantes que se identifican como hombre-cis. Las entrevistas fueron grabadas y cuando la/el participante lo prefería, la entrevista se desarrollaba en maya lacandón con ayuda de una traductora bilingüe. Los dos principales temas a tratar fueron: 1) la relación de la comida tradicional con el sistema agroforestal maya y la selva; y 2) los cambios en la dieta de la comunidad a lo largo del tiempo. Las entrevistas con las mujeres son las que informaron el trabajo en torno a la preparación de platillos tradicionales. Para el análisis del cambio de dieta en la comunidad, se utilizaron las entrevistas de mujeres y hombres. Se buscó una heterogeneidad entre los participantes, teniendo un rango de edad de 25 a 90 años, diversos estados maritales (soltera, casada, viuda), así como distintas ocupaciones. A lo largo de los resultados se reportará el género (M: mujer, H: hombre), junto con la edad y la ocupación (D: actividades domésticas, A: Sistema agroforestal, T: Turismo, I: Proyectos de investigación) de las personas. De manera que (M, 33, TD) es una mujer de 33 años que se dedica a las actividades domésticas de su hogar y al turismo. Las entrevistas fueron transcritas en español y analizadas con ayuda del paquete RQDA (Huang, 2016). Se definió un primer agrupamiento de códigos que luego fueron analizados para definir los temas principales presentados en la siguiente sección.

4. RESULTADOS

4.1. Las recetas tradicionales y su vínculo al sistema agroforestal

4.1.1. La comida tradicional lacandona

Los mayas lacandones se llaman a sí mismos *hach winik*, cuya traducción al español es “verdadera persona”. La comida tradicional en maya lacandón se nombra *hach o chi uch men*, lo cual significa la “verdadera comida del pasado”. Hablar de la comida tradicional en Lacanjá es abrir una puerta a recuerdos y sabores. En particular, se abren recuerdos de la niñez, de las madres y abuelas que cocinaban, que enseñaron a cocinar, que preparaban platillos especiales en cumpleaños y fiestas. Hay una seguridad de que la comida tradicional es sinónimo de salud, especialmente porque carece de aceites y azúcar. Es una fuerte fuente de identidad y orgullo en la comunidad, muchas personas comparten la frase: “para ser lacandón, hay que comer comida lacandona”, que también se puede interpretar como “para ser verdadera persona, hay que comer verdadera comida del pasado”.

La comida tradicional tiene la característica de que todos los ingredientes se encuentran entre la selva y el sistema agroforestal lacandón. “No cuesta conseguir los ingredientes, aquí hay de todo. Si es comida típica, pues lo puedes conseguir aquí, pero ya otros platillos, pues sí, es comprado de afuera” (M, 33, DT). Aunque todos los ingredientes potencialmente se pueden encontrar en el territorio de la comunidad, tener acceso a ellos conlleva tener acceso a parcelas por un periodo largo, dado que varias etapas del sistema agroforestal toman varios años o décadas en crecer. También el acceso al sistema agroforestal implica trabajo, el cual es un esfuerzo físico fuerte, frecuentemente bajo el sol y a merced de picaduras de insectos y mordeduras de serpientes. Actualmente, algunos ingredientes son comprados en la tienda, en particular la sal y la cal, y en menor medida tomate rojo, sobretodo cuando éstos no están en temporada. Las tiendas en Lacanjá casi no venden productos perecederos, excepto tomates, cebollas y ajo, por lo que es complicado comprar en las tiendas ingredientes tradicionales. Lo más común es que se compren o intercambien productos entre las familias que los producen.

El territorio lacandón, al ofrecer todos los ingredientes para su comida tradicional, hace que el cocinar muchas veces comience con caminatas matutinas para buscar y recolectar los ingredientes, lo cual también asegura su frescura. Las recetas tradicionales involucran múltiples ingredientes, así como una variedad de recorridos que nos llevan por distintos puntos del sistema agroforestal lacandón. Estos recorridos son en su mayoría realizados por mujeres, los hombres normalmente son los encargados de pescar y poner trampas para cangrejos, o traen algún ingrediente que encuentran en su paso por las parcelas. Por esta razón, durante el trabajo de campo, se decidió documentar las recetas desde la recolección de sus ingredientes hasta tener el plato listo en la mesa. Muchas veces recolectar los ingredientes no sólo implica tomarlos, sino saber recolectarlos de manera que no se dañen para que se sigan propagando, creciendo.

4.1.2. Los paisajes del caldo de caracol con momo

Ilustraremos los recorridos asociados a la comida tradicional a través de la receta de caldo de caracoles con momo, realizada en conjunto con Rosa González Alemán y Sinaí Chank'in González (ver figura 1). Esta es una receta cotidiana, que se puede preparar durante todo el año. El caracol de río (*Pachychilus indiorum*) es un ingrediente muy codiciado en Lacanjá y en otras comunidades de la zona. Debido a la contaminación que han sufrido muchos ríos, así como la fuerte deforestación de la selva, ya cada vez son menos comunidades las que tienen acceso a este ingrediente. No es así el caso de Lacanjá, donde muchos arroyos aún conservan estos caracoles. Recolectar caracoles implica ir a arroyos con baja corriente, los cuales están ubicados en la zona de selva madura (*tam che*), también es posible encontrarlos en el *nukux che*. Muchas mujeres prefieren caminar a arroyos más lejanos, para disminuir las probabilidades de que alguien más haya recolectado caracoles ahí recientemente. Es más fácil encontrar los caracoles a las orillas del río donde la corriente es menos fuerte y donde se acumulan hojas en estado de descomposición, que son su principal alimento. Se recolectan sólo los caracoles de mayor tamaño, en estado adulto, para dejar crecer los pequeños y así cuidar su población. Es común que las mujeres vayan acompañadas de sus hijas e hijos, les enseñan a recolectar los caracoles y siempre aprovechan el viaje para refrescarse en las aguas del río. Es un momento familiar que muchas niñas y niños esperan con emoción.

De regreso en la casa, hay dos maneras de cocinar los caracoles, sólo la cabeza o todo el cuerpo. Si se desea consumir todo el caracol, se debe de recolectar al menos un día antes de cocinarlos, dejarlos en la misma agua del arroyo con hojas de momo o de chaya (*Cnidocolus aconitifolius*) a modo de purga. Por otro lado, si sólo se desea comer la cabeza del caracol, ésta se tiene que separar del resto del cuerpo, y para esto se utilizan espinas de árbol de lima, las cuales son lo suficientemente rígidas (no se despostillan), y no confieren un sabor indeseable al platillo. Es común encontrar árboles de lima en los patios de casas lacandonas, los cuales ofrecen su fruta y estas útiles espinas. Casi todas las casas lacandonas tienen un patio, cuyo tamaño varía entre los 200 m² y hasta 1.5 ha. En los patios las plantas más comunes son comestibles, de ornato y medicinales. Los patios son espacios principalmente al cuidado de las mujeres, donde ellas se aseguran de tener ingredientes frescos y a la mano para sus comidas, remedios, además de plantas de ornato. Muchas casas en Lacanjá se ubican junto a un arroyo, que es parte del patio de su casa, lo cual es muy útil, pues se usa para lavar ropa y platos, o hacer una pequeña represa donde crían pescados, y claro, el arroyo es un excelente lugar para refrescarse en tiempos de calor.

El hacer esta receta también requirió hojas de momo, también conocidas como hoja santa. Esta es una planta que crece en la selva, con una gran adaptabilidad a muchos sistemas, por lo que es posible encontrarla en el patio de la casa, en el *kor*, *robir*, *jurup che* y *pak che kor*. Para la receta, de regreso de la selva, pasamos a un *pak che kor* a recolectar hojas de momo. El *pak che kor* es un acahual que toma entre 8 a 10 años crecer después de que se decidió dejar descansar una parcela que fue *kor*. Por lo mismo, es un espacio cerrado, caminar a través de él es complicado y aún

más sin la ayuda de un machete y de alguien que sepa usarlo. Las hojas de momo deben ser tiernas para no tener notas amargas.

Los dos últimos ingredientes para hacer este caldo son los tomates rojos criollos y el cebollín, los cuales nos llevaron al *kor* familiar. Hay familias que tienen muchas parcelas con *kor*, lo más común es que las más cercanas a las casas también tengan una gran diversidad de alimentos además del maíz. En las parcelas más lejanas a la casa se da prioridad a sembrar más maíz y calabaza. Las milpas lacandonas tienen una diversidad impresionante de alimentos como: camote, cebolla, jamaica, jícama, cacahuate, yuca, tomate, frijol, cilantro, yerbabuena, papaya, piña, calabaza, macal, sandía, entre otras.



Figura 1: Los ingredientes y paisajes asociados al caldo de caracol con momo. Ilustraciones: Adolfo Chank'in. Fotografías: Lucía Pérez-Volkow. Diseño: Violet Spann.

4.2. Cambio de dieta en Lacanjá Chansayab

Durante el trabajo en sitio, al hablar el tema de la comida tradicional, una preocupación que regularmente se externaba era el cambio de dieta en la comunidad. Hay una noción común de que se está dejando de comer la comida tradicional lacandona. Los participantes asocian este cambio de dieta al incremento de casos de enfermedades crónicas en la comunidad, en particular, la diabetes y la hipertensión. La gente observa que cada vez se compran más productos procesados de la tienda, como salchichas, pasta de trigo, atún en lata, frituras, galletas, sopas instantáneas, dulces y otros alimentos enlatados (en especial frijoles). Anteriormente, el acceso a estos productos procesados en la comunidad era limitado, existían menos tiendas, se surtían con menor frecuencia y también las personas tenían menos acceso a dinero en efectivo, el cual, aumentó en los últimos años a raíz de la entrada del turismo y de proyectos gubernamentales (pagos por servicios ambientales

y programas de desarrollo). También, la comunidad ha vivido un cambio en las actividades productivas. Anteriormente la mayoría de las familias se dedicaba al cuidado del sistema agroforestal, y ahora numerosas familias han diversificado sus actividades; por ejemplo, organizan campamentos para recibir turistas, atienden restaurantes, manejan taxis o guían recorridos turísticos por la selva.

Existen familias que mantienen el sistema agroforestal lacandón y siguen consumiendo los alimentos que provee; sin embargo, la tendencia de los jóvenes es dejar esas actividades por otras más redituables en términos económicos. El trabajo en el campo se asocia con pocas ganancias monetarias y el comer comida tradicional implica un mayor tiempo para su preparación. Durante las entrevistas y el trabajo de campo se discutía la discriminación hacia las personas que comen comida tradicional, que siembran *kor* y cuidan todo el sistema agroforestal, incluyendo sus semillas y las tradiciones que le acompañan. Esta discriminación se vive a través de burlas: “*se rién de la comida que como*” (M, 90, AD), y comentarios hirientes como: “*La gente se burla, dice que no está rica la comida tradicional, que la comen porque les falta dinero, que hago la tortilla a mano porque no tengo dinero, porque mi marido no la compra*” (M, 30, D). Una de las principales motivaciones que tienen las personas por seguir sembrando el sistema agroforestal y consumir sus productos, a pesar de la discriminación, es la salud asociada a los mismos:

“Ya no lo están sembrando la milpa los jóvenes y si miran a sus compañeros andan sembrando milpa, sólo ríe. Pero él no lo hace. Se burlan, porque a veces cuando uno trabaja en la milpa, pues menos dinero, tiene chanclas, tiene ropas borrosas, porque ellos no viven con ropas borrosas, viven con zapatos buenos, playeras buenas, carros buenos, dinero bueno. Ellos presumen, pero no es porque esa vida sea la verdad y la salud, eso no. En ese sentido, ellos no están bien, prefieren las cosas nuevas, y al ratito se enferman, la obesidad, el peso, colesterol, diabético.” (H, 30, AI)

“Algunos me han dicho, usted come frijol, pero yo no, o yo no tomo pozol, tomo de este y me enseña un refresco. Es para presumir, pero yo mejor mi pozol, mis frijoles para no perder mi salud.” (M, 32, D)

4.3. Tortillas en Lacanjá Chansayab

Como forma de aproximación a un tema tan complejo como el cambio de dieta, se indagó en particular el caso de las tortillas, las cuales son la base de la dieta en Lacanjá y muchas otras comunidades de México. En maya lacandón existe el término *hach waj* cuya traducción al español es “verdadera tortilla” y se les conoce coloquialmente como tortilla tradicional. Estas son tortillas hechas a mano, con granos de maíz secos, desgranados y nixtamalizados (hervidos con cal viva). Existe una preferencia que el maíz sea producido en Lacanjá, antes que comprarlo en otros sitios. Muchas familias siguen sembrando su propio maíz con las semillas que son herencia de sus ancestros, y también existe el caso de familias que contratan peones para que trabajen sus *kor* (milpas). La tortilla tradicional (*hach waj*) se contraponen a las tortillas hechas a base de harina de maíz deshidratado, referidas localmente como tortillas de Maseca, al ser Maseca la compañía más conocida. Las tortillas de Maseca pueden ser hechas a mano, se rehidrata la harina y se sigue el

mismo procedimiento que con la masa de nixtamal. También pueden ser hechas a máquina, hay una tortillería en Nueva Palestina, una comunidad cercana, y en moto se venden por Lacanjá.

Utilizar la masa de Maseca es una alternativa rápida a la gran labor que es cocinar y moler el nixtamal para luego hacer las tortillas. También para algunas familias implica no tener que sembrar maíz, simplemente ir a comprar la harina de maíz. Sin embargo, además del sentido de conveniencia para su preparación (en caso de contar con los recursos económicos para adquirirla), en la comunidad hay una marcada diferencia en su preferencia de consumo entre generaciones, por un lado los adultos (sobre todo aquellos mayores de 30 años) y por otro los jóvenes/niños.

Las personas adultas mencionan que prefieren la tortilla tradicional a la tortilla de Maseca, porque la Maseca tienen una consistencia muy suave, se deshace fácilmente y en particular, aquellas personas que trabajan en campo perciben que la tortilla tradicional los nutre y recupera físicamente mucho mejor después de jornadas laborales intensas. Esto sucede tanto en mujeres: *“No me gusta porque es muy suave y muy aguado”* (M, 49, AD), como en hombres: *“la Maseca huele medio a jabón y es muy aguado, muy sencillo y me da hambre cada rato, porque es muy sencillo, muy aguado”* (H, 30, AI).

Curiosamente, la característica de tener una consistencia suave y que es percibida por los adultos como algo negativo, es un atributo positivo para las generaciones más jóvenes, a quienes les llama la atención la suavidad de las tortillas de Maseca. Muchas madres nos compartieron que sienten presión por comprar tortillas de Maseca porque sus hijos no quieren comer e incluso, a veces, ni siquiera probar la tortilla tradicional.

“A mis hijos les gusta la Maseca, quieren Maseca, quieren probar otra vez. Les gusta que esté suave, se derrite fácil en la sopa. Pero en mi casa no compramos Maseca, el problema es cuando la mamá ya no les hace comida tradicional, los niños se acostumbran a ver la tienda y a comprar cosas de la tienda.” (M, 30, D)

“Ya mis hijos dejaron de comer tortillas, si no es Maseca, ya no quieren. Si yo preparo tortillas de maíz, mis hijos nunca las van a comer, ellos prefieren Maseca. Ellos sienten que son más duras las de maíz y más suave la Maseca.” (M, 57, AD)

Utilizar harina de Maseca para hacer tortillas también es una decisión basada en la disponibilidad de maíz, pues muchas familias priorizan utilizar su maíz para las tortillas y sólo en caso de escasez utilizan Maseca. *“Cuando no hay maíz, compramos Maseca y cuando hay, solo natural, el maíz, cuando hay maíz”* (M, 68, AD). La escasez de maíz se presenta sobre todo cuando hay problemas en las cosechas o cuando una familia decide no sembrar o no le fue posible sembrar ese año. También es común que en tiempos de escasez las familias que tienen un restaurante para turistas ofrezcan a su clientela tortillas de Maseca, pero ellas consuman tortillas tradicionales. Previo a la llegada de Maseca, en tiempos de escasez de maíz, las mujeres hacían rendir la masa nixtamalizada combinándola con otros ingredientes como plátano, yuca y semillas de mamey.

“Porque antes cuando mi mamá no tiene maíz, es que a veces pues no da el maíz donde siembra y tiene que moler plátano y como junto ahí con la masa chiquita y ya lo revuelve y lo muele ahí pues y ya pues, tiene que comer porque no hay mucho maíz, porque antes no hay Maseca.” (M, 39, DT)

5. DISCUSIÓN

5.1. La gastronomía lacandona promueve dietas y paisajes diversos

Los lugares y momentos donde se consiguen alimentos (ingredientes o platillos), se les nombran espacios alimentarios (en inglés: *foodscape*), éstos tienen un impacto directo en el tipo de dieta que una población tendrá (Vonthron et al., 2020). Es diferente ver un frijol crecer, tener el conocimiento y llevar a cabo prácticas para lograrlo y haber esperado el tiempo para que madure, a estar expuesto a imágenes con productos procesados, por ejemplo una lata de frijoles cuya proveniencia y preparación es desconocida. El estudio llevado a cabo en Lacanjá muestra la íntima relación entre la dieta de las familias, los conocimientos y prácticas que tienen con su entorno. En cada sección del sistema alimentario lacandón, las personas encuentran ingredientes para su comida tradicional. Como resultado de esta interacción, el paisaje está moldeado por cómo la gente lleva a cabo prácticas para lograr obtener los ingredientes de la dieta. Cabe la aclaración que existen otros elementos no analizados en esta contribución que moldean el paisaje, pero sin duda la comida es un factor de considerable peso. Así, por ejemplo, la receta tradicional lacandona del caldo de caracol con momo, es el resultado de cuatro paisajes de Lacanjá (*kor*, patio, selva y *pak che kor*) (ver figura 1). Cada paisaje está asociado a una biodiversidad característica, es el resultado de trabajo y cuidados, así como de tiempo (Diemont & Martin, 2009).

Cocinar comida tradicional permite a las mujeres y a sus familias crear una conexión con el territorio (Huambachano, 2019). A través de los recorridos para obtener los ingredientes, y en la práctica de cocinar, se conocen y enseñan los nombres de plantas y animales, se reconocen los cambios de estaciones, las épocas de floración, se reconocen las especies comestibles de las no comestibles (Howard, 2003). Se fortalece su idioma, el maya lacandón, ya que muchas plantas y platillos no tienen una traducción directa al español y al cocinarlos y comerlos, mantienen su idioma vivo. Los recorridos también son momentos de convivencia entre la familia, ese tiempo les permite conocerse y fortalecer relaciones (Timmermann & Félix, 2015). Son espacios donde se cuentan historias. Hay recetas que requieren frutos de árboles que plantaron las abuelas o los bisabuelos, hay recetas que están asociadas a festividades, a momentos de agradecerle a la tierra, son una parte integral de la cultura maya lacandona y de su territorio. El bienestar asociado a la comida tradicional se ha reportado en otras comunidades mayas de Guatemala, donde se mantiene esta tradición a pesar de que también implica un fuerte costo económico (Isakson, 2009).

5.2. *La comida tradicional lacandona cuestiona el modelo actual de modernidad*

Los paisajes bioculturales de la gastronomía lacandona existen a pesar de encontrarse en un contexto de fuertes cambios asociados a la globalización y a la modernidad. La ética moderna, eurocentrista, se basa en una ruptura entre seres humanos y su territorio (Rozzi, 2012). Esta postura es contraria a la cosmovisión de muchos grupos indígenas –como el caso de lacandones– quienes se consideran parte de su territorio, la selva. La falta de consideración, así como la interrupción de la relación entre seres vivos y su territorio, ha promovido una homogeneización biocultural (Rozzi, 2012).

La homogeneización biocultural es posible verla a través de la dieta. En muchas partes de Sur global se está observando cómo hay un sector de la población, sobre todo entre los jóvenes, que está dejando de cultivar su comida tradicional o hay presiones para dejar de consumirla. Por ejemplo, se ha reportado en los Altos de Chiapas una situación así entre el pozol y los refrescos; el tomar refresco se asocia a una clase social más alta y a algo “moderno”, en cambio el pozol es una bebida asociada a la pobreza (Jenatton & Morales, 2020). A nivel nacional en México, se ha reportado cómo las empresas de productos procesados han escogido integrar los ingredientes más baratos en sus alimentos, ahorrar en los costos de producción y más bien invertir en marketing para lograr que su producto sea considerado deseable (Gálvez, 2018). Estas presiones se entremezclan con el hecho de que el incremento del ingreso monetario en contextos rurales no necesariamente aumenta el acceso a alimentos más nutritivos, frescos y variados. Esto es así porque los alimentos a los que muchas veces pueden tener acceso son de peor calidad (alimentos procesados, comida chatarra, comida rápida), mientras que los alimentos saludables tienen un mayor precio en el mercado y es difícil de costear con los salarios que reciben (Park et al., 2015), o simplemente no se venden en esas zonas.

Cocinar alimentos no sólo influye en el ordenamiento del territorio, sino que también crea una poderosa fuente de símbolos cargados de mensajes sociales y capaz de crear emociones y decisiones fuertes (Appadurai, 1988), como lo son la identidad cultural y los ejes rectores de la gobernanza comunitaria. Los alimentos procesados y sus correspondientes marcas no sólo actúan como agentes de globalización, sino como modelos de modernidad y consumismo y operan en detrimento de la cultura, los agroecosistemas y la biodiversidad. Hay poblaciones que luchan por acceder a esa modernidad, a esa experiencia global y estilo de vida moderno (Gonchar, 2016). Estos modelos sobre todo van dirigidos a las poblaciones jóvenes. A través de los alimentos procesados, o comida rápida, es que muchas personas experimentan la oportunidad de acceder a esa modernidad homogeneizadora, la cual es una construcción social difundida a través de la exposición de medios publicitarios y de comunicación (anuncios en las calles, radio, televisión, internet) o a la interacción con turistas. La entrada de nuevos alimentos, por sí misma, no necesariamente es algo negativo, pero sí detona problemas como el observado en este estudio, en el que se asocia con el desplazamiento y discriminación hacia quienes deciden mantener el sistema alimentario tradicional y la presión social para que lo abandonen. Y su abandono, como se discute anteriormente, tiene repercusiones

en la cultura y en el territorio. Mientras no consideremos la cocina, la cultura alimenticia de los territorios, la agroecología y la soberanía alimentaria difícilmente avanzarán.

El turismo en Lacanjá complejiza las relaciones con el sistema alimentario, porque ahora se añaden no sólo los productos que la comunidad desea consumir, sino que quienes visitan tendrán sus propias exigencias alimentarias. El turismo en la comunidad ha traído un importante aumento en los recursos económicos de muchas familias. Si bien, como se menciona anteriormente, esto no necesariamente incrementa la calidad de los alimentos a los que tienen acceso, muchas familias han optado por contratar a otras personas para que sigan sembrando sus milpas con las semillas de su familia. El turismo en Lacanjá potencialmente puede ser una vía en la que la comunidad promueva su comida tradicional y, por lo tanto, su sistema agroforestal, si es que eligen ofrecer sus platillos típicos, siempre cuidando que no se vuelvan más accesibles a los turistas que a la misma comunidad.

El caso de la tortilla en Lacanjá es ilustrativo de las presiones sociales que existen por consumir productos procesados. Por una parte, el gusto por la comida está asociado a los efectos que tiene ésta en el cuerpo (Bourdieu, 2018). Las personas que tienen actividades demandantes físicamente, como lo es trabajar y mantener el sistema agroforestal lacandón, prefieren la tortilla tradicional, ya que además de la sensación de mayor saciedad y bienestar, se ha demostrado que es más nutritiva frente a la tortilla de Maseca (Colín-Chávez et al., 2020). También, aunque el gusto tiene elementos propios de cada cuerpo, existen elementos colectivos del gusto, preferencias, normas o estándares del cómo se deben de preparar o cómo deben saber los alimentos para que se consideren sabrosos o auténticos, estos gustos colectivos e históricos van constituyendo las gastronomías regionales y su diversidad (Delgado-Lemus, 2020). Es precisamente en estos gustos colectivos donde las presiones sociales tienen mayor incidencia. La globalización del gusto, sobre todo en menores, se ha reportado como una estrategia muy efectiva, ya que incide en las decisiones sobre qué, cómo y dónde se come, así la globalización del gusto en menores repercute tanto en el presente inmediato como en los años siguientes, marcando la pauta de las decisiones que los adultos toman sobre su alimentación y los paisajes que albergan esos ingredientes.

La modernidad está asociada a comer cierta comida y a adoptar regímenes alimentarios (Phillips, 2006), a aceptar conocimientos particulares en torno a la alimentación (Escobar, 2012), e incluso moldea nuestro imaginario de cómo concebimos un país, si su comida es refinada, atrasada, salvaje, innovadora o auténtica (Appadurai, 1988). El problema de la homogeneización –en su mayoría eurocentrista– niega, discrimina, olvida la existencia de realidades bioculturales que hoy en día pueden contribuir a futuros diversos a nivel global (Rozzi, 2012), tal es el caso de la gastronomía lacandona. Un gran reto que enfrenta ahora la agroecología es cómo cuestionar la modernidad, bajo un contexto de discriminación y sin romantizar los sistemas alimentarios tradicionales, mientras se buscan alternativas para su mantenimiento y re-creación.

6. CONCLUSIONES

La agroecología se construye y se diseña por familias, y en este proceso es de especial relevancia el papel de las mujeres desde sus cocinas. Es gracias a sus conocimientos, y de su trabajo, que a través de generaciones la tradición culinaria de muchos pueblos y regiones se ha mantenido viva. Adentrarnos en la cocina también abre espacios para hablar, escuchar y darle voz a las mujeres, desde su espacio de poder. Es importante hacerlo reconociendo que muchas mujeres no tuvieron la opción de elegir estar ahí, y que muchas de ellas no sólo cocinan, sino que también cultivan, recolectan, promueven sus alimentos, teniendo un impacto directo en el territorio.

La gastronomía lacandona está íntimamente relacionada con la selva, los arroyos, ríos y el sistema agroforestal; éstos son necesarios para poder cocinar el caldo de camarón con momo, tortillas con semilla de mamey y muchas otras delicias que forman parte de la gastronomía lacandona. Por lo tanto, promover los platillos tradicionales lacandones, no sólo tiene impactos nutricionales y culturales, sino también ambientales. A pesar de las presiones ejercidas por la globalización, la homogeneización cultural y la discriminación, hay familias en Lacanjá Chansayab que siguen consumiendo su comida tradicional, que cuidan y manejan su territorio a través del sistema agroforestal. Su papel es fundamental en la conservación del legado biocultural lacandón. Es relevante que la agroecología apoye a las nuevas generaciones a tomar decisiones sobre el tipo de sistema alimentario que es cultural, económica y ecológicamente pertinente mantener, sin romantizar los sistemas tradicionales y sin caer en presiones sociales.

7. REFERENCIAS

- Abarca, M. E. (2006). *Voices in the kitchen: Views of food and the world from working-class Mexican and Mexican American women*. Texas A&M University Press.
- Abarca, M. E. (2007). Charlas culinarias: Mexican women speak from their public kitchens. *Food and Foodways*, 15(3-4), 183-212.
- Altieri, M. (2009). *La agricultura moderna: Impactos ecológicos y la posibilidad de una verdadera agricultura sustentable*. Berkeley: University of California.
- Altieri, M. A. & Nicholls, C. I. (2017). The adaptation and mitigation potential of traditional agriculture in a changing climate. *Climatic Change*, 140(1), 33-45.
- Alves de Siqueira, J. I., Trindade Medeiros, M. F. & de Senna-Valle, L. (2020). A methodological proposal for the use of short stories regarding the biocultural memory as a pedagogical tool. *Ethnobotany Research and Applications*, 20, 1-9. <https://doi.org/10.32859/era.20.32.1-9>
- Appadurai, A. (1988). How to Make a National Cuisine: Cookbooks in Contemporary India. *Comparative Studies in Society and History*, 30(1), 3-24.
- Bordeleau, S., Asselin, H., Mazerolle, M. J. & Imbeau, L. (2016). "Is it still safe to eat traditional food?" Addressing traditional food safety concerns in aboriginal communities. *Science of the Total Environment*, 565, 529-538. <https://doi.org/10.1016/j.scitotenv.2016.04.189>

- Bourdieu, P. (2018). Distinction: A social critique of the judgement of taste. In: D. B. Grusky & S. Szelenyi (eds.), *Inequality. Classic Readings in Race, Class, and Gender* (pp. 287–318). New York: Routledge.
- Casas, A., Otero-Arnaiz, A., Pérez-Negrón, E. & Valiente-Banuet, A. (2007). In situ Management and Domestication of Plants in Mesoamerica. *Annals of Botany*, 100(5), 1101–1115. <https://doi.org/10.1093/aob/mcm126>
- Christensen, P. (2001). Mac and Gravy. In: S. A. Inness (Ed.), *Pilaf, Pozole and Pad Thai: American Women and Ethnic Food* (pp. 17–39). Amherst: University of Massachusetts Press.
- Christie, M. E. (2006). Kitchenspace: Gendered territory in central Mexico. *Gender, Place and Culture*, 13(6), 653–661.
- Christie, M. E. (2008). *Kitchenspace: Women, Fiestas, and Everyday Life in Central Mexico*. University of Texas Press.
- Colín-Chávez, C., Virgen-Ortiz, J. J., Serrano-Rubio, L. E., Martínez-Téllez, M. A. & Astier, M. (2020). Comparison of nutritional properties and bioactive compounds between industrial and artisan fresh tortillas from maize landraces. *Current Research in Food Science*, 3, 189–194.
- Delgado-Lemus, A. (2020). *Mezcalla. Tradición y cultura del mezcal michoacano*. UAM-X.
- Diemont, S. A. & Martin, J. F. (2009). Lacandon Maya ecosystem management: Sustainable design for subsistence and environmental restoration. *Ecological Applications*, 19(1), 254–266.
- Diemont, S. A., Martin, J. F. & Levy-Tacher, S. I. (2006). Emergy evaluation of Lacandon Maya indigenous swidden agroforestry in Chiapas, Mexico. *Agroforestry Systems*, 66(1), 23–42.
- Escobar, A. (2012). *Encountering development: The making and unmaking of the Third World* (Vol. 1). Princeton University Press.
- Esquivel, L. (1989). *Como agua para chocolate*. Editorial Planeta.
- Falkowski, T. B., Chankin, A., Diemont, S. A. & Pédian, R. W. (2019). More than just corn and calories: A comprehensive assessment of the yield and nutritional content of a traditional Lacandon Maya *milpa*. *Food Security*, 11(2), 389–404.
- Falkowski, T. B., Diemont, S. A., Chankin, A. & Douterlungne, D. (2016). Lacandon Maya traditional ecological knowledge and rainforest restoration: Soil fertility beneath six agroforestry system trees. *Ecological Engineering*, 92, 210–217.
- Folbre, N. (1994). *Who pays for the kids? Gender and the Structures of Constraint*. Routledge.
- Gálvez, A. (2018). *Eating NAFTA: Trade, Food Policies, and the Destruction of Mexico* (1st ed). University of California Press.
- Gonchar, A. (2016). Globalization of Taste and Modernity: Tracing the Development of Western Fast Food Corporations in Urban China. *Student Publications*, 420.
- Herminingrum, S. (2019). The genealogy of traditional Javanese cassava-based foods. *Journal of Ethnic Foods*, 6(1), 1–16.
- Holtzman, J. D. (2006). Food and Memory. *Annual Review of Anthropology*, 35(1), 361–378. <https://doi.org/10.1146/annurev.anthro.35.081705.123220>
- Hopping, B. N., Erber, E., Mead, E., Sheehy, T., Roache, C. & Sharma, S. (2010). Socioeconomic indicators and frequency of traditional food, junk food, and fruit and vegetable consumption amongst Inuit adults in the Canadian Arctic. *Journal of Human Nutrition and Dietetics*, 23(s1), 51–58. <https://doi.org/10.1111/j.1365-277X.2010.01100.x>

- Howard, P. (2003). Women and the Plant World. An Exploration. In: *Women and plants. Gender relations in biodiversity management and conservation* (pp. 1–48). London: Zed Books. <https://www.farmersrights.org/getfile.php/132280-1663316481/Documenter/WomenandPlantsfullbookpdf.pdf>
- Huambachano, M. A. (2019). Indigenous food sovereignty: Reclaiming food as sacred medicine in Aotearoa New Zealand and Peru. *New Zealand Journal of Ecology*, 43(3), 1–6. <https://dx.doi.org/10.20417/nzjecol.43.39>
- Huang, R. (2016). *RQDA: R-based Qualitative Data Analysis* [R package version 0.2-8]. <http://rqda.r-forge.r-project.org/>
- Isakson, S. R. (2009). *No hay ganancia en la milpa*: the agrarian question, food sovereignty, and the on-farm conservation of agrobiodiversity in the Guatemalan highlands. *The Journal of Peasant Studies*, 36(4), 725–759. <https://doi.org/10.1080/03066150903353876>
- Jenatton, M. & Morales, H. (2020). Civilized cola and peasant pozol: young people's social representations of a traditional maize beverage and soft drinks within food systems of Chiapas, Mexico. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 44 (8), 1052–1088. <https://doi.org/10.1080/21683565.2019.1631935>
- Keys, E. (1999). Kaqchikel gardens: Women, children, and multiple roles of gardens among the Maya of highland Guatemala. In: *Yearbook. Conference of Latin Americanist Geographers*, vol. 25, 89–100.
- Kimmerer, R. W. (2013). *Braiding sweetgrass: Indigenous wisdom, scientific knowledge and the teachings of plants*. Milkweed Editions.
- Levy Tacher, S. I., Aguirre Rivera, J. R., Martínez Romero, M. M., & Durán Fernández, A. (2002). Caracterización del uso tradicional de la flora espontánea en la comunidad Lacandona de Lacanhá, Chiapas, México. *Interciencia*, 27(10), 512–520.
- Meah, A. (2014). Reconceptualizing power and gendered subjectivities in domestic cooking spaces. *Progress in Human Geography*, 38(5), 671–690. <https://doi.org/10.1177/0309132513501404>
- Meah, A. & Jackson, P. (2016). Re-imagining the kitchen as a site of memory. *Social & Cultural Geography*, 17(4), 511–532. <https://doi.org/10.1080/14649365.2015.1089587>
- Merçon, J. (coord.) (2021). *Investigación transdisciplinaria e investigación-acción participativa. Conocimiento y acción para la transformación*. CDMX: CopIt-arXives y Red de Socioecosistemas y Sustentabilidad, Conacyt. <https://copitarxives.fisica.unam.mx/SC0008ES/SC0008ES.html>
- Montoya, M. J. (2007). Bioethnic Conscription: Genes, Race, and Mexicana/o Ethnicity in Diabetes Research. *Cultural Anthropology*, 22(1), 94–128.
- Moreno Calles, A. I., Casas, A., Toledo, V. M. & Vallejo Ramos, M. (comps.) (2017). *Etnoagroforestería en México*. Universidad Nacional Autónoma de México, ENES-Morelia.
- Morgan, C. B. & Trubek, A. B. (2020). Not yet at the table: The absence of food culture and tradition in agroecology literature. *Elementa: Science of the Anthropocene*, 8, 40. <https://doi.org/10.1525/elementa.437>
- Myers, N., Mittermeier, R. A., Mittermeier, C. G., Da Fonseca, G. A. & Kent, J. (2000). Biodiversity hotspots for conservation priorities. *Nature*, 403(6772), 853–858.
- Nabhan, G. P., Walker, D. & Moreno, A. M. (2010). Biocultural and ecogastronomic restoration: The renewing America's food traditions alliance. *Ecological Restoration*, 28(3), 266–279.

- Nations, J. D. & Nigh, R. B. (1980). The evolutionary potential of Lacandon Maya sustained-yield tropical forest agriculture. *Journal of Anthropological Research*, 36(1), 1–30.
- Padmanabhan, M. (2011). Women and men as conservers, users and managers of agrobiodiversity: A feminist social–ecological approach. *The Journal of Socio-Economics*, 40(6), 968–976.
- Park, C. M. Y., White, B. & Julia (2015). We are not all the same: taking gender seriously in food sovereignty discourse. *Third World Quarterly*, 36(3), 584–599.
- Pereira, L. M., Calderón-Contreras, R., Norström, A. V., Espinosa, D., Willis, J., Lara, L. G., Khan, Z., Rusch, L., Palacios, E. C. & Amaya, O. P. (2019). Chefs as change-makers from the kitchen: Indigenous knowledge and traditional food as sustainability innovations. *Global Sustainability*, 2, E16.
- Pérez-Volkow, L., Diemont, S. A. W., Selfa, T., Morales, H. & Casas, A. (2022). From rainforest to table: Lacandon Maya women are critical to diversify landscapes and diets in Lacanja Chansayab, Mexico. *Agriculture and Human Values*, 40, 259–275. <https://doi.org/10.1007/s10460-022-10352-z>
- Phillips, L. (2006). Food and Globalization. *Annual Review of Anthropology*, 35, 37–57.
- Quisumbing, A. R., Meinzen-Dick, R., Raney, T. L., Croppenstedt, A., Behrman, J. A. & Peterman, A. (Eds.) (2014). *Gender in Agriculture. Closing the Knowledge Gap*. Springer Netherlands. <https://doi.org/10.1007/978-94-017-8616-4>
- Reinhardt, M. (2015). Spirit Food: A Multi-Dimensional Overview of the Decolonizing Diet Project. In: E. S. Huaman & B. Sriraman (eds.), *Indigenous Innovation. Universalities and Peculiarities* (pp. 81–105). Rotterdam: SensePublishers.
- Rimarachín-Cabrera, I. R., Martelo, E. Z. & García, V. V. (2001). Gender, rural households, and biodiversity in native Mexico. *Agriculture and Human Values*, 18(1), 85–93.
- Roldán-Rueda, H. N. & Pérez-Volkow, L. (2023). Montañas, milpas y platillos de Oaxaca, México: Una aproximación al territorio desde la cocina. *Revista Grifos Unochapecó*, 32(59), 1–17.
- Rozzi, R. (2012). Biocultural ethics: Recovering the vital links between the inhabitants, their habits, and habitats. *Environmental Ethics*, 34(1), 27–50.
- Timmermann, C. & Félix, G. F. (2015). Agroecology as a vehicle for contributive justice. *Agriculture and Human Values*, 32(3), 523–538.
- Toledo, V. M. (2001). Indigenous peoples and biodiversity. In: S. Levin et al. (eds.), *Encyclopedia of Biodiversity* (pp. 451–463), vol. 3. Academic Press.
- Vonthron, S., Perrin, C. & Souldard, C.-T. (2020). Foodscape: A scoping review and a research agenda for food security-related studies. *PLoS ONE*, 15(5), e0233218. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0233218>
- Whyte, K. (2015). Indigenous food systems, environmental justice, and settler-industrial states. In: M. Rawlinson & C. Ward (eds.), *Global Food, Global Justice: Essays on Eating under Globalization* (pp. 143–156). Cambridge Scholars Publishing

ESCASEZ ESTACIONAL DE ALIMENTOS EN UNA REGIÓN CAMPESINA DE LA SIERRA MADRE DE CHIAPAS

*Tlacaelel Rivera-Núñez¹, Sofía Lugo Castilla², Julieta A. Rosell³,
Mariana Benítez³ y Luis García-Barrios⁵*

¹ Red de Ambiente y Sustentabilidad, Instituto de Ecología, A. C. / aaron.rivera@inecol.mx

² Posgrado en Ciencias de la Sostenibilidad, Universidad Nacional Autónoma de México.

³ Laboratorio Nacional de Ciencias de la Sostenibilidad, Instituto de Ecología, Universidad Nacional Autónoma de México.

⁴ Dirección Regional Sureste, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

AGRADECIMIENTOS: Agradecemos a Erin Estrada, Elena Lazos, Amalia Gracia, Rodrigo García, Natsuko Rivera y Riccardo Pavesi por haber participado en diferentes momentos de la investigación más amplia de la cual se desprende el presente trabajo. De igual manera, estamos muy agradecido(a)s con las familias campesinas de la CART por abrirnos las puertas de sus hogares, de sus parcelas y permitirnos conocer y compartir sus realidades agroalimentarias. Elementos del planteamiento teórico y de los análisis estadísticos fueron recuperados de: Rivera-Núñez, T., García-Barrios, L., Benítez, M., Rosell, J. A., García-Herrera, R. & Estrada-Lugo, E. (2022). Unravelling the Paradoxical Seasonal Food Scarcity in a Peasant Microregion of Mexico. *Sustainability*, 14(11), 6751.

RESUMEN: La escasez estacional de alimentos es una de las formas más comunes de inseguridad alimentaria entre las familias de pequeños productores en el mundo. Ante la escasez, los hogares campesinos desarrollan distintas estrategias de afrontamiento que les permiten sobrellevar estas temporadas. A pesar de los múltiples esfuerzos para contrarrestar la escasez alimentaria, no se ha logrado una disminución real debido a que, en muchos casos, los hogares campesinos se encuentran subsumidos en trampas estructurales de pobreza agroalimentaria relacionadas con el régimen alimentario corporativo. En este capítulo buscamos esclarecer la existencia y severidad de condiciones subalimentarias estacionales entre los hogares campesinos de una región agraria en la Sierra Madre de Chiapas. Metodológicamente, realizamos encuestas, trabajo etnográfico y visitas de caracterización de las parcelas pertenecientes a familias de seis ejidos de la Cuenca Alta del Río El Tablón. A partir de esto, documentamos y discutimos: 1) la presencia y extensión de meses subalimentarios,

2) las estrategias de afrontamiento que las familias tienen que adoptar para sobrellevar la escasez, 3) analizamos la relación que dichas estrategias y meses subalimenticios tienen con algunas características de la economía campesina y la estructura familiar de los hogares, y 4) exponemos las propuestas que las propias familias campesinas conciben para reducir sus condiciones de escasez estacional. Concluimos que las dinámicas de diferenciación de los hogares al interior de las regiones agrarias determinan las condiciones subalimentarias estacionales y la severidad de las estrategias de afrontamiento, y que el régimen alimentario corporativo está relacionado con la contradictoria escasez estacional campesina.

INTRODUCCIÓN

La gran mayoría de las personas que viven bajo condiciones de marginación habitan en zonas rurales y la agricultura de subsistencia es la base de sus medios de vida. Esta situación hace que, de forma paradójica, los hogares campesinos sean especialmente vulnerables a la escasez estacional de alimentos durante los meses previos a la cosecha, cuando la producción del ciclo agrícola anterior se ha reducido o agotado por completo (Morris et al., 2013). En consecuencia, se estima que la escasez estacional de alimentos es una de las manifestaciones más comunes de inseguridad alimentaria para unos 600 millones de personas pertenecientes a familias de pequeños agricultores alrededor del mundo (FAO, FIDA, OMS, PMA y UNICEF, 2019). La escasez estacional de alimentos ha sido estudiada en su mayoría en poblaciones rurales del África subsahariana y el sudeste asiático, utilizando en muchas ocasiones enfoques económicos o nutricionales, a partir de analizar las estadísticas nacionales (Shariff & Khor, 2008; Ellis & Manda, 2012; Gebrehiwot & Van der Veen, 2014). Este tipo de estudios comienzan apenas a ganar terreno en los contextos latinoamericanos, bajo la óptica de las investigaciones agroalimentarias (Bacon et al., 2014).

La literatura sobre la escasez estacional de alimentos puede ser agrupada en cuatro grandes áreas temáticas: 1) factores asociados, 2) implicaciones para los hogares campesinos, 3) estrategias de afrontamiento, y 4) alcances y lagunas en las políticas y los programas públicos. Respecto a la primera de ellas, además de la creciente vulnerabilidad climática, entre los principales factores relacionados con la escasez estacional de alimentos suelen asociarse los suelos empobrecidos y las brechas tecnológicas de la agricultura de temporal, la inadecuada infraestructura comunitaria de almacenamiento de alimentos, el aumento en los precios de los mercados regionales durante las temporadas previas a la cosecha, la falta de facilidades de crédito rural y los altos niveles de deuda acumulada en los que suelen incurrir los hogares campesinos para satisfacer sus necesidades básicas (Deveraux, 2009; Vaitla et al., 2009). Otros factores asociados son la falta de poder de negociación de los hogares y organizaciones campesinas a la hora de establecer el precio de sus cultivos en el mercado, las enfermedades que merman la mano de obra familiar y las crisis financieras mundiales que afectan los precios internacionales de los alimentos y, en consecuencia, perjudican a las microeconomías rurales en las que los hogares suelen gastar alrededor de tres cuartas partes de sus ingresos en

la adquisición de alimentos (Dávila, 2010). Estos factores están relacionados con el régimen alimentario corporativo actual, en el cual, a partir de la década de 1980 con la liberalización, se ha desplazado a los campesinos que son considerados ineficientes en nombre de las grandes agroindustrias que han sido subvencionadas y legitimadas por los estados y los organismos internacionales, generando un amplio abandono a la agricultura familiar en términos de políticas e infraestructura, y generando así situaciones como la paradójica escasez estacional alimenticia (McMichael, 2015).

La escasez estacional de alimentos tiene fuertes implicaciones en materia de salud pública, economías locales, capacidades productivas y en el desarrollo humano de los hogares campesinos. Las investigaciones en la materia muestran que, durante la temporada de escasez, hay ocasiones en que los miembros de los hogares se ven obligados a reducir la diversidad y la cantidad de los alimentos que consumen, experimentando deficiencias de macro y micronutrientes, así como altos niveles de ansiedad y estrés, volviéndose susceptibles a enfermedades severas (Hadley & Patil, 2008; Kolovos et al., 2020). Además, el aumento de la susceptibilidad a las enfermedades tiene lugar cuando la demanda de mano de obra es requerida con mayor intensidad para renovar los ciclos agrícolas (Bacon et al., 2014). Durante estos periodos, los hogares rurales tienden a acumular deudas locales con altos intereses y a menudo se ven obligados a comprometer sus medios de producción (i.e. parcelas agrícolas, instrumentos de trabajo, ganado) como garantía de pago de la deuda (Rivera-Núñez et al., 2020). De forma antagónica, la solidaridad entre los hogares rurales puede disminuir durante los periodos de escasez debido a que la mayoría de las familias se ven mermadas por igual ante las complicaciones estacionales (García-Barrios et al., 2020a). Las y los niños y jóvenes rurales suelen verse obligados a dejar la escuela para participar en las labores agrícolas de la familia o incluso a la migración regional o internacional para aportar ingresos regulares al hogar. La acumulación aditiva y la repetición cíclica de estos factores afectan la psicología campesina a través de la estigmatización de la escasez (Fromm y Maccoby, 1970; Misurelli & Heffernan, 2001).

Por su parte, dentro de las estrategias de afrontamiento de los hogares campesinos ante la escasez estacional de alimentos, figuran tanto estrategias directas o basadas en los alimentos, como indirectas. Las principales estrategias directas descritas en la literatura consisten en limitar las porciones de comida, comer menos diversidad de alimentos; que los adultos se abstengan de comer durante unos días para garantizar la alimentación de los hijos (amortiguamiento parental), recolectar y cazar alimentos silvestres, así como diversificar y alternar en el tiempo los cultivos agrícolas para obtener ciertas cosechas estratégicas en las distintas estaciones (Maxwell, 1996; Asprilla-Perea & Díaz-Puente, 2019). Dentro de las estrategias indirectas figuran la migración, los préstamos rurales, el incremento de los jornales agrícolas, la cría de animales domésticos para venderlos durante las temporadas de escasez, así como la reciprocidad social entre los hogares rurales que muchas veces están mediadas por relaciones de parentesco o por contratos diádicos como los compadrazgos (Devereux et al., 2008; Anderson et al., 2017).

Finalmente, en décadas recientes, tanto las políticas gubernamentales y agendas multilaterales de desarrollo, como los activismos académicos y las organizaciones comunitarias han buscado contrarrestar la escasez estacional de alimentos en las zonas rurales a través de una amplia gama de acciones socioeconómicas y mejoras en las condiciones de producción de los hogares campesinos. En la dimensión productiva, la mayor parte de los apoyos se han concentrado en proporcionar acceso físico a sistemas de riego, semillas y fertilizantes, infraestructura comunitaria para el almacenamiento de granos básicos, así como en brindar capacitación y apoyo técnico para aumentar los rendimientos agrícolas mediante una planificación agronómica convencional o de transición agroecológica (Webb et al., 2006; Bacon et al., 2014). En cuanto a la protección económica y social, han tenido lugar la implementación de programas de empleo temporal, pensiones sociales para los adultos mayores, transferencias directas de efectivo a las mujeres, despensas familiares, programas de desayunos escolares, comedores públicos comunitarios, bancos rurales de ahorro y reinversión, precios de garantía y procuración pública de la producción, seguros de cosechas y almacenes regionales de alimentos (Devereux, 2009; Vaitla et al., 2009; Appendini, 2014; Gelli et al., 2016). A pesar de los múltiples y polifacéticos esfuerzos, las experiencias alrededor del mundo demuestran las limitantes que enfrentan estas plataformas de apoyo productivo y reproductivo para lograr una disminución real de la escasez estacional de alimentos, debido a que, en muchos casos, los hogares campesinos se encuentran subsumidos en trampas estructurales de pobreza agroalimentaria (Chappell et al., 2013; Apata et al., 2015; Lade et al., 2017). El régimen alimentario corporativo ha contribuido de manera central a la subsunción de los hogares campesinos dentro de trampas estructurales de pobreza alimentaria ya que, aunque se han hecho todos los esfuerzos mencionados anteriormente, sistemáticamente se han impulsado otras políticas y subsidios destinados al favorecimiento de la gran escala productiva y la agroindustria transnacional (McMichael, 2015).

Con excepción de pocos estudios realizados en sistemas cafetaleros de México y Centroamérica (Morris et al., 2013; Bacon et al., 2014; Anderzén et al., 2020; Guzmán-Luna et al., 2022), hasta ahora, se ha prestado poca atención a estudiar y buscar incidir en las condiciones y dinámicas de la escasez estacional de alimentos que pueden estar enfrentando amplios sectores de la población campesina. Hay pocas cosas más injustas e insostenibles en términos agroalimentarios que el hecho de que quienes dedican su vida entera a la producción de básicos y que tienen una vocación de servicio a la sociedad en tal sentido, estén experimentando año tras año condiciones paradójicas de escasez.

Es así que en el presente capítulo buscamos dilucidar la existencia y severidad de condiciones subalimentarias estacionales entre los hogares campesinos de una región agraria en la Sierra Madre de Chiapas. Para ello realizamos cuestionarios con 120 familias pertenecientes a seis ejidos de la Cuenca Alta del Río El Tablón (CART), emplazada en la montaña de Villaflores. También llevamos a cabo visitas de caracterización de las unidades productivas de dichas familias y condujimos trabajo de campo etnográfico para observar las dinámicas y los patrones regio-

nales de aprovisionamiento agroalimentario. Los resultados y las discusiones del trabajo pivotan en torno a cuatro ejes centrales. Primero, registramos la presencia y extensión de meses subalimenticios anuales entre los hogares campesinos. Segundo, documentamos las estrategias de afrontamiento que las familias campesinas se ven forzadas a desplegar para hacer frente a las condiciones de escasez. Acto seguido analizamos la relación que dichas estrategias y meses subalimenticios tienen con algunas características de la economía campesina y la estructura familiar de los hogares. Por último, recuperamos las propuestas que las propias familias campesinas conciben para reducir sus condiciones de escasez estacional. Concluimos discutiendo de qué manera las dinámicas de diferenciación de los hogares al interior de las regiones agrarias, más allá de los entendimientos campesinos monolíticos o de bloque, determinan las condiciones subalimentarias estacionales, así como en qué sentido el régimen alimentario corporativo está relacionado con la “paradoja del hambre estacional campesina”.

APROXIMACIÓN METODOLÓGICA

Área de estudio y estrategia de muestreo

La CART es una zona montañosa neotropical que consta de alrededor de 24,000 ha ubicada en la porción noroeste de la Sierra Madre de Chiapas, en la región Frailesca (figura 1). En términos ecológicos la CART expresa un gradiente climático abrupto con altitudes de 800 a 2,550 msnm, una densa red hídrica permanente e impermanente y seis tipos de bosques que albergan una de las más ricas biodiversidades de México (García-Barrios y González Espinosa, 2017). En las últimas cinco décadas, la microrregión ha sido testiga de una historia socioambiental muy dinámica y disputada (Rivera-Núñez et al., 2020). A lo largo de la década de 1960 la CART transitó de las fincas forestales y ganaderas bajo propiedad de grandes terratenientes de familias acaudalas de Chiapas, a sistemas ejidales de propiedad comunal (Cruz-Morales, 2014). Además, la CART vivió el auge agrícola nacional de los años 1970-1980 y el posterior desplome agroalimentario de 1990 que trajo consigo la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Appendini, 2014). En esa misma década, la región también experimentó procesos de reordenamiento socioproductivo en los que, primero, se priorizaron la pequeña y mediana ganadería a través financiamientos proporcionados por la banca pública rural (Valdivieso-Pérez et al., 2012) y después se impulsó el decreto federal de la Reserva de la Biosfera La Sepultura (REBISE), así como la consecuente incorporación de la Reserva al Programa MAB-UNESCO. Desde entonces numerosas organizaciones no gubernamentales, tanto nacionales como internacionales, han promovido en la CART el pago por servicios ambientales, así como proyectos agroforestales del tipo “economía verde” (Adams, 2017), entre los que destacan: el cultivo de variedades de café de conservación (Valencia et al., 2014), la ganadería silvopastoril (Zabala et al., 2022), la extracción de resina de *Pinus oocarpa* (Heinze et al., 2020) y el aprovechamiento sustentable de la palma *Chamaedora quezalteca* (Speelman et al., 2014).

Hoy en día la CART es la porción más poblada de las zonas de amortiguamiento de la REBISE, con alrededor de 6,000 habitantes que abarcan cuatro generaciones familiares (García-Barrios et al., 2020b). Esta población se compone de alrededor de 1,500 hogares campesinos integrados en una docena de ejidos (figura 1). La unidad doméstica es la expresión económica básica de la reproducción social, aunque también existen diferentes figuras productivas asociativas. Por lo general, los hogares campesinos combinan la agricultura de maíz y frijol para el autoabasto con la ganadería a pequeña y mediana escala y/o alguna otra actividad agroforestal en función de la cantidad de tierra, la morfología y la constitución de la familia, así como de los otros medios de producción con los que cuenten (Rivera-Núñez et al., 2022). Además de los proyectos agrícolas, ganaderos y forestales, los migradólares y los apoyos monetarios directos, otorgados por las administraciones federales, representan importantes fuentes de ingresos económicos para los hogares campesinos (García-Barrios et al., 2020a).

Tabla 1: Descripción agraria, poblacional y productiva de los ejidos de estudio. Fuente: elaboración propia.

Ejido	Año de posesión	Superficie (ha)	Población total	Emplazamiento dentro de la cuenca	Principal actividad productiva
Los Ángeles	1960	2,350	891	Valles centrales	Ganadería
Tierra y Libertad	1964	3,347	708	Cabecera	Palma camedora
Ricardo Flores Magón	1966	2,800	430	Valles centrales	Agricultura
Tres Picos	1972	1,974	240	Cabecera	Café de conservación
California	1982	1,122	321	Cabecera	Resina de pino
Los Laureles	1987	800	183	Valles centrales	Jornales rurales

A partir de los 12 ejidos y el universo de los 1,500 hogares campesinos que integran la CART, construimos una muestra útil o por conveniencia de investigación de $n = 120$ hogares, en seis de los ejidos: Los Ángeles, Los Laureles, Ricardo Flores Magón, Tierra y Libertad, California y Tres Picos (tabla 1). Dividimos la subcuenca en una parte alta o cabecera y una parte baja o valles centrales. La región de la cabecera se encuentra al interior o adyacente a la zona núcleo de la REBISE donde los proyectos agroforestales se adhieren a la política de transición forestal. Por su parte, los valles centrales se encuentran en la zona de amortiguamiento de la REBISE en donde los usos agropecuarios son enteramente permitidos. Utilizando el método de bola de nieve, seleccionamos 20 hogares en cada uno de los tres ejidos de la zona de cabecera y los tres ejidos de los valles centrales, en función de su perfil productivo. En la cabecera seleccionamos 20 hogares especializados en la producción de café, 20 de una comunidad especializada en la extracción de resina de pino y 20 de una comunidad especializada en la extracción de palma. Aplicamos la misma lógica en la zona baja para una comunidad dedicada principalmente a la ganadería, otra a la agricultura y una última a los jornales rurales. Con la estrategia de muestreo se buscó captar los mayores contrastes y representatividad dentro del mosaico económico campesino de la microrregión.

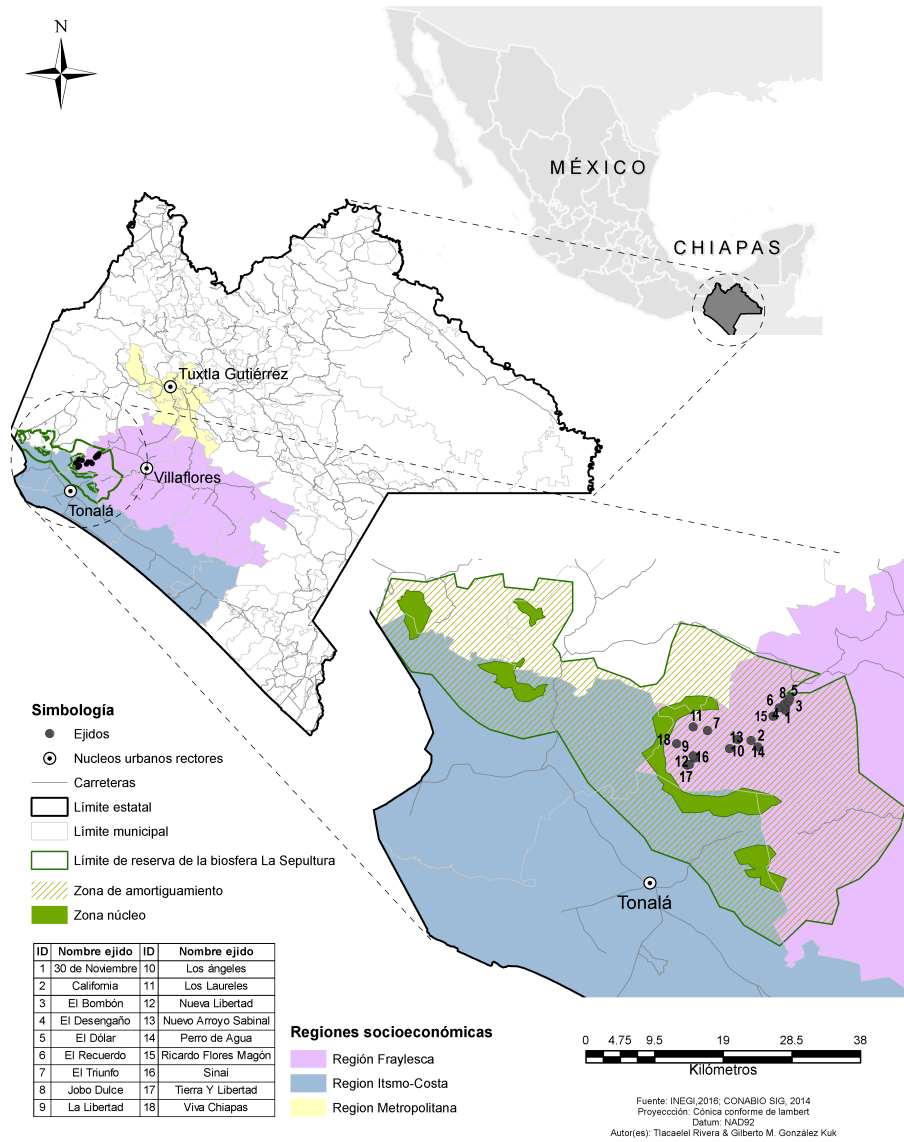


Figura 1: Emplazamiento de los ejidos de la Cuenca Alta del Río El Tablón dentro de la zona de amortiguamiento y la zona núcleo de la Reserva de la Biosfera La Sepultura, en la porción noroccidental de la Sierra Madre de Chiapas, México. Fuente: Elaboración propia.

Etnografía regional de segundo orden

A partir de 2017 y hasta el 2020 desarrollamos trabajo de campo etnográfico en la región agendaria, lo que nos permitió sumergirnos de manera no intrusiva en la vida social de los seis ejidos con el objetivo de recuperar información cotidiana sobre la estructura socioeconómica y las dinámicas agroalimentarias de las comunidades campesinas estudiadas (Bernard, 2017). La observación etnográfica fue de segundo orden y con un nivel de involucramiento moderado (Musante y DeWalt, 2010), ya que más que una etnografía densa, total y de tipo participante, nos acotamos a observar de manera pasiva y puntual aquellos aspectos de interés para la investigación (Agar, 2004). En este sentido, participamos en asambleas ejidales, reuniones de las organizaciones productivas, visitamos los puntos regionales y locales de abastecimiento de alimentos y registramos también el suministro itinerante de los mismos e hicimos recorridos guiados por las diferentes unidades de producción agropecuarias y forestales; ámbitos y dinámicas de observación que fueron registrados sistemáticamente a través de diarios de campo y evidencias fotográficas. La información de los diarios de campo fue transcrita fielmente, de tal manera que pudiéramos recurrir, en algunas secciones del trabajo, a recuperar la propia voz de los sujetos sociales. De igual manera, las fotografías etnográficas ilustran algunos de los pasajes del texto.

Análisis estadístico

Tras una primera etapa de trabajo de campo etnográfico, diseñamos una encuesta estructurada socioeconómica, alimentaria y agraria para ser aplicada a la muestra seleccionada de hogares campesinos. Esta encuesta consistió en dos secciones: la primera enfocada a reportar aspectos de la economía campesina de los hogares, y la segunda se abocó a las formas de aprovisionamiento agroalimentario de las familias. Además, preguntamos a los hogares cuáles son las áreas de oportunidad que consideran más importantes para reducir la escasez estacional de alimentos. Dada la lógica de la reproducción social campesina (Chayanov, 1924; Netting, 1984; van der Ploeg, 2014), ambas secciones de la encuesta se refirieron a la temporada de cultivo 2017-18 (véase Rivera-Núñez et al., 2020). Probamos las asociaciones predichas entre la escasez alimenticia y siete variables clave de la economía campesina usando distintos métodos dependiendo de la naturaleza de la variable (tabla 2). Cuando ambas variables eran continuas, utilizamos coeficientes de correlación de Spearman; cuando ambas eran categóricas, usamos una prueba de chi-cuadrada.

Probamos las diferencias predichas entre el tipo de estrategia para afrontar los periodos de escasez estacional de alimentos y la calidad agraria, el tipo de migración y la ubicación dentro de la cuenca usando análisis de varianza (ANOVA) seguido de la prueba post-hoc de Tukey. Cuando el supuesto de normalidad no se cumplió, utilizamos pruebas de Kruskal-Wallis (KW) y comparaciones múltiples como prueba post-hoc, utilizando la función `npmc` de R (Helms y Munzel, 2008). Cuando la variable categórica tenía sólo dos niveles, usamos la prueba de T. Todos los análisis estadísticos fueron desarrollados en R v. 3.5.9 Development Core Team, 2019).

Tabla 2: Descripción de las variables de economía campesina y agroalimentarias utilizadas en los análisis estadísticos. Fuente: modificada de Rivera-Núñez et al. (2020).

Variable	Descripción
Calidad agraria	Ejidatario (con voz y voto en la asamblea), poblador (con voz, pero sin voto), vecindado (sin voz ni voto)
Superficie productiva	Número de hectáreas activas
Producción de maíz	Total producido por año
Producción de frijol	Total producido por año
Ganado	Total de cabezas en propiedad
Asistencia gubernamental	Total de apoyos económicos recibidos
Emplazamiento dentro de la cuenca	Zona de cabecera (orientación agroforestal) o valles centrales (orientación agropecuaria)

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Presencia y extensión de meses subalimenticios entre los hogares campesinos

En la CART, como en la mayoría de las regiones agrícolas de temporal del neotrópico, la vida productiva y económica está demarcada por las temporadas de lluvias y de secas (figura 2). La temporada de lluvias abarca de mayo a septiembre (cinco meses) y la temporada de secas de octubre a abril (siete meses). El vínculo entre la ecología cultural y la economía campesina de la época de lluvias y secas se representa desde un punto de vista *emic* por el *ethos* del “entreveramiento campesino”:

Aquí en las montañas le llamamos al entrelazado de la vida entre la época de secas y la de lluvias el “entreveramiento”. Entra-el-verano y llega la época de la cosecha, hay comida y dinero. Después la cosecha se acaba y viene la parte difícil en la que hay que ver cómo sobrevivir el resto del año.

(Campesino de 43 años)



Figura 2: Parcela campesina en la CART en la que se muestra la drástica demarcación estacional entre A) la época de lluvias y B) la época de secas. Fuente: fotografías inéditas de Luis García-Barrios.

En este sentido, la temporada de lluvias y secas demarca la vida productiva y reproductiva. El maíz y el frijol son los pilares de la alimentación durante el ciclo agrícola. El maíz crece de finales de mayo hasta principios de junio y se cosecha entre noviembre y diciembre. El frijol, en general, tiene dos temporadas, el “aventurero”, que se siembra en mayo y se cosecha en septiembre (se produce cada vez menos por la incertidumbre que implica su siembra) y el “norte”, que se siembra en agosto y se cosecha entre noviembre y diciembre (es más común porque implica menos incertidumbre). Además de la propia producción, los hogares obtienen alimentos a través de la recolección de especies silvestres y compran alimentos que provienen de fuera de sus comunidades (figura 4). Los hogares campesinos conocen los requerimientos de consumo de la familia durante el año (Chayanov, 1924) y hacen un esfuerzo para producir el volumen necesario. Sin embargo, documentamos que debido a factores muy diversos como (a) la variación hidrometeorológica, (b) la presencia de plagas, (c) la falta de ingresos para comprar insumos agrícolas durante el año, (d) la pérdida de semillas, (e) la reducción de las cosechas debido a la degradación acumulada del suelo, (f) las enfermedades que implican la reorganización económica de los hogares campesinos, y (g) la migración o falta de mano de obra agrícola, en muchas ocasiones los hogares campesinos tienen cosechas que no son suficientes para los requerimientos de consumo de la familia durante el año. En estos casos, las cosechas de noviembre y diciembre se racionan durante el año para poder reactivar la producción el siguiente ciclo agrícola y lograr nuevas cosechas.

Como se muestra en la figura 3, la mayoría de los hogares campesinos de la CART enfrentan escasez alimenticia entre marzo y octubre. Este patrón muestra que, en muchos hogares campesinos, los cultivos de autoabasto y las ganancias agrícolas son óptimas por cinco meses sin tener ninguna carencia. El 74 % de los hogares campesinos respondieron que enfrentan al menos un mes de escasez alimentaria y el 34 % reportaron que esta escasez persiste por seis meses o más (figura 5). Estos resultados muestran un nivel intermedio de escasez estacionaria en comparación con estudios similares hechos en regiones campesinas de América Central. Por ejemplo, Morris et al. (2013) reportan que el 97 % de los hogares campesinos cafetaleros estudiados en El Salvador enfrentan meses de escasez. Guzmán-Luna et al. (2022) evidenciaron que, en la zona sur de Chiapas, el 72 % enfrentan meses de austeridad. Bacon et al. (2008) documentaron que el 69 % enfrentan meses de escasez en Nicaragua, y Shriar (2007) encontró lo propio para el 36 % de hogares campesinos en una región de Honduras. Es importante notar que en Nicaragua y Honduras hay dos cosechas anuales de frijol y maíz que se acompañan de otros cultivos; mientras que, en nuestro caso de estudio, como en el caso de El Salvador, sólo hay una cosecha en cada ciclo agrícola, ya que la cosecha de frijol “aventurero” (que tiene dos cosechas al año), se siembra cada vez menos por la incertidumbre que implica.

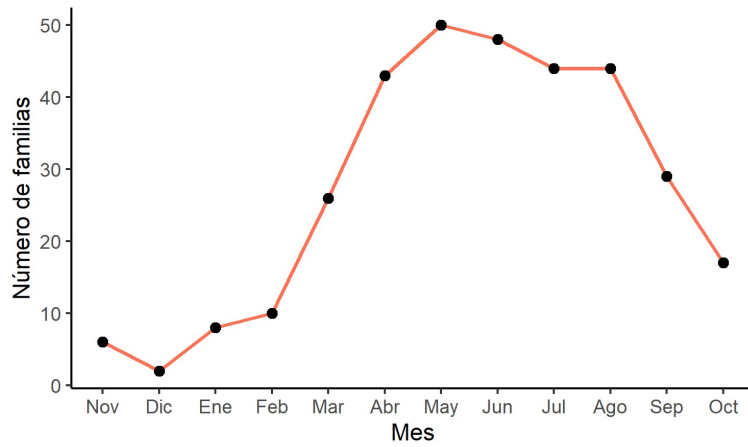


Figura 3: Distribución de los meses de escasez alimenticia a lo largo del ciclo anual 2017–2018. En la temporada de abril a agosto cuando hay mayor número de familias que se enfrentan a la escasez alimenticia, pues es en esta época que se acaba la cosecha de la propia producción. En el gráfico iniciamos el ciclo en noviembre porque es el mes en el que comienza la cosecha de maíz y de frijol norte. Fuente: elaboración propia.



Figura 4: Distintas fuentes de abastecimiento de alimentos a las que recurren las familias campesinas en la CART. A) Almacenamiento de maíz para el ciclo alimenticio anual; B) Recolección de quelites de las milpas; C) Comercialización local de leche y quesos; D) Abasto itinerante regional de aves y huevos. Fuente: fotografías inéditas de Tlacaelel Rivera-Núñez.

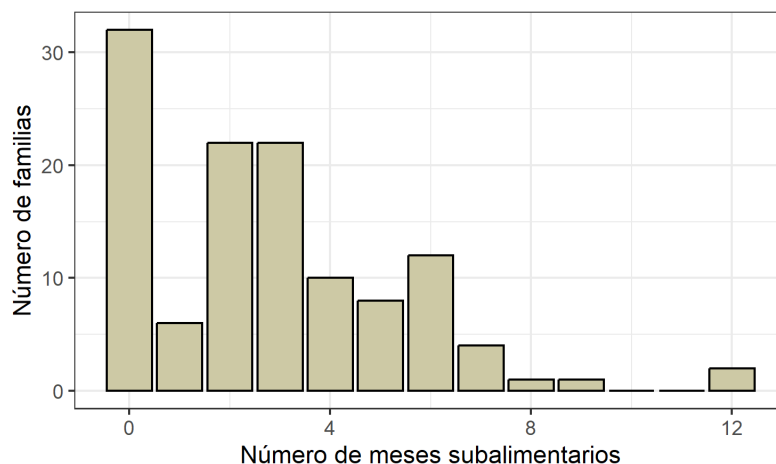


Figura 5: Número de meses subalimenticios que enfrentan las familias campesinas. Hay 32 familias que no enfrentan meses subalimentarios, pero la mayoría enfrenta al menos un mes de escasez; hubo dos familias que reportaron escasez alimentaria durante todo el año. Fuente: elaboración propia.

Estrategias de afrontamiento

Los hogares campesinos que enfrentan varios meses de escasez se ven forzados a desarrollar diversas estrategias de afrontamiento. Las estrategias, ordenadas de acuerdo con su nivel de severidad, son las siguientes: E1) reducción en la cantidad o diversidad de comida (23 % de los hogares campesinos), E2) alta dependencia de los alimentos silvestres (29 %), E3) venta de animales o búsqueda de trabajo agrícola (8 %), E4) migración temporal o préstamos (9 %) y E5) amortiguamiento parental (5 %). Por su parte, el 26 % de los hogares campesinos no sufren meses de escasez alimenticia. En la figura 6 se muestra la proporción de hogares que las enfrentan.

Las estrategias de afrontamiento que encontramos y las que se han reportado para hogares cafetaleros de El Salvador muestran algunas similitudes (Morris et al., 2013). Las estrategias que coinciden entre las dos regiones, y que son también las más reportadas en la literatura (Maxwell et al., 2008), incluyen: comer menos, modificar la dieta, vender ganado y pedir dinero prestado. Sin embargo, hay algunas estrategias documentadas en El Salvador que difieren de nuestros hallazgos. Por ejemplo, pedir alimentos fiados y usar dinero de las ganancias de la venta del café para comprar comida. Además, en la CART los hogares campesinos adoptan estrategias que no han sido reportadas para El Salvador como la recolección de 35 especies silvestres de las milpas, los traspatios, el monte y los lechos fluviales (figura 7), incrementar los jornaleros rurales, la migración temporal, e incluso el amortiguamiento parental, reportado en África subsahariana y en el sudeste asiático. En la región de Tacuba, en El Salvador, el préstamo de alimentos y las relaciones

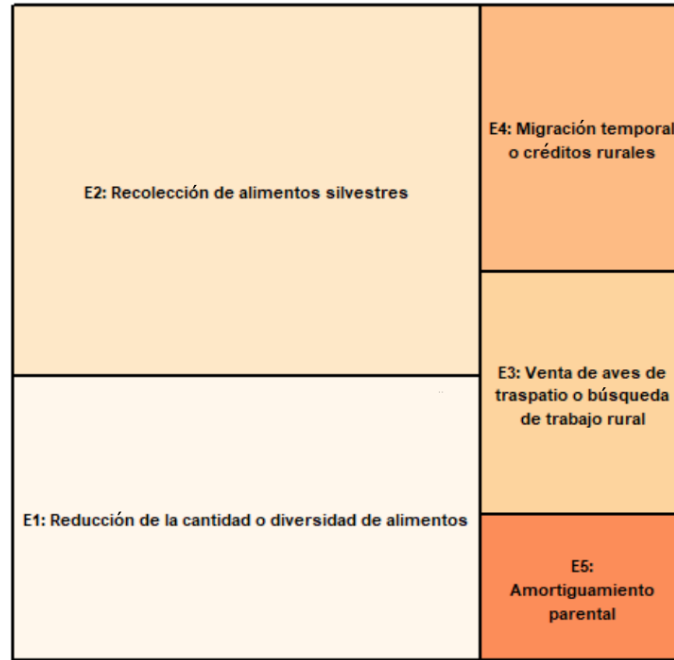


Figura 6: Proporción de hogares que adoptan cada estrategia de afrontamiento de escasez estacional de alimentos. El tamaño de cada rectángulo indica la proporción de hogares que recurren a cada estrategia. Entre más severa es la estrategia más intenso es el color. Fuente: elaboración propia.

de solidaridad entre hogares campesinos que tienen alguna relación de parentesco son comunes, además de la marcada temporalidad económica causada por los ahorros de la venta del café. Por el contrario, en la CART, los préstamos rurales o entre familiares son poco comunes porque tienen tasas de interés muy altas y, en algunos casos, se requiere hipotecar los medios de producción agrícola como las parcelas para poder pagarlos (Rivera-Núñez et al., 2020). Otra diferencia radica en que los hogares campesinos en la CART recurren a los alimentos silvestres en lugar del apoyo mutuo para el abastecimiento alimenticio. Esto es parecido a lo que ocurre en la zona de El Triunfo, en Chiapas, en donde los campesinos de la CESMACH (Campesinos Ecológicos de la Sierra Madre de Chiapas) recurren a la recolección de alimentos silvestres cuando no tienen los medios para comprar comida proveniente de fuera de la comunidad (Guzmán-Luna et al., 2022). Además de estas estrategias, la migración con dinámica pendular para trabajar durante la época de escasez, tanto a destinos nacionales como internacionales, muestra lo difícil que es para los hogares acumular ahorros provenientes de sus actividades agrícolas anuales (García-Barríos et al., 2009).

Que la mayoría de las familias en la CART enfrente al menos un mes de escasez alimenticia y que las estrategias de afrontamiento lleguen a ser tan severas da

cuenta de lo injusta que es la contradictoria situación. Aún más lo es que, como vimos en el párrafo anterior, no es un fenómeno aislado a la CART, sino que sucede en distintas localizaciones geográficas del Sur global. Esto es un indicador de que el régimen alimentario corporativo está generando tal tipo de situaciones. Es sabido que uno de sus principales aspectos ha sido el amplio despojo de la agricultura familiar, a través de mecanismos como que la mayor parte de las inversiones públicas bajo este régimen se hagan en sectores privados, dejando en el abandono a las familias campesinas y llevándolas a situaciones de escasez alimentaria, migraciones pendulares o, en última instancia, el abandono definitivo del campo (Appendini y Torres Mazuera, 2008). Consecuentemente, las agroindustrias monopólicas tienen producciones abarataadas, lo que deja fuera a los agricultores familiares porque significa que no pueden competir con estos precios (McMichael, 2009). En México, por ejemplo, la liberalización del campo después de la firma del TLCAN en 1994 provocó dependencia de las importaciones de maíz barato y subsidiado de EUA, dejando fuera del mercado a los pequeños productores de maíz (Moreno-Saénz et al., 2016). El régimen alimentario corporativo se presenta como la condición para la seguridad alimentaria a través del mercado, pues supone que, al haber mayor producción agroindustrial, habrá mejores condiciones alimenticias, pero paradójicamente ocasiona la precariedad de las poblaciones, y especialmente las rurales, como vemos reflejado en el presente capítulo (McMichael, 2015).

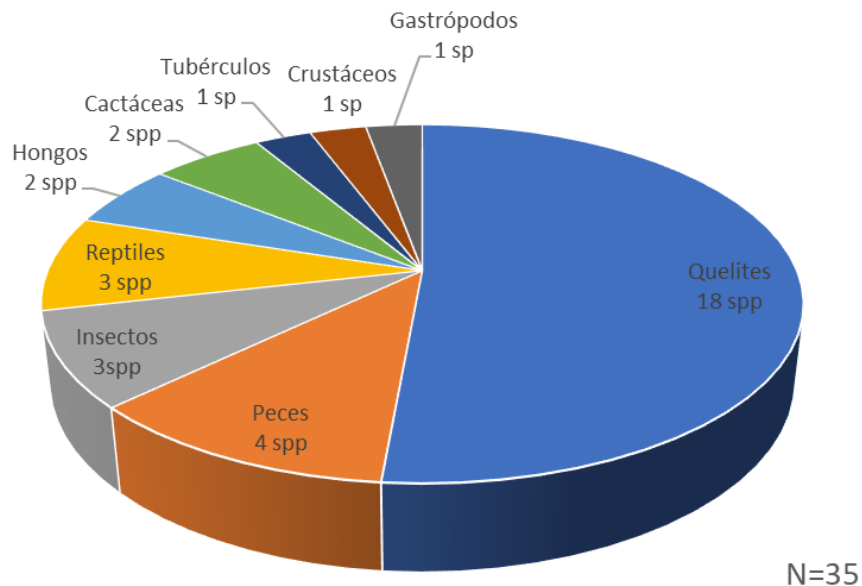


Figura 7: Número de especies recolectadas por grupo taxonómico. Dentro de los quelites se consideran hojas, frutos, inflorescencias, tallos y meristemos que son en su mayoría de herbáceas. Fuente: elaboración propia.

Relación entre la economía campesina y la tendencia a la escasez alimentaria

La mayoría de las investigaciones que abordan la escasez estacional de alimentos en áreas rurales han documentado la cantidad de meses en los que hay escasez y las estrategias familiares de afrontamiento. Sin embargo, identificamos la necesidad de explorar las características económicas específicas de los hogares campesinos y las dinámicas agrícolas de la microrregión que pudieran determinar estas carencias y la severidad de las estrategias de amortiguamiento que las familias rurales despliegan para enfrentarlas. Basándonos en los análisis estadísticos descritos en el apartado metodológico, en esta sección probamos las siguientes hipótesis con respecto a las principales variables que pudieran tener relación con la escasez estacional de alimentos y con la severidad de las estrategias de amortiguamiento que adoptan los hogares campesinos:

- I. Una mayor producción de maíz y frijol resulta en menos meses de escasez de alimentos.
- II. Los mayores niveles de hectáreas productivas, cabezas de ganado y apoyos gubernamentales, explican la ausencia de escasez de alimentos.
- III. Los hogares con calidad agraria de vecindados adoptan estrategias de amortiguamiento más severas que los ejidatarios y los pobladores.
- IV. Los hogares que cuentan con al menos un integrante en migración internacional activa son los únicos hogares con dinámicas migratorias que aminoran la severidad de las estrategias de afrontamiento.
- V. No hay diferencias significativas en la agudeza de las estrategias de afrontamiento entre los hogares rurales que desarrollan sus medios de vida en la cabecera de la cuenca (actividades agroforestales impulsadas por ONG's) y aquellos que se desenvuelven en los valles centrales (actividades agropecuarias).

En cuanto a la hipótesis I, en la tabla 3 se muestra que una mayor producción total de maíz reduce la duración de los meses de escasez. Sin embargo, esta relación no fue significativa para la producción total del frijol. A pesar de la importancia cultural de ambos cultivos, lo anterior puede ser explicado por lo vulnerable que es la producción de frijol en la región. Para la hipótesis II, encontramos que, en efecto, la cantidad de hectáreas productivas, de ganado y de apoyo gubernamental están correlacionadas negativamente con la extensión de meses que dura la escasez alimentaria (tabla 3).

Respecto a la hipótesis III, en efecto, las estrategias de amortiguamiento se relacionan con la calidad agraria ($X^2 = 28.79$, 8 g.l., $p < 0.001$). Los ejidatarios adoptan con más frecuencia la reducción de la cantidad y/o diversidad de alimentos (E1) que los vecindados. Por el contrario, los vecindados tienen que recurrir con más frecuencia al amortiguamiento parental (E5) (tabla 4). El acceso a la tierra se ha discutido poco en relación con la escasez alimentaria (Apata et al., 2015), pero nosotros mostramos que la calidad agraria y el proceso de toma de decisiones

Tabla 3: Correlaciones de Spearman entre las variables de la economía campesina y los meses de escasez alimentaria estacional. * * * $p < 0.001$, ns: no significativa. Fuente: modificada de Rivera-Núñez et al. (2022).

Variables	Meses de escasez alimentaria
Producción total de maíz	-0.38***
Producción total de frijol	-0.10ns
Superficie productiva	-0.64***
Cabezas de ganado	-0.65***
Apoyos gubernamentales	-0.39***

comunitarias entre los ejidatarios, los pobladores y los vecindados representan una variable que explica la severidad de las estrategias de amortiguamiento. Los ejidatarios, que tienen control sobre la tierra y tienen voz y voto en la toma de decisiones comunitarias, tienen menos meses de escasez y adoptan estrategias de amortiguamiento menos severas. Además, la calidad agraria juega un papel importante en la superficie productiva y el ganado al que tiene acceso el hogar y esto, a su vez, tiene influencia en la cantidad de apoyos gubernamentales que recibe. La asociación entre las variables del tipo de acceso a la tierra que tienen los hogares campesinos y la escasez alimentaria que enfrentan es un avance importante en el entendimiento del rol central que tienen la diferenciación y las dinámicas de micro-poder en la severidad de la escasez estacional de alimentos (van der Ploeg, 2018; Rivera-Núñez et al., 2020).

De igual manera, en correspondencia con nuestras expectativas para la hipótesis IV, encontramos que la intensidad en las estrategias de amortiguamiento se relacionó con el tipo de migración ($X^2 = 56.31$, 12 g.l., $p < 0.001$). La dependencia de los alimentos silvestres (E2) fue más común entre los hogares que no reportaron haber migrado o que hicieron migraciones regionales o nacionales que entre los hogares que cuentan con un integrante en migración internacional activa. La migración internacional, que en esta región se da casi en su totalidad a los Estados Unidos, es una estrategia crucial para superar las condiciones de diferenciación campesina internas a la microrregión. Este tipo de migración muchas veces tiene como objetivo final la compra de parcelas, ganado y otros medios de producción. Como se muestra con el análisis estadístico que se presenta, sólo la migración internacional es satisfactoria, atenuando la severidad de las estrategias de amortiguamiento. Las migraciones regionales y nacionales generan ingresos muy similares a los salarios rurales en las comunidades, debido a los elevados costos de vida que hay en las regiones de destino (Morris et al., 2013).

Por último, rechazamos la hipótesis V, ya que sí existen diferencias significativas entre las estrategias de afrontamiento que se adoptan entre la parte alta y baja de la cuenca ($X^2 = 14.29$, 4 g.l., $p < 0.005$), pues en la cabecera los hogares recurren con más frecuencia a la reducción en la cantidad y/o diversidad de comida (E1), mientras que en los valles centrales los hogares recurren más a la venta de animales y a la búsqueda de trabajo agrícola (E3). Sin embargo, es importante matizar que, a través del trabajo de campo etnográfico, logramos documentar cómo los proyectos

Tabla 4: Frecuencia de las estrategias de afrontamiento utilizadas a través de las distintas variables propuestas en las hipótesis. En paréntesis se muestran los residuos estandarizados entre la frecuencia esperada bajo la hipótesis nula (sin asociación entre variables) y la frecuencia observada. Los recuadros sombreados con verde indican que los residuos estandarizados son > 2 y reflejan la asociación entre las variables en el cruce de la celda. Fuente: modificada de Rivera-Núñez et al. (2022).

	Estrategias de afrontamiento				
	1	2	3	4	5
<i>Calidad agraria</i>					
Avecindado	4 (-3.70)	14 (-0.06)	8 (3.04)	6 (0.93)	5 (2.15)
Poblador	7 (-0.09)	12 (1.82)	0 (-1.81)	2 (-0.53)	1 (0.47)
Ejidatario	18 (3.94)	8 (-1.60)	1 (-1.51)	3 (-0.48)	0 (-1.81)
<i>Tipo de migración</i>					
Internacional	2 (0.76)	0 (-1.61)	0 (-0.69)	2 (2.34)	0 (-0.55)
Nacional	3 (-0.19)	0 (2.64)	0 (-1.13)	7 (5.88)	0 (-0.90)
Sin migración	20 (-0.96)	34 (4.25)	8 (1.00)	0 (-6.18)	5 (0.47)
Regional	4 (1.10)	0 (-2.33)	1 (0.23)	2 (1.14)	1 (0.68)
<i>Ubicación dentro de la cuenca</i>					
Cabecera	24 (3.51)	16 (-1.36)	2 (-2.17)	5 (-0.77)	3 (-0.32)
Valles centrales	5 (-3.51)	18 (1.36)	7 (2.17)	6 (0.77)	3 (0.32)

agroforestales que tienen ya más de una década siendo implementados por ONG’s nacionales e internacionales en alianza con la administración de la Reserva de la Biosfera, más que interesarse por impulsar las condiciones agroalimentarias de las familias campesinas, se centran en buscar certificaciones ambientales para las producciones que se circulan en mercados internacionales, como el “café de conservación”, la resina de pino y la palma camedora. Por lo tanto, compartimos las apreciaciones críticas a las denominadas “economías verdes” (Adams, 2017; Büscher & Fletscher, 2019), las cuales, más que medios de vida sustentables para las familias campesinas están generando nuevos sectores de “ecoproletarios” funcionales a los intereses corporativos agroalimentarios (Valkila, 2009; Neimark et al., 2020).

Propuestas para la reducción de la escasez estacional de alimentos

Cuando preguntamos a los hogares campesinos de la CART sobre las áreas de oportunidad que consideran más importantes para reducir la escasez estacional de alimentos, el 89 % refiere soluciones económicas como los ahorros comunitarios, los préstamos solidarios o más aún la generación de empleos estables, y sólo el 11 % mencionó que la solución podría ser en términos productivos o comerciales (figura 8).

Es importante notar que los hogares expresaron mayor interés en alternativas propias de la economía social y en la generación de empleos estables que en el asistencialismo gubernamental o en el mejoramiento de la producción agrícola. Esto podría estar relacionado con el hecho de que, como nos reveló el trabajo etnohistórico, en la década de 1970, en términos generales la región Frailesca experimen-

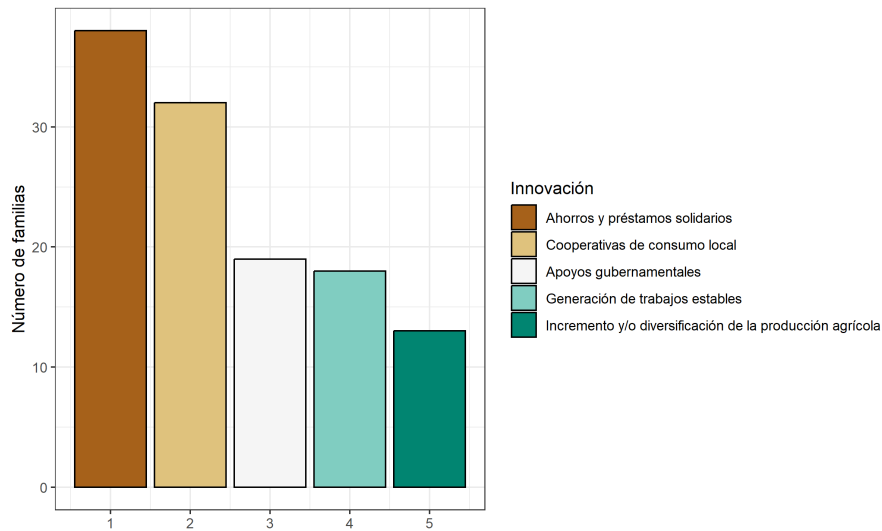


Figura 8: Innovaciones que los hogares campesinos consideran podrían ayudar a mejorar sus condiciones subalimentarias. Fuente: elaboración propia.

tó modelos cooperativos de aprovisionamiento alimentario como los impulsados por la CONASUPO (Barkin, 1987), por lo que la etapa es un referente del imaginario agroalimentario local. Los hogares campesinos argumentaron que una de las mejores maneras de contrarrestar la escasez estacional de alimentos sería crear empleos rurales estables que provean “una entrada mínima y segura de ingresos durante la época de escasez”, ya que este tipo de trabajos son muy esporádicos en la región y en el campo mexicano en general. Lade et al. (2017) explican que dicho razonamiento campesino busca contrarrestar la condición de trampa de pobreza alimentaria “bajando las barreras”, lo cual difiere de la estrategia de “superar la barrera” a través de la asistencia gubernamental, así como de una estrategia de “transformación del sistema”, como aquellas promovidas por las visiones agroecológicas que proponen la reconfiguración radical de los modelos agrícolas y económicos desde sus bases (Rosset & Altieri, 2017).

El interés relativamente bajo en alternativas agrícolas por parte de los hogares podría estar relacionado con el hecho de que los campesinos son bastante conscientes de los crecientes riesgos y vulnerabilidades productivas que enfrentan. Muchos hogares campesinos han alcanzado el límite de sus capacidades productivas de maíz y frijol (van der Ploeg, 2014) y se dan cuenta de que los costos de transacción y los precios de sombra para llevar a cabo una transición agroecológica no tienen un horizonte próximo de incorporación en los mercados, a los que están acostumbrados a participar de manera marginal (Arslan & Taylor, 2009; Isakson, 2009). Hablar de articular mercados alternativos y agroecológicos en esta región rulfiana entraña un horizonte muy alejado de la realidad.

CONCLUSIONES

“No hay nada más triste que tus hijos te pidan comida y tengas que decirles que no hay. Sientes que te duele el pecho y sales, aunque sea, a buscar bejucos del monte” nos narró una campesina de la Sierra Madre de Chiapas durante el trabajo de campo que dio pie a este escrito.

Sucede que la comida que dan los cerros ya no alcanza para un ciclo alimentario completo. De acuerdo con datos de *The Hunger Project México*, en nuestro país tres de cada diez personas enfrentan inseguridad alimentaria. El 70 % de los hogares que viven en zonas rurales expresa tal condición, así como ocho de cada diez indígenas. Además, alrededor del 15 % de la población rural experimenta desnutrición crónica. Esta situación emerge del régimen alimentario corporativo, en el que se ha abandonado a la agricultura familiar, al considerársele “ineficiente” en nombre de la producción agroindustrial subvencionada por los estados. La solución a la inseguridad alimentaria propuesta por el régimen actual ha sido una basada en los mercados, es decir, en que haya “suficiente comida para todos”, pero el gran problema es el restringido acceso que se tiene a los alimentos bajo este régimen. Aún ante la compleja situación, los campesinos de la CART y de otras regiones de México y del mundo, siguen produciendo a contracorriente. Pero esto en muchas ocasiones significa una fuerte afectación a sus medios de vida, por ejemplo, el hecho de que sufran condiciones de escasez estacional alimenticia. Para resarcir una condición tan paradójica, extendida y multidimensional como el hambre estacional campesina, sin lugar a duda se requiere el diseño y la implementación de una nueva generación de políticas públicas sectoriales, focalizadas y que provengan de diagnósticos contextualizados a las regiones, para que sean capaces de informar rutas de acción sensibles a las necesidades y capacidades locales.

Ante el imperante régimen alimentario corporativo, hay mucho por hacer para que los suelos agrícolas vuelvan a ser productivos, para que los machetes y azadones desplacen a los líquidos que los hicieron a un lado hace algunas décadas atrás, para que las semillas se conserven e intercambien libremente, para generar empleos rurales, para que las juventudes rurales despierten del sueño urbano, para que los días de plaza vuelvan a vestirse de los colores de la tierra y, sobre todo, para que los alimentos vuelvan a ser suficientes para las familias campesinas que dedican su vida entera a producirlos.

Un segundo elemento de particular importancia que devela el presente estudio, es el hecho de que las visiones de transformación de las realidades agroalimentarias para las familias campesinas de la CART se encuentran en la generación de empleos rurales permanentes, en la articulación de esquemas de economía social como las cajas de ahorro y los préstamos solidarios, así como en la recuperación de la base popular del acopio y el aprovisionamiento regional de alimentos que en algún momento, aunque de manera inacabada, experimentó la Frailesca durante las décadas del Sistema Alimentario Mexicano.

Trabajos como el aquí presentado dan cuenta de las complejidades agroalimentarias que enfrentan los territorios campesinos en México. Lo primero que la Cuen-

ca Alta del Río El Tablón nos obliga a cuestionar son las lecturas monolíticas sobre el campesinado. Más que bloques homogéneos, las regiones campesinas entrañan una pluralidad de familias rurales con estrategias productivas y reproductivas variopintas, que son el resultado de historias agrarias particulares, de relaciones interculturales, de dinámicas campo-ciudad, de implementación de políticas públicas, así como de interseccionalidades étnicas, de clase, género y edad. De manera tal, habremos de partir del reconocimiento de la diferenciación campesina interna a la hora de conducir estrategias de acompañamiento agrícolas y alimentarias que verdaderamente coadyuven a superar las condiciones paradójicas de escasez y las trampas estructurales de pobreza alimentarias. Las y los encapuchados de las montañas de Chiapas dirían: “falta lo que falta”.

REFERENCIAS

- Adams, W. (2017). Sleeping with the enemy? Biodiversity conservation, corporations and the green economy. *Journal of Political Ecology*, 24, 243–257.
- Agar, M. (2004). We have met the other and we're all nonlinear: Ethnography as a nonlinear dynamic system. *Complexity*, 10(2), 16–24.
- Anderson, K., Martin, W. J. and Ivanic, M. (2017). Food price changes, domestic price insulation, and poverty (when all policymakers want to be above average). In: P. Pingali and G. Feder (Eds.), *Agriculture and Rural Development in a Globalizing World: Challenges and Opportunities* (pp. 181–192). New York: Routledge Earthscan.
- Anderzén, J., Luna, A. G., Luna-González, D. V., Merrill, S. C., Caswell, M., Méndez, V. E., Hernández, R. & Cacho, M. M. Y. T. G. (2020). Effects of on-farm diversification strategies on smallholder coffee farmer food security and income sufficiency in Chiapas, Mexico. *Journal of Rural Studies*, 77, 33–46.
- Apata, T. G., Apata, O. M. and Kehinde, A. L. (2015). *Explaining the 'hungry farmer paradox': Through dynamics of Nutritional Scarcity and Its Determinants among Farming Households in Southwestern, Nigeria*. Contributed Paper prepared for presentation at the International Association of Agricultural Economists' 2015 Conference, Milan, Italy, August 9–14, 2015.
- Appendini, K. (2014). Reconstructing the Maize Market in Rural Mexico. *Journal of Agrarian Change*, 14(1), 1–25.
- Appendini, K. y Torres-Mazuera, G. (eds.) (2008). *¿Ruralidad sin agricultura? Perspectivas multidisciplinares de una realidad fragmentada*. CDMX: El Colegio de México, A. C.
- Arslan, A. & Taylor, J. E. (2009). Farmers' subjective valuation of subsistence crops: The case of traditional maize in Mexico. *American Journal of Agricultural Economics*, 91(4), 956–972.
- Asprilla-Perea, J. & Díaz-Puente, J. M. (2019). Importance of wild foods to household food security in tropical forest areas. *Food Security*, 11, 15–22.
- Bacon, C. M., Sundstrom, W. A., Gómez, M. E. F., Méndez, V. E., Santos, R., Goldoftas, B. and Dougherty, I. (2014). Explaining the 'hungry farmer paradox': Smallholders and fair-trade cooperatives navigate seasonality and change in Nicaragua's corn and coffee markets. *Global Environmental Change*, 25, 133–149.
- Bacon, C. M., Méndez, V. E., Flores Gómez, M. E., Stuart, D. and Díaz Flores, S. R. (2008). Are sustainable coffee certifications enough to secure farmer livelihoods? The millen-

- nium development goals and Nicaragua's fair-trade cooperatives. *Globalizations*, 5(2), 259–274.
- Barkin, D. (1987). The end to food self-sufficiency in Mexico. *Latin American Perspectives*, 14(3), 271–297.
- Bernard, H. R. (2017). *Research methods in anthropology: Qualitative and quantitative approaches*. Rowman & Littlefield Publishers.
- Braasch, M., García-Barrios, L., Ramírez-Marcial, N., Huber-Sannwald, E. and Cortina-Villar, S. (2017). Can cattle grazing substitute fire for maintaining appreciated pine savannas at the frontier of a montane forest biosphere-reserve? *Agriculture, Ecosystems & Environment*, 250, 59–71.
- Büscher, B. & Fletcher, R. (2019). Towards convivial conservation. *Conservation & Society*, 17(3), 283–296.
- Chambers, R., Longhurst, R. and Pacey, A. (1981). *Seasonal dimensions to rural poverty*. London: Frances Pinter.
- Chappell, M., Wittman, H., Bacon, C., Ferguson, B., García-Barrios, L., García-Barrios, R., Jaffee, D., Lima, J., Méndez, V. E., Morales, H., Soto-Pinto, L., Vandermeer, J., and Perfecto, I. (2013). Food sovereignty: an alternative paradigm for poverty reduction and biodiversity conservation in Latin America, *F1000Research*, 2, 235.
- Chayanov, A. V. [1924] (1985). *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Cruz-Morales, J. (2014). Desafíos para construir la democracia ambiental en la Cuenca Alta del Río El Tablón, Reserva de la Biosfera La Sepultura, Chiapas, México. En: C. Legorreta Díaz, C. Márquez Rosano y T. Trench (eds.), *Paradojas de las tierras protegidas: Democracia y política ambiental en reservas de la biosfera en Chiapas* (pp. 21–60). México: UNAM, Universidad Autónoma Chapingo.
- Dávila, O. G. (2010). Food security and poverty in Mexico: the impact of higher global food prices. *Food Security*, 2(4), 383–393.
- Devereux, S., Vaitla, B. and Swan, S. H. (2008). *Seasons of hunger: fighting cycles of quiet starvation among the world's rural poor*. London: Pluto Press.
- Devereux, S. (2009). *The new famines*. London: Routledge.
- Ellis, F. & Manda, E. (2012). Seasonal food crises and policy responses: A narrative account of three food security crises in Malawi. *World Development*, 40(7), 1407–1417.
- FAO, FIDA, OMS, PMA y UNICEF (2019). *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2019. Protegerse frente a la desaceleración y el debilitamiento de la economía*. Roma: FAO.
- Francis, C., Breland, T. A., Østergaard, E., Lieblein, G. & Morse, S. (2013). Aprendizaje de la agroecología basado en los fenómenos: Un prerrequisito para la transdisciplinariedad y la acción responsable. *Agroecología*, 8(2), 45–54.
- Fromm, E. y Maccoby, M. (1973). *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano: Estudio de la economía y la psicología de una comunidad rural*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- García-Barrios, L. y González-Espinosa, M. (2017). Investigación ecológica participativa como apoyo de procesos de manejo y restauración forestal, agroforestal y silvopastoril en territorios campesinos. Experiencias recientes y retos en la Sierra Madre de Chiapas, México. *Revista Mexicana de Biodiversidad*, 88, 129–140.
- García-Barrios, L., Galván-Miyoshi, Y., Valdivieso-Pérez, A., Masera, O., Bocco, G. and Vandermeer, J. (2009). Neotropical Forest Conservation, Agricultural Intensification, and Rural Out-migration: The Mexican Experience. *BioScience*, 59(10), 863–873.

- García-Barrios, L., Rivera-Núñez, T., Cruz-Morales, J., Urdapilleta-Carrasco, J., Castro-Salcido, E., Peña-Azcona, I., Martínez-López, O., López-Cruz, A., Morales, M. and Espinoza, J. (2020a). The Flow of Peasant Lives: a board game that simulates livelihood strategies and trajectories derived from complex rural household's decisions. *Ecology & Society*, 25(4), 48.
- García-Barrios, L., Cruz-Morales, J., Braasch, M., Dechnik-Vázquez, Y., Gutiérrez-Navarro, A., Meza-Jiménez, A., Rivera-Núñez, T., Speelman, E., Trujillo-Díaz, G., Valencia, V. and Zabala, A. (2020b). Challenges for rural livelihoods, participatory agroforestry, and biodiversity conservation in a neotropical biosphere reserve in Mexico. In: C. Baldauf (ed.), *Participatory Biodiversity Conservation* (pp. 69–89). Cham: Springer.
- Gebrehiwot, T. & Van der Veen, A. (2014). Coping with food insecurity on a micro-scale: Evidence from Ethiopian rural households. *Ecology of Food and Nutrition*, 53(2), 214–240.
- Gelli, A., Masset, E., Folson, G., Kusi, A., Arhinful, D. K., Asante, F., ... Agble, R., Ananse-Baden, G., Mumuni, D., Aurino, E., Fernandes, M. and Drake, L. (2016). Evaluation of alternative school feeding models on nutrition, education, agriculture and other social outcomes in Ghana: rationale, randomised design and baseline data. *Trials*, 17(1), 37.
- Guzmán Luna, A., Bacon, C. M., Méndez, V. E., Flores Gómez, M. E., Anderzén, J., Mier y Terán Giménez Cacho, M., Rivas, M., Duarte Canales, H. A. and Benavides González, Á. N. (2022). Toward Food Sovereignty: Transformative Agroecology and Participatory Action Research With Coffee Smallholder Cooperatives in Mexico and Nicaragua. *Frontiers in Sustainable Food Systems*, 6, 810840.
- Gliessman, S. (2016). Transforming food systems with agroecology. *Agroecology and sustainable food systems*, 40(3), 187–189.
- Hadley, C. & Patil, C. L. (2008). Seasonal changes in household food insecurity and symptoms of anxiety and depression. *American Journal of Physical Anthropology*, 135(2), 225–232.
- Heinze, A., Bongers, F., Ramírez-Marcial, N., García-Barrios, L. and Kuyper, T. W. (2020). The montane multifunctional landscape: How stakeholders in a biosphere reserve derive benefits and address trade-offs in ecosystem service supply. *Ecosystem Services*, 44, 101–134.
- Helms, J. and U. Munzel (2008). *npmc: nonparametric multiple comparisons*.
- Hernández Xolocotzi, E. (2007). La investigación de huarache. *Revista de Geografía Agrícola*, 39, julio-diciembre, 113–116.
- Isakson, S. R. (2009). 'No hay ganancia en la milpa': The agrarian question, food sovereignty, and the on-farm conservation of agrobiodiversity in the Guatemalan highlands. *Journal of Peasant Studies*, 36(4), 725–759.
- Kolovos, S., Zavala, G. A. and Leijen, A. S. (2020). Household food insecurity is associated with depressive symptoms: results from a Mexican population-based survey. *Food Security*, 12, 407–416.
- Lade, S. J., Haider, L. J., Engström, G. and Schlüter, M. (2017). Resilience offers escape from trapped thinking on poverty alleviation. *Science Advances*, 3(5), e1603043.
- Maxwell, D. G. (1996). Measuring food insecurity: the frequency of "coping strategies". *Food Policy*, 21(3), 291–303.
- Maxwell, D., Caldwell R. and Langworthy, M. (2008). Measuring food insecurity: Can an indicator based on localized coping behaviours be used to compare across contexts? *Food Policy*, 33(6), 533–540.

- McMichael, P. (2009). A food regime genealogy. *J. Peas. Stud.*, 36(1), 139–169.
- McMichael, P. (2015). *Regímenes alimentarios y cuestiones agrarias*. México: Miguel Ángel Porrúa, Universidad Autónoma de Zacatecas, Red Internacional de Migración y Desarrollo.
- Misturelli, F. & Heffernan, C. (2001). Perceptions of poverty among poor livestock keepers in Kenya: a discourse analysis approach. *Journal of International Development*, 13(7), 863–875.
- Moreno-Sáenz, L. I., González-Andrade, S. & Matus-Gardea, J. A. (2016). Dependencia de México a las importaciones de maíz en la era del TLCAN. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, 7(1), 115–126.
- Morris, K. S., Mendez, V. E. and Olson, M. B. (2013). ‘Los meses flacos’: seasonal food insecurity in a Salvadoran organic coffee cooperative. *The Journal of Peasant Studies*, 40(2), 423–446.
- Musante, K. & DeWalt, B. R. (2010). *Participant Observation: A Guide for Fieldworkers*. AltaMira Press.
- Neimark, B., Mahanty, S., Dressler, W. & Hicks, C. (2020). Not Just Participation: The Rise of the Eco-Precariat in the Green Economy. *Antipode*, 52(2), 496–521.
- Netting, R. M., Wilk, R. & Arnould, E. J. (Eds.) (1984). *Households: Comparative and Historical Studies of the Domestic Group*. Berkeley: University of California Press.
- R Development Core Team (2019). *R: A language and environment for statistical computing* (v. 3.5.9). Vienna: R Foundation for Statistical Computing.
- Rivera-Núñez, T., Estrada-Lugo, E. I., García-Barrios, L., Lazos, E., Gracia, M. A., Benítez, M., Rivera-Yoshida, N. and García-Herrera, R. (2020). Peasant micropower in an agri-food supply system of the Sierra Madre of Chiapas, Mexico. *Journal of Rural Studies*, 78, 185–198.
- Rivera-Núñez, T., García-Barrios, L., Benítez, M., Rosell, J. A., García-Herrera, R. & Estrada-Lugo, E. (2022). Unravelling the Paradoxical Seasonal Food Scarcity in a Peasant Microregion of Mexico. *Sustainability*, 14(11), 6751.
- Rosset, P. M. & Altieri, M. A. (2017). *Agroecology: Science and Politics*. Rugby, UK: Practical Action Publishing.
- Shariff, Z. M. & Khor, G. L. (2008). Household food insecurity and coping strategies in a poor rural community in Malaysia. *Nutrition Research and Practice*, 2(1), 26–34.
- Shriar, A. J. (2007). In search of sustainable land use and food security in the arid hillside regions of Central America: Putting the horse before the cart. *Human Ecology*, 35(3), 275–287.
- Speelman, E. N., Groot, J. C., García-Barrios, L., Kok, K., van Keulen, H. and Tittonell, P. (2014). From coping to adaptation to economic and institutional change – Trajectories of change in land use management and social organization in a Biosphere Reserve community, Mexico. *Land Use Policy*, 41, 31–44.
- Vaitla, B., Devereux, S. and Swan, S. H. (2009). Seasonal Hunger: A Neglected Problem with Proven Solutions. *PLoS Med*, 6(6), e1000101.
- Valdivieso-Pérez, I., García-Barrios, L., Álvarez-Solís, D. y Nahed-Toral, J. (2012). De maizales a potreros: cambio en la calidad del suelo. *Terra Latinoamericana*, 30(4), 363–374.
- Valencia, V., García-Barrios, L., West, P., Sterling, E. J. and Naeem, S. (2014). The role of coffee agroforestry in the conservation of tree diversity and community composition of native forests in a Biosphere Reserve. *Agriculture, Ecosystems & Environment*, 189, 154–163.

- Valkila, J. (2009). Fair Trade organic coffee production in Nicaragua – Sustainable development or a poverty trap? *Ecological Economics*, 68(12), 3018–3025.
- Vandermeer, J., Aga, A., Allgeier, J., Badgley, C., Baucom, R., Blesh, J., Shapiro, L. F., Jones, A. D., Hoey, L., Jain, M., Perfecto, I. & Wilson, M. L. (2018). Feeding Prometheus: An Interdisciplinary Approach for Solving the Global Food Crisis. *Frontiers in Sustainable Food Systems*, 2, 39.
- van der Ploeg, J. (2014). *Peasants and the Art of Farming: A Chayanovian Manifesto*. Halifax: Fernwood Publishing.
- van der Ploeg, J. (2018). Differentiation: old controversies, new insights. *Journal of Peasant Studies*, 45(3), 489–524.
- Van der Vorst, J. G. (2005). Performance measurement in agri-food supply-chain networks: an overview. In: C. J. M. Ondersteijn, J. H. M. Wijnands, R. B. M. Huirne and O. van Kooten (Eds.), *Quantifying the Agri-Food Supply Chain* (pp. 13–24). Dordrecht: Springer.
- Warman, A. (1995). *La historia de un bastardo: el maíz, capitalismo y México*. México: FCE.
- Webb, P., Coates, J., Frongillo, E. A., Rogers, B. L., Swindale, A. & Bilinsky, P. (2006). Measuring household food insecurity: why it's so important and yet so difficult to do. *J Nutr*, 136(5), 1404S–1408S.
- Zabala, A., García-Barrios, L. E. & Pascual, U. (2022). From participation to commitment in silvopastoral programmes: Insights from Chiapas, Mexico. *Ecological Economics*, 200, 107544.

¿AGROECOLOGÍAS EN SOTUTA? RESILIENCIA Y PLURIACTIVIDAD EN ENTORNOS DINÁMICOS

Edwin Fernández Sarabia¹ y Jean Arnaud García Brulé²

¹ Investigador independiente / fruxsgia@hotmail.com

² Investigador independiente / argabru@gmail.com

RESUMEN: En este documento analizamos un caso ubicado en la comunidad maya de Sotuta, Yucatán, donde hace más de seis años se inició un proyecto neorrural conformado por jóvenes provenientes de la Ciudad de México que busca generar espacios para el intercambio de saberes culturales, agrícolas y artísticos. Este fue el punto de partida, donde comenzaron a detonarse procesos complejos y de largo aliento que no sólo se insertan desde un contexto intercultural y multiterritorial, sino que con el paso de los años van mutando y adaptándose al ambiente sociocultural, volviéndose catalizadores de cambio e influyendo multidimensionalmente en los procesos productivos, ecológicos, sociales, culturales y agrarios.

Ejemplo de ello son las actividades que buscan recuperar la producción de alimentos en los traspatios desde una visión agroforestal y comunitaria, usando parcelas demostrativas y principios de la agricultura sintrópica, y la creación de un centro de transformación de alimentos como herramienta para la organización social y las prácticas artísticas encaminadas a la educación ambiental. Estos son algunos ejemplos de procesos y herramientas muy valiosas en el caso de Sotuta, pues permiten experimentar de manera vivencial y práctica nuevas ideas (que muchas veces no son locales), que fortalecen la sensibilidad ambiental desde lo artístico, impulsan el trabajo en comunidad y fomentan la regeneración de la tierra. Estos espacios se constituyen como puntos de socialización y formulación de redes colaborativas que han sido impulsadas por agentes que en un inicio llegaron como externos y con el tiempo fueron integradas a la población maya peninsular de Sotuta.

ESTRUCTURA DEL TRABAJO: El presente trabajo se encuentra organizado en cuatro apartados temáticos.

Al inicio se establece una pequeña introducción que sitúa de manera concreta la experiencia descrita y analizada.

En segundo lugar, relatamos el caso de estudio, recabado desde la narrativa de los actores sociales y la propia experiencia de quienes escribimos el presente trabajo, ya que ambos

autores participamos, en dimensiones distintas, en el proceso descrito. En este apartado escribimos la crónica del proyecto, desde sus antecedentes hasta el momento actual; haciendo énfasis en hitos que resultan nodales para entender la historia del proyecto.

Posterior a esto, elaboramos un espacio de reflexión donde se busca establecer concordancias e interrelaciones conceptuales entre el proyecto y la argumentación teórica que desarrollamos a partir del proceso analizado. Creemos que podemos utilizar de hilo conductor el relato y explicarlo a la luz de las categorías analíticas elegidas para el desarrollo de este documento.

Finalmente presentamos algunas conclusiones y reflexiones finales derivadas del trabajo analítico llevado a cabo en este documento.

INTRODUCCIÓN

Sotuta es uno de los 106 municipios del estado de Yucatán. Su nombre deriva de dos vocablos mayas, el prefijo "Zutut", que significa "dar vueltas" y el sufijo "Ha" que se traduce como agua. Sotuta es el "lugar donde el agua da vueltas". Se localiza a una distancia de aproximadamente 95 km al sureste de la ciudad de Mérida y es considerado un municipio suburbano y rural; cuenta con 8967 habitantes de los cuales el 40% es hablante de la lengua maya peninsular. Se ubica en la zona limítrofe de la reserva estatal geohidrológica Anillo de Cenotes, sistema hídrico único en el mundo, que se caracteriza por la alta permeabilidad del subsuelo en un área con alto flujo de agua, conformando una red de cavernas complejas, que actúan como ríos subterráneos.

Desde mediados de los ochenta México comenzó su ingreso paulatino a un proceso de transición agroindustrial. Derivado de ello, en los últimos cuarenta años se han experimentado grandes transformaciones en el ámbito rural mexicano. Esto vino acompañado de cambios tanto en los modelos de producción agrícola como en los patrones de vida de quienes habitan las poblaciones rurales e indígenas del territorio nacional

Esta integración agroindustrial generó la multiplicidad de canales comerciales, la ampliación de la frontera agrícola y el establecimiento de nuevos actores en el campo mexicano. Los procesos productivos intensificados, con orientación hacia la comercialización internacional, han fomentado la presencia y participación de agentes externos en pequeñas poblaciones rurales.

En las siguientes páginas expondremos el caso de Sotuta. En este lugar, desde hace más de seis años, se asentó un grupo de personas externas a la comunidad, jóvenes urbanos, quienes buscaban establecer un proyecto ecológico que consistía en la construcción de una "comunidad intencional sustentable" en un terreno aledaño al pueblo de Sotuta. Al principio encontraron en Sotuta una oportunidad para realizar el romántico éxodo del campo a la ciudad, sin conocer cabalmente el contexto particular, cultural, étnico, agrario, de dicha comunidad. Sin embargo, al paso del tiempo, la coexistencia con la población sotuteña ha generado procesos complejos socioterritoriales que cambiaron sustancialmente el eje inicial de esta intervención.

Al paso de seis años, la población sotuteña ha territorializado y transformado de forma paulatina estos proyectos, inicialmente externos, hasta formar parte activa de ellos.

En el presente documento daremos cuenta de los vaivenes, continuidades, discontinuidades, contradicciones y sinergias, en este proceso que continua su trayectoria en el pueblo maya de Sotuta. Un proceso que transita en términos de un proyecto impuesto hacia uno apropiado por los habitantes de dicha comunidad.

2. LATERALIDADES AGROECOLÓGICAS EN SOTUTA, YUCATÁN: LA HISTORIA DE UN PROYECTO DINÁMICO

Corría el año 2010 en la Ciudad de México, un grupo de jóvenes vinculados a través de una comunidad de escuelas alternativas de un sector de la clase media del sur de la Ciudad de México: Colegio Madrid, Lancaster, Instituto Escuela del Sur, LOGOS, Instituto de Humanidades y Ciencias, Instituto Luis Vives, la Prepa 6 y el CCH Sur, por mencionar algunas, se integraron en un colectivo con el fin de organizar un festival durante tres días. Eran un grupo de al menos 20 jóvenes con intereses diversos: la contracultura, el arte alternativo, el cuidado del medio ambiente, los pueblos indígenas, el Movimiento Zapatista de Liberación Nacional, etc. Este caleidoscopio diverso dio como resultado el festival Kupuri, que tuvo cinco emisiones, del 2011 al 2015. Este evento que comenzó como una fiesta rave de contracultura en su primera emisión, se transformó en “un proyecto donde se fusionaron diferentes propuestas artísticas, culturales y ecológicas en una sola manifestación para la conciencia individual y colectiva. Un espacio lúdico para la convivencia y el intercambio”. Estos eventos ocurrieron primero en el Ajusco y posteriormente en la comunidad de Milpa Alta.

Muchos de los integrantes del colectivo se habían involucrado en el activismo sindical, el Movimiento Zapatista de Liberación Nacional, la lucha de los pueblos indígenas y la resistencia universitaria. Otros estaban interesados en procesos agroecológicos, de bioconstrucción, permacultura y huertos comunitarios. Es fundamental la semilla del movimiento #YoSoy132, donde muchos de los miembros del colectivo se politizaron, siendo integrantes activos de dicho fenómeno social universitario surgido en México en el año 2012.

En el año 2015 el festival llegó a su fin y quienes se mantuvieron en la organización de dicho evento desde su origen en el 2010 se habían consolidado como colectivo interdisciplinario y ahora buscaban la posibilidad de encontrar un terreno para continuar con algún proyecto similar a Kupuri.

En ese contexto apareció una familia cercana a algunos miembros del colectivo, que contaba con 152 hectáreas de tierra, adquirida a principios de la década de los noventa, en la comunidad maya de Sotuta, en la península de Yucatán, y que buscaban alianzas para concretar su propio proyecto familiar. Así, entre interconexiones y alianzas de jóvenes provenientes de familias acomodadas de la Ciudad de México y a más de mil kilómetros al sur, sin conocimiento del territorio o integración previa con la comunidad, surgió la iniciativa de este proyecto.

A. El éxodo: romantizar el territorio

Durante los últimos meses del año 2015 y principios del 2016 doce adultos jóvenes de dicho grupo iniciaron la travesía de mudarse a Sotuta, la mayoría sin conocimiento previo del pueblo.

El terreno de 152 hectáreas, ubicado a 6 kilómetros del centro poblacional, quedaría en comodato, para poder iniciar el proyecto que en un principio buscaba la creación de un centro cultural comunitario en la selva y una comunidad intencional. Así fue como surgió el Centro de Agroecología, Artes y Oficios Zutut Ha (CAAOT).

Puesto que el terreno en la selva carecía en un primer momento de toda infraestructura, el grupo de jóvenes tuvo que encontrar un domicilio para rentar dentro del pueblo. Paralelamente se inició entonces un trabajo intensivo en una parte del terreno que requería mucho esfuerzo y horas de faena para construir las primeras estructuras. Comenzaba la jornada laboral al amanecer y duraba hasta el momento de la comida; las tardes se utilizaban para reuniones y juntas de planeación.

Este fue un momento clave en el que se comenzaron a generar relaciones cotidianas con personajes del pueblo, niñas, niños y jóvenes que, ante el extrañamiento de estos nuevos vecinos, se acercaban a la “casa de la calle 22” o “casa de los jipis”, para conocerlos. Se le planteó a Don Luis, quien fue el cuidador del “terreno”¹ durante más de 20 años, que invitara a algunas personas del pueblo, que fueran de su confianza, a sumarse para consolidar un equipo de bioconstrucción, con el pago de jornales por su trabajo. De esta manera se comenzaron a gestar las primeras interacciones con la gente de Sotuta.

Este periodo inicial es sumamente relevante, puesto que al no existir condiciones para habitar el terreno en la selva: acceso carretero, servicios básicos de energía, etc., los miembros del colectivo habitaron en el pueblo y comenzaron a tejer una red de relaciones profundas con integrantes del mismo, la cual sentó la base desde donde, en los años venideros, se consolidaron nuevos proyectos y se facilitó la permanencia de estos personajes en el pueblo hasta la actualidad.

También es relevante que gran parte del proyecto en su etapa inicial no contaba con ejes programáticos claros. Más bien se tenían ideas e intereses comunes que convergían en vivir una vida “no convencional” en una comunidad autosustentable, alejada de los centros urbanos: construcción vernácula, ecotecnologías, conocimientos tradicionales, permacultura, agroecología, entre otros temas relacionados.

Aquí se inician los primeros experimentos de huertos con prácticas agroecológicas en el terreno; se establece un programa de recaudación de fondos mediante la recepción de voluntarios y campañas de donación fomentadas por redes sociales, aprovechando las páginas y experiencia adquirida en el festival Kupuri.

¹ Se le conoce de manera coloquial de esta forma al sitio ubicado a seis kilómetros del pueblo, donde se inauguró el Centro de Agroecología, Artes y Oficios Zutut Ha (CAAOT).

B. Diáspora y transiciones del proyecto Zutut Ha

Entre los años 2018 y 2019 el proyecto agroecológico Zutut Ha experimentó un periodo de grandes transformaciones. En primer lugar, y gracias a una red de aliados a nivel nacional e internacional, lograron generar una fuente de financiamiento constante, derivada de un programa de voluntariado temático denominado “Agronautas”, el cual consistía en periodos de dos semanas donde se impartían cursos especializados en agroforestería, apicultura, educación ambiental, alimentación sana y consciente, entre otros. Si bien este sistema de voluntariado permitió el sustento económico del proyecto durante un corto tiempo, los ingresos nunca fueron suficientes para remunerar el trabajo de los integrantes que participaban de forma activa en dichas actividades.

Luego de más de dos años de trabajo se habían logrado las condiciones para vivir en la selva. Esto permitió que una parte de la ‘comunidad Zutut Ha’² comenzara a habitar de manera constante en el terreno que había sido el eje rector del proyecto en un inicio. Así las tareas comenzaron a dividirse entre el trabajo directamente en el centro poblacional, como los programas “Sal a pajarear”, “Aves urbanas” y “Cero residuos en tu escuela” que se llevaban a cabo para los niños y jóvenes de Sotuta, y las labores de voluntariado y mantenimiento del CAAOZ que se llevaban a cabo selva adentro, a siete kilómetros del pueblo sotuteño.

Este traslado facilitó la recepción de voluntarios dentro del programa Agronautas; y aumentó las responsabilidades asociadas al mantenimiento, conservación, cuidado, vigilancia y preservación del “terreno”; puesto que el aumento exponencial de personas generó mayores retos de trabajo y cansancio ligado al proceso de voluntariado.

Durante el año 2019 comenzaron a generarse tensiones dentro de los integrantes de la comunidad Zutut Ha. Así salieron personajes importantes de los fundadores, por diferencias, profesionales y personales, abandonando el proyecto y su residencia en Sotuta. Dicha fractura trajo reconfiguraciones en las dinámicas y prácticas de trabajo y también permeó en los ánimos y emocionalidad del grupo de trabajo.

Esta primera diáspora generó un debilitamiento en las condiciones del equipo de trabajo y representó severas dificultades para enfrentar el cierre total de las actividades económicas, sociales, culturales y artísticas por la pandemia de COVID-19 en el año 2020. De esta manera el voluntariado, principal actividad económica, tuvo que ser suspendido.

El proyecto entró en un periodo de latencia durante el cual aumentaron las diferencias entre sus integrantes y dio como resultado la salida de otros personajes; pero a diferencia de la primera diáspora, la mayoría no cambió su lugar de residencia. Por el contrario, buscaron establecer proyectos personales dentro del pueblo, resultado de las redes construidas a lo largo de cuatro años de interrelación con los habitantes de Sotuta.

² Para establecer una diferenciación entre los voluntarios y aliados se denominó ‘comunidad Zutut Ha’ a quienes eran fundadores iniciales y permanecían dentro del proyecto Zutut Ha.

*C. Festivales de arte y cultura en Sotuta:
"Luum Puksi'ik'al", Corazón de la Tierra*

La Casa de la Cultura Maya Nachi Cocom, conocida también como "El Castillo Rojo", es una construcción fortificada del siglo XVII ubicada frente a la explanada central del pueblo de Sotuta, Yucatán. No queda claro cuánto se conserva del edificio original, pues entre 1855 y 1860, durante la Guerra de Castas, fue reacondicionado por el ejército mexicano como el "Cuartel Pedro Sáinz de Baranda", dándole la forma que conserva hasta la actualidad.

El edificio fue propiedad del ejército mexicano hasta 1998, cuando el presidente Ernesto Zedillo firmó un decreto entregándoselo al gobierno de Yucatán. De acuerdo con éste, el gobierno estatal se comprometía a rehabilitarlo como la Casa de la Cultura Maya; lamentablemente no se consolidó el proyecto y por casi dos décadas permaneció prácticamente abandonado, lo que agravó su grado de deterioro y lo desarticuló de la comunidad de Sotuta.

En 2017, al tiempo que se continuaban los trabajos en el terreno, el colectivo Zutut Ha activó de manera intermitente este sitio abandonado hasta esa fecha, por invitación de Filiberto Pech (Don Pil Pech), antiguo presidente municipal del pueblo y guardián del Castillo Rojo. En dicho año se organizó, mediante donaciones y redes de voluntariado, el primer festival *Luum Puksi'ik'al, Corazón de la Tierra*, el cual ocurrió en las dos semanas de vacaciones de semana santa. Se convocó mediante perifoneo, carteles e invitaciones a escuelas a la comunidad y resultó un evento masivo donde llegaron decenas de niñas y niños de Sotuta.

Este momento resulta clave en la transición a una escala comunitaria, ya que el festival abrió el espacio para ofrecer una presentación pública del proyecto para la gente del pueblo. Esto comenzó a esclarecer la visión de los sotuteños ante la presencia ajena de estos "jipis" y facilitó la aceptación de los pobladores. De igual manera planteó la expansión del proyecto hacia procesos artísticos anclados desde la educación ambiental, cuyos destinatarios eran las infancias y juventudes de Sotuta, algo que no estaba en los objetivos iniciales del proyecto Zutut Ha.

Lo que comenzó como un festival "experimental" se fue decantando en varios procesos diversificados, cuyo objetivo central era el ejercicio de los derechos culturales y artísticos, entre los que podemos mencionar: 1. la rehabilitación paulatina del Castillo Rojo, hasta convertirse en la Casa de la Cultura Maya Nachi Cocom; 2. La organización de cientos de actividades culturales, talleres, residencias y enseñanza de oficios con un énfasis fundamental en la educación ambiental; 3. La consolidación como un espacio donde se organizan actividades gran parte del año, de manera constante, y ya no solamente en festivales o muestras; 4. El financiamiento público y alianzas con diversas instancias a nivel gubernamental: nacional, estatal y municipal; 5. La presencia constantes de jóvenes audiencias e infancias en las actividades realizadas en la Casa de la Cultura Nachi Cocom.

Luum puksi'ik'al, Corazón de la Tierra, ha celebrado seis ediciones de manera ininterrumpida,³ todas ellas teniendo como base el Castillo Rojo de Nachi Cocom,

³ En el año 2020 las actividades se cancelaron en el mes de abril por la pandemia de COVID-19, sin

siendo una plataforma que se ha transformado con el pasar de los años: transitando de una iniciativa formulada de manera descontextualizada hacia una que se integra a los valores culturales, prácticas y necesidades de Sotuta. Es importante mencionar que si bien la iniciativa fue generada por agentes externos, este espacio ha sido apropiado principalmente por infancias y juventudes, transformándolo en un territorio comunitario de intercambio de saberes, socialización, entretenimiento y convivencia.

D. Proyecto Cultiva y Solares Huertas Agroforestales

Durante la pandemia de COVID-19 las poblaciones indígenas sufrieron, además de las problemáticas sanitarias y de salud pública, estragos económicos ante el cierre mundial de las actividades. Sotuta resintió estas medidas de forma alarmante al ser un municipio cuya economía depende en un 42 % del sector terciario y un 30 % en el sector secundario (SEFOET, 2022) y cuyas actividades están relacionadas al sector de la construcción y turístico de Quintana Roo y Mérida, Yucatán. Además, este último fue el estado con mayor cantidad de casos confirmados en población indígena del país, con un total de 2 mil 529 casos, según reportó la Secretaría de Salud en enero del 2021 (SS, 2021).

En este contexto pandémico y de carencias económicas en Sotuta, Daniela Musali, exintegrante del proyecto Zutut Ha, y María José Rivera, “Coco”, aprovechando el conocimiento de la región y las sólidas relaciones sociales establecidas durante un periodo de más de cuatro años en el municipio, le plantearon a cuatro mujeres amas de casa –“Doña Chela”, “Arge”, “Cristi”, “Melanie”– y a sus familias, organizarse para comenzar a generar procesos de siembra con el objetivo de recuperar espacios agrícolas que rodean el área doméstica y conocidos en la región como “solares”, los cuales se han ido descartando como opción productiva en Sotuta desde hace más de veinte años.

El solar maya es fundamentalmente un espacio social complejo y un sistema que corresponde al ámbito familiar, lo cual define las necesidades y las funciones que tendrá cada sitio particular. Las actividades de producción son una parte del conjunto de actividades que se delimitan espacialmente y se sustentan en las relaciones sociales.

Los solares son complejos sistemas tradicionales de producción agrícola. Son también unidades ambientales del paisaje natural transformado; destinados principalmente a cubrir las necesidades de subsistencia de la familia, ya que garantizan acceso directo, debido a su ubicación alrededor de la vivienda y bajo el manejo familiar, a una gran variedad de productos tanto alimentarios como de construcción, utensilios y forraje para los animales domésticos. Asimismo, representan una fuente de ingresos para las familias a través de la venta de los productos cultivados o los animales domésticos criados (...) Desde el punto de vista social y cultural, el solar tiene

embargo, el semáforo epidemiológico permitió actividades escalonadas a finales de ese mismo año. Con un fondo del Programa de Apoyo a Festivales Artísticos del gobierno federal (PROFEST) se llevó a cabo dicho festival de manera acotada. No hubieron talleres, sólo presentaciones de artistas de la península de Yucatán.

la función de proveer cohesión a la unidad familiar y a la comunidad misma a través de acciones de preservación, enriquecimiento y difusión del conocimiento de sus propios habitantes, como ejemplo, se menciona que los solares son laboratorios experimentales, donde se conserva el germoplasma *in situ* y se realiza una selección artificial de diversas especies. En el solar se desarrollan estrategias para proveer a la familia de productos diversos y generar excedentes económicos; también se desarrollan modelos agroforestales “alternativos” en el manejo de productos bióticos, ya que se reducen los insumos externos y se hace un uso integral y sustentable de los recursos propios del solar. (Cabrera Pacheco, 2014, pp.5-6)

Con la experiencia adquirida en los festivales Kupuri y en el proyecto Zutut Ha, Daniela y “Coco” lograron un fondo semilla financiado mediante una campaña de recaudación que lanzaron a nivel regional, nacional e internacional. Así nació Cultiva: Alternativas de regeneración, una agencia de gestión intercultural, que buscaba reactivar la economía local de Sotuta tras la pandemia, a través de una cooperativa de mujeres del municipio, y mediante la conservación de las prácticas socioculturales y agrícolas del solar maya, tal como se refiere en el siguiente testimonio:

Durante la pandemia de COVID en 2020 recaudamos fondos para reactivar algunas huertas de traspatio de familias con las que a lo largo de estos años hemos establecido una relación más estrecha. Este fue un periodo en el que muchos de los hijos jóvenes se quedaron sin trabajo en el sector turístico del Caribe. No había trabajo en el pueblo y se sentía mucha incertidumbre, sin embargo, había más manos disponibles para limpiar y meter mano en los solares. Se decidió echar a andar un proyecto para recuperar la productividad de estos espacios y así contribuir a impulsar la venta local de cilantro y rábano. Esta acción se fue desarrollando y empezamos a notar algunas dificultades para que las familias generaran un ingreso constante y que les fuera relevante. De forma natural se fue generando la propuesta de establecer pequeñas parcelas agroforestales como espacios demostrativos y experimentales en una fracción de los traspacios con el objetivo de atender algunas de estas problemáticas.

(Entrevista a Daniela Musalli, 10 de agosto del 2022).

Así nace el proyecto Solares Huertas Agroforestales, actualmente integrado por un grupo de mujeres, tanto de Sotuta como de la Ciudad de México y Argentina. Además de la recuperación de los solares, este proyecto se propone transitar a procesos de autoconsumo de alimentos para generar una incipiente soberanía alimentaria; pues uno de los aprendizajes durante la pandemia, contexto en que nació dicho proyecto, radicó en tomar consciencia que con la existencia de productos en el traspatio se podían alimentar las familias por varios días, con un desembolso mínimo de dinero.

En tan sólo dos años y medio este proyecto se ha consolidado en la comunidad de Sotuta. Actualmente cuentan con un centro de transformación alimentaria, donde las productoras procesan y comercializan los excedentes de sus cosechas. Al mismo tiempo obtuvieron un financiamiento internacional de la Alianza de América del Norte para la Acción Comunitaria (NAPECA, por sus siglas en inglés), con el cual iniciaron el proyecto “Comunidad escuela de agroecología y agroforestería

maya" (CEAAM), el cual busca generar un modelo agroecológico eficiente y adaptado a las necesidades de la cooperativa.

Este proyecto busca también propiciar nuevas oportunidades laborales y formativas para jóvenes, mujeres y hombres, consolidando así un sistema de organización colectiva que les permita generar distintos emprendimientos productivos locales y sustentables como alternativas económicas para que las familias dejen de depender de los ingresos obtenidos de la fuerza de trabajo migrante.

2. TEORÍA A LA LUZ DE UN PROYECTO DINÁMICO EN SOTUTA

2.1. Agencia y territorio

En Sotuta la llegada de un grupo de personajes externos a una población sin previo conocimiento del territorio, las prácticas culturales y dinámicas rurales podría resultar, en cierto contexto, arriesgada e intervencionista. Un grupo de ciudadanos irrumpe de forma abrupta en un territorio ajeno desde su otredad e identidad urbana. Más aún, buscaban establecer una comunidad autosustentable en medio de la selva sin previa adaptación a las características climatológicas, orográficas y condiciones de trabajo en la región.

Este establecimiento brusco y repentino, pero bien intencionado, tenía sus bases en un patrón colonial del saber, que desde una matriz hegemónica tiene su *locus* de enunciación y construcción a partir de una visión reduccionista, excluyente, escondida bajo la retórica de modernización, civilización, progreso y prosperidad (Mignolo, 2010, p.12).

Norman Long (2007) apela al concepto de *arena* para referirse a situaciones sociales en que tienen lugar las contiendas sobre asuntos, recursos, valores y representaciones, sitios sociales y espaciales en que los actores se confrontan entre sí, movilizan relaciones sociales y despliegan medios culturales discursivos para el logro de fines específicos. Las arenas son espacios en los cuales tienen lugar las contiendas entre diferentes prácticas y valores y pueden involucrar uno o más dominios, y aquí se busca resolver la incompatibilidad entre los intereses de los actores (Long, 2007, p.133).

En este mismo tenor, la capacidad de agencia desde la perspectiva de Long (2007), puede entenderse como la capacidad de conocer y actuar del actor social, y la forma en que esta capacidad se transforma en reflexiones y acciones, que a su vez constituyen prácticas sociales que afectan las acciones e interpretaciones del individuo y de los otros. La agencia asigna al actor individual la capacidad de procesar su experiencia en la compleja trama de elementos sociales, culturales y materiales, para conocer y actuar, con respecto a las lides y problemas de la vida, dentro de los marcos de información, físicos, políticos, normativos, económicos y la incertidumbre en que se encuentre el actor (Long, 2007).

En el caso del proyecto aquí descrito es importante mencionar que la generación de redes interpersonales con agentes del pueblo fue construyendo una nueva forma de relación con los habitantes de Sotuta. Así, con el paso de los primeros

años, las actividades culturales, agrarias, artísticas y pedagógicas, cambiaron el locus de enunciación, derivado de una comunidad con capacidad de agencia y que facilitó esta transición.

De igual manera, es relevante explicitar que los territorios son constantemente resignificados por los actores que inciden sobre él, en una serie de relaciones de disputa, implícita o evidente (Rodríguez et al., 2010).

Tal como afirma Roberto Diego Quintana (2010): “todo territorio es a la vez construido, dignificado, intervenido, invadido, defendido, poseído, ultrajado, reconstruido, redignificado; simbolizado y resimbolizado continuamente, por cada uno de los distintos actores en confluencia o en disputa con otros.” (Rodríguez et al., 2010, pp.246–247).

En el caso aquí expuesto consideramos que el territorio de los actores sociales de Sotuta es la resultante de un proceso de hibridación, movilidad y tránsito. Así, quienes habitan este espacio social tienen la experiencia simultánea y/o sucesiva de diferentes territorios reconstruyendo el propio (Haesbaert, 2011, pp.35–38). “Tener la capacidad de pasar de un territorio a otro como una cuestión de supervivencia, de modo que, aún sin salir del mismo espacio físico, se pueda participar de dos o más territorios (Haesbaert, 2011, p.39).

Este componente multiterritorial permitió la rápida integración de un proyecto externo; donde una población indígena maya se apropió del mismo, utilizando sus repertorios culturales, étnicos y territoriales.

2.2. Nueva ruralidad e identidad étnica

Es importante mencionar que el mundo rural mexicano y su diversidad étnica representa una de las arenas fundamentales desde donde es posible cimentar alternativas a la colonialidad del saber.

Es innegable que la multidiversidad cultural de los actores rurales, a lo largo de la geografía nacional, ha contribuido a generar opciones diversificadas ante los embates recurrentes del modelo neoliberal y así encontrar posibilidades de construcción de otras subjetividades, conocimientos y prácticas, tal como ha comenzado a ocurrir desde unos años en la comunidad maya peninsular de Sotuta.

Ante el abandono paulatino de la milpa maya como opción productiva y en un contexto de transformaciones estructurales, los actores rurales sustentan su economía por medio de la combinación de actividades productivas; con la característica que dicha condición no es un asunto residual, ocasional o temporal.

La Nueva Ruralidad provee una visión distinta del núcleo del sector rural, –las comunidades campesinas e indígenas–, donde están surgiendo nuevas modalidades económicas; ecológicas; auto-gestivas; auto-organizativas; y autonómicas de una gran cantidad de comunidades que actualmente presentan una combinación entre métodos tradicionales con innovaciones técnicas que posibilitan una mejora en sus términos de intercambio y por tanto, un incremento en su nivel de vida –entendido en los propios términos de las comunidades–. (Rosas-Baños, 2013)

A este tipo de diversificación en el trabajo se le conoce como pluriactividad y es una estrategia utilizada en el mundo rural para complementar los ingresos obteni-

dos a través de los mercados de trabajo. Los procesos de globalización y locales no se encuentran aislados o deslocalizados ya que existen múltiples interdependencias e intersecciones (Pérez y Llambí, 2007, p.58).

Derivado de la eficiente red carretera, un porcentaje importante de los pobladores de Sotuta combina el trabajo agrícola –que se vuelve residual con preocupante rapidez– con labores asalariadas en Mérida y el vecino estado de Quintana Roo, principalmente en la Riviera Maya y Playa del Carmen, en el ramo de la construcción y prestación de servicios asociados al turismo, en una migración pendular.

Estas estrategias de diversificación en el trabajo o pluriactividad resultan una constante entre los pobladores de Sotuta y son fundamentales para complementar sus ingresos e integrarse a los mercados de trabajo. De esta manera los procesos de globalización y locales establecen múltiples interdependencias e intersecciones entre los actores sociales de dicha población (Pérez y Llambí, 2007, p.54).

En las comunidades mayas peninsulares la milpa tradicional se relaciona con la identidad étnica. Existe un vínculo entre los elementos del territorio, en este caso productos de la milpa, que se resignifican culturalmente por los actores para fortalecer la cohesión identitaria mediante fiestas, ceremonias y prácticas culinarias (Fernández, 2019, p.145).

Este trastocamiento de la praxis agrícola y la identidad étnica facilitó en cierta medida el ingreso, establecimiento y aceptación de forma paulatina de nuevos actores en la arena rural, como fueron los integrantes del colectivo Zutut Ha. Es así como podemos entender que en un lapso no mayor a cuatro años este proyecto articulara complejas redes de colaboración dentro de la comunidad sotuteña; sin pasar por el rechazo o resistencia de la población, como ocurre con proyectos de intervención en otras latitudes del sur-sureste mexicano.

2.3. Control cultural: de una cultura impuesta a una cultura apropiada

Si bien es cierto que la cultura y saberes de los pueblos sobrevive y tiene un valor enorme, no podemos ignorar el hecho presente de que existe una gran pérdida de conocimientos debido a la desvalorización de las tradiciones y saberes locales. La previa invasión (ya muy bien establecida) del desarrollo y la urbanización ha generado muchísima dependencia del capital y erosión del tejido social.

Sin embargo, estas transformaciones no ocurren en sitios donde los actores rurales son simples espectadores inertes, si bien la desigualdad en el equilibrio de fuerzas es profundamente asimétrica, existen resquicios de resiliencia y resistencia ante estos embates. Los actores no son simples sujetos pasivos o una categoría de análisis, son participantes socializados y activos, cuentan con un conjunto de disposiciones y la capacidad necesarias para recibir, interpretar y significar información (conocer-actuar).

En este momento es necesario recurrir a la teoría del control cultural, propuesta por Bonfil Batalla, y en específico a las categorías “cultura impuesta” y “cultura apropiada”. Este autor define la primera como:

Este es el campo de la cultura etnográfica en el que ni los elementos ni las decisiones son propios del grupo. Un ejemplo puede ser la enseñanza escolar (o la escuela como

institución) en muchas comunidades: todas las decisiones que regulan el sistema escolar se toman en instancias ajenas a la comunidad (el calendario, los programas, la capacitación de los maestros, la obligatoriedad de la enseñanza, etc.) y los elementos culturales que se ponen en juego son también ajenos – al menos en gran medida: libros, contenidos de la enseñanza, idioma, maestros, etc. (Bonfil, 1988, p.23)

Por otro lado, el concepto de “cultura apropiada” la podríamos definir como:

Este ámbito se forma cuando el grupo adquiere la capacidad de decisión sobre elementos culturales ajenos y los usa en acciones que responden a decisiones propias. Los elementos continúan siendo ajenos en cuanto el grupo no adquiere también la capacidad de producirlos o reproducirlos por sí mismo; por lo tanto, hay dependencia en cuanto a la disponibilidad de esos elementos culturales, pero no en cuanto a las decisiones sobre su uso. (Bonfil, 1988, p.23)

Como describimos con anterioridad, el proyecto Zutut Ha tuvo su génesis en la Ciudad de México, en un entorno de privilegio económico, epistémico y social. Si bien las primeras acciones, posteriores a su llegada, fueron respetuosas con la comunidad, éstas no estaban diseñadas para generar interrelaciones o impactos positivos directos en la población de Sotuta en el corto o mediano plazo. No obstante, conforme este proyecto comenzó a generar redes, alianzas, amistades y cooperación al interior del pueblo, se fueron transformando las condiciones iniciales del mismo.

Los habitantes de Sotuta, desde su participación activa, fueron transformando los ejes programáticos del proyecto. Ocurrió entonces un proceso de negociación que generó condiciones distintas a lo planeado inicialmente dentro del proyecto. Esto da cuenta de la capacidad de agencia tanto de la comunidad maya peninsular, como de los integrantes del proyecto, alcanzando al paso de los años una amalgama que consolidó, por ensayo y error, las experiencias narradas en este documento.

Si bien la idea detonadora del proyecto se basó desde el inicio en aplicar los principios del pensamiento ambiental y la praxis agroecológica, en un terreno alejado y poco accesible a seis kilómetros del poblado, la capacidad resiliente, tanto de los pobladores de Sotuta como de los agentes externos, permitió construir de manera paulatina y sostenida un abanico de propuestas donde la población maya peninsular se posicionó al centro de las actividades del colectivo Zutut Ha.

De esta manera fueron consolidándose procesos como el festival *Luum Puk-si'ik'al*, que se ha convertido en una opción concreta de desarrollo artístico, con énfasis primordial en la educación ambiental, el cuidado de la tierra, la recuperación de la memoria histórica maya peninsular, el manejo de residuos, etc., y con ello la reactivación de la Casa de la Cultura Maya Nachi Cocom.

En la actualidad, la Casa de la Cultura Maya Nachi Cocom se ha convertido en un referente de las infancias y juventudes del pueblo de Sotuta. Algunos jóvenes, que comenzaron en 2017 siendo adolescentes, tomando clases de pintura, danza o educación ambiental, actualmente se encuentran desarrollando proyectos personales como gestores, muralistas, educadores ambientales o bailarines. Además, múltiples asociaciones artísticas peninsulares, nacionales e internacionales,

identifican este proyecto como un espacio pertinente para generar comunidades de aprendizaje y establecer lazos de colaboración.

En este mismo sentido, el surgimiento y afianzamiento del proyecto CEAAM como experiencia agroecológica que usa principios de la agroforestería sintrópica, proceso iniciado por ensayo y error en el proyecto Zutut Ha y posteriormente puesto al servicio de la recuperación de solares mayas mediante una cooperativa de mujeres; un proceso de cultura impuesta habitado y territorializado de manera gradual por las personas del pueblo. Tal como lo afirma Flor Valencia Canté, miembro del colectivo Solares:

Me gusta este proyecto, porque revaloriza lo desvalorizado y es una oportunidad para entender y comprender la importancia de las y los agricultores como personas esenciales para la alimentación sana, consciente y, sobre todo, en el cuidado del medio ambiente.

(Entrevista a Flor Valencia Canté, abril del 2022).

Es importante mencionar que el proyecto CEAAM ha podido germinar de manera pertinente, en parte, gracias a las actividades que se desarrollaron en años anteriores dentro del proyecto Zutut Ha. Tal como lo enuncia en el testimonio siguiente uno de los fundadores de Zutut Ha y colaborador de la CEAAM:

Llegué a Yucatán para colaborar en un proyecto en el que tenía la misión de generar un huerto y producir alimentos para autoconsumo en la selva. Sin ser consciente de ello, tenía la idea de elaborar el huerto a la europea, con camas de cultivo de hortaliza manejadas con un método biointensivo o algo similar. Fue ingenuo de mi parte pensar que iba a tener éxito con esta misión, sobre un suelo de laja y bajo el sol de Yucatán. Pero con un par de años de vivir en el lugar y pudiendo acceder a información, a algunos cursos y la ayuda de amigos de Sotuta, que me compartieron su experiencia, fui descubriendo que ese lugar lo que necesitaba era que se le dejara ser selva.

Más adelante tuve acceso a un cachito de este terreno para desarrollar una parcela agroforestal de 3,600m², manejada bajo principios que se basan en la agricultura sintrópica, en una selva media, semi árida; una selva que fui entendiendo que estaba perturbada, degradada y fraccionada. Con esta experiencia pude ver resultados impresionantes que me llevaron a querer replicar y refinar el proceso en más lugares con condiciones similares.

Estoy convencido de que algunas estrategias basadas en la agroforestería y en un entendimiento más profundo de la dinámica de la naturaleza y el ecosistema podrían atender varias problemáticas que actualmente dificultan la subsistencia de las prácticas agrícolas tradicionales. Creo que, en parte, de esto se trata la agroecología. A pesar de que varias de las técnicas y principios que quisimos experimentar en estas parcelas son diferentes a lo que la gente hace de manera tradicional, muchas veces basta con explicar un poquito sobre la lógica detrás de algunas de estas ideas o prácticas ecológicas para que quien trabaja la tierra entienda de lo que se habla. La gente de aquí tiene la fortuna de haber visto cómo funciona la naturaleza, entienden la sucesión ecológica, entienden la estratificación, entienden la dinámica de las temporadas climáticas y la descomposición de la materia orgánica.

(Entrevista a Arnaud García, agosto del 2022).

Es relevante poner énfasis en el capital simbólico (Bourdieu, 1990, p.293) de los habitantes de Sotuta, puesto que si bien éstos podrían parecer encontrarse en desventaja frente a procesos iniciados por agentes externos; es fundamental explicitar que han existido procesos de negociación contruidos desde lo simbólico, que posibilitaron la existencia de al menos dos proyectos consolidados en Sotuta: la Casa de la Cultura Maya Nachi Cocom y el Proyecto Solares.

Consideramos que el volumen de capital simbólico de la población de Sotuta tiene sus bases en al menos dos elementos nodales: 1. Sus prácticas agrícolas y lingüísticas asociadas a la etnicidad maya peninsular; 2. Su relación concomitante con el territorio híbrido que habitan.

2.4. Agroforestería, agricultura sintrópica y milpa maya

En una paráfrasis de Nair y Garrity (2012): los sistemas agroforestales integran la deliberada retención o introducción de la diversidad silvestre o forestal en coexistencia con cultivos y animales domésticos en formas de manejo de la tierra predominantemente agrícolas con el objetivo de obtener beneficios ecológicos, económicos y sociales. Esta definición reafirma que la agroforestería no es una aproximación a la agricultura, ajena a la cultura maya peninsular, ya que este pueblo mantiene un vasto conocimiento sobre el manejo de la diversidad agrícola y forestal de su entorno.

La milpa maya, por ejemplo, es un sistema agroforestal tradicional que depende del bosque y que los agricultores han desarrollado a lo largo de milenios. Este sistema incluso acaba de ser reconocido como un sistema de importancia del patrimonio agrícola mundial (FAO, 2022).

Por otro lado, *sintrópica* es un término usado por el investigador suizo Ernst Gotsch para referirse a los principios mediante los cuales la naturaleza se organiza para sustentar la vida y la fertilidad. Es la comprensión de los mecanismos que los ecosistemas desenvuelven con el paso del tiempo para generar mayor diversidad y complejidad sin agotar sus propios recursos; almacenando la luz del sol en forma de biomoléculas complejas mediante la fotosíntesis, activando procesos metabólicos y flujos de energía a lo largo de una cadena trófica.

Más allá de una técnica, la agricultura sintrópica es una forma de diseñar y manejar agroecosistemas usando y estimulando estos principios naturales de manera sistematizada; lo cual permite concentrar energía, carbono y agua de forma eficiente. Se entiende que ésta es una agricultura basada en información y procesos, y que no depende del empleo de insumos externos para producir alimentos, evitando así la degradación del suelo, el ecosistema y, por ende, cuida la salud humana (Rebello y Sakamoto, 2021).

Con esto podemos argumentar que la agroforestería sintrópica no se refiere a una técnica descontextualizada o inadaptada y ajena que viene a romper con la cultura en la que se inserta en este particular contexto maya rural.

Puesto que por un lado la agroforestería forma parte de la herencia biocultural de este pueblo, y por otro, la sintrópica es una forma de manejo del agroecosistema

que se basa en principios naturales, es posible incluso encontrar paralelismos o técnicas en común entre el sistema milpa y esta forma de agroforestería; tal como la incorporación de la sucesión natural y la estratificación, el uso de policultivos perennes, la poda y chapeo selectivo, la independencia de insumos externos y el uso de disturbios antropogénicos como herramienta regenerativa (tal como es el caso del sistema roza, tumba y quema en la milpa y la poda en la agricultura sintrópica) (Terán y Rasmussen, 2009; Baltazar y Estrada, 2011; Ford y Nigh, 2015).

El entendimiento de los principios naturales que permiten el sustento de la vida en los ecosistemas está presente en las prácticas pre-coloniales del milenario pueblo maya. Lo que es más reciente es el marco teórico que ofrece una explicación de los mecanismos bajo los que operan dichos principios naturales tras años de acumulación de información de la sociedad; en conjunto con el énfasis, por un lado, en regenerar la salud de los ecosistemas dañados por la modernidad, y por otro, la obtención de cierta ganancia económica (por lo menos de sustento) mediante la actividad productiva.

Estos tres elementos sientan la base para el surgimiento de otros aspectos que resaltan como diferencias más evidentes entre ambos sistemas, y que son: el diseño del espacio (generalmente acomodado en callejones), la incorporación de plantas introducidas (junto con el conocimiento sobre su uso y manejo en su lugar de origen), así como algunas prácticas de manejo como la poda, la cual hace uso de herramientas modernas (motosierra, desbrozadora, etc.), y el recubrimiento del suelo con la materia orgánica obtenida de dichas podas, para contribuir a retener el agua, la fertilidad y mejorar la salud del agroecosistema en general.

Hablamos aquí, no de una neocolonización ecológica, sino más bien del potencial de compartir algunas nuevas herramientas que pudieran facilitar la adaptación al actual contexto socioeconómico que se vive, así como al contexto ambiental por el que atravesamos.

Con la incorporación de principios de manejo agroforestal contemporáneos, como es el caso de la agricultura sintrópica, dentro del marco del uso y costumbres agrícolas tradicionales, y la cosmovisión local, existe el potencial de recuperar ciertos aspectos cruciales de la práctica tradicional que se han ido perdiendo o distorsionados desde la llegada de los agroquímicos, la privatización de la tierra y la globalización.

Un ejemplo clave es volver a impulsar y valorizar el crecimiento de un monte alto (etapa de sucesión ecológica más avanzada), mientras que en el acahual (período de crecimiento o regeneración) podrían aprovecharse las cosechas de plantas anuales y con ciclos de vida intermedios (como papaya, plátano, cítricos, etc.).

Como es bien sabido por los maestros de la milpa maya “si la milpa hoy en día ya no da, es porque ya no hay monte alto”. Tenemos que poder estimular la regeneración de la selva y su equilibrio natural, donde podamos volver a una cacería de animales respetuosa y sostenible, y volver a contar con la madera suficiente para leña y construcción; donde se ha recuperado la fertilidad de la tierra, se ha reducido la presencia de malezas y, en consecuencia, el uso de herbicidas y fertilizantes se vuelve prescindible (Baltazar y Estrada, 2011).

La siembra deliberada de especies perennes con el mero propósito de podarlas para alimentar al suelo e incrementar la cantidad de materia orgánica estable (humus), en conjunto y armonía con la siembra de especies anuales (maíz, íbes, xpelón, calabazas, macales, chiles, etc.), no sólo devuelve la fertilidad a la tierra, sino que también acelera la sucesión natural de la selva, ayuda a retener el agua en el suelo, incrementa la diversidad, propicia la acción de los microorganismos y elimina el surgimiento de malezas; todo ello en mucha mayor medida que si contamos solamente con el rastrojo de maíz para generar cobertura y materia orgánica, como se practica en algunas formas de agricultura de conservación.

De esta forma, dicho enfoque podría contribuir para la subsistencia de las tradiciones agrícolas locales, del patrimonio genético y, por ende, favorecer también la soberanía alimentaria del pueblo maya.

3. CONCLUSIONES

A la agroecología se puede llegar por diversas vías; caminos contradictorios e imprevistos poco claros, procesos productivos, escolares, ecológicos, artísticos, sociopolíticos, territoriales y agrarios de multiplicidad polifónica, que no siempre surgieron como faros agroecológicos; a veces se llega “rebotando”, por ensayo y error y con poca claridad programática.

La intencionalidad de este documento fue dar cuenta de un proceso agroecológico inacabado que ocurre actualmente como una experiencia viviente en el pueblo maya de Sotuta, Yucatán. Un proyecto que se gestó lejos de las cartografías ideológicas de la academia, de las transformaciones políticas radicales que subyacen en el discurso de lo que debería ser nombrado agroecología, pero que desde su marginalidad han encontrado un lugar de enunciación potente y generado procesos de largo aliento en las dimensiones artística, de soberanía alimentaria, educación ambiental y productiva.

En Latinoamérica el movimiento agroecológico ha tomado mucha fuerza desde su frente sociopolítico, por razones de necesidad y emergencia, por la colonización que amenaza la autonomía, cultura y salud de los territorios rurales.

Esto también se debe a que nos estamos enfrentando a una emergencia ambiental que está amenazando la resiliencia de todos los ecosistemas y que exige mejores prácticas que se adapten al contexto presente. Cada año aumentan las concentraciones de compuestos tóxicos en la tierra, agua y aire, lo cual naturalmente va a producir cambios en las respuestas metabólicas de los seres vivos y esto a su vez va a producir cambios a nivel ecosistémico y puede mover el frágil equilibrio bajo el que se rige el funcionamiento de nuestro entorno conocido. Esto se va a expresar en la aparición de desequilibrios generalizados y más resistentes –plagas, nuevos virus, etc.

Creemos que es necesario enfatizar lo importante que es actualizar y adaptar constantemente el conocimiento de la técnica y práctica agroecológica desde diversos frentes, sin desvalorizar ningún esfuerzo por pequeño que resulte. Esto será pertinente siempre y cuando se integre al conocimiento local y tradicional, pues-

to que ello nos permite expandir nuestros horizontes cognitivos sobre la ecología, los ecosistemas y, sobre todo, las dinámicas rurales asociadas a un conocimiento étnico cultural, base nodal de las comunidades indígenas de nuestro país.

De igual manera es menester reconocer que existe mucha gente, en diferentes partes del mundo, trabajando en desarrollar nuevas prácticas y propuestas que caminan hacia estrategias diversas, como ocurre en la comunidad de Sotuta.

Sigue siendo necesario ampliar los esfuerzos para romper las barreras de esta información, traducir y difundir conocimientos científicos y experiencias actuales que vienen desde diferentes frentes (muchas veces como producto de diversos privilegios).

Es necesario agilizar la transición agroecológica en todos los sectores de la sociedad y desde los ejes político, social, económico y ambiental; pero no olvidemos que la agroecología tiene su base en el campo, desde una visión integral, tomando en cuenta la enorme diversidad, las complejas interacciones sociales, ambientales, territoriales, simbólicas y productivas

Finalmente, la difusión, evolución y entendimiento de nuevos conocimientos y experiencias, pueden permitir a las poblaciones rurales ampliar la capacidad de agencia en la toma de decisiones sobre sus territorios y así construir nuevos horizontes que propicien mejoras en la calidad de vida dentro de contextos rurales.

BIBLIOGRAFÍA

- Baltazar, E. B. y Estrada L., E. I. J. (comps.) (2011). *Cultivar el territorio maya: conocimiento y organización social en el uso de la selva*. El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR), Universidad Iberoamericana.
- Barkin, D. (1991). *Un desarrollo distorsionado: México en la economía mundial*. México, D. F.: Siglo XXI Editores, UAM-Xochimilco.
- Barkin, D. y Rosas, M. (2006). ¿Es posible un modelo alterno de acumulación? *Polis Revista Latinoamericana*, 5(13), pp. 361–371. <https://journals.openedition.org/polis/5442?gathStatIcon=true&lang=en>
- Bello, E. y Estrada Lugo, E. (2011). Introducción. ¿Cultivar el territorio maya? En: E. B. Baltazar y E. I. J. Estrada L. (comps.), *Cultivar el territorio maya: conocimiento y organización social en el uso de la selva* (pp. 15–43). El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR), Universidad Iberoamericana.
- Bonfil Batalla, G. (1988). “La teoría de control en el estudio de procesos étnicos”. *Anuario Antropológico*, 11(1), 13–53. https://periodicos.unb.br/index.php/anuario_antropologico/article/view/6375/7664
- Bourdieu, P. (1990). Espacio social y la génesis de las “clases”. En: *Sociología y cultura* (pp. 281–309). México: Grijalbo.
- Bourdieu, P. (2007). Sobre el poder simbólico. En: *Intelectuales, política y poder* (pp. 65–68). Buenos Aires: Eudeba.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. W. (1995). *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Cabrera Pacheco, A. J. (2014). Estrategias de sustentabilidad en el solar maya yucateco en Mérida, México. *GeoGraphos. Revista digital para estudiantes de geografía y ciencias sociales*, 5(56), 1–32. <https://doi.org/10.14198/GEOGRA2014.5.56>

- de Sousa Santos, B. (2009). *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Siglo XXI Editores, CLACSO.
- de Sousa Santos, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Trilce Extensión Universitaria.
- Fernández Sarabia, E. (2019). "La tierra de Canaán". *Tensiones territoriales en la región de los Chenes, Campeche* [tesis de doctorado, El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR)].
- Echanove Huacuja, F. (2016). La expansión del cultivo de la soja en Campeche, México: Problemática y perspectivas. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 36(1), 49–70. https://doi.org/10.5209/rev_AGUC.2016.v36.n1.52713
- Ford, A. y Nigh, R. (2015). *The Mayan Forest Garden*. Left Coast Press Inc.
- Fornet-Betancourt, R. (2009). La pluralidad del conocimiento en el dialogo intercultural. En: D. Mora (dir.), *Interculturalidad crítica y descolonización. Fundamentos para el debate* (pp. 9–20). La Paz, Bolivia: Instituto Internacional de Integración del Convenio Andrés Bello.
- Garcés, F. (2007). Las políticas del conocimiento y la colonialidad lingüística y epistémica. En: S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 217–242). Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos; Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- García, M. A. (1997). Alfred Sohn Rethel y la crítica de la epistemología moderna. En: P. Nettel y S. Arroyo (eds.), *Aproximaciones a la modernidad: París-Berlín, siglos XIX y XX* (pp. 224–249). México: UAM-Xochimilco.
- Haesbaert, R. (2011). *El mito de la desterritorialización. Del "fin de los territorios" a la multiterritorialidad*. México: Siglo XXI Editores.
- Long, N. (2007). *Sociología del desarrollo: Una perspectiva centrada en el actor*. México: CIESAS.
- Mignolo, W. D. (2003). *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Akal.
- Mignolo, W. D. (2007). El pensamiento decolonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto. En: S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 25–46). Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos; Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- Mignolo, W. D. (2010). Desobediencia epistémica (II). Pensamiento independiente y libertad De-Colonial. *Otros Logos, Revista de Estudios Críticos*, 1(1), 8–42. [online] Disponible en: <http://www.ceapedi.com.ar/otroslogos/revista.php?num=2010>
- Nair, P. K. R. y Garrity, D. (eds.) (2012). *Agroforestry – The future of global land use*. Springer Netherlands.
- Pérez Correa, E. & Llambí Insua, L. (2007). Nuevas ruralidades y viejos campesinismos. Agenda para una nueva sociología rural latinoamericana. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 59, 37–61. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11759002>
- Rebello Dos Santos, J. F. y Sakamoto, D. G. (2021). *Agricultura sintrópica segundo Ernst Götsch*. Editora Reviver.
- Rodríguez, C., Concheiro, L. y Tarrío, M. (2010). *Disputas territoriales. Actores sociales, instituciones y apropiación del mundo rural*. México: UAM-Xochimilco.
- Rosas-Baños, M. (2013). Nueva Ruralidad desde dos visiones de progreso rural y sustentabilidad: Economía Ambiental y Economía Ecológica. *Polis. Revista Latinoamericana*, 34 [online] <http://journals.openedition.org/polis/8846>

Terán, S. y Rasmussen, C. (2009). *La milpa de los mayas. La agricultura de los mayas prehispánicos y actuales en el noroeste de Yucatán*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales; Universidad de Oriente.

Referencias electrónicas

- FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura) (2022). *FAO reconoce a la milpa maya como un sistema importante del patrimonio agrícola mundial* [online]. Disponible en: <https://www.fao.org/mexico/noticias/detail-events/ru/c/1616723/> [consultado el 18 de agosto de 2022].
- SEFOET (Secretaría de Fomento Económico y Trabajo) (2022). *Sotuta*. [online] Disponible en: <http://www.sefoet.yucatan.gob.mx/secciones/ver/sotuta> [consultado el 18 de agosto de 2022].
- SS (Secretaría de Salud) (2021). *Covid-19 México: Panorama en población que se reconoce como indígena*. [PDF] Disponible en el sitio: <https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/613816/panorama-covid19-poblacion-indigena-28-enero-2021.pdf> [consultado el 18 de agosto de 2022].

⊙ *Esta es una página en blanco.* ⊙

**“SIN SABERLO, ESTÁBAMOS PREPARADOS”:
PRÁCTICAS Y ESTRATEGIAS AGROALIMENTARIAS
DE LA COMUNIDAD MAYA DE SANTA GERTRUDIS
EN TIEMPOS DE PANDEMIA COVID-19**

*Guillermo Andrade-Turner¹, Nicolás Roldán-Rueda²,
Erin I. J. Estrada Lugo³ y Juan Manuel Pat Fernández⁴*

¹ Estudiante de la Maestría en Ciencias en Recursos Naturales y Desarrollo Rural, de El Colegio de la Frontera Sur, Unidad Chetumal. / yaocelotl90@gmail.com

² Técnico Académico Titular “B” del Grupo Académico “Procesos Culturales y Construcción Social de Alternativas” de El Colegio de la Frontera Sur, Unidad Chetumal. / hector.roldan@ecosur.mx

³ Investigadora Titular “B” del Grupo Académico “Estudios Socioambientales y Gestión Territorial” de El Colegio de la Frontera Sur, Unidad San Cristóbal de las Casas. / eestrada@ecosur.mx

⁴ Investigador Titular “B” del Grupo Académico “Estudios Socioambientales y Gestión Territorial” de El Colegio de la Frontera Sur, Unidad Campeche. / jpat@ecosur.mx

RESUMEN: Se problematiza en torno a la relación entre la actual pandemia y el sistema alimentario hegemónico, enfocándonos en algunas tensiones entre estrategias y conocimientos agroalimentarios locales en relación con programas y apoyos gubernamentales. Nuestro marco teórico parte desde las nociones de grupo doméstico en contextos rurales; economía popular; racionalidad campesina, estrategias y prácticas agroalimentarias. Por medio de entrevistas semiestructuradas y observación participante en un periodo de tres meses, se documentaron los principales impactos de la pandemia por COVID-19 sobre el sistema agroalimentario local de la comunidad de Santa Gertrudis, ubicado en la zona maya de Quintana Roo (municipio José María Morelos); así como las estrategias y prácticas a las que se recurrió desde los grupos domésticos durante esta coyuntura socioambiental. También se indagó en torno a la transformación de conocimientos, prácticas y estrategias utilizadas en crisis alimentarias del pasado, causadas principalmente por huracanes, ciclones y plagas. A partir de estos resultados, las reflexiones finales giran en torno a la relevancia de las prácticas y conocimientos culturales y agroecológicos, descritos en este caso, como insumos para reflexionar en torno a la transformación del actual sistema alimentario a la luz del contexto pandémico.

INTRODUCCIÓN: SISTEMA ALIMENTARIO GLOBAL Y COVID-19

Desde hace por lo menos una década, múltiples voces han advertido los riesgos de continuar produciendo, distribuyendo y consumiendo alimentos tal como el actual sistema alimentario lo hace, utilizando agroinsumos altamente contaminantes. Alertadas por la relativamente breve pandemia por gripe aviar H1N1 en el 2009, dichas voces, provenientes de diversas disciplinas tales como la epidemiología (Wallace, 2016), sociología e historia (Davis, 2005), así como desde la ecología y la biología de la conservación, llegaron incluso a prever el potencial de los coronavirus SARS del sudeste asiático para hacer del humano su hospedero, como consecuencia de la creciente perturbación de su hábitat (Sekercioglu, 2010).

En el ámbito de la producción, se habían advertido dos posibles vías como potenciales incubadores de epidemias y pandemias. A grandes rasgos, la primera está bien representada por el caso de la gripe aviar: los sistemas de producción ganadera industrializada tienden a concentrar cientos y hasta miles de animales con una marcada uniformidad genética, en condiciones de hacinamiento, y bajo bombardeos constantes de antibióticos, antivirales y otros químicos, destinados a controlar la calidad de las crías (que no es lo mismo que su salud), todo lo cual conforma un escenario propicio para el debilitamiento del sistema inmune de los animales, generación de nuevas variantes de agentes patógenos, y su rápida propagación entre los animales de cría (Altieri y Nicholls, 2020).

La segunda vía es justamente la que ha tomado el COVID-19, advertida por Sekercioglu desde el 2010, con base en los trabajos de Guan, Li y colegas (2003 y 2005, respectivamente, citados en Sekercioglu, 2010). Esta vía se da por la deforestación y perturbación de hábitats, que si bien han mantenido una relación con diferentes grupos humanos a lo largo de la historia, el grado en que estos están siendo intervenidos, perturbados, contaminados y destruidos bajo la visión hegemónica de “modernidad” y “desarrollo”, resultando en el crecimiento de la frontera agrícola dado por la agroindustria junto con los procesos de urbanización concomitante. Esto ha provocado una presión innegable sobre los propios virus y sus hospederos o vectores; modificando su actividad exploratoria de hospederos hacia especies en las que generalmente no se hubieran alojado; además de aumentar notablemente las áreas de contacto entre las poblaciones humanas y estos patógenos (Altieri y Nicholls, 2020).

En el ámbito de la distribución del sistema alimentario global, hay dos aspectos que quisiéramos compartir, retomando parte del trabajo reciente de Rob Wallace (2020) y el de van der Ploeg (2020). En primer lugar, la globalización de la economía ha generado una condición de conectividad y movilidad que nunca antes se había experimentado en la historia de la humanidad, ya que, desde cualquier parte del planeta en la que nos encontremos, basta con seguir las rutas de cualquier mercancía o del transporte de pasajeros, para llegar a alguna de las llamadas “ciudades globales”, como Nueva York o Londres, con conexión al resto del mundo. Esto quiere decir que sea en Wuhan-China, o en cualquier otra parte del mundo, en donde se genere un nuevo patógeno con alta fuerza de virulencia y letalidad,

podemos estar a un solo vuelo de avión para que éste se propague globalmente. Esto es a lo que se refiere Wallace, cuando dice que el COVID-19 ha devenido en pandemia, al seguir los circuitos del capital. De no ser por esta conectividad exacerbada, es plausible pensar que esta cepa de coronavirus no hubiera sido más que una enfermedad local o, en todo caso, una epidemia.

En segundo término, pero no menos importante, el inicio de la pandemia fue percibido como un escenario potencial para el desarrollo de crisis económica y alimentaria, como la del 2008 (CEPAL y FAO, 2020). Tal como sucedió en esa crisis pasada, se interrumpieron múltiples transacciones intermedias (compra-venta de insumos, retiro de seguros por parte de bancos y empresas, entre otras), necesarias para el funcionamiento de la cadena agroindustrial, alterando a su vez al mercado global. En el 2008 esto mismo generó una crisis alimentaria, no por la escasez de alimentos en sí, sino por el aumento abrupto de los precios, lo cual imposibilitó acceder a aquellos a las poblaciones económicamente más vulnerables (Holt-Giménez & Patel, 2012). Analizando dicha crisis para comprender los posibles efectos de la coyuntura actual por COVID-19, van der Ploeg (2020) concluye que la forma en que actualmente está configurado el sistema agroalimentario global le hace extremadamente vulnerable y propenso a experimentar crisis como la del 2008, mientras que las formas de producción tradicionales, campesinas y agroecológicas, así como su enraizamiento en economías locales (es decir, la distribución y consumo local de alimentos), han mostrado una mayor estabilidad económica en tiempos de crisis, así como una notable capacidad de recuperación o resiliencia frente a diferentes escenarios críticos.

En lo que se refiere al consumo de alimentos bajo el sistema agroalimentario actual, consideramos que el concepto de sindemia ligada al COVID-19, es una excelente síntesis de sus consecuencias. Cuando hablamos de sindemia, nos estamos refiriendo a múltiples padecimientos de salud preexistentes al inicio de la pandemia, que además, son factores de comorbilidad (Jimenez Acosta y Santana Porbén, 2021). En este sentido la preeminencia de la obesidad, problemas cardiovasculares, respiratorios, y múltiples enfermedades crónico-degenerativas, características de nuestros tiempos –y de particular gravedad en el contexto mexicano–, son el resultado de la homogeneización y chatarrización alimentarias ligadas a la expansión de la agroindustria, articulada a su vez a la instauración de la doctrina neoliberal por medio de los tratados de libre comercio, siendo México uno de los laboratorios en los que se han echado a andar primero estos programas y en donde, después de más de dos décadas –si consideramos la implementación del Tratado de Libre Comercio para América del Norte en 1994–, podemos constatar sus trágicas consecuencias (González-Alejo et al., 2020; Holt-Giménez y Patel, 2012). En pocas palabras, el sistema alimentario global, como expresión de la doctrina neoliberal, ha construido condiciones de vulnerabilidad y de riesgo sanitario en los consumidores de todo el mundo, las cuales han terminado por revelarse bajo la actual coyuntura.

Hasta ahora, la crisis por COVID-19 ha tenido distintos impactos a nivel global, y que agudizan la situación de inseguridad alimentaria que manifestaban grandes

sectores de la población, situación que en parte puede explicarse por: *i*) El despido masivo de trabajadores durante los inicios de la cuarentena, afectando de manera particular a trabajadoras y trabajadores migrantes (Clapp y Moseley, 2020). *ii*) Disrupción de las cadenas de suministro de insumos y productos agroalimentarios, provocando escasez de alimentos en los mercados a nivel local y nacional (Ploeg, 2020). *iii*) Aumento general en el precio de alimentos, principalmente en países dependientes de la importación (Clapp y Moseley, 2020). *iv*) Aumento de los trabajos de cuidado a nivel doméstico, dentro de los cuales la obtención y preparación de alimentos sanos y en cantidad suficiente ocupa un lugar central (Duncan y Claeys, 2020; Gracia et al., 2022).

2. MARCO TEÓRICO

2.1. Grupo doméstico

La escala desde la que hemos trabajado es la del ejido y localidad de Santa Gertrudis (SG), mientras que las unidades de análisis fueron los grupos domésticos, entendidos como un grupo de personas que pueden o no presentar relaciones de parentesco, que se relacionan bajo lógicas de solidaridad y cooperación (Amaya-Rodríguez et al., 2018), compartiendo responsabilidades en “tareas productivas y reproductivas, tanto dentro como fuera de las viviendas, con el objetivo de generar, de manera sostenida, las condiciones adecuadas para su reproducción social” (Amaya-Rodríguez et al., 2018, p. 63).

Para el caso de los grupos domésticos en la zona maya del estado de Quintana Roo (municipios de José María Morelos y Felipe Carrillo Puerto), se han identificado a las relaciones de parentesco, preeminentemente patrilineales, como elemento fundante para la división de trabajos, así como de derechos y obligaciones en torno al uso y aprovechamiento de los recursos locales, por ejemplo, en cuanto al derecho a la tierra (Estrada et al., 2020b); y particularmente para las comunidades de la zona maya se ha reconocido a dichos grupos como “la base de la organización social del ejido”, sobre la cual yacen, se practican, reproducen y adaptan, las prácticas y estrategias agroalimentarias orientadas a la obtención de recursos alimentarios por medio del manejo de la selva y agroecosistemas locales, destacando el sistema agroecológico milpa junto con huertos de traspatio o solares (Amaya-Rodríguez et al., 2018; Estrada et al., 2020b). Además, los grupos doméstico resultan fundamentales para la definición de la agricultura campesina, ya que:

podemos considerar el grupo doméstico rural como resultado de una relación histórica con la tierra; es una relación “campesina”, porque el trabajo con los componentes del medio geográfico, en cualquiera de las modalidades de la agricultura en sentido amplio, produce el espacio campesino, un ámbito articulado por las relaciones familiares. Son, por tanto, campesinos y no productores, ya que la organización del trabajo es producto de las relaciones sociales en el entorno doméstico, con divisiones y papeles que se esperan cumplir aunque actualmente estén sujetos a fuertes transformaciones en escenarios de crisis, despojo y migración. (Estrada et al., 2020b, pp. 160–161)

Esto es relevante, dado que nos interesa indagar en torno a los elementos que permiten concebir a las estrategias y prácticas agroalimentarias orientadas a la producción y reproducción de la vida campesina, en tanto respuestas efectivas frente a diferentes escenarios de crisis, y, en particular, para la actual coyuntura pandémica.

2.2. Economía popular, racionalidad campesina, estrategias y prácticas agroalimentarias

Frente a escenarios de crisis, para el caso de México y la península de Yucatán, el trabajo asociativo como expresión de la economía popular “tiene una larga tradición histórica en el cooperativismo, el mutualismo, los movimientos campesinos e indígenas” (Gracia, 2014, p. 177). Partiendo del reconocimiento de este acumulado histórico, Gracia (2016) estimó la respuesta que hubo en México desde el trabajo asociativo en ejidos, cooperativas y organizaciones de la sociedad civil, frente a la crisis económica del 2008–2009, por medio del análisis e interpretación de estadísticas oficiales. Los resultados de esta investigación muestran un incremento notable en la cantidad de cooperativas y organizaciones de la sociedad civil, tanto a nivel nacional como para los estados de la península de Yucatán.

Esta tendencia es coherente con otros casos a nivel internacional, en los que se ha reconocido la capacidad de las formas de producción y organización campesinas y agroecológicas, así como otras expresiones afines a la economía popular, para responder a crisis de diversa índole, desplegándose por lo general en contextos marcados por el deslinde de responsabilidades por parte del Estado, así como la probada incapacidad del mercado para “autorregularse” y evitar o resolver dichas crisis (Borsatto & Souza-Esquerdo, 2019; Holt-Giménez, 2008; Quiroga Díaz, 2019).

También en torno a la crisis del 2008–2009, y relacionándola con la potencial crisis alimentaria por la coyuntura COVID-19, Ploeg (2020) realizó un análisis comparativo entre las formas de producción campesinas y las formas empresariales-agroindustriales, concluyendo que al menos para los casos analizados, la crisis casi no causó estragos económicos en las formas de producción campesinas, lo que, en consonancia con el trabajo de Landini (2011) y Gracia (2022), puede explicarse desde las cualidades de estrategias y prácticas agroalimentarias –entendiendo “estrategias” como patrones de conducta que responden a lógicas de la cultura propia, y que se concretan en las “prácticas”, entendidas a su vez como las acciones que permitirán alcanzar la subsistencia o reproducción social de los sujetos sociales, en este caso, campesinas y campesinos (Landini, 2011)- bajo las cuales se organizan y realizan la producción en pequeña escala, permitiendo una respuesta y reorientación rápida de las actividades basadas en la demanda alimentaria local, así como en la relativa autonomía que estas formas de producción tienen hacia la economía de mercado y hacia el uso de insumos externos para garantizar su producción (Landini, 2011; Ploeg, 2020).

En este sentido, se han distinguido a las formas de producción tradicionales y campesinas, particularmente para el caso de Mesoamérica, por: a) la colaboración,

reciprocidad, y constante intercambio para la realización del valor de uso, en lugar de la lógica de competencia (Bonfil, 1990; Holt-Giménez, 2008; Wachtel, 1990); *b*) la producción para el autoconsumo, basada principalmente en el aprovechamiento y manejo de recursos locales, brindando diferentes grados de autonomía, ajena y contraria a la lógica mercantil capitalista de producción para la acumulación de ganancias y dependencia a insumos externos (Ploeg 2020; Bartra 2020); y, ligado a este último aspecto, *c*) una “lógica” o “racionalidad campesina” que prioriza, entre otras cosas, la evasión y reducción de riesgos (Landini, 2011), en lo cual juega un papel central la diversificación de cultivos (policultivos tradicionales) y actividades asumidas por las y los campesinos y pequeños productores (Liebman et al., 2021; Rosset y Altieri, 2018).

A estos elementos debe agregarse un hecho que para nuestra exposición resulta central. En un periodo de aproximadamente 2750 años, la cultura maya ha atravesado múltiples crisis políticas, económicas y ambientales, a las que pudieron responder de maneras diversas, ya sea experimentando con nuevas formas de agroecologías emergentes o desarrollando formas de manejo altamente sofisticadas e integradas a los procesos ecológicos del entorno, durante largos periodos de tiempo (agroecologías históricas) (Nigh y Ford, 2019; Rivera-Núñez, 2020), migrando a sitios con mayor disponibilidad de recursos, o cambiando radicalmente sus formas de organización social (Faust y Folan, 2015). Incluso, y de manera más reciente, podemos referirnos a la incorporación de elementos tecnológicos, productivos y organizativos de la modernidad occidental, bajo las lógicas propias de la cultura maya (Amaya-Rodríguez et al., 2018; González et al., 2018; Gracia, 2015).

3. SITIO DE ESTUDIO Y HERRAMIENTAS METODOLÓGICAS

El ejido y localidad de SG, ubicado a 15 km de la cabecera municipal del municipio de José María Morelos, al interior de la zona maya de Quintana Roo, se caracteriza por conservar con mayor fuerza las tradiciones y cultura propia de la etnia maya-peninsular en comparación con las otras regiones del estado. A la par, esta zona presenta una economía deprimida, así como un rezago notable en el nivel de los servicios básicos (INAFED, n.d.).

En esta comunidad destaca la producción de cítricos como actividad económica (limón, naranja dulce, lima), que semanalmente son vendidos en su mayor parte a intermediarios. Además, una gran parte de los productores de cítricos y otros trabajadores siguen produciendo milpa (maíz, íbes, calabaza, chiles, entre otras plantas), cuidando diferentes árboles frutales y criando animales para autoconsumo o para su venta (tabla 1). Cabe mencionar que la siembra de la milpa y el solar (huerto de traspatio tradicional maya) son prácticas que han ido en declive en la península, debido al avance de la industria turística y de servicios en las ciudades, así como de las ofertas de trabajo por parte de la agroindustria, junto con la implementación de las políticas económicas neoliberales que a grandes rasgos han acelerado el abandono del campo (Faust, 2010; Gutierrez & Magaña, 2017; Pat et al., 2013).

De las y los jóvenes entrevistados (cinco hombres y cuatro mujeres), cinco residían en la Riviera Maya y dos salían diario a la cabecera municipal para trabajar; situación que junto con lo referido por estas y otras entrevistas, así como por múltiples pláticas informales, parecen indicar que una proporción importante de las y los jóvenes de SG suele encontrarse fuera de la comunidad, principalmente por razones de trabajo (albañiles, jornaleros, plomeros, entre otros oficios) o estudio, siendo la cabecera municipal de José María Morelos y la Riviera Maya los destinos más frecuentes.

Al interior de los grupos domésticos para la zona maya, tienden a conservarse con cierta rigidez los roles asignados en función de sexo y género, por lo cual, las mujeres suelen dedicarse mayormente a los trabajos de cuidado, tales como obtención y preparación de los alimentos, educación y cuidados para las infancias, cuidado de enfermos y adultos mayores, entre otras labores. Sin embargo, en las mujeres jóvenes estos roles se han ido desdibujando en la medida en que se dedican a estudiar o a trabajar afuera de la comunidad.

El trabajo de campo se realizó desde abril hasta junio del 2022, periodo en el que se realizaron entrevistas semiestructuradas y observación participante. Se realizaron 27 entrevistas a 12 mujeres y 15 hombres de diferentes edades, pertenecientes a 12 diferentes grupos domésticos en cuyas actividades se aprecian diferencias marcadas con respecto a la conservación de las prácticas agropecuarias para el autoconsumo como principal fuente de sustento alimentario, frente a la influencia de la economía de mercado (producción de cítricos para la venta, trabajos asalariados, pequeños emprendimientos).

Tabla 1: Producción agroalimentaria de los grupos domésticos entrevistados.
Fuente: Elaboración propia a partir de trabajo de campo.

Tipo de producción	(número de grupos domésticos) – composición de la producción
Milpa (autoconsumo)	(8) – maíz, ibes, frijoles, calabazas, jitomate chiles, entre otras.
Cítricos (venta)	(10) – principalmente limón, además de limas, naranjas.
Solares (huertos de traspatio)	(4) – hierbas medicinales, hortalizas, frutas.
Animales para autoconsumo	(8) – pollo y cerdo.
Animales para venta	(4) – cerdo pelón, pollo, borrego, pavo, cebú.
Abejas (miel)	(2) – meliponas y apis.

A partir de las entrevistas y relatos, en el siguiente apartado recuperamos algunos de los principales hallazgos y reflexiones en torno a las principales dimensiones analíticas: producción agroalimentaria, obtención y preparación de alimentos, fuentes de sustento de los individuos y grupos domésticos, conocimientos y recuerdos en torno a crisis alimentarias del pasado (hasta tres generaciones) y alimentos alternativos.

4. RESULTADOS

Ante los retos que supuso la pandemia en términos de la posibilidad de compartir y realizar encuentros presenciales, una larga estancia en campo nos permitió apro-

ximarnos de formas diversas a los efectos y transformaciones que la pandemia tuvo a nivel local-comunitario. En este apartado nos detendremos en dos elementos transversales que fueron surgiendo durante el trabajo de campo. En primer lugar, los efectos de la pandemia sobre el sistema alimentario local, en donde a partir de las voces de sus protagonistas arribamos a discusiones y hallazgos relevantes para comprender la lógica y racionalidad de algunos contextos rurales. En segunda instancia, abordamos el papel de algunos actores y formas de participación en torno a la transformación de prácticas y conocimientos asociados a crisis alimentarias locales en el pasado, en contraste con la actual coyuntura dada por la pandemia COVID-19.

4.1. Efectos de la pandemia sobre el sistema alimentario local, estrategias y prácticas agroalimentarias

Te digo, la pandemia acá en el pueblo, no nos afectó. Somos de autoconsumo, que tenemos nuestra gallina, tienes tu puerquito, lo matas, todo, la mayoría del pueblo, todos tienen de traspatio. [...] Sí, a veces buscamos otra cosa [para comer], a mí me gusta frijol con arroz, o con fideos, o la chaya, ves que tenemos la chaya con huevo, hacemos las empanaditas con chaya, ¡todo! Que van variando, hay mucha, mucha, mucha cosa para comer, es la ventaja que tenemos en el pueblo, y la gente que estaba trabajando en Cancún, bajaron, y eso decían, que acá, ¿tienes ganas de comer limón?, hay limón a la mano, cualquiera te dice, 'ahí te voy a bajar limón'; bájalo, que naranja dulce, temporada de mango, todo se regala, y en la ciudad: ¡nada se regala!

(Don Rach, comunicación personal, junio del 2022, SG)

Las palabras de Don Rach resumen bien la forma en la que las personas de SG con las que pudimos platicar percibieron la pandemia. Tal como refirieron las y los entrevistados, en el pueblo no hubo muchos contagios ni decesos por COVID-19, así como alguna otra afectación grave.

En torno a los impactos previstos dentro del sistema alimentario local, destaca el regreso de trabajadores –situación que parece haberse dado de manera general no solo dentro de la península de Yucatán, sino también a nivel nacional–, debido al despido de trabajadores que se encontraban en la Riviera Maya y en la cabecera municipal, así como algunos casos en los que a pesar de contar con empleo, algunas personas decidieron regresar, principalmente para reducir la exposición al virus, además de garantizar el acceso a alimentos y cuidados a nivel familiar-comunitario. Adicionalmente, la escasez y especulación de los precios de los alimentos a medida que avanzaba la pandemia incidió en las decisiones de retorno.

Hubo escasez en los supers [en Playa del Carmen], el pan bimbo, los huevos, todo eso. [...] cuando estuve ahí [al inicio de la cuarentena], no había nada, dijeron que se iba a cerrar todo, y sí, realmente se cerró, la gente iba hasta a comprar papel de baño, no sé por qué motivo hubo escasez de papel de baño. Yo lo veía en el celular, cuando iba al super, ya no había tal cosa, tenía que ir a otro lugar a buscarlo, atún, todo, como lo enlatado, frijol, ya no había bolsas.

(Rubí, comunicación personal, mayo del 2022, SG)

Por otro lado, las condiciones de inseguridad en las cuales se vive en la Riviera Maya, particularmente por la presencia y aumento de la influencia de diferentes

grupos del narcotráfico, es un factor que incluso desde antes de la pandemia hacía del regreso a SG una opción a considerar.

Sí, mucha gente bajó de fuera [...], mis cuñados y mi esposo estaban en el sitio turístico, pero cuando comenzó la pandemia, ya bajaron todos. [...] Ya ve que está peligroso lo que es Tulum, Cancún. No, ya no quieren regresar.

(Lucero, comunicación personal, mayo del 2022, SG)

Por lo referido en al menos 14 entrevistas (refiriendo casos similares para los pueblos de La Presumida, Puerto Arturo, San Diego, entre otros), así como en múltiples pláticas informales y en las siete entrevistas realizadas a los jóvenes que regresaron a SG, detectamos una tendencia en la que las personas jóvenes en esta situación, se reintegraron a una o más de las actividades agrícolas (milpa, cítricos) y trabajos (albañilería y otros oficios, pequeños negocios, trabajo doméstico) a los que se dedican los integrantes de su familia (tabla 2), amortiguando así la pérdida de empleos o los llamados “descansos” (periodos en los que se mandaba a los trabajadores del sector turístico y de servicios a sus hogares, generalmente sin sueldo), aunque este tipo de movilidad responde a estrategias y prácticas de los grupos domésticos rurales de la península de Yucatán (Gutierrez & Magaña, 2017; Pat et al., 2013).

Tabla 2: Regreso a SG y reintegración de las y los jóvenes entrevistados (en total se entrevistaron a 9 jóvenes). Fuente: Elaboración propia a partir de trabajo de campo.

Lugar de residencia/ trabajo antes de la pandemia	Actividades de reintegración
Riviera Maya (5 personas)	Dos mujeres se reintegraron a trabajo doméstico de hogares en SG; un hombre a trabajo de plomería y electricista, otros dos hombres a trabajo en parcela de cítricos y milpa.
José María Morelos - cabecera municipal (2 personas)	Una mujer se integró al trabajo en tienda de abarrotes de su familia; un hombre emprendió negocio de venta de materiales en SG, partiendo de las relaciones que tenía con las personas del pueblo que se dedican a la albañilería.

Cuando empezó [la cuarentena], me quitaron trabajo como tres meses, pero me pagaban todavía [...], los tres meses que estuve sin trabajar, de marzo a mayo, estuve trabajando con mi papá de lo que salía, de ir a chapear, ayudante de albañil, de todo lo que salía, de la parcela, ir a cortar, a echar agua a las plantas. [...] Los hoteleros le dicen ‘V4’ al descanso, te vas 4 días o más días, algunas empresas te pagan, otras no te pagan pero tampoco te despiden.

(León, mayo del 2022, SG, trabajaba en Tulum como cocinero cuando inició la cuarentena)

En cuanto a la interrupción de cadenas de suministros e insumos, que en el pueblo se podrían haber experimentado en la venta de cítricos y la escasez de alimentos provenientes del exterior (aceite, frijol, arroz, azúcar, galletas y otros), en este caso no hubo un impacto considerable, lo cual resulta contrastante con lo que se vivió en la Riviera Maya. A lo más, algunas personas se refirieron al inicio de la cuarentena, cuando disminuyó la frecuencia con la que se podía vender el limón, sin embargo, esta actividad nunca se detuvo de manera total.

En cuanto al aumento de precios en alimentos, la percepción de los entrevistados tiende a ser contradictoria, aunque en su mayor parte coinciden en que casi no hubo aumento de precios, o al menos este no fue considerable hasta inicios del año 2022. Además, los integrantes de los tres grupos domésticos entrevistados en los que predomina la producción para el autoconsumo, principalmente por medio de la milpa y cría de animales, manifestaron que ‘la pandemia no afectó en nada’ en lo que se refiere a la obtención de alimentos.¹

En contraste, los 9 grupos domésticos que dependen en mayor medida de la compra de bienes para satisfacer sus necesidades alimentarias, hay una percepción más clara sobre el aumento de precios, reiterando que este no fue significativo sino hasta inicios del 2022. Para estos grupos domésticos, una de las afectaciones referidas con mayor frecuencia, es en torno al malestar y dificultades que causó el hecho de que sólo pudiera ir una persona adulta (ni adultos mayores, ni niños) para comprar la despensa familiar, como parte de las restricciones implementadas para reducir los contagios.

En Morelos [cabecera municipal] solo va el que va a comprar, no permiten niños, ni los viejitos de la tercera edad les permitían andar. Es lo que controló [los contagios], yo digo. Ni yo iba a Morelos, como soy diabética, dijeron que no, que las diabéticas afecta más rápido. Le digo a mi esposo y su marido de mi hija, ‘no suegra, ¿a qué va a ir a Morelos?, si necesita algo, que me diga, yo voy; mientras voy a comprar su leche de los niños, de paso lo compro’. Porque los que tienen enfermedad previa, son los que se afectan más rápido, los viejitos son los que tienen las defensas más débiles, por eso nos afecta más rápido.

(Doña Isaura, junio del 2022, SG)

En cuanto a los cambios que pudo haber causado la pandemia en torno a la carga y distribución de trabajos de cuidado, la mayoría de las personas no consideraron que esto hubiera sido significativo en SG. Incluso las mujeres mayores y jóvenes que estuvieron como cuidadoras de familiares enfermos por COVID-19, o como responsables de hijos, sobrinos y nietos que dejaron de asistir a la escuela debido a las medidas de confinamiento sanitario, en la mayoría de los casos no consideraron que su dinámica de trabajo se haya afectado de manera importante. Sin embargo, tienden a expresar con mayor claridad los impactos emocionales o psicológicos por los que pasaron algunos de los otros integrantes de su grupo doméstico, principalmente miedo e incertidumbre.

Cabe destacar que al preguntar si hubo algún cambio en la alimentación durante la pandemia, casi todos respondieron que no, sin embargo, al avanzar con las preguntas, pudimos apreciar que en la mayoría de los casos se redujo la compra de alimentos, prefiriendo utilizar los recursos con los que se disponía al interior de los hogares y terrenos de cada familia. Esto pudo confirmarse al entrevistar a

¹ Recordemos que de los 12 grupos domésticos entrevistados, en 8 todavía se siembra milpa, pero son sólo 3 en los que esta actividad funge como principal fuente de sustento económico y alimentario, lo que confirma la tendencia antes mencionada, en la cual se está abandonando la práctica de la milpa, debido al crecimiento del sector turístico, de servicios y agroindustrial en la península de Yucatán. De la misma manera, la producción de miel de abeja (apis y melipona), actividades integradas al sistema agroecológico milpa tradicional, también han ido en descenso (tabla 1).

dos grupos domésticos entre los cuales algunas de sus integrantes son dueñas o trabajadoras en tiendas de abarrotes.

[Las ventas] disminuyeron, pues sí porque no había tanto dinero como antes, compraban lo básico, no había que para sabritas, dulces para los niños, o sea sí, pero muy rara la vez, porque ya trabajaban, se dedicaron más al campo. Y ya no querían salir. Porque hay personas que sí viajan, y pues obviamente llegan cada fin de semana, y pues tienen más dinerito. [...] Cuidaban lo poco que tenían, trataban de evitar gastos. Compraban lo básico, que azúcar, frijol, café, galletas, para alimentarse. Esto duró como medio año nomás.

(Erica, mayo del 2022, SG)

En este sentido, esperábamos encontrar un aumento notable de las unidades de producción para autoconsumo, situación que al menos en las entrevistas realizadas no pudo apreciarse. Sin embargo, consideramos que esto puede deberse a que casi todos los grupos domésticos con los que platicamos cuentan con algún integrante que entre sus actividades incluye la cría de animales y el cuidado de diferentes formas de cultivos, a los cuales pudieron recurrir sin necesidad de aumentar las unidades de producción para autoconsumo.

Dichas unidades incluyen la milpa tradicional –policultivo de maíz (*Zea mays*) con calabazas (*Cucurbita spp.*), chiles (*Capsicum annuum* y *Capsicum chinense*), frijoles (*Vigna unguiculata* y *Phaseolus vulgaris*), ibes (*Phaseolus lunatus* L.), hierbas de olor, chaya (*Cnidioscolus aconitifolius*), jitomate (*Solanum lycopersicum*), pepinos (*Parmentiera spp.*), entre otras–, parcelas de cítrico entre las cuales pueden encontrarse las mismas plantas presentes en la milpa, además de algunos otros árboles y arbustos frutales; así como espacios cercados para la cría de pollos (*Gallus gallus domesticus*), pavos (*Meleagris gallopavo*), cerdo (*Sus scrofa*), borregos (*Ovis aries*) y en algunos casos cebú (*Bos indica*), mayormente criado para su venta, sirviendo como fondo de ahorros en casos de emergencia.

Además, en los grupos domésticos entre los que se depende en mayor medida de la producción para el autoconsumo, tienden a referirse a la cacería como una práctica ocasional, pudiendo tratarse de venados (*Odocoileus virginianus*, *Mazama pandora*), sereque (*Dasyprocta punctata*), tejones (*Nasua narica*), chachalaca (*Ortalis vetula*), conejos (*Sylvilagus sp.*), *ek xuux* o huevecillos de avispa (*Brachygastra mellifica*), entre otros animales, que constituyen una fuente de proteína de calidad, que muy rara vez llega a venderse por preferir su consumo al interior del grupo doméstico.

Por otra parte, algunos grupos domésticos optaron por limpiar un par de hectáreas de sus tierras para la siembra de limón. En uno de los casos, siendo uno de los grupos domésticos en los que la mayor parte de sus ingresos dependen de pequeños negocios, esta decisión es tomada como una medida para diversificar sus ingresos y de esta forma disminuir el impacto económico de la pandemia. En otro caso, uno de los grupos domésticos con características campesinas más marcadas (la mayor parte de su alimentación proviene de la milpa), tal decisión se orienta a prever el momento en el que uno de los integrantes del grupo con mayor responsabilidad en la siembra y cuidado de las milpas, deje de contar con las fuerzas suficientes para continuar con el mismo ritmo de trabajo, revelando a su vez la fal-

ta de relevo generacional para el sostenimiento del trabajo en las milpas y cría de animales para autoconsumo.

Estamos metido aquí también en el monte, ya tuvimos un chan terreno, aquí en la parcela, tenemos limón. Porque el día de mañana, el trabajo es para el monte, pero llega el día, si no tiene fuerza para levantar un cochino de 100 kg, ¿cómo vamos a hacer? si tienes sembrado tu chan limón, vas allá, buscas dos que te ayudan, te quedas sentado ahí y ves que te bajen el limón, lo vendes y le pagas a tus ayudantes. Y antes de quedarnos más viejito, hay que sembrar.

(Don Chino, mayo del 2022, SG)

Hasta ahora, podemos asegurar que afortunadamente la pandemia no devino en crisis alimentaria en la localidad de SG, aun cuando como puede corroborarse en los testimonios anteriores, sí tuvo efectos notables dentro del sistema alimentario local y al interior de los grupos domésticos.

A esto habría que sumar el que, aun cuando no fue una práctica a la que se recurriera de manera destacada durante la coyuntura dada por la pandemia, en varias entrevistas se mencionó el “regalo de comida” como una práctica a la que se puede recurrir en momentos de necesidad o escasez, aunque al parecer ya no se practica tanto como antes:

Le dicen así en maya: ‘¿Mina’anan ba’al ti’al in matej?’, ‘qué si no hay algo que le regales’. [...] Matbi, matbi, así dicen, y pues hay gente que a veces pasan, no es vergüenza, mi mamá me decía que vergüenza debe tener uno, si te pescan robando, porque ‘no eso te enseñé’, es más fácil pedir que te diga, ‘tengo ganas de comerlo, regálame un poco’, y no sé si has visto que se hace la feria del pueblo, el día de la virgen, se hace en noviembre, va la gente a comer la cochinita, que el relleno negro es para el pueblo, para los que vengan.

(Don Rach, junio del 2022, SG)

Ahorita ya no [se intercambia o regala comida], eso se hacía antes, hace mucho tiempo. Antes de que me fuera de aquí, unos 24 o 25 años, cocinaba mi mamá ‘llévale a tu tía’, y mi tía traía así igual, era como una costumbre, pero todo eso ya se perdió, no sé por qué en realidad.

(Rubí, mayo del 2022, SG).

Aun así, por medio de otros testimonios se puede constatar su vigencia, incluso como una de las actividades constitutivas de grupos domésticos entre personas que no comparten relaciones de parentesco:

En mi familia, aparte de mi mamá, pues sí [se regala e intercambia alimentos], tengo una vecina de acá, que me trae comida, y hay días que cuando yo hago, se lo llevo. Con ella convivimos mucho, hay días me trae comida. [...] Solo es mi vecina, está más viejita, ya tiene edad. Pero a mí me adoptó como una hija, [...] así cualquier cosa me habla ‘hija, vamos a comer’, ‘hija, vamos a hacer esto...’

(Lucero, mayo del 2022, SG)

Frente a la coyuntura generada por la pandemia en torno al sistema alimentario, por parte del gobierno municipal y estatal, en coordinación con instancias federales, principalmente DICONSA, dependiente de SEGALMEX, se armaron y repartieron despensas (lo cual también suele hacerse cuando hay afectaciones por

huracanes, ciclones y tormentas tropicales), aunque no todos los entrevistados recibieron dichas despensas, o incluso supieron de ellas. Por otra parte, los ingresos percibidos por programas gubernamentales como Sembrando Vida, Jóvenes Construyendo el Futuro, Pensión para Adultos Mayores, becas para estudiantes y para personas con discapacidad y Procampo, en algunos casos fueron de las principales entradas económicas durante la cuarentena, ayudando a resolver de manera inmediata la obtención de alimentos y medicamentos comprados.

Si bien queda claro que tanto la entrega de despensas como los programas gubernamentales aquí mencionados ayudaron a resolver de manera efectiva las necesidades alimentarias de varios grupos domésticos, nos parece fundamental reconocer que dichas medidas fomentan una cultura política paternalista e incluso clientelar (reconocida así por algunas de las personas entrevistadas), aumentando la dependencia hacia recursos externos, que, a su vez, pueden derivar en otros problemas, aumentando los factores de riesgo y vulnerabilidad en las comunidades en las que inciden:

la presidenta que está en la presidencia [municipal], entre lo que es su gente, prepara [despensas], pero no a todos, a los que les conviene les da [...], a su base nomás.

(Testimonio anónimo, junio del 2022, SG)

Diario tengo chamba, hasta me dice un señor acá, '¿para qué trabajas, si te está pagando el gobierno [pensión de adultos mayores]?', no, le digo, mi ritmo de trabajo no cambió, cobro ese, y esta es mi chamba, diario tengo que hacer algo.

(Sixto, campesino y carpintero, junio del 2022, SG)

La verdad patrón, no por hablar mal, hay gente que ellos se aprovechan, que entran a Sembrando Vida, en lugar que aprovechen el dinero, ¡pura chela!, yo por comparación, si me llega a caer algo así, no voy a ir que yo diga 'voy a tomar la chela', si tengo una hectárea, voy a sembrar dos. Porque tienes el beneficio, pero si voy allá nomás, gasto y no hago el trabajo, ya cuando termine [el programa] ¿qué voy a hacer?

(Testimonio anónimo, mayo del 2022, SG)

Estos testimonios evidencian la forma con la que estos programas pueden ser aprovechados para fines electorales-clientelares, generar dependencia e incluso facilitar el abandono del trabajo propio (ya sea en el campo o un oficio), así como el uso de dicho recurso económico para fines no contemplados por parte de los programas. Sin embargo, resulta interesante cómo, a la vez, desde la posición de quienes hablan, se denota una consciencia clara sobre estos problemas e incluso una actitud de resistencia, por ejemplo, en la determinación de Don Sixto para continuar trabajando, aun cuando desde la perspectiva de uno de sus amigos, esto ya no sería necesario.

4.2. Transformación de prácticas y conocimientos asociados a crisis alimentarias locales del pasado, una mirada desde la coyuntura pandémica

Las dinámicas generadas por la llegada paulatina de diferentes comercios (abarrotes, tiendas Diconsa, expendios de cerveza, tortillerías), así como la implementación de programas y políticas públicas mencionadas en la sección anterior, a su

vez, ha resultado en el desplazamiento y abandono de prácticas y conocimientos culturales y agroecológicos que, tal como se ha documentado para diferentes crisis alimentarias y económicas en el caso de México y otros países del mundo, constituyen un acervo fundamental para amortiguar e incluso evitar dichas crisis (Holt-Giménez, 2008; Holt-Giménez & Patel, 2012; Liebman et al., 2021; Ploeg, 2020; Toledo & Barrera-Bassols, 2008).

En este sentido, consideramos al trabajo de Alejandra García (2000) como un antecedente fundamental, ya que analiza, desde una perspectiva histórica y lingüística que integra aspectos agroecológicos, alimentarios y sobre todo espirituales-culturales, una de las prácticas con las cuales se respondía antiguamente a la pérdida de cosechas por huracanes y plagas: la búsqueda de raíces comestibles en los montes o parcelas de milpa en tiempos de barbecho (*pok'ché* y *jubché*, en maya) a las que se les cuidaba para que en ellas pudieran crecer y posteriormente colectarse camotes (*Ipomoea batatas*) y macales; en las entrevistas y pláticas informales de nuestro trabajo, se refirieron al menos a tres diferentes especies de macales: *kukut makal* (*Xanthosoma yucatanense* Engl.), *mol tzimin* (*Xanthosoma* sp.) y ñame (*Dioscorea* sp.). Dichas raíces solían hervirse para formar un sustituto o complemento de la masa de maíz.

Al respecto, es necesario recordar que el cuidado de la milpa en las comunidades mayas peninsulares, no se puede comprender sin el cuidado del monte, ya que la milpa es en realidad parte de éste, el cual se pide en préstamo a Dios y otros seres sobrenaturales (aluxes, *Yuum K'áax*, entre otros) (García, 2000). Esta forma de relacionarse con la milpa y el monte persiste en SG, aunque las prácticas rituales asociadas a la reproducción de dicha concepción, principalmente la presentación de *Sakab*, y preparación de *Waaajil Kool*, conocida también como *Jaanlil Kool* en otras comunidades de la zona maya, están dejando de practicarse por parte de las generaciones más jóvenes.

Teniendo esto en cuenta, en las entrevistas preguntamos sobre los alimentos alternativos a los que se recurría cuando se perdían las cosechas o por alguna razón había escaseado el alimento. Al respecto, 23 de las 27 personas entrevistadas refirieron no haber pasado situaciones de escasez, pero al mencionar específicamente ciclones y huracanes, respondieron que por lo general el gobierno ayuda entregando despensas y organizando la reubicación de las familias en caso de que sus viviendas hayan sido afectadas.

Sólo en el caso de adultos mayores se mencionó la búsqueda de alimentos en el monte, de los cuales, el recurso más mencionado fue la semilla del árbol de ramón (*Brosimum alicastrum*), que también se hierva hasta quedar suave, y se usa como sustituto de la masa de maíz. De los entrevistados, sólo una persona lo ha probado, cuando su familia pasó por una situación económica difícil, durante su infancia. El resto de las personas que lo mencionaron fue recordando lo que sus padres y abuelos les habían comentado sobre los tiempos en los que les afectaron huracanes o plagas.

En segundo lugar, se mencionó la búsqueda de raíces como la yuca (*Manihot esculenta*), macales y camotes, coincidiendo con lo documentado por García, y con-

servando en algunos casos una práctica en la que se puede abreviar en torno a la dimensión sobrenatural o ritual de estas plantas. Esta práctica consiste en poner una pulsera con un huesito de la mandíbula del agutí o sereque (*tsub*, en maya) a los recién nacidos, lo cual les brinda protección y les ayudará a encontrar con facilidad raíces comestibles en el monte –uno de los atributos del sereque (García, 2000).

Mi yerno, sí, puede sacar, así, yo casi no lo busco [no lo encuentro], el cuando va, de volada saca, pero tiene puesto [la pulsera]. Acá tiene el sereque, una bolita en la mandíbula, ahí lo traen, lo mandan a traer al niño, ¡uuuuh, de volada!, es como el sereque. En la parcela, no hay el camote, tres traje, ‘como que no hay, ven acá la cubeta’.

(Don Sixto, junio del 2022, SG)

En menor medida se mencionaron como alimentos alternativos para cuando se perdía la cosecha o se pasaba por una situación de dificultad económica, al cocoyol (*tuk’* en maya, *Acrocomia aculeata*), la semilla del piich (*Enterolobium cyclocarpum*), y a un árbol que nombraron como *k’unché* (*Leucopreuna mexicana*, en español recibe el nombre común de bonete), el cual da un fruto muy similar en aspecto y sabor a la papaya, además de que en caso de necesidad, se puede extraer y comer una pulpa “masosa” que se encuentra al interior del tronco, al igual que del árbol del cocoyol.

Al preguntar sobre por qué ya no se recurría a la búsqueda de alimentos alternativos del monte en tiempos de crisis, en algunas entrevistas se explicó que al disponer de otras fuentes para la obtención de maíz y alimentos en general, tales como la compra de grano de maíz en DICONSA, masa de maíz industrializada (Maseca), o la venta de tortillas de máquina traídas de la cabecera municipal en las tiendas de abarrotes, así como las despensas cuando hay afectaciones por contingencias climáticas, ya no ha sido necesario recurrir a dicha búsqueda. En este sentido, al preguntarle si después de su niñez había vuelto a comer la semilla del ramón, Don Sixto contestó:

No, ahorita hay más para buscar, antes no hay, de veras. Cuando era niño he comido solo tortilla con sal, pimienta, un poquito de agua caliente, decía mi mamá ‘es caldo de chocolomo’, esa es la comida, no hay más. Un año que pasó mala cosecha, tortilla y media para cada persona, nada más. [...] porque ahorita hay más, que la verdad, nunca nos quedamos sin maíz, hay. No como de antes, hermano, de antes el gobierno no te apoya para nada, ahorita, aunque poco pero sí manda el gobierno. Antes, cuando no hay, a lo macho, no hay. Ahora no, te están dando [pensión para la] tercera edad, despensa, te aliviana.

(Don Sixto, junio del 2022, SG)

Finalmente, quisiéramos recordar que afortunadamente esta pandemia no devino en crisis alimentaria, al menos en el caso de México, pero el riesgo sigue latente: seguimos siendo un país que depende fuertemente de la importación de alimentos (Holt-Giménez & Patel, 2012; Ploeg, 2020). Consideramos que en caso de que se presentara una disrupción fuerte de las cadenas de suministros de insumos y productos alimentarios (llegando incluso a imposibilitar la entrega de despensas), junto con el alza exacerbada de precios –como sucedió en la crisis alimentaria del

2008–, podría constatar la vigencia y relevancia de los conocimientos y prácticas que las comunidades mayas poseen en torno a la búsqueda de alimentos alternativos.

5. CONCLUSIONES

Reconocer y comprender la racionalidad detrás de las prácticas rituales y agroecológicas de las comunidades mayas, caracterizadas por una visión intersubjetiva de cuidado y responsabilidad hacia la naturaleza (García, 2000; Lenkersdorf, 2003), resulta fundamental, si consideramos que la pandemia por COVID-19, así como la pandemia por H1N1, son producto en gran medida de la expansión de la frontera agrícola industrializada y la ganadería intensiva, constitutivas del sistema alimentario hegemónico, y por lo mismo orientadas hacia la producción de mercancías y ganancias, no de alimentos, sin importar los costos alimentarios, ambientales, sanitarios y socioculturales que se derivan de estas formas de producción, distribución y consumo agroalimentario.

Así mismo, quisiéramos hacer explícita la tensión y, aún más, el desplazamiento de dichas prácticas y conocimientos culturales y agroecológicos de las comunidades mayas para responder a momentos de contingencia, frente a las dinámicas de dependencia de la economía de mercado y su impulso por medio de programas y políticas públicas en contextos rurales.

En la racionalidad de estas prácticas subyacen los principios de reciprocidad y apoyo mutuo (en las prácticas de regreso y reintegración en la comunidad, compartición, intercambio y regalo de alimentos); favorecimiento de la economía local y fortalecimiento de circuitos cortos y directos (prácticas de consumo preferente de recursos alimentarios locales y de autoconsumo en grupos domésticos); así como el conocimiento y cuidado de los recursos y ecosistemas agroalimentarios locales (prácticas de barbecho de la milpa y búsqueda de alimentos alternativos en el monte).

En consecuencia, si atendemos a las recomendaciones hechas por la CEPAL y la FAO (2020), así como por distintas autoridades en el tema, para evitar que la pandemia por COVID-19 deviniera en crisis alimentaria, consideramos que en las estrategias y prácticas aquí descritas no sólo encontramos referencias concretas sobre la posibilidad de amortiguar e incluso solventar escenarios de crisis alimentarias. Dichos conocimientos y prácticas pueden y deberían orientarnos en la reconfiguración profunda del sistema agroalimentario hegemónico.

Dicho de otra forma, seguir permitiendo la continuidad del actual sistema agroalimentario, y por ende, la invisibilización, el desplazamiento y abandono de los conocimientos, estrategias y prácticas agroalimentarias de las comunidades mayas, así como de otros pueblos originarios y campesinos de México y el mundo, es equivalente a cerrar los ojos y esperar sin remedio alguno una próxima pandemia, una próxima crisis alimentaria, o ambas a la vez.

AGRADECIMIENTOS DE G. ANDRADE: Dedico este capítulo y agradezco a la comunidad de Santa Gertrudis, por permitirme conocerles y desarrollar junto con ustedes este trabajo de

investigación. De manera especial quiero reconocer el apoyo y amistad que me brindaron Doña Margarita y Don Celestino, mejor conocido como Don Toby, y a toda la familia Ucán May; así como a Carlos Ucán Yam, quien me orientó para seleccionar Santa Gertrudis como sitio de estudio, facilitando los primeros contactos para iniciar el trabajo de campo. También agradezco a la Mtra. Gilda Caamal Dzib, por su generosa revisión, orientación y correcciones en la escritura y comprensión de los conceptos mayas abordados en este capítulo.

BIBLIOGRAFÍA

- Altieri, M. & Nicholls, C. (2020). Agroecology and the reconstruction of a post-COVID-19 agriculture. *Journal of Peasant Studies* 47(5), 881–898. <https://doi.org/10.1080/03066150.2020.1782891>
- Amaya-Rodríguez, G., Gracia, M. A., Estrada Lugo, E. y García Barrios, L. (2018). La construcción de lo público-colectivo desde las unidades domésticas en el municipio de Bacalar, Quintana Roo. *Revista de El Colegio de San Luis*, 8(17), 51–76. <https://doi.org/10.21696/rcls18172018788>
- Bartra, A. (2020). El virus y los eternos sobrevivientes. *La Jornada del Campo* no. 157, 17 de octubre. <https://www.jornada.com.mx/2020/10/17/delcampo/articulos/editorial.html>
- Bonfil, G. (1990). *México profundo. Una civilización negada*. México, D.F.: Grijalbo.
- Borsatto, R. S., & Souza-Esquerdo, V. F. (2019). MST's experience in leveraging agroecology in rural settlements: lessons, achievements, and challenges. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 43(7–8), 915–935. <https://doi.org/10.1080/21683565.2019.1615024>
- CEPAL y FAO. (2020). *Cómo evitar que la crisis del COVID-19 se transforme en una crisis alimentaria: Acciones urgentes contra el hambre en América Latina y el Caribe*. Comisión Económica Para América Latina y Caribe (CEPAL).
- Clapp, J. & Moseley, W. G. (2020). This food crisis is different: COVID-19 and the fragility of the neoliberal food security order. *Journal of Peasant Studies*, 47(7), 1393–1417. <https://doi.org/10.1080/03066150.2020.1823838>
- Davis, M. (2005). *The Monster at Our Door: The Global Threat of Avian Flu*. The New Press.
- Duncan, J., & Claeys, P. (2020). *Las cuestiones de género, la COVID-19 y los sistemas alimentarios: impactos, respuestas comunitarias y exigencias políticas feministas*. Women's Working Group.
- Estrada, E., Bello, E., Arce, A., Macario, P., Sánchez, L., Segundo, A., & García, M. (2020a). Experiencia participativa con grupos domésticos mayas en el centro de Quintana Roo. En: L. García-Barrios, E. Bello y M. Parra (eds.), *Cambio social y agrícola en territorios campesinos: respuestas locales al régimen neoliberal en la frontera sur de México* (pp. 39–55). El Colegio de la Frontera Sur.
- Estrada, E., Bello, E., García-Barrios, L., Cruz-Morales, J., Parra, M. & Nahed, J. (2020b). Grupos domésticos rurales en la frontera sur de México. Su reproducción social. En: L. García-Barrios, E. Bello y M. Parra (eds.), *Cambio social y agrícola en territorios campesinos: respuestas locales al régimen neoliberal en la frontera sur de México* (pp. 157–172). El Colegio de la Frontera Sur.
- Faust, B. B. (2010). *El desarrollo rural en México y la serpiente emplumada: Tecnología y cosmología maya en la selva tropical de Campeche*. FCE, CINVESTAV.

- Faust, B. B. & Folan, W. J. (coords.) (2015). *Pasos largos al futuro: La resiliencia socio-ecológica de los mayas de Campeche en relación a los cambios climáticos*. Universidad Autónoma de Campeche.
- García Quintanilla, A. (2000). El dilema de *Ah Kimsah K'ax*, "el que mata al monte": significados del monte entre los mayas milperos de Yucatán. *Mesoamérica*, 21(39), 255–285.
- González-Alejo, A. L., Ajuria, B., Manzano-Fischer, P., Sánchez Flores, J. & Monachon, D. S. (2020). Las redes alimentarias alternativas y la reconfiguración de los ambientes alimentarios en tiempo de COVID-19 en México. *Finisterra*, 55(115), 197–203. <https://doi.org/10.18055/Finis20280>
- González, L. B. V., Vázquez, M. R. P. & Gracia, M. A. (2018). Changes on Mayans agriculture in the Yucatan Peninsula: A contrast between two study cases, Kampocolche and Xohuayan. *Mundo Agrario*, 19(41), e084. <https://doi.org/10.24215/15155994e084>
- Gracia, M. A. (2014). Un recorrido por las experiencias de trabajo asociativo autogestionado en el sur de México. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 11(73), 171–190. <https://doi.org/10.11144/javeriana.cdr11-73.reta>
- Gracia, M. A. (2015). Movilización de saberes para la construcción de autonomía en comunidades mayas del municipio de Bacalar, Q. Roo, México. *Otra Economía*, 9(17), 136–150. <https://doi.org/10.4013/otra.2015.917.03>
- Gracia, M. A. (2016). Economía social y solidaria en México en tiempos de crisis global: una mirada a su magnitud, características y a las políticas públicas. En: O. Martínez, E. Valencia y L. I. Román (comps.), *La heterogeneidad de las políticas sociales en México: instituciones, derechos sociales y territorio* (pp. 259–290). México: Universidad Iberoamericana y Universidad de Guadalajara.
- Gracia, M. A. (2022). Economías populares y prácticas agroalimentarias en México: perspectivas analíticas para entender sus condiciones ante la pandemia. En: M.A. Gracia y J. Cedejas (coords.), *Iniciativas agroalimentarias ante la pandemia y pospandemia en México*. El Colegio de la Frontera Sur; Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Gracia, M. A., Santillana Vallejo, P., Morales, H. & Sauri Palma, M. (2022). Experiencias agroalimentarias de Chiapas y la Península de Yucatán en el contexto de pandemia. En: M.A. Gracia y J. Cedejas (coords.), *Iniciativas agroalimentarias ante la pandemia y pospandemia en México*. El Colegio de la Frontera Sur; Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Gutierrez Carbajal, M. G. & Magaña Magaña, M. Á. (2017). Migración e influencia urbana en el consumo de alimentos en dos comunidades mayas de Yucatán. *Estudios Sociales. Revista de Alimentación Contemporánea y Desarrollo Regional*, 27(50). <https://doi.org/10.24836/es.v27i50.429>
- Holt-Giménez, E. (2008). *Campesino a Campesino: Voces de Latinoamérica movimiento campesino para la agricultura sustentable*. Managua: SIMAS.
- Holt-Giménez, E., & Patel, R. (2012). *¡Rebeliones alimentarias! La crisis y el hambre por la justicia*. Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa.
- INAFED, (n.d.). *Quintana Roo. Enciclopedia de los municipios y delegaciones de México*. Disponible en: <https://www.gob.mx/inafed> [Recuperado el 5 de febrero de 2022].
- Jimenez Acosta, S. & Santana Porbén, S. (2021). La sindemia global de obesidad, desnutrición y cambio climático. *Revista Cubana de Alimentación y Nutrición* 31(1), 189–228. <https://revalnutricion.sld.cu/index.php/rcan/article/view/1103>

- Landini, F. (2011). Racionalidad económica campesina. *Mundo Agrario*, 12(23).
- Lenkersdorf, C. (2003). *Cosmovisión maya*. Centro de Estudios Antropológicos, Científicos, Artísticos, Tradicionales y Lingüísticos “Ce-Acatl”.
- Liebman, A., Tammi, J., Perfecto, I., Kelley, L., Henry, P., Engel-Dimauro, S., Rhiney, K., Seufert, P., Chaves, L. F., Bergman, L., Williams-Guillén, K., Ajl, M., Dupain, E., Gulick, J. & Wallace, R. (2021). Can agroecology stop COVID-21,-22, and -23? In: *Pandemic Research for the People, Moving Beyond Capitalist Agriculture: Could agroecology prevent further pandemics?* (pp. 23–40). Daraja Press.
- Nigh, R. & Ford, A. (2019). *El jardín forestal maya. Ocho milenios de cultivo sostenible de los bosques tropicales*. Editorial Fray Bartolomé de las Casas A.C.
- Pat, L., Nahed, J., Parra, M., Nazar, D., García, L., Bello, E. & Herrera, O. (2013). Modos de vida y seguridad alimentaria de los mayas de Campeche. En: REDSAN-FAO (Ed.), *Memoria del concurso Red SAN 2007* (pp. 128–167). Santiago: Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y Alimentación.
- Ploeg, J. D. van der (2020). From biomedical to politico-economic crisis: the food system in times of COVID-19. *Journal of Peasant Studies*, 47(5), 944–972. <https://doi.org/10.1080/03066150.2020.1794843>
- Quiroga Diaz, N. (2019). Repensando las economías sociales, solidarias y populares en clave de un feminismo emancipatorio. En: P. Dobrée & N. Quiroga Diaz (comps.), *Luchas y alternativas para una economía feminista emancipatoria* (pp. 152–168). Buenos Aires: CLACSO.
- Rivera-Núñez, T. (2020). Agroecología histórica maya en las tierras bajas de México. *Ethnoscintia*, 5(1). <https://doi.org/10.22276/ethnoscintia.v5i1.299>
- Rosset, P. & Altieri, M. (2018). *Agroecología: ciencia y política* (3ra ed.). Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA), Fundación Tierra.
- Sekercioglu, C. H. (2010). Ecosystem functions and services. In: N. S. Sodhi & P. R. Ehrlich, *Conservation Biology for all* (pp. 45–72). Oxford University Press.
- Toledo, V. M. & Barrera-Bassols, N. (2008). *La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Icaria editorial. <http://www.ceapedi.com.ar/imagenes/biblioteca/libreria/364.pdf>
- Wachtel, N. (1990). Los indios y la conquista española. En: L. Bethell (Ed.), *Historia de América Latina 1. América Latina colonial: La América precolombina y la conquista* (pp. 170–202). Barcelona: Editorial Crítica.
- Wallace, R. (2016). *Big Farms Make Big Flu: Dispatches on Influenza, Agribusiness, and the Nature of Science*. Monthly Review Press.
- Wallace, R. (2020). COVID-19 and Circuits of Capital. *Monthly Review*, 72(1). <https://monthlyreview.org/2020/05/01/covid-19-and-circuits-of-capital/>

⊙ *Esta es una página en blanco.* ⊙

RECONOCER LA DIFERENCIA: ENTRE ADJETIVACIONES REDUCCIONISTAS Y PROCESOS TRANSFORMADORES DE MERCADOS EN ÁMBITOS LOCALES

Nicolás Roldán-Rueda¹, María Amalia Gracia² y Rocío García Bustamante³

¹ El Colegio de la Frontera Sur / hector.roldan@ecosur.mx

² El Colegio de la Frontera Sur / magracia@ecosur.mx

³ Desarrollo y Aprendizaje Solidario A.C. / rogarbus@gmail.com

RESUMEN: La lucha por el reconocimiento de la diferencia constituye una de las principales demandas de distintos movimientos sociales y es una de las estrategias a la que recurren experiencias de producción, comercialización e intercambio, cuando buscan inaugurar en lo local espacios, relaciones y prácticas alternativas frente al mercado convencional. Este texto reflexiona sobre la importancia que tiene el recuperar la diferencia como bandera para evitar cierta tendencia a homogeneizar, simplificar e idealizar estas experiencias, sus contextos, participantes y motivaciones. Identificamos en la adjetivación de lugares, actores, relaciones y productos, un esfuerzo por reverdecer discursos y prácticas, es decir, darles un carácter ecológico, sin generar transformaciones más amplias frente a las lógicas y vínculos con el mercado convencional. Resaltamos cuatro ejes de análisis sobre los que recae dicha adjetivación: el tiempo y los ritmos propios de estas experiencias; las y los participantes, así como los actores externos; los lugares que convergen en el mercado; y el tipo de discursos y reivindicaciones que tienen lugar y su relación con el contexto en el que se ubican. Reconocemos en estas experiencias la posibilidad y potencialidad de transformación a partir de la diversidad de trayectorias y aprendizajes situados y que de muchas formas buscan el arraigo y la transformación de sus contextos, vínculos y formas de participación.

1. INTRODUCCIÓN

Desde hace al menos una década, en diferentes lugares del mundo y de México se han generado estrategias y espacios de producción y comercialización de alimentos –principalmente. Algunas de estas experiencias han estado acompañadas de procesos organizativos y objetivos que apuntan a transformaciones más amplias

(Roldán-Rueda et.al., 2016); otras, por el contrario, han encontrado en este tipo de espacios un nicho de mercado para acercarse a consumidores con capacidad de compra.

Frente a ese escenario, la diferenciación del mercado convencional se ha dado considerando distintos elementos, como el tipo de prácticas productivas, vínculos, relaciones, acuerdos, reglas, formas de intercambio, aprendizajes, entre otros. A partir de procesos que conjugan de diferente manera esa diferenciación, los espacios de intercambio se han ido adjetivando como locales, solidarios, orgánicos, agroecológicos, entre otras denominaciones. Buscando ir un poco más allá de esas adjetivaciones, aquí proponemos detenernos en cuatro dimensiones transversales a este tipo de experiencias: los ritmos-tiempos, los sujetos-participantes, los lugares y, por último, los discursos y reivindicaciones que surgen durante su emergencia y consolidación. Aunque centramos el análisis en los cuatro elementos mencionados, consideramos fundamental no perder de vista los contextos más amplios que los contienen. Es que entender este tipo de mercados como espacios físicos y simbólicos en los que tienen lugar múltiples formas de intercambio (productos, conocimientos, confianza, discursos), implica conocer los recursos, necesidades y territorialidades que se ponen en juego, es decir, entender cómo se insertan en la configuración de los sistemas alimentarios locales y su relación con el mercado. Al mismo tiempo, el recorte propuesto supone reconocer la centralidad que tienen estos elementos en los procesos de lucha y las reivindicaciones campesinas, indígenas, domésticas, procesos que expresan un esfuerzo permanente por territorializar espacios y discursos que los han excluido, negado u homogeneizado, como ocurre en algunos espacios que persiguen alternativas.

Resulta imprescindible identificar los espacios, sujetos y temporalidades desde los cuales emergen categorías, reivindicaciones y marcos de referencia que, aunque se vayan posicionando dentro de los discursos alternativos, terminan reproduciendo prácticas funcionales al mercado convencional, así como aquellos desde los cuales se expresan y manifiestan resistencias, luchas y reivindicaciones económicas, sociales, políticas y culturales de sus participantes y territorios. Esta identificación no busca ser normativa o convertirse en un señalamiento, sino más bien contribuir a visibilizar los procesos subyacentes y a reconocer sus diferencias y singularidades, con lo cual entenderemos mejor las posibilidades, retos y contradicciones que se dan cuando se busca construir alternativas frente al mercado convencional

Resaltamos el papel del sujeto en la configuración de su propio devenir social junto a la necesidad de “colocarse en el momento”, es decir, en la construcción del conocimiento, desde las interrogantes que se formulan y en el momento histórico en el que se está inserto (Zemelman, 2005). En la construcción de ese conocimiento es en donde aflora la diferencia, tanto de los procesos, dinámicas y aprendizajes y, por lo tanto, la necesidad de comprender lo indeterminado y las singularidades de cada experiencia, sus participantes y las relaciones.

En la configuración de dichas relaciones sociales, la posibilidad de generar diferentes territorios y espacios se establece a partir de tensiones, conflictos y contradicciones que dan lugar a la emergencia de espacios de dominación y espacios de

resistencia (Mañano, 2008). Este tipo de disputas se expresan en las dimensiones económica, social, política, cultural, teórica e ideológica sobre territorios tanto materiales como inmateriales (Mañano, 2009), y se ponen en juego en términos de la cotidianidad.

Esta forma de entender el territorio y la posibilidad de enfrentar y disputar escenarios físicos y simbólicos en lo local permite reconocer que:

los territorios están siendo transformados aceleradamente por prácticas empresariales y actores que usualmente no se tipifican como rurales –por ejemplo, los relacionados con agroindustria o la gran distribución de alimentos–, de tal manera que los proyectos en ejecución o que se planean pueden terminar siendo parte de otro juego sobre el cual no se tiene control local. (Machado, 2013, p.6)

En el caso de este tipo de mercados, el fenómeno podría ser interpretado como una desterritorialización simbólica de la diferencia –cultural e identitaria– por la invisibilización de las especificidades que las determinan. Es cada vez más recurrente, desde diferentes escenarios –institucionales y académicos, principalmente– asignar roles, funciones y objetivos que determinan –a veces de manera sutil– el devenir de los procesos, despojándolos del control sobre sus prácticas, ritmos, rutinas y objetivos.

Este fenómeno que identificamos, si bien ha permitido consolidar procesos organizativos en torno a la producción, comercialización o consumo de alimentos, también ha construido marcos de referencia, principios y casos emblemáticos que pueden llegar a afianzar la búsqueda de realidades ficticias a partir de la “higienización” de los mercados locales y algunos de los adjetivos que describen sus procesos.

De acuerdo con Zemelman (1992), en términos prácticos y analíticos, cuando “algo” permite que un “modelo” funcione y lo justifique, ese “algo” no debería impedir el funcionamiento de otros modelos, de lo contrario, dicho modelo agota la realidad descrita y no permite instrumentar otro tipo de aproximaciones. Es decir que, si las categorías que pretenden explicar la importancia y urgencia de estas experiencias y su potencial transformador desconocen algunas de sus especificidades, necesidades y contextos en los que tienen lugar, se seguirán reproduciendo prácticas y relaciones incapaces de integrar los elementos coyunturales que caracterizan la pertinencia de las prácticas y espacios cotidianos que se pretenden transformar. En ese sentido, es necesario conocer y comprender

la vastedad de la realidad y no dejarse aplastar por los límites de lo que ya está producido; de ahí que se tenga que romper con las determinaciones histórico-culturales que nos conforman para rescatar al sujeto histórico como constructor y retador o, por lo menos, inspirado por el asombro que enriquece la conciencia cognitiva mediante la imaginación. (Zemelman, 1992, p.13)

Más allá de las discusiones respecto de la cooptación o adaptación de las categorías, lenguajes y prácticas que reverdecen o personifican los discursos (orgánico, sustentable, agroecológico, local, directo, de productores) por parte de diferentes instituciones no gubernamentales, gobiernos y universidades, habrá que volver la

vista y la intención hacia el proceso, incorporar al análisis las condiciones que tienen lugar entre lo dado y lo potencial (Zemelman, 2010). Reflejar la cotidianidad de los procesos, las tensiones, conflictos, contradicciones, acuerdos y estrategias que no se resuelven adjetivando las prácticas productivas, ni los espacios y las prácticas, y que se ponen en juego múltiples escalas temporales y territoriales y desde donde se expresa el papel de los tiempos, ritmos, ámbitos y contextos de cada experiencia, además de los cambios y reivindicaciones en términos identitarios y culturales de sus participantes, así como de sus procesos de subjetivación frente a prácticas productivas y reproductivas.

Por otro lado, en el significativo aumento de espacios de comercialización de productos denominados orgánicos y agroecológicos (y sus muchos matices) intervienen diversos actores, como prácticas económicas, socio-productivas, culturales y políticas. Lo que en un principio se erigió como una alternativa y una crítica a la industrialización de los sistemas alimentarios y sus efectos en la salud y en el medio ambiente, se ha seguido afianzando como un nicho de mercado para consumidores con características socioeconómicas específicas. Pese a esto, existen experiencias –urbanas, rurales y periurbanas– que expresan posibilidades para la configuración de espacios de intercambio que reconozcan la diferencia y permitan crear condiciones para su emergencia, sus reivindicaciones y luchas frente al mercado, así como la disputa por mayores grados de autonomía y justicia para funcionar.

En la próxima sección haremos un repaso del mercado y sus dimensiones y, posteriormente, nos detendremos en las dimensiones que reconocemos como centrales a partir del análisis de experiencias ubicadas en distintas regiones de México y en otros países latinoamericanos, con las que hemos estado colaborando y/o en relación.

2. EL MERCADO Y SUS DIMENSIONES: BREVE REPASO

Si volvemos a algunas definiciones de mercado quizá no distan mucho de lo que queremos entender en este tipo de experiencias pues, como los describe Mintz, (1982, p.11) siguen siendo

... mecanismos para facilitar el intercambio de mercancías y servicios. (...) Las plazas de mercado son los loci donde se realizan intercambios concretos. (...) Cuando una sociedad posee un almacén organizado para el conducto de los intercambios económicos –por lo general centros de intercambio, con sus agregados de compradores y vendedores, un calendario de días de mercados y demás rasgos que dan a los intercambios una regularidad y una forma prevista– posee un sistema de mercados internos.

Esta idea de mercado enfatiza la función de articulación social que tienen estos lugares y sus interacciones. “El sistema de mercados se encuentra sujeto a una asignación de posición habitual, ritual, hereditaria, a la regulación de precios, y a consideraciones análogas, que puede representar un papel importante articulando a diferentes grupos sociales y económicos” (Mintz, 1982, p.12).

Al respecto, Polanyi hacía referencia al desequilibrio que produce el mercado dentro del balance sociedad-naturaleza, tanto por la inclusión de la tierra y el trabajo al sistema de precios y mercancías, como por los efectos negativos que tiene en el entorno. Desconocer el papel del mercado como articulador social aleja la posibilidad de reconocer que existen múltiples formas de relacionarse con él y de generar mercados de acuerdo a los contextos y realidades circundantes; supone también subordinar la sociedad a mercados “autorregulados” basados en “el beneficio, la competencia y los valores utilitaristas, es decir, toda la organización social queda subordinada al propósito de lucro, convirtiéndose así la ganancia económica en un fin absoluto” (Polanyi, 1994, p.62). A este fenómeno lo describió Polanyi (1994) como la construcción social de la sociedad de mercado, una sociedad en la que “en vez de que el sistema económico esté incorporado en las relaciones sociales, son éstas las que ahora están incorporadas en el sistema económico” (Polanyi, 1994, p.261), situación que se refleja en la dependencia del modelo agroalimentario de recursos externos y actores que poco o nada tienen que ver con la producción y distribución de alimentos.

Reconocer la centralidad y funciones que van más allá del intercambio de mercancías y la acumulación de capital significa considerar que es posible pensar en otros mercados menos concentrados y más justos (Caracciolo, 2013). En términos de los sistemas agroalimentarios locales, del campesinado y la soberanía alimentaria, lo anterior supone la transformación de los procesos productivos –desde el tipo de propiedad de la tierra, hasta el consumo.

... para eso sería fundamental que la conciencia política campesina avanzara a un nivel de comprensión con relación a esa autonomía relativa en simultáneo con la negación del modo de producción capitalista. Es un paso fundamental el despertar de la conciencia campesina de que su modo de producir y de vivir se encuentra en contradicción con el modo de producción capitalista. (Carvalho, 2012, p.4)

Sin embargo, esa contradicción, al ser planteada desde otras formas de dinamizar lo económico y lo político, no se basa en la negación ni del mercado ni del capital, más bien se abordan desde una postura crítica y transformadora frente a los modos de organización y acción que caracterizan a la economía dominante (Razeto, 2006). Significa que productores y productoras logren participar de los mercados pudiendo decidir qué quieren y pueden producir, a quiénes quieren vender sus productos, o con quiénes desean relacionarse, qué necesidades de los consumidores buscan resolver.

En este tipo de mercados ubicamos la transformación de los procesos productivos y la reivindicación de prácticas, memorias e identidades urbanas y rurales, lo que implica incluir en el análisis aspectos que recuperan lo cotidiano, muchas veces invisibilizado, así como recuperar y reivindicar funciones que han sido cooptadas, estigmatizadas y desterritorializadas. En ese sentido, reparar y contribuir a consolidar procesos locales permite ponerle un rostro a cada una de las etapas y funciones del proceso productivo y reconocer los lugares en los que se desarrollan las actividades y en los que se disputan relaciones y acuerdos con diferentes tipos de actores. El situar al mercado contrasta con las dinámicas deslocalizadas

y anónimas de un sistema agroalimentario sostenido por una red de intermediarios que obtienen beneficios y afectan a los extremos del proceso: productores y consumidores (Tarditti, 2012; Sevilla et. al., 2012).

Al respecto, los esfuerzos por articular la producción y el consumo pasan por analizar el tipo de vínculo que crean y el tipo de actores que participan, teniendo en cuenta que el problema para las y los productores y transformadores “en sí no es el acceso a los mercados en general, sino más bien el acceso a mercados remunerativos que funcionen para los productores a pequeña escala y las condiciones en las que negocian su acceso” (Kay, 2016, p.8). De allí que un contacto más cercano permita el reconocimiento mutuo entre las y los participantes, incluso cuando estas relaciones estén mediadas por formas de intermediación que han sido gestadas desde el interior de los procesos o bien a partir de acuerdos y complementariedades a nivel territorial. En ese sentido, este tipo de prácticas trae beneficios: sociales, en la medida en que ayuda a reconstruir el tejido social; económicos, haciendo que el dinero circule por las economías locales; políticos, a partir de la transformación de demandas en discursos y reivindicaciones políticas; y culturales, en la medida en que el campesinado logra recuperar espacios de diálogo y participación, lo que permite visibilizar sus prácticas y conocimientos tradicionales, así como expresar las formas de adaptación que van integrando a sus actividades.

Respecto a las formas de intermediación es necesario recuperar la posibilidad de construir acuerdos que respeten la labor del productor y la intención del consumidor por acceder a alimentos “con rostro” (Roldán-Rueda y Gracia, 2018). Esta apuesta teórica y analítica se contraponen a algunos trabajos patrocinados por las grandes cadenas de supermercados (Melo y Magdalena, 2015) en los que, lejos de cuestionar la función de intermediación, sólo recuperan adjetivos como solidario o justo con el objetivo de integrar o fagocitar [cooptarlas] discusiones relevantes y hegemonizarlas bajo la lógica del poder empresarial.

Este fenómeno de la adjetivación, en ausencia de información, revela una línea difusa entre los procesos de transformación emergentes y las estrategias del mercado para homogeneizar los procesos productivos. De manera particular, volviendo a las formas de intermediación, su importancia radica

en que es en esta fase en la que se materializa la distribución de la riqueza generada o disponible entre cada uno de las y los actores de la cadena, y por lo tanto, determina la posición que cada uno de los grupos ocupa en la sociedad. Si la mayoría de la riqueza se concentra en la intermediación, en el procesamiento o en la distribución final al consumo, el campesino o campesina, productor o productora primario, queda relegada a una posición subordinada. Por esto precisamente, analizar cómo se está desarrollando esta función y dónde se concentra el poder es importantísimo. (Fernández, 2012, p.10)

La concentración del poder y la disputa del mismo viene determinada por la posibilidad de cuestionar las lógicas sobre las que se han afianzado las prácticas y los discursos hegemónicos.

Reconocer la alimentación en su dimensión colectiva como un conjunto de prácticas sociales efectivas configuradas como tales dentro de la diversidad cultural, en un do-

ble sentido, como producción, pero también como reproducción social, es decir, como prácticas asociadas a los espacios económicos y laborales, domésticos y vecinales, en función del trabajo y de la reproducción familiar, cuyas actividades no siempre están mediadas por el mercado, y cuentan con sentidos identitarios [...] en dimensiones sociales que dentro de lo popular urbano, y de las resistencias campesinas al modelo de desarrollo dominante, alcanzan magnitudes insospechadas por parte de quienes ejercen poder, discriminan y excluyen. (Correa y Millán, 2015, pp.18-19)

Por lo tanto, abordar el problema desde las múltiples dimensiones que comprende la alimentación, amplía la posibilidad de expandir e integrar a nuevos participantes y deconstruir espacios más abiertos y, por lo tanto, con mayores grados de transformación, tanto de las realidades a las que se enfrentan, como de las prácticas individuales y colectivas, y así reconocer “hacia dónde pueden evolucionar tales sistemas, si son una mera adaptación a la crisis actual o contienen el germen de una transformación más profunda” (Primavera, 2002, p.2). Pues, sólo rescatando la dimensión “molecular” de lo social: micro-organizaciones, espacios locales, relaciones, vínculos, identidades, tiene sentido pensar las vías posibles de transformación (Max-Neef, 1998).

Los mercados con una orientación local y los procesos que allí se logran desplegar y consolidar se diferencian de los mercados convencionales o capitalistas (incluyendo aquellos que hacen alusión a procesos alternativos), no sólo en que su objetivo final no es la maximización de la utilidad, sino en que fortalecen las relaciones sociales basadas en principios que se alejan de la racionalidad instrumental e inauguran la posibilidad de acciones solidarias, recíprocas y de redistribución, mediadas por diversos actores y vínculos sociales.

Por eso, la principal diferencia entre los mercados y el sistema de mercado (o las sociedades de mercado) es que los primeros fomentan las relaciones sociales, mientras que el mercado capitalista disuelve los lazos de dependencia entre los miembros de una comunidad y fomenta el individualismo. (Santana, 2008, p.129)

Es importante visibilizar entonces las formas de organización social y las alternativas de producción, distribución y consumo que, si bien están lejos de ser perfectas, transmiten la idea de que son posibles otras estructuras sociales de intercambio no regidas exclusivamente por los principios de la economía neoliberal (Gil, 2014). En términos políticos “supone demostrar que las relaciones sociales establecidas por la economía de mercado son tan sólo una opción histórica para la construcción del orden y la sociabilidad humana, y que por tanto han existido y podrían existir formas alternativas de organización social” (Lahera, 1999, p.32).

En ese sentido, explorar las diferencias y singularidades entre diversos espacios de comercialización e intercambio de productos agrícolas requiere conocer las relaciones de intercambio que se construyen y el tipo de mercado que se genera –o con el que se articulan– (Soler y Calle, 2010). Esta aclaración será importante en la medida en que la emergencia de estos nuevos espacios no implica por sí sólo la transformación del mercado en su versión capitalista. Esto no quiere decir que no puedan o no deban ser rentables y generar excedentes (Gómez-Cardona, 2012), sino que aunado a eso, se requieren transformaciones estructurales que permitan

pensarlas como alternativas sociales, políticas, económicas, ambientales y/o culturales.

3. DIFERENCIAS Y SINGULARIDADES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE ALTERNATIVAS AL MERCADO

En esta sección abordamos cuatro dimensiones a partir de las cuales han tenido lugar los esfuerzos por diferenciar el tipo de mercados y experiencias de comercialización. Primeramente, los ritmos y tiempos, que aluden muchas veces a una ralentización de los procesos, los movimientos *slow food*, el consumo de alimentos de temporada, entre otros, pero que también recuperan procesos históricos más amplios, memorias y trayectorias, muchas de ella relacionadas con la defensa del territorio, las semillas, la identidad.

En segundo lugar, nos detenemos en el tipo de participantes y los vínculos que se gestan dentro y fuera del mercado, es decir, entre las y los participantes, pero también con actores externos y las formas en que estos inciden en la configuración de estas experiencias. Al mismo tiempo, analizamos la forma en que se vinculan las y los participantes con el tipo de prácticas productivas a partir de las cuales se busca la diferenciación, así aparecen categorías como productores orgánicos, agroecológicos, familiares, campesinos, indígenas, entre otros.

Posteriormente, abordamos el lugar y el territorio como categorías centrales que se fundan en su relación con las distancias y los contextos. Distancias que no se reducen a lo geográfico, sino que integran –o deberían integrar– distancias comerciales (número y tipo de intermediarios), funcionales (tipo de acuerdos, toma de decisiones, relaciones de poder), culturales (motivaciones, valores, relaciones) y dimensionales (volúmenes, cantidades, áreas cultivadas); y contextos que tampoco se agotan en lo urbano y lo rural, sino que permiten recuperar complementariedades y vínculos.

Finalmente, abordamos el tipo de discursos y reivindicaciones que tienen lugar, muchas veces comunes, pero también generadas a partir de sus propias singularidades, necesidades y recursos.

3.1. El ritmo – tiempo – la realidad

Es importante resaltar los ritmos y temporalidades que cada experiencia va desarrollando, tanto en términos de la vida cotidiana y la historicidad de sus participantes, como en el contexto histórico en el que se ubican. Muchas veces los ritmos que se establecen están determinados por la disponibilidad de sus propios participantes para organizar, gestionar, coordinar, convocar, coincidir, entre otras actividades, que implican la puesta en marcha de procesos colectivos. El considerar el ritmo resulta importante en la medida en que estos tipos de mercados se encuentran conformados por espacios domésticos y cotidianos lo cual marca, quizá, una de las principales diferencias frente al mercado convencional.

El tiempo juega un papel vital en la cotidianidad de los participantes de estos mercados, y se va constriñendo la disponibilidad del mismo que le pueden dedicar a los procesos organizativos, además del que dedican a las actividades producti-

vas. También adquiere relevancia en los aprendizajes y diálogos que dan lugar a la construcción de escenarios potenciales en el mediano y largo plazo. Asimismo cobra importancia el contexto histórico en el que se ubican, pues da lugar a integrar memorias, prácticas y reivindicaciones relacionadas con la defensa de la vida, el territorio, las semillas, la identidad, entre otras. Y es que “una vez que el tiempo se reconoce como una dimensión, no sólo como una medida, de la actividad humana cualquier intento de eliminarlo del discurso interpretativo sólo puede resultar en representaciones distorsionadas” (Fabian, 2019, p.48). Sin embargo, diversas aproximaciones a este tipo de experiencias desconocen los ritmos, retos y obstáculos que eso supone. En ese sentido, es recurrente encontrar casos emblemáticos, exitosos y dignos de ser replicables, pero también nos preguntamos por aquellos que se quedan a medio camino por no alcanzar determinados objetivos en el mismo horizonte del tiempo. Quizá como menciona Zemelman (2006, p.66):

Nos hemos estado moviendo siempre en función de la lógica del éxito, del triunfo, en circunstancias que, de pronto, las derrotas pueden ser más importantes, desde el punto de vista de entender realidades, que el propio triunfo. El triunfo de pronto cubre realidades, esa es la verdad de las cosas.

De allí que generalmente, pese a que se repite que no existen recetas y que cada proceso tiene sus especificidades, en términos temporales se invisibilizan los ritmos y realidades de sus participantes. Es decir, se niega la cotidianidad, y con ella los motivos, contradicciones y voces de sus participantes, pero también se ocultan lógicas y dinámicas que tienen que ver con prácticas y procesos complementarios dentro y fuera del mercado. El no reconocer dichas dinámicas da lugar a tensiones u omisiones a las que se deben enfrentar estas experiencias.

Un ejemplo de lo anterior se ilustra en las motivaciones y formas de trabajo implementadas por sus participantes, muchas veces alejadas de la acumulación de excedentes y más cercanas a estrategias de sobrevivencia familiar, al mismo tiempo que para otras personas puede representar una actividad complementaria o incluso un pasatiempo. En ese sentido, integrar las múltiples realidades (personales, familiares, productivas, organizativas, comunitarias) que convergen en estos mercados implica reconocer el compromiso de las y los sujetos con sus procesos, valores, posibilidades, limitaciones y contradicciones. Así como identificar el papel que juegan procesos similares y complementarios en su propia configuración del presente y los proyectos individuales y colectivos que constituyen el futuro, en términos de la potencialidad de sus prácticas (Zemelman y Valencia, 1990).

Estos espacios también permiten visibilizar los ritmos de la tierra, los ciclos de la naturaleza, los cambios e impactos de eventos climáticos en la producción y por lo tanto en el consumo. Conocer los productos de temporada pasó de ser un determinante de las dietas y vínculos con la tierra, a una ficción que el mercado convencional se ha empeñado en posicionar a través de la disponibilidad de casi cualquier alimento en cualquier temporada del año. Este fenómeno, además de desconectar el consumo de los ciclos productivos, refuerza los procesos de homogeneización de las dietas, la pérdida de variedades locales y la percepción de disponibilidad constante.

Por otro lado, en términos de los vínculos, apoyos y acuerdos que se van gestando con diferentes actores institucionales o de gobiernos, se plantean retos y aprendizajes sobre los tiempos que este tipo de actores imponen. Con el agravante de que en ocasiones, ante la ausencia de este tipo de apoyos, algunas experiencias parecen quedar detenidas en el tiempo.

3.2. Las y los participantes – sujetos sociales

Diversos trabajos y aportes han realizado caracterizaciones del tipo de participantes que convergen en este tipo de mercados (Gamba, 2012; Zemelman, 2010) en donde además de campesinos y campesinas, han ido emergiendo cada vez más sujetos que provienen de diferentes contextos urbanos, rurales y periurbanos, y que han encontrado en estos espacios la oportunidad de consolidar proyectos individuales y colectivos. Como ya mencionamos, algunas veces como parte de sus actividades principales y otras como actividad complementaria.

Esta diversidad de participantes ha dado lugar a diálogos e intercambios en múltiples aspectos –organizativos, productivos, tecnológicos, de inocuidad, entre otros–, pero también ha generado una especie de homogenización de los procesos en términos de su análisis e interpretación por parte de instituciones, gobiernos e investigaciones, entre otros, en donde se asume a sus actores en una suerte de igualdad identitaria, cultural, productiva, contextual que pretende hacer que sus procesos y objetivos converjan. Sin embargo, esta construcción del mercado como espacio colectivo, con los atributos que ya hemos mencionado, pasa también por la necesidad de garantizar primero la subsistencia del grupo doméstico para después sí buscar la comercialización de excedentes sin correr demasiados riesgos. En ese sentido, no es lo mismo participar del mercado cuando ya se tiene asegurado el consumo y, por lo tanto, es posible dedicar tiempo a actividades que no interfieren con la satisfacción de lo esencial o porque tienen la certeza que no les ha de faltar en el mediano plazo (Bourdieu y Sayad, 2017).

Quizá, a pesar de la diversidad que retratan algunos de los trabajos que hemos mencionado, también identificamos la necesidad de diferenciar sus propias trayectorias, necesidades y marcos culturales e identitarios, así como su papel dentro de los proyectos que integran. Esto nos permite dimensionar hasta qué punto este tipo de mercados apuntan a la emergencia y reivindicación de actores que dan sentido a los proyectos o bien qué tanto los proyectos se agotan en una adjetivación similar de sus actores (Zemelman, 2010). Al respecto, consideramos que una de las virtudes y singularidades de estas experiencias se funda en la necesidad de recuperar los sujetos sociales que participan y en quienes recaen funciones y necesidades productivas, comerciales, de consumo, infraestructura, entre otras. En ese sentido, el lugar desde el cual se posicionan sus participantes también da lugar a la transmisión y visibilización de demandas y reivindicaciones en torno a las y los sujetos históricos que integran estas experiencias (campesinado y poblaciones indígenas, principalmente).

Por otro lado, es preciso mencionar que la diversidad de participantes se describe principalmente por el papel que cumplen dentro del mercado (productores,

intermediarios, consumidores, promotores), sin embargo, al interior de estas experiencias, otro tipo de actividades y funciones se ponen en juego, vinculadas generalmente con los procesos organizativos, los mecanismos de participación y toma de decisiones, actividades complementarias en los días de encuentro, visitas y procesos de certificación, entre otras. En ese sentido, reconocer estas particularidades ofrece una perspectiva muchas veces desconocida, sin la cual no sería posible pensar estos procesos como proyectos viables y sostenidos en el tiempo, y que, además, permitan mantener latente las reivindicaciones que dieron lugar a su emergencia, al mismo tiempo que van integrando nuevas demandas, sentidos y motivaciones.

3.3. Lugar

Este tipo de experiencias se ubican en contextos diversos: el campo, la ciudad y zonas intermedias, en universidades, barrios populares y zonas "exclusivas", y al mismo tiempo sus participantes desarrollan sus actividades en lugares contrastantes, ya sea por las distancias, las vías de acceso, las condiciones de producción, recolección y almacenamiento, los recursos humanos e infraestructura con la que cuentan, entre otras. En ese sentido, visibilizar los lugares y espacios cotidianos, dentro de sus propias matrices territoriales que determinan vínculos, disputas, contexto físico (clima, biodiversidad), y la historia del lugar y el tipo de prácticas implementadas, permite ampliar el análisis e identificar especificidades que rebasan muchas veces el espacio colectivo y requieren un análisis más detallado.

Por otro lado, en este tipo de mercados convergen múltiples espacios y participantes que a partir de sus intereses, motivaciones y realidades se relacionan y generan sus propias estrategias de diálogo y participación. Esta convergencia va dotando de elementos físicos y simbólicos al lugar, expresando así sus especificidades, virtudes y contradicciones. Es allí en donde emergen historias, memorias y diálogos que aluden a espacios complementarios como la parcela, la cocina, el barrio, montañas, ríos, desiertos, entre muchos otros.

El lugar entonces no sólo refiere al espacio físico en el que se dan los intercambios o los encuentros presenciales, sino que está atravesado por el espacio doméstico, por los campos, los mercados complementarios en donde se venden excedentes de producción, por los caminos y veredas que componen el paisaje, entre muchos otros lugares que no logran retratarse en el mercado. Al mismo tiempo, el lugar no se podría entender sin los tiempos y ritmos cotidianos que mencionamos previamente.

En ese sentido, reivindicar el lugar, siguiendo a Escobar (2010), permite reconocer luchas que tienen su emergencia en la defensa de la cultura, el territorio y el lugar, por lo tanto, cada experiencia, de acuerdo con el contexto en el que se ubica y los contextos de los que se nutre, configura diferentes expresiones de lucha. "En términos generales, las luchas basadas-en-lugar, enlazaron el cuerpo, el ambiente, la cultura y la economía en toda su diversidad" (Harcourt y Escobar, 2007).

Al mismo tiempo, este tipo de mercados, así como aquellos que no entran dentro de la categoría alternativo pero que podemos llamar tradicionales,¹ constituyen una fuente de cultura e identidad, toda vez que se nutren de encuentros presenciales entre sus participantes –cuya virtud en este caso no se agota en la “venta directa” como escaparate de la presencialidad–, estimula el intercambio de memorias, sabores, vínculos, idiomas/lenguas indígenas y no indígenas. Es decir, hay una corporalización y un emplazamiento de la vida humana que no puede negarse (Escobar, 2010).

3.4. *Los discursos, reivindicaciones y coyunturas*

Antes de saber lo que debe ser reivindicado, es necesario determinar quién reivindica algo.

(Guattari, 2013, p.123)

Acá quizá vale la pena detenernos un poco. Volviendo a un trabajo que realizamos hace diez años, muchas cosas han cambiado en términos de los discursos y las reivindicaciones. Cada vez son más los actores que participan y se apropian de consignas, espacios, prácticas y voces, la gente termina por no creer en los discursos y reivindicaciones, al mismo tiempo que emerge el fenómeno de inventarse realidades (Zemelman, 2011), pasa con los mercados, pero pasa también en diferentes procesos y contextos.

Lo que hace unos años parecía una opción de recuperar prácticas productivas con técnicas tradicionales a partir de la producción orgánica, parece haberse desvanecido por privilegiar a unos pocos. Junto con la producción orgánica empezaron a aparecer las agencias de certificación, las leyes de producción orgánica y posteriormente, como respuesta a estas formas de control, los procesos de certificación participativa (Roldán y Gracia, 2018). Al mismo tiempo, los mercados fueron ampliando su oferta, muchas veces permitiendo el ingreso de productos cuyos insumos y procesos no son sencillos de rastrear (productos de higiene personal, limpieza y algunas manualidades). Sin embargo, esta diversificación de la oferta sin duda da lugar al fortalecimiento de estas experiencias, y abre retos y contradicciones frente a los procesos de certificación o los requisitos de participación.

Por otro lado, la frecuencia de los encuentros también parece ser uno de los elementos que permite determinar el tipo de “alternativas” y discursos que se promueven. Veíamos que la intermitencia continúa siendo uno de los grandes obstáculos, sin embargo, observamos que aquellas experiencias que han logrado generar estabilidad y continuidad en sus encuentros, han logrado no sólo garantizar un espacio de comercialización, sino que también han construido otro tipo de vínculos a nivel territorial, tanto al interior de los procesos de producción como en los hábitos de sus consumidores.

Al mismo tiempo, esta estabilidad da lugar a la consolidación de procesos organizativos, a partir de los cuales se apuntalan actividades y prácticas productivas, de comercialización y consumo que responden a las necesidades e intereses de sus

¹ Nos referimos a plazas de mercado, mercados populares, tianguis.

participantes, integrado a sus objetivos estrategias de relevo generacional, finanzas comunitarias, certificaciones participativas basadas en la confianza y la palabra, formas de intercambio no monetarios, equidad de género, así como actividades que logran integrar luchas y demandas del campo y la ciudad. Al respecto, la continuidad que describen algunas de estas experiencias se articula con el papel de las prácticas cotidianas y las respuestas que estas ofrecen en términos de garantizar la sobrevivencia y estabilidad de sus participantes. Si no es así, estaríamos frente a experiencias que ante coyunturas, como lo fue la pandemia por COVID-19, por ejemplo, no lograrían sostenerse en términos organizativos, y es que los procesos y sus integrantes no pueden estar eternamente dispuestos al sacrificio, a la marginalidad, a la sombra. Y no estar dispuestos al sacrificio o privilegiar la estabilidad por encima de los discursos, puede ser interpretado como un acto de sobrevivencia, de allí la importancia de consolidar procesos y vínculos entre personas y con el territorio en diferentes niveles.

Se busca un nuevo tipo de lucha, menos a título de modelo que a título de “precedente”, de demostración de que otro campo de posibles está realmente abierto (Guattari, 2013) y esto sólo podrá ser posible en el ámbito de la cotidianidad, que interpela y atraviesa espacio y tiempos individuales, colectivos, domésticos, íntimos, al nivel de la vida de todos los días, que permitan transformar las relaciones, los espacios y las formas de participación.

4. OTRAS DIMENSIONES COMPLEMENTARIAS DEL MERCADO

Finalmente, profundizar en el análisis de este tipo de mercados y la larga lista de adjetivos que los acompañan genera tensiones, no sólo en términos analíticos, para quienes investigamos su papel en la transformación de los procesos productivos y los sistemas agroalimentarios, sino también en la configuración de identidades y agencias que se gestan al interior de estas experiencias. Algunos análisis sobre los mercados recuperan elementos que actualmente pueden verse reducidos a los adjetivos y características que buscan resaltar, dejando de lado elementos transversales que, en términos de la configuración de las matrices socio-culturales del lugar, podrían reflejar aspectos importantes. Entre otros:

- i) *El nombre del mercado y su relación con identidades y reivindicaciones.* Como hemos mencionado, muchas veces los nombres se agotan en una adjetivación que atribuye o dota de características específicas a los productos o a sus participantes y poco a reivindicar lugares, identidades, historias u otro tipo de consignas, o incluso a reconocer procesos más amplios que allí tienen lugar.
- ii) *Los modos de comercialización e intercambio,* que privilegian o asumen formas de intercambio directas (del productor al consumidor), justas, cercanas, entre otras. Al respecto, por un lado, la única forma de intercambio justo no es el intercambio directo, otras formas de intermediación solidarias no sólo son necesarias, sino que ya están siendo dinamizadas dentro de este tipo de experiencias, quizá sin nombrarlas han logrado optimizar y expandir sus formas

de participación dentro de redes y espacios alternativos de comercialización. Por otro lado, que los intercambios no sólo son de mercancías y dinero, sino que allí tienen lugar intercambios lingüísticos, simbólicos, rituales, registros comunicativos no verbales, sabores, conocimientos, saberes, recuerdos, entre otro tipo de intercambios no mediados por el dinero (trueques).

- iii) *Registros visuales y sonoros*, que describen muchas veces las realidades de sus participantes a partir de la participación de la familia, de la presentación de los productos, de los aromas, de los colores, los diálogos que tienen lugar, los mensajes que van apareciendo en carteles, muros, ropa y sonidos del lugar.
- iv) *El entorno*. Y es que el mercado no se agota en su límite físico, sino que irradia formas de interactuar con su área de influencia. Comienzan a aparecer otro tipo de actores (vendedores ambulantes, personas que cuidan y lavan los coches, servicios de transporte), de vínculos con el barrio, con formas de cuidado colectivo, de las personas, del lugar, del entorno.

Estos elementos pueden –y deberían– cambiar en cada experiencia, hacer la diferencia la principal característica y, a su vez, retroalimentar y sistematizar aprendizajes que permitan la emergencia y consolidación de estas experiencias.

5. CONCLUSIONES

Para la generación de alternativas y creación de nuevos horizontes ante las crisis actuales, es necesario construir y repensar lenguajes que nos permitan complejizar pensamientos capaces de dar cuenta de la realidad actual, encontrando nuevos sentidos a las prácticas que se construyen desde distintos frentes, muchos de ellos desde lo cotidiano. Uno de estos frentes es la diferenciación del tipo de prácticas productivas a partir de la imposición de categorías y características que, por una parte, han estado presentes en diversos discursos a riesgo de banalizarse y darle una lectura simplista, pero, por otra parte, la ponemos sobre la mesa como la posibilidad de visibilizar luchas históricas que deben resignificarse para dar cuenta de las alternativas.

Para esto, es necesario ubicar y complejizar estas experiencias desde el contexto histórico en el que se despliegan, los sujetos sociales que participan y el lugar (territorio) en el que se llevan a cabo. Una forma de hacer este análisis es a través de los mercados, pensándolos más allá de los intercambios materiales, y dotarlos de un sentido político. Es así necesario considerar los vínculos que se tejen entre los participantes, hacer hincapié en los sujetos sociales que participan en ellos y reconocer sus diversas apuestas políticas, muchas de ellas construidas desde lo cotidiano. Asimismo, es necesario detenerse y reconocer el lugar en donde se despliegan, más allá de hablar del espacio físico, ubicando la cultura e identidad, tiempo y ritmos en los que se desarrolla.

De allí que muchos interrogantes surgen alrededor de los procesos y experiencias que desde sus virtudes y restricciones, pero más aun, a partir de sus motiva-

ciones, construyen alternativas que buscan el arraigo y el reconocimiento de la diferencia, de sus propias singularidades que les permitan diferenciarse, ya no exclusivamente en términos de sus prácticas productivas, sino más bien desde sus propias reivindicaciones y lecturas de las realidades y contextos histórico-temporales en los que se ubican.

Finalmente, consideramos necesario alejar los análisis e interpretaciones de este tipo de experiencias, como lo son los mercados locales, de la homogeneización que aun dentro de sus propuestas alternativas se ha venido afianzando a partir de la adjetivación y el reduccionismo de las categorías que se utilizan, muchas más funcionales a la lógica del mercado que a la consolidación de procesos.

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, P. y Sayad, A. (2017). *El desarraigo: La violencia del capitalismo en una sociedad rural*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Caracciolo, M. (2014). Construcción de tramas de valor y mercados solidarios. En: A. García (comp.), *Espacio y poder en las políticas de desarrollo del siglo XXI* (pp. 360–440). Buenos Aires: CONICET–GER.
- Carvalho, H. M. de (2012). *El campesinado contemporáneo como modo de producción y como clase social*. Curitiba, Brasil.
- Correa, H. y Millán, J. (2015). *La construcción alternativa de políticas populares. Hacia la soberanía, la seguridad y la autonomía alimentarias (SSAA)*. Bogotá, Colombia: Ediciones Desde abajo, Colección Primeros pasos.
- Escobar, A. (2010). *Territorios de diferencia: lugar, movimientos, vida, redes*. Popayán, Colombia: Enviñón.
- Fabian, J. (2019). *El tiempo y el otro: cómo construye su objeto la antropología*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes.
- Fernández, F. (2012). Alimentando el debate en torno al comercio y la soberanía alimentaria. *Revista Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas*, 8, 10–13.
- Gamba, L. R. (2012). Territorios y sujetos de la economía social y solidaria. *Otra Economía*, 6(10), 24–36. <https://doi.org/10.4013/otra.2012.610.03>
- Gil, J. (2014). “Los límites del mercado: reflexiones sobre economía, antropología y democracia”, de Karl Polanyi. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 7, 191–194.
- Gómez-Cardona, S. (2012). Las tensiones de los mercados orgánicos para los caficultores colombianos. El caso del Valle del Cauca. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 9(68), 65–85.
- Guattari, F. (2013). *Líneas de fuga. Por otro mundo de posibles*. Buenos Aires: Cactus.
- Harcourt, W. y Escobar, A. (eds.). (2007). *Las mujeres y las políticas del lugar*. México: UNAM.
- Kay, S. (2016). *Vinculación de los productores a pequeña escala con los mercados*. CSA y MSC.
- Lahera, A. (1999). La crítica de la economía de mercado en Karl Polanyi: el análisis institucional como pensamiento para la acción. *Revista Reis*, 86, 27–54.
- Machado, A. (2013). *Territorios para el desarrollo de las sociedades y la economías campesinas*. Informe final Comisión de seguimiento a la política pública sobre desplazamiento forzado 1–92. OXFAM.
- Maçano, B. (2008). Entrando nos territórios do Território. En: E. Tomiasi & J. Edmilson (orgs.), *Campesinato e territórios em disputa* (pp. 273–302). São Paulo: Expressão Popular.

- Mançano, B. (2009). Introducción. Territorio, teoría y política. En: F. Lozano y J. G. Ferro (eds.), *Las configuraciones de los territorios rurales en el siglo XXI* (pp.35–65). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Max-Neef, M. (1998). *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Barcelona: Icaria.
- Melo, J. y Magdalena, T. (2015). *Sumando matices a la agricultura inclusiva: Prácticas de intermediación social*. México: Agenda de Co-creación en Agricultura Inclusiva de México y Ashoka.
- Mintz, S. (1982). Sistemas de mercado interno como mecanismos de articulación social, *Nueva Antropología*, año VI, núm. 19, junio, 11–21.
- Polanyi, K. (1994). Nuestra obsoleta mentalidad de mercado. *Cuadernos de Economía*, 14(20), 249–266.
- Primavera, H. (2002). Moneda social: ¿gattopardismo o ruptura de paradigma? *Polis. Revista Latinoamericana* (2) [en línea] <https://journals.openedition.org/polis/7872>
- Razeto, L. (2006). Inclusión social y economía solidaria. Conferencia dictada en el Simposio Latinoamericano “Inclusión Social: Dimensiones, Retos y Políticas”, Caracas, marzo de 2006.
- Roldán, H. N., Gracia, M. A., Eugenia, M., & Horbath, J. (2016). Los mercados orgánicos en México como escenarios de construcción social de alternativas. *Polis. Revista Latinoamericana* 43 [en línea] <https://journals.openedition.org/polis/11768>
- Roldán-Rueda, H.N y Gracia, M. A. (2018). (Des)estigmatizar la intermediación de alimentos en pos de mayor equidad. Espacios emergentes de comercialización frente a la gran distribución en Colombia. *Revista Espacialidades*, 8, 2, 104–125.
- Santana, M. (2008). *Reinventando el dinero. Experiencias con monedas comunitarias* [tesis para optar al grado de doctora en ciencias sociales, CIESAS, Guadalajara, México].
- Sevilla, E., Soler, M., Gallar, D., Vara, I., y Calle, Á. (2012). Canales cortos de comercialización alimentaria en Andalucía. Ed: Fundación Pública Andaluza, Centro de Estudios Andaluces.
- Sevilla, E., y Soler, M. (2010). Agroecología y soberanía alimentaria: alternativas a la globalización agroalimentaria. En: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura (eds.), *Patrimonio cultural en la nueva ruralidad andaluza* (pp. 191–217). Sevilla: Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico.
- Soler Montiel, M. y Calle Collado, Á. (2010). Rearticulando desde la alimentación: canales cortos de comercialización en Andalucía. En: M. Soler y C. Guerrero (coords.), *Patrimonio cultural en la nueva ruralidad andaluza* (pp. 258–283). Sevilla: Consejería de Cultura, Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico.
- Tarditti, M. (2012). *Redes alimentarias alternativas y soberanía alimentaria. Posibilidades para la transformación del sistema agroalimentario dominante* [tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, España].
- Zemelman, H. (1992). *Los horizontes de la razón III. El orden del movimiento*. Barcelona: Anthropos.
- Zemelman, H. (2005). *Voluntad de conocer. El sujeto y su pensamiento en el paradigma crítico*. Barcelona: Anthropos Editorial; México: Centro de Investigaciones Humanísticas, Universidad Autónoma de Chiapas.
- Zemelman, H. (2006). *El conocimiento como desafío posible*. Ciudad de México: Instituto Politécnico Nacional.

- Zemelman, H. (2010). Sujeto y subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, 9(27), 355–366. <https://doi.org/10.4067/S0718-65682010000300016>
- Zemelman, H. (2011). *Conocimiento y sujetos sociales*. Bolivia: OXFAM-IPECAL.
- Zemelman, H. y Valencia, G. (1990) Los sujetos sociales, una propuesta de análisis. *Acta Sociológica*, mayo-agosto, 3(2), 89–104.

⊙ *Esta es una página en blanco.* ⊙

CÓMO JUGAR CON FUEGO: ANDANZAS CAMPESINAS EN LA CADENA GLOBAL DE CAFÉ

Alejandra Guzmán Luna

Universidad Veracruzana – CONAHCYT / alejandra.guzman@conahcyt.mx

RESUMEN: El café es un cultivo colonial el cual, como hace siglos, a través de su producción y distribución global, define los territorios y los medios de vida de las poblaciones campesinas que lo siembran. Con base en el acompañamiento a cooperativas de café, trabajos de consultoría y una revisión bibliográfica, la autora presenta este ensayo dividido en tres momentos y haciendo uso del *fuego* como metáfora de las peligrosas andanzas a su alrededor.

El texto arranca describiendo al *fuego* de la colonialidad que, aunque con nuevas expresiones, reproduce viejas prácticas de colonialidad del ser, poder y saber, ahora con relación a compradores, certificadoras y organizaciones no gubernamentales del Norte global. La autora retoma el mito del buen salvaje y el salvador blanco con el que, desde el Norte global, se viste y favorece interpretar a los campesinos racializados, imponiendo saberes y estándares de medios de vida occidentales.

En una segunda parte del texto la autora nos habla sobre las andanzas como formas de resistencia para aquellas cooperativas y comunidades productoras de café con alta dependencia en la exportación del grano. Todas estas andanzas se localizan fuera de las cartografías conservadoras de izquierda, y trascienden los arquetipos de víctima-victimario. Es aquí en donde una agroecología aparentemente despolitizada tiene lugar, y donde las comunidades resignifican la desobediencia estratégica.

Finalmente, el texto nombra algunos ritmos en los que estas andanzas pueden disminuir el peligro del *fuego* colonizador y establecer relaciones más equitativas entre las instituciones del Norte global y las comunidades campesinas.

* * *

*Fuego que contemplan los hombres en la noche,
 en la noche profunda.
 El alma errante se transforma en ti, y nadie
 lo sabe.
 Pájaro sin alas, cosa sin cuerpo, Espíritu
 de la Fuerza del Fuego.
 Escucha mi voz:
 un hombre te invoca
 sin miedo.*

Canto del fuego del pueblo bantú¹

El fuego es muchas cosas. Convivimos con él todos los días y lo aprovechamos en la cotidianidad para calentar, alumbrar y cocinar, al punto que a veces nos olvidamos de su potencial destructor, capaz de reducir todo a cenizas. Controlado, a cierta distancia, el fuego parece inofensivo. Propongo que ocurre algo parecido con la colonialidad que, manifestada en formas innovadoras en un contexto capitalista, es el fuego que las comunidades campesinas tratan de mantener a raya, a la vez que buscan calentarse, alumbrarse y alimentarse, todo esto cuidando no convertirse en cenizas, aunque salir ilesos no siempre es posible.

En el presente trabajo describiré el *fuego* con el que las diferentes manifestaciones de colonialidad amenazan a las comunidades productoras de café para reproducir su identidad y sus territorios. El riesgo que ello implica se presenta a través de su relación con certificadoras y exportadoras que buscan vender un café orgánico y sustentable para las poblaciones del Norte global, quienes prefieren pagar un poco más por consumir saludable para sus cuerpos y el medio ambiente, ubicado a miles de kilómetros de los sitios donde se produce, en sus bellas y cómodas “coffee shops”. Esta trama también atraviesa una amplia gama de organizaciones no gubernamentales (ONGs) que, aunque algunas de buena fe, pretenden brindar asistencia y acompañamiento a las comunidades de cafeticultores. Reflexiono sobre estos *fuegos* en relación con la colonización del ser –invalidación de una experiencia de vida basada principalmente en la raza–, poder –relaciones de explotación y dominación–, y saber –desprecio de epistemologías no hegemónicas– (Quijano, 1992; Maldonado Torres, 2007). En la segunda parte del texto hablaré de las andanzas campesinas como formas de resistencia, que juegan con los *fuegos* de la colonialidad tratando, en la medida de lo posible, de no quemarse. Estas andanzas se realizan en los intersticios de lo que no ha sido alcanzado por las diferentes formas de colonización en los territorios simbólicos y materiales. Otras andanzas se tratan de una resignificación y desobediencia estratégica a su favor de aquellos elementos a los que tienen que someterse (Scott, 1990). Las andanzas campesinas de las que voy a hablar en la segunda parte del texto tienen mucho de agroecológicas en su producción y en su infrapolítica (Scott, 1990), pero son escurridizas, tímidas y a menudo ambiguas, más que desafiantes o frontales a las amenazas. Mi

¹ Poesía anónima africana. Fragmento tomado de Eduardo Galeano (1991), *Memoria del Fuego I. Los nacimientos*. Siglo XXI Editores, S. A.

objetivo en este trabajo es establecer, en sus trazos generales, las formas en que se presentan los *fuegos* de la colonialidad y las andanzas campesinas de resistencia. Paradójicamente, aunque sin ser sorpresa para casi nadie, estas ONGs y empresas en la cadena de café global hacen posible la subsistencia material y la continuidad de los territorios campesinos que producen café como actividad principal, al tiempo que representan una amenaza desde el *fuego* destructor de la colonialidad.

Las reflexiones aquí planteadas surgen de mi experiencia y mi compromiso político y cariñoso como académica aliada a comunidades productoras de café, así como del contacto que he tenido con compradores solidarios y otras organizaciones. Particularmente, desde el 2017, he sido parte de un proceso de investigación acción participativa con la cooperativa Campesinos Ecológicos de la Sierra Madre de Chiapas (CESMACH); y como parte de dicho proceso, he pasado mucho tiempo tanto en las comunidades cafeticultoras pertenecientes a la CESMACH como en otras cooperativas de café orgánico de la región. También he participado en numerosos intercambios de experiencias entre organizaciones cafeticultoras, y he sido consultora por parte de compradores solidarios en la cadena de café. Desde esta experiencia, en diálogo con la bibliografía, construí este texto.

EL FUEGO

El sistema de producción de café ha sorteado un sinnúmero de crisis cuyos efectos generalmente pasan desapercibidos a los consumidores globales. Las amenazas que voy a resaltar en este texto surgieron de la crisis por la que atravesaron las familias campesinas productoras de café a partir de la neoliberalización del mercado en 1989 (Jaffee, 2014; McCook, 2017). Congruente con el proceso global de neoliberalización, las instituciones de los estados benefactores donde se produce café desaparecieron, dejando a las y los pequeños productores sin la gestión de las exportaciones y el asesoramiento técnico que, aunque alineado a la revolución verde, era esencial para la producción y el control de la calidad. Estos cambios, aunados a las dinámicas del mercado global, implicaron la caída del 70% en los precios del café (Jaffee, 2014, p.59). Ante esta crisis, las familias cafeticultoras se vieron sumidas en pobreza extrema, incrementando la migración a las ciudades en México e incluso a Estados Unidos (Ramírez Valverde & González-Romo, 2006). El vacío institucional gubernamental fue llenado por las ONGs y certificadoras, principalmente internacionales, quienes se dedicaron a la compra y exportación del grano, encargándose de la capacitación técnica, garantizando precios mínimos para las familias productoras, así como financiamiento de proyectos de desarrollo (Fridell, 2005).

A este proceso político y económico global de neoliberalización como la actual fase del capitalismo, se entreteje la sustentabilidad como paradigma dominante de desarrollo. El desarrollo sustentable es un esfuerzo por sostener y reproducir la explotación de la naturaleza que hace posible la reproducción del capital. El paradigma de desarrollo sustentable comenzó con el Programa Hombre y Biósfera de la UNESCO y la Conferencia de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente

Humano, realizada en Estocolmo, Suecia, durante 1972, donde por primera vez se puso sobre la mesa el deterioro ambiental, y el debate entre desarrollo y medio ambiente. En este mismo sentido hay que considerar la Agenda XXI, que es un tratado internacional firmado por 178 países en la Cumbre de la Tierra, Río de Janeiro, Brasil (1992), en donde se trazaron metas específicas a nivel global para hacer frente al deterioro ambiental. En otras palabras, se trazó un plan para llevar el desarrollo sustentable al presente siglo, en donde se abre la puerta para la “cooperación” internacional para “conservar, proteger y restablecer la salud del ecosistema de la Tierra” (ONU, 1992). Con la Agenda XXI se inicia la capitalización de la naturaleza o el tránsito a una economía verde global. Ingeniosamente, los economistas neoliberales lograron incorporar la naturaleza al mercado, convirtiéndola en capital natural, abriendo nuevas posibilidades de comercialización (Durand, 2014) y, con ello, continuar con su explotación, ahora desde una perspectiva conservacionista (Leff, 2013) y de desarrollo sustentable. Con ello, el daño ambiental pudo ser internalizado en el mercado, estableciendo cuotas de contaminación, uso o, en su caso, de conservación (Liverman & Vilas, 2006), convirtiéndose en una nueva fuente de acumulación de capital financiero (Gómez-Baggethun et al., 2010), susceptible a ser utilizada bajo un discurso verde y ambientalmente consciente. El paradigma del desarrollo sustentable, en su componente de capital natural, implicó la enajenación a la naturaleza de su correspondiente diversidad cultural, identidades de los pueblos que la habitan y con los que ha coevolucionado (Leff, 2000). En otras palabras, el enfoque de capital natural anula las epistemologías y ontologías que hicieron posible, cuando menos en los territorios indígenas ancestrales, los ecosistemas y su biodiversidad.

En el contexto de crisis ambiental y como propuesta de acciones para superarla, surgió el mercado por cafés de calidad con sellos de sustentabilidad ambiental –por ejemplo orgánico, Rainforest Alliance y Bird Friendly– y social –Fair Trade y SPP (Símbolo de Pequeños Productores)– principalmente por parte de consumidores en Estados Unidos y Europa (McCook, 2017). Estas certificaciones, que aspiran a alcanzar una producción ambientalmente sustentable y socialmente justa, son mediadoras entre el mercado en el Norte global y la productividad de las organizaciones de cafecultores en el Sur global (figura 1). Las condiciones de inequidad entre ambos extremos de la cadena y las de vulnerabilidad en las familias productoras, están lejos de ser superadas por estas mediaciones (Bacon et al., 2008; Tellman et al., 2011). Por ejemplo, durante el mes de mayo del 2018 el precio del café era pagado a menos de un dólar la libra,² mientras que cada una de las 1.4 billones de tazas de café que se consumieron diariamente podían variar entre \$3.12 dólares en Estados Unidos y \$6.24 en Copenhague, capital de Dinamarca (Brown, 2019; Group of the World Coffee Producers Forum, 2019).

Además de estas condiciones propias de la coyuntura neoliberal, para la presente descripción de los *fuegos* en la cadena global de café, es necesario recurrir al concepto de colonialidad y sus diferentes expresiones. La colonialidad es la evolución de lo que fuera el colonialismo por parte de España y Portugal en el territorio

² \$0.94 dólares (\$18 pesos mexicanos) por 453 gramos en 2018.

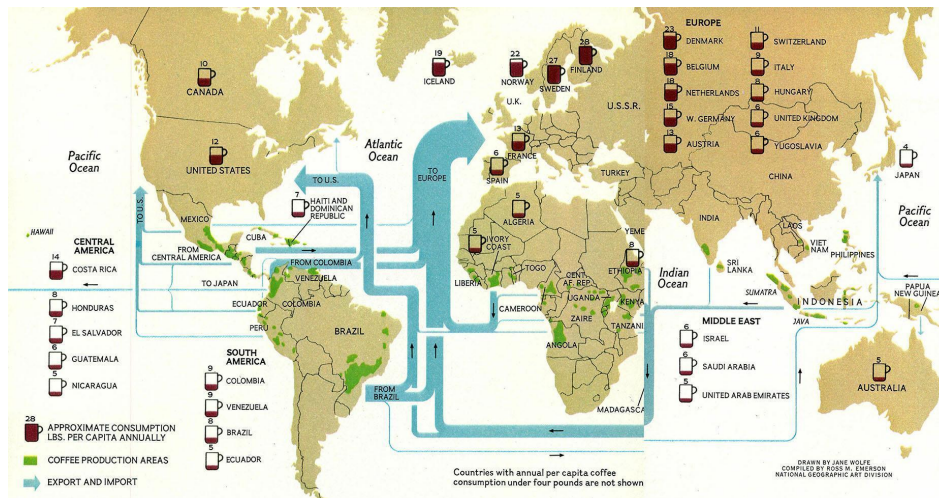


Figura 1: Flujo de la producción del café y consumo por países productores y consumidores. Tomado de National Geographic Art Division 2020.

latinoamericano y que, después de las múltiples revoluciones en el siglo XIX, desapareció como la relación formal de dominación entre estados y naciones/pueblos. Sin embargo, la colonialidad es la continuación o la herencia de esas relaciones de ser, poder y saber, ahora bajo la lógica del capitalismo. La colonialidad “más bien se refiere a la forma como el trabajo, el conocimiento, la autoridad y las relaciones intersubjetivas se articulan entre sí a través del mercado capitalista mundial y de la idea de raza” (Maldonado Torres, 2007, p.131). El *fuego* de la colonialidad tiene innumerables formas de manifestarse, algunas muy obvias, como el establecimiento de empresas de capital extranjero que transforman territorios campesinos; al tiempo que hay otras expresiones que están internalizadas como forma de naturalizar las jerarquías de superioridad e inferioridad, y que se corresponden con raza, género y clase social, principalmente.

A continuación voy a exponer los *fuegos* de la colonialidad, en un contexto capitalista, que tienen que sortear las comunidades campesinas productoras de café desde la colonialidad del ser, poder y saber. Comenzaré por la colonialidad del ser, la cual se refiere a una división racista como segregación a los humanos a quienes se cuestiona su humanidad y, por ello, se les niega (Fanon, 2010; Grosfoguel, 2011), de manera que la existencia e historia de sus pueblos no merecen ser vistas ni reconocidas (Maldonado Torres, 2007). Tradicionalmente, el racismo se ha ejercido a partir del color de piel de los individuos, pero también puede incorporar etnicidad, lengua, cultura o religión (Grosfoguel, 2011). Este ha sido el caso de las comunidades productoras de café que, desde el inicio de la producción en el continente americano, ha sido un ícono de los sistemas de producción coloniales.³ En la

³ Reflejo de ello puede apreciarse en el poema “El café” del decimista peruano Nicomedes Santa Cruz.

actualidad, considero que la colonialidad del ser se manifiesta mediante la explotación del arquetipo de buen salvaje, es decir, la idea colonial y racista que asume que las comunidades son buenas por naturaleza, y es utilizada ampliamente en las campañas de marketing, en donde la imagen campesina mesoamericana racializada es romantizada y descontextualizada, presentando una versión simplificada de la vida y producción en las comunidades como estrategia publicitaria. El mito del buen salvaje surgió como una corriente de pensamiento inmediatamente después de que los europeos llegaron por primera vez a América. Desde esa perspectiva, se concibe a las poblaciones indígenas como seres no corrompidos por la civilización y que viven en un estado idílico, bondadoso y puro, en equilibrio perfecto con la naturaleza. Si bien el mito del buen salvaje correspondía a la corriente antiesclavista iniciada por Fray Bartolomé de Las Casas, esta percepción niega la complejidad y profundidad de las civilizaciones americanas florecientes al momento del contacto con los europeos. La imagen del buen salvaje persiste al ilustrar a las y los pequeños productores de café en Latinoamérica como personas racializadas, mucho mejor si utilizan indumentaria indígena, aparentemente felices de realizar la cosecha de los granos de café en cultivo bajo sombra, muy semejante a un paisaje templado, y de naturaleza prístina (ver figura 2A). La realidad, sin embargo, es muy contrastante. Gran parte de la mano de obra que sostiene a esta producción proviene de miles de familias que migran a trabajar como jornaleros en las plantaciones de café, bajo condiciones de alta vulnerabilidad y pobreza. Jiménez-Soto (2020) reporta en su trabajo etnográfico con trabajadores migrantes de Guatemala, permanentes y temporales, en una plantación de café orgánico certificado en el Soconusco, Chiapas, cómo las familias, incluyendo niños o adolescentes, cruzan la frontera cargando, además de ropa, utensilios de cocina, alimentos y materiales con los que van a realizar su trabajo, como machetes o botas. Estos trabajadores son asignados a dormitorios compartidos entre veinte personas, sin colchones, almohadas o cobijas, ventilación o luz, ni servicios de salud garantizados (Jiménez-Soto, 2002). Este trabajo también reportó que las y los trabajadores tienen “una deuda continúa en la tienda de la plantación, que no sólo cobra una cantidad excesiva por los productos, sino que además sustrae lo que se debe de la nómina mensual”. Al leer esto, es fácil evocar las tiendas de raya de los años porfiristas, y que fueron una de las mayores causas de indignación que convocaron al levantamiento agrario revolucionario. Por otro lado, en las actuales fincas la alimentación de las familias está cubierta por los dueños o “patrones” a quienes más de una vez he escuchado decir: “los trabajadores ya no se contentan con comer sólo frijoles y tortilla”. La realidad es altamente compleja, más aún, las y los pequeños productores que contratan trabajadores temporales a su vez, tienen fuertes restricciones que cumplir, tanto del mercado como de las certificadoras, por lo que el margen de mediación entre la producción del café y el pago a los trabajadores es poco. Así, con estos elementos es muy difícil ver la producción de café orgánico y certificado como un paraíso en donde las y los productores están felices y satisfechos de producir café en un equilibrio perfecto con la naturaleza, cuando en realidad se

Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=MjmUif2uWrQ>

trata de familias en condiciones de explotación y vulnerabilidad. Ninguna de estas realidades es visibilizada en las estrategias de comunicación relacionadas a la producción del café convencional, ni en ninguna de las certificaciones de sostenibilidad ambiental o equidad social. Por el contrario, se reproducen los patrones de romantización de la vida de las comunidades racializadas como una versión moderna del buen salvaje.



A mujer indígena productora de café en una fotografía utilizada por una exportadora de café enfocada en apoyar a “productores en Latinoamérica”. Tomado de mayorgacoffee.com



B mujer blanca representando a la población consumidora de café de Fairtrade. Tomado de unapausaagradable.es

Figura 2

Por otro lado, la colonialidad del poder –segundo aspecto de la colonialidad mencionado antes– surgió con la conquista, a través de una pregunta que los colonizadores lanzaron: “¿los indios tienen alma?” (Quijano, 1992). Este debate comenzó el trayecto hacia la jerarquización de la humanidad. Como Maldonado Torres (2007) describió, la colonialidad del poder se refiere a la interrelación entre formas modernas de explotación y dominación basada en la clasificación social por raza, clase y género. Aníbal Quijano (2000) describió estas categorías en dicotomías como: no europeo/europeo, tradicional/moderno, oriente/occidente, primitivo/civilizado, mágico-mítico/científico, irracional/racional, tradicional/moderno. La visión binaria del mundo, como una característica de la colonialidad moderna, implica que uno de los dos elementos que componen el binomio son “los sujetos universales” o, dicho de otro modo, es lo único válido o legítimo; mientras que los sujetos que componen el otro elemento del binomio son suplementarios, sin posibilidad de complementar al “sujeto universal” (Segato, 2014). Es en este se-

gundo componente de la visión binaria en donde la visión hegemónica cataloga a las comunidades productoras de café. El ejercicio de esta colonialidad sigue reproduciendo el establecimiento de normas extraterritoriales para el manejo de sus cultivos, e incluso administración del territorio material e inmaterial, para ajustarse a las certificadoras o financiadoras. Estos parámetros son dictados unilateralmente por empresas extranjeras del Norte global, con poca capacidad de negociación y representando, como hace siglos, la vanguardia del “deber ser”, con escaso conocimiento o interés de la complejidad y epistemologías locales. Estas medidas modifican profundamente las relaciones al interior de las familias, comunidades, organizaciones y los sistemas tradicionales de producción. En términos de manejo, por ejemplo, muchas de las normas medioambientales, como las directrices sobre el número mínimo de especies de árboles de sombra y manejo del agua, se basan en la ciencia de la conservación (Bacon, 2010), sin tener en cuenta la experiencia o sistemas agroforestales tradicionales. En términos sociales, hay una fuerte presión para que las niñas y los niños asistan a las escuelas, así como la prevención del trabajo infantil, considerado como: “todo trabajo que implique a un niño y que sea mental, física, social o moralmente peligroso y perjudicial para el niño, que le impida asistir a la escuela o concentrarse en la escuela” (Fair Trade International, 2015). Evidentemente no busco decir que la explotación o trabajo infantil debe realizarse impunemente o que las certificadoras evadan la responsabilidad de las condiciones laborales sobre las que se cosecha su café. Más bien uso el ejemplo para ilustrar lo radicalmente diverso de los contextos, que de ninguna forma caben en los reglamentos estandarizados desde el Norte global. Alguna vez escuche de una productora de café decir que “si los inspectores ven que los niños nos van a ayudar al cafetal, nos llamarían la atención. Pero los tenemos que llevar, sino ¿cómo van a aprender? Además, en temporada de cosecha, toda la familia tiene que ir a ayudar”. Desde mi experiencia, siempre que existe la posibilidad, las familias fomentan que sus hijos persistan en sus estudios, sin que esto imposibilite su trabajo en el cafetal cuando sea posible. No obstante el esfuerzo de los padres, existen diversos inconvenientes como la disponibilidad de una escuela en la comunidad o ranchería, o la falta de medios y posibilidad de transporte a la escuela más cercana, la disponibilidad de un profesor/a en la escuela, o los recursos materiales para comprar uniformes

Independientemente de la disposición de la mayoría de las familias para dar estudio a sus hijos y que ellos aporten activamente en el mantenimiento del cafetal, cabe preguntarse: ¿cuál es la educación a que las certificadoras están empujando a las infancias de familias productoras de café? Para responder esto hay que considerar que en el contexto mexicano, el 70 % de la producción la realizan comunidades rurales, las cuales están conformadas en su mayoría por poblaciones indígenas de 28 etnias (Moguel y Toledo, 1996). Por tanto, esta pregunta cobra relevancia a la luz de que la educación básica en México ha funcionado como una herramienta para homogeneizar la radical diversidad cultural e incorporarla al proyecto de nación, y de que el racismo en las instituciones educativas ha sido bien documentado (Baronnet et al., 2018; Velasco Cruz, 2016). Así, como medida dictada bajo

los valores *civilizados*, modernos occidentales, las infancias indígenas que aspiren a certificaciones ambientalmente sustentables y/o socialmente justas, deben aceptar incorporarse a un modelo de educación que rechaza la interculturalidad.

Otro ejemplo de los *fuegos* de la colonialidad, que atraviesa estos reglamentos de certificaciones, es la no discriminación a las afiliaciones religiosas: “el trabajo de igual valor es remunerado con igual pago, sin discriminación, p. ej. por género o tipo de trabajador, grupo étnico, edad, color, religión, opinión política, nacionalidad, origen social u otros” (Rainforest Alliance, 2020). Este tipo de medidas desconoce, y con ello fractura, los procesos sociales coyunturales y de alta envergadura como lo han sido los inspirados en la teología de la liberación en América Latina. La teología de la liberación es una corriente del catolicismo que arrancó en los 70s y apostaba por la movilización de los pueblos oprimidos⁴ para su propia liberación (Boff & Boff, 1986). En la Sierra Madre de Chiapas, por ejemplo, esta religiosidad sirvió para organizar desde la espiritualidad y la politización a las grandes cooperativas de café.⁵ Sin embargo, cuando las certificadoras comienzan a ser vigilantes de los discursos y banderas religiosas explícitas, consideran que las organizaciones campesinas están incurriendo en discriminación. Esto puede afectar en, por lo menos, dos sentidos. Primero, algunas organizaciones se han alejado de sus ideales originales entrelazados con el discurso católico de la teología de la liberación, vaciándose de la profundidad espiritual y rumbo político original. Segundo, al ingresar socios de otras adscripciones religiosas, aunque en su mayoría cristianas, el tejido social se fragmenta, en algunos casos implicando conflictos. En suma, las medidas verticalmente impuestas, generalmente desde instituciones del Norte global, no solamente son autoritarias por sí mismas, sino que se montan y reproducen dicotomías de la colonialidad del poder como: tradicional-moderno, primitivo-civilizado, mágico/mítico-científico, irracional-razional, o rompen con procesos comunitarios que siguen lógicas ajenas a las de las instituciones, como las religiosas.

Finalmente, el *fuego* manifestado en la colonialidad del saber, tercer aspecto, surgió con el cuestionamiento de la capacidad de racionalizar de los pueblos colonizados. Es decir, ahora la colonialidad es epistémica, y se enfoca en “las tareas generales de la producción del conocimiento en la reproducción de regímenes de pensamiento coloniales” (Maldonado Torres, 2007, p.130). En esta manifestación del colonialismo, el conocimiento y los métodos eurocéntricos para generarlo son los únicos válidos, rechazando abiertamente cualquier otra forma de producir conocimiento, y cayendo en una violencia epistémica (Pulido, 2009). Es decir, solamente se legitima el conocimiento generado bajo las epistemologías y métodos europeos, lo demás es calificado como “creencias” o “folklor”.

⁴ “El hecho mayor de dicha presencia (la significación teológica del proceso de liberación) en nuestro tiempo, sobre todo en los países subdesarrollados y oprimidos es la lucha por construir una sociedad justa y fraterna, donde los hombres puedan vivir con dignidad y ser agentes de su propio destino. Consideramos que el término «desarrollo» no expresa bien esas aspiraciones profundas; «liberación» parece, en cambio, significarlas mejor” (Gutiérrez, 1975, p.16).

⁵ Por ejemplo, ISMAM (Indígenas de la Sierra Madre de Motozintla “San Isidro Labrador”) fundada en 1985 bajo la coordinación de la diócesis de Tapachula, Chiapas (Mendoza et al., 2001).

Bacon (2010) hizo un análisis de la gobernanza en la cadena de café en el marco de Fair Trade International, una de las organizaciones mundiales con mayor reconocimiento en comercialización alternativa. En ese trabajo Bacon describe cómo los representantes de las redes de pequeños productores asistieron por años a las primeras reuniones de la junta directiva de FLO (por sus siglas en inglés: Fairtrade Labelling Organizations International) Organizaciones Internacionales de certificación de comercio justo) con “voz, pero sin voto”, hasta que comenzaron a luchar por su derecho a formar parte de la mesa directiva. Bacon describe que, según dos fuentes, hubo intensos intercambios en torno a esta decisión de incorporación. Los miembros de la junta del Norte global afirmaron: “¿Por qué necesitan un puesto en la directiva, si nosotros hemos hecho todo esto por ustedes y qué han hecho ustedes para construir comercio justo?” A lo que un líder del Sur global respondió describiendo cómo son ellas y ellos, los pequeños productores, quienes producen y comercializan el café. Como parte de la reforma organizativa, FLO añadió más tarde dos puestos de productores en la junta y finalmente incluyó a las redes de productores (como la CLAC), como propietarios legales parciales del sistema de comercio justo (Bacon, 2010). Este ejemplo permite apreciar el desprecio que las instituciones del Norte pueden tener de antemano a la visión campesina con respecto a la cadena global del café.

En suma, las organizaciones internacionales, en su mayoría del Norte global, tienen un profundo desconocimiento y/o subestimación de la cultura, estructuras sociales, historia y saberes de las comunidades campesinas productoras de café. Desde esta posición se reproduce, como desde hace siglos, la colonialidad del ser, poder y saber, aunque ahora se ejercen desde un contexto neoliberal mediante otras instituciones y estructuras. Del mismo modo, las comunidades campesinas también persisten en sus mecanismos de resistencias, algunos de ellos innovadores, otros tradicionales.

LAS ANDANZAS CAMPESINAS

Las andanzas campesinas son las formas en que las comunidades juegan con el *fuego* de la colonialidad, procurando calentarse, alumbrarse y alimentarse, pero sin quemarse. Estas andanzas, como estrategias de resistencia, varían en función de las innumerables particularidades de los territorios campesinos, pero, de manera general, a mayor dependencia al flujo de capital, las acciones de respuesta suelen polarizarse. Es decir, ante la carencia de alternativas, las respuestas de las comunidades campesinas pueden ser, por un lado, fuertes y planificadas, o, por otro, más sutiles, hasta prácticamente caer en la invisibilidad. Este es el caso del que quiero hablar: aquellos productores de café dependientes⁶ en la cadena de exportación del grano, en donde las andanzas que utilizan para reproducir sus territorios campesinos no tienden a la emancipación, pero siguen siendo formas de resistencia, aunque de manera sutil. En este sentido, se ajustan a las estrategias

⁶ La fuerza de trabajo campesino o de campesinos semi-proletarios, como dueños de las pequeñas parcelas de café, que trabajan su propia tierra o aquellos contratados como jornaleros en fincas.

que James Scott (1990) describe con respecto a la distinción de los discursos públicos vs. los discursos ocultos de las comunidades dominadas y la creación de una subcultura. Las andanzas campesinas son un tanto ambiguas, pues si tienen una agenda política o proyecto social/comunitario, no es explícita ni con orientación emancipatoria o transformadora. Estas andanzas no desafían, ni tienen pretensiones de acabar con las diferentes formas de colonialidad de las que son víctimas: más bien reconocen su dependencia al sistema capitalista con sus diferentes facetas verdes o supuestamente solidarias. Desde mi perspectiva, estos territorios y sus andanzas son excluidas de las cartografías de luchas emancipatorias. Es decir, cuando el conservadurismo de izquierdas (Santos, 2011) mapea las estrategias y banderas de lucha, algunas de las tácticas campesinas que dependen de la cadena global del café son invisibilizadas. Como Marisol de la Cadena (2015) describió para las izquierdas urbanas y académicas, durante el proceso de reforma agraria en Perú, que, aunque nombraban “compañeros” a las comunidades indígenas y campesinas, sus aportes, sus perspectivas y hasta ontologías fueron (y son) excluidas de lo digno de ser registrado.

Así, en un contexto en donde las estrategias campesinas confrontativas y emancipadoras dejan poco o nulo espacio a otro tipo de resistencias, he identificado tres tácticas de andanzas campesinas que siguen una conducta de insubordinación desde el discurso oculto y una subcultura en la práctica (Scott, 1990). La primera de las andanzas yace en los intersticios simbólicos y materiales de lo que escapa al *fuego* colonizador. Me refiero a espacios en la infrapolítica como formas de resistencia cotidiana no confrontativa, sino tendientes a pasar desapercibidas (Scott, 1990). Es aquí en donde una agroecología, aparentemente despolitizada, tiene lugar. La segunda y tercera tácticas se tratan de una resignificación y desobediencia estratégica a favor de las y los campesinos. A continuación describiré cada una de las tácticas, entendiendo que las posibilidades de estrategias son virtualmente infinitas y en constante evolución, a la par de las formas de colonialidad, en la cadena global del café.

En cuanto a la agroecología que ocupa los intersticios no ocupados por la colonialidad y que permanecen como resistencia, quisiera empezar describiendo un hecho paradójico que ocurre dentro del sistema colonial de la cadena de café. Dentro de la agroecología política un elemento muy arraigado es aquel que resalta su ejercicio como medio para la territorialización campesina (Rosset & Martínez-Torres, 2016; Giraldo & Rosset, 2018). Esto también se cumple en la cadena global de café, pero los procesos de territorialización campesina no solamente ocurren en donde se cultiva el café,⁷ sino en los centros de origen de las familias migrantes semiproletarizados⁸ que venden su mano de obra en estas fincas. Datos del 2017

⁷ Las familias cafecultoras minifundistas, cuya actividad principal es el café de exportación, han adoptado a ese cultivo como un elemento central de su identidad campesina, que les ayuda a sostener sus territorios (Guzmán Luna et al., 2019), pero, excluyendo estos casos en donde el café sí funciona para la territorialización, quiero resaltar otras geografías.

⁸ Unidades domésticas que no dependen completamente de un trabajo asalariado, sino que producen otro tipo de bienes para el consumo y/o venta en mercados locales. Esto les permite crear excedentes que disminuyen el umbral del salario mínimo aceptable (Wallerstein, 1988).

reportan que más de 5 mil migrantes provenientes de Guatemala y Belice emigraron al territorio mexicano a trabajar temporalmente en la producción del café (SEGOB, 2017). Algunos trabajos (Castillo & Casillas, 1988; Isakson, 2009; Jimenez-Soto, 2020) reportan que los ingresos económicos generados por este trabajo estacional hacen posible que las y los trabajadores temporales sostengan sus medios de vida campesinos, en donde la agricultura tradicional tiene un papel central. Es curioso pensar que, desde la visión mexicana, se dice que las grandes olas de migración de Centroamérica llegan para trabajar en la cosecha (noviembre-febrero) en el Soconusco chiapaneco, pero Castillo y Casillas Ramírez (1988) registraron que la llegada de esos migrantes en esos meses se debe más a que el ciclo agrícola en Guatemala les permite ausentarse ese tiempo. Con base en lo anterior quiero lanzar dos hipótesis. La primera es que los ingresos económicos de las y los migrantes fortalecen la territorialización campesina en Centroamérica, como un proceso de extra-territorialización campesina. Y segunda, la dependencia no es tanto de las familias migrantes hacia la cafecultura en el Soconusco, sino al revés: la producción de café orgánico en esta región de México es altamente dependiente de los ciclos agrícolas de temporal de Centroamérica, vulnerando la producción de café que depende de su mano de obra.

Dentro de las andanzas que ocupan los intersticios se encuentran múltiples expresiones agroecológicas a nivel de prácticas. En ese sentido, los sistemas de café se han vuelto en la literatura una de las mejores expresiones de un sistema agroforestal (Perfecto & Vandermeer, 2015), resaltando más sus atributos ecológicos que sociales o políticos. Poco se ha analizado cómo, en territorios con alta dependencia a la comercialización del café, la priorización de sus parcelas para su producción desplaza a la milpa (Santiago Vera et al., 2021). De tal suerte que el cafetal se convierte en la principal parcela proveedora de alimentos (Guzmán Luna et al., 2022), por tanto, ahí subyace el potencial sobre el cual se puede alcanzar una soberanía alimentaria, uno de los principales objetivos de la agroecología. Dicho en otras palabras, los territorios con alta dependencia a la comercialización del café tienen potencial de construir soberanía alimentaria desde una parcela que se rige por normativas extraterritoriales desde las organizaciones del Norte global, dependiente de mano de obra centroamericana (al menos en Chiapas), y que además desplaza a la milpa, eje histórico de la soberanía alimentaria de los pueblos mesoamericanos. Parece contraintuitivo el peso que la parcela de café tiene a la luz de lo que Toledo y Barrera-Bassols (2020) afirmaron refiriéndose a la milpa: “una civilización entera descansa sobre la historia, vigencia y destino de una planta y sus compañeras vegetales”. El cafetal no sólo desplaza a la milpa en términos productivos, sino también simbólicos. En mis estancias en comunidades cafecultoras es muy común escuchar a las familias decir sobre el café que: “es su vida”, “es lo que más cuidan”, “le tienen cariño desde la semilla hasta que lo toman en una taza”. Así, en el café y los cafetales se gestan los procesos identitarios y de territorialización campesina de estas comunidades (Guzmán Luna et al., 2019); en los territorios dominados por el café de exportación, encontramos una agroecología profundamente lateral que desplaza lo tradicional y milenario, para instalarse en una parcela y

para producir un grano *commodity*, no esencial para la alimentación, y que en su mayoría no se consume ni gestiona localmente. Las parcelas de café certificado son un espacio material aparentemente desterritorializado, pero en profunda disputa campesina. La apropiación campesina ocurre en los intersticios más mínimos del contenido material y simbólico de la parcela, en donde la producción campesina trasciende la “producción orgánica”, *bird-friendly* o cualquier certificación que pueda contener, para convertirse en la fuente de recursos alimentarios culturalmente endógenos, muchos de ellos silvestres (Guzmán Luna et al., 2022; Soto-Pinto et al., 2022; Jimenez-Soto et al., 2020; Anderzén et al., 2020). Estos recursos alimentarios, especies vegetales silvestres o cultivadas, hongos o animales silvestres, pueden significar la defensa de la cultura culinaria como forma de resistencia. La agrobiodiversidad como base de la soberanía alimentaria y preservación de la herencia gastronómica se encuentran en constante tensión ante una percepción de “comida de pobres” (Guzmán Luna et al., 2022; Soto Pinto et al., 2022; Anderzén et al., 2020) y “los alimentos de los abuelos”.

La segunda andanza campesina que quisiera resaltar consiste en tomar la gran mayoría de los proyectos productivos que vienen con financiamientos de la cooperación internacional, lo que suele estar asociado con las aspiraciones al mayor número de certificaciones y sellos posibles. Es la andanza que más se aproxima al *fuego*. Esta estrategia se ajusta a lo que Boaventura de Sousa Santos (2010) describió como transclasista “en la medida en que propone a las diferentes clases sociales un juego de suma positiva en el que todos ganan, permitiendo alguna reducción de la desigualdad en términos de ingresos sin alterar la matriz de producción de dominación clasista”. Y, considerando que dentro del clasismo hay un cruce con el racismo, me permito extrapolar el *transclasismo* al contexto de la cadena global del café, cuando las prácticas de recepción de proyectos y sellos hacen accesibles recursos en forma de mejores precios de café, proyectos productivos, capacitaciones, o materiales, entre otros beneficios, y suelen recibirse en un contexto de reproducción de procesos de racialización de las familias productoras. Es decir, las características fisonómicas de las familias campesinas, así como su asociación con los paisajes sublimes corresponden con el imaginario occidental de pobreza. Aunque definitivamente muchos de los hogares cumplen cabalmente las características de lo que formalmente se conoce como “pobreza” o “pobreza extrema”, hay varias familias que están altamente capitalizadas financieramente,⁹ o con capital natural.¹⁰ No obstante, la apariencia de las personas, tono de voz, vestimenta y lenguaje corporal, así como la fisonomía de las comunidades con techos de lámina y pisos de tierra o cemento, es difícil o prácticamente imposible de distinguir entre quiénes sí están capitalizados de quiénes no lo están. ¿Será que los individuos, las comunidades o las cooperativas, están conscientes de la imagen que tiene que ser proyectada al exterior, a los compradores o a quienes potencialmente pueden

⁹ Se refiere a ahorros, créditos o deudas pendientes por cobrar formal o informalmente, remesas pensiones, salarios (Serrat, 2017).

¹⁰ Tierra y productos, agua y recursos acuáticos, árboles y productos forestales, vida silvestre, alimentos y fibras silvestres, biodiversidad y servicios ambientales (Serrat, 2017).

“bajar un proyecto”? Yo afirmo que sí. Como Scott (1990) describe con respecto a las acciones con que las comunidades oprimidas cuestionan al poder: “La realidad es que las representaciones públicas de las exigencias de los grupos subordinados tienen casi siempre, *incluso en situaciones de conflicto*, una dimensión estratégica o dialógica”. Superando cualquier juicio de valor, desde mi perspectiva existe una imagen campesina internalizada que es proyectada e instrumentalizada para incrementar el acceso a proyectos, precios y otros recursos externos, principalmente del Norte global.

La tercera andanza, que deviene de la segunda, es la desobediencia de las normativas que formalmente deben seguirse de una forma no evidente (Scott, 1990). Estas faltas son bastante comunes en la mayoría de las cooperativas, al punto que existen mecanismos internos y externos para amortiguarlas o contenerlas antes de que incurran faltas significativas. Me refiero, por ejemplo, al uso de insumos prohibidos, falta en las medidas de manejo de las parcelas (cercas vivas o muertas, podas de la sombra, entre otras), incorporar café de parcelas no certificadas a través de productores inspeccionados bajo la certificación para obtener un mejor precio. En términos sociales y de gestión de la organización, están las faltas en cuanto a la distribución del poder, y de los ingresos. Por ejemplo, las organizaciones que obtienen ingresos económicos extras como reconocimiento al trabajo de las mujeres al frente de los cafetales, usualmente se trata de una coyuntura aprovechada por las acciones machistas de los hombres y el beneficio no llega a ser disfrutado por las mujeres. Las contradicciones o faltas pueden ser muy diversas, casi tanto como los aspectos que los reglamentos pretenden abarcar. Mi objetivo aquí no es nombrar las faltas en que incurren las comunidades históricamente colonizadas y violentadas como formas de exposición, sino nombrar que, aunque las comunidades parecen pasivas, no lo son; son rebeldes e insubordinadas, capaces de, ellas también, resignificar los acuerdos como ejercicios de poder en sus propios territorios.

RITMOS EN LAS ANDANZAS

Las expresiones del *fuego* de la colonialidad en las ONGs, certificadoras o empresas en la cadena de café, no debe tomarse como evidencia inequívoca de que todas las iniciativas provenientes del norte son colonizadoras. Algunas señales de que los procesos en los que las instituciones del Norte global participan en el Sur global no están reproduciendo relaciones “unilaterales paternalistas coloniales racistas de la izquierda occidentalizada” y que más bien están trabajando como aliados políticos *vis-a-vis* con el Sur global (Grosfoguel, 2011; Santos, 2010) o, en este caso, en las comunidades campesinas productoras de café, son:

1. Pérdida de privilegio económico blanco en aras de construir relaciones igualitarias. ¿Qué tan equitativamente están distribuidas las plusvalías generadas entre la base y el final de la cadena del café global? Es decir, hay un esfuerzo real por disminuir las inequidades entre las comunidades campesinas productoras y los compradores finales.

2. La distribución del poder entre aquellos que tienen el capital financiero y las comunidades u organizaciones campesinas de base que ponen sus territorios materiales al servicio de la producción del café de exportación. ¿Qué tanta representatividad y poder político tienen las comunidades campesinas en las juntas o consejos administrativos de las ONGs u otras empresas vinculadas a la cadena de café?
3. Tomar en serio el conocimiento crítico producido por y desde el Sur global. No seguir una postura anti-esencialista, muy común en las izquierdas occidentales contra los saberes no científicos. Por ejemplo, es frecuente despreciar de antemano un elemento místico o espiritual vinculado a las prácticas-conocimientos de los pueblos. Al trasladarlo al contexto campesino de la cadena global de café, podemos identificar si hay una apertura a la escucha y a la comprensión de las formas locales, antes de tomar determinaciones, particularmente punitivas. Por ejemplo, ¿por qué las familias no incorporadas a determinada certificación continúan llevando a sus hijos menores al cafetal? ¿Es la explotación infantil la única interpretación posible?, ¿las ONGs o empresas están abiertas a indagar y entender, antes de juzgar? De ser así, entonces hay una posibilidad descolonial.
4. Traducción intercultural. Como Blaser & de la Cadena¹¹ (2017) describieron, es necesario procurar la “traducción” para procurar el entendimiento más horizontal, reconociendo que la equivalencia o completa igualdad no es posible. Los conocimientos de ambas ontologías/epistemologías se exponen para que pueda haber, en la medida de lo posible, una mutua comprensión entre los del Norte y las del Sur. En este contexto, la venta de café orgánico y las reglamentaciones vinculadas a su certificación para las familias productoras de café orgánico no tienen el mismo significado ni peso que lo tienen para las certificadoras u ONGs. Por tanto, considerando a las familias productoras de café y las certificadoras/ONGs es importante reconocer que “lo que los trae cerca es un interés en común que puede no ser el mismo interés” (Blaser & de la Cadena, 2017). Esta sensibilidad intercultural puede representarse, por ejemplo, en una ONG que ofrezca un proyecto de equidad de género, ¿trata de construir conceptos comunes en su concepción o compromiso político?, ¿o trata de importar (e imponer) perspectivas de los feminismos blancos y urbanos?
5. Trans-escala. Valorar los procesos locales y sus particularidades, al tiempo que se abre “la posibilidad de articular en nuevos proyectos las escalas lo-

¹¹ Al describir los no-comunes que están albergados en un dominio “común”, Blaser & de la Cadena (2017) reconocen la heterogeneidad contenida en términos de: 1) escalas, por ejemplo, cuando un estado-nación (o una certificadora) determina que la naturaleza es un bien común y que debe generar un beneficio a otras escalas, subordinando las perspectivas de “la naturaleza” de las poblaciones locales; 2) ámbitos/alcances (*scopes*) cuando “los comunes” son parte de ontologías y epistemologías diversas: una montaña puede ser al mismo tiempo una estructura geológica o un ser no-humano, ininteligibles entre sí; y 3) relaciones, usualmente asimétricas de poder en donde una ontología/epistemología se impone sobre la otra.

cales, nacionales y globales". Es muy común que las ONGs y empresas extranjeras estén colaborando en múltiples regiones campesinas productoras de café, incluso en varios países. En este sentido, ¿cómo consideran las particularidades locales (culturales, ambientales, históricas y políticas) al tiempo que vinculan con otros procesos afines?

Aunque las formas de las ONGs, certificadoras o empresas vinculadas a la cadena global del café con incidencia en los territorios campesinos, son, sin lugar a dudas relevantes, el potencial de descolonialidad está en los pueblos, y no en las instituciones externas. Desde mi perspectiva, cualquier iniciativa que venga del Norte global a instalarse en el Sur global siempre representa un *fuego* colonizador, que bien puede controlarse para cumplir su función de calentar, alumbrar y cocinar, para regresar a la primera metáfora. Por tanto, apostar a las acciones de las organizaciones externas a los territorios para incrementar las posibilidades emancipatorias de las comunidades cafeticultoras, sería reproducir relaciones de dependencia y sometimiento. Así, en un proceso descolonial, el control de los territorios permanece en las organizaciones locales, y su adhesión a redes de solidaridad y colaboración entre ellas (Maldonado Torres, 2007). En sus andanzas locales y en su capacidad para ajustarse a los ritmos de otras andanzas campesinas y aliadas no es casual que las organizaciones campesinas más exitosas en jugar con el *fuego* colonizador del comercio global del café sean aquellas con fuertes bases identitarias y espirituales, y vinculadas a otras organizaciones de base. Algunos ejemplos de estas cooperativas son: Indígenas de la Sierra Madre de Motozintla (ISMAM) y la cooperativa Alianza Majomut de Chiapas; la Unión de Cooperativas Tosepan Titataniske en Puebla; Vinculación y Desarrollo Agroecológico en Café (VIDA A. C.) en Veracruz, entre muchas otras con y sin adscripción indígena.

Excluyendo a estas y muchas otras organizaciones campesinas que admirablemente incorporan al café dentro de una apuesta sociopolítica colectiva, en este trabajo me he centrado más en aquellas organizaciones que tienen una alta dependencia al café de exportación y sin otra apuesta sociopolítica definida. En estas organizaciones, las andanzas campesinas para sobrevivir y resistir a los *fuegos* de la cadena global del café no caben fácilmente en la teoría de las izquierdas, ya que no se adscriben a ella, y de hecho a ninguna (ver de la Cadena, 2015). En este contexto, y con respecto a sus prácticas agroecológicas, pongo en la mesa que, para estas comunidades aparentemente despolitizadas, sus estrategias son doblemente invisibilizadas: primero, por los propios procesos de colonización, y segundo, por aquellas teorías de agroecologías emancipadoras/transformadoras. Con este texto afirmo que no por ser laterales merecen estar fuera del reconocimiento de las estrategias de resistencia. Extrapolando el concepto de *sociología de las ausencias* de Santos (2009) en donde, en un contexto de colonialidad se niega la existencia de la alteridad de lo hegemónico, afirmo que la teorización de intelectuales académicos de izquierda sobre cómo las luchas de los pueblos se hacen (o deberían hacerse), niega su existencia por retrasadas con respecto a las luchas más icónicas, al considerar estas andanzas como inferiores, improductivas o estériles. Las prácticas y estrategias laterales que hay en un territorio colonizado y violentado por

tantos *fuegos* colonizadores se ajustan a lo que Santos (2011) escribió con respecto a la falta de correspondencia entre teoría y práctica: “la práctica se justifica a sí misma recurriendo a un bricolaje teórico centrado en las necesidades del momento, formado por conceptos y lenguajes heterogéneos que desde el punto de vista de la teoría, no son más que racionalizaciones oportunistas o ejercicios retóricos. Desde el punto de vista de la teoría, el bricolaje teórico nunca se califica como teoría”. Sin embargo, las lateralidades descritas en este texto, y la infinidad de otras formas no incluidas, merecen un lugar en la zona cuya estrategia de resistencia es precisamente la indefinición y la no alineación.

CONCLUSIONES

La colonialidad en un contexto capitalista se expresa como un *fuego*, como un “pájaro sin alas, cosa sin cuerpo” que, a pesar de los peligros que representa, las comunidades dependientes de la exportación y certificaciones del café, se ven en la necesidad de exponerse a él. En la primera parte de este texto describí las diversas formas en las que las organizaciones del Norte global –vinculadas a la cadena de café– reproducen violencias coloniales del ser, poder y saber, aunque ahora lo hacen dentro de los discursos de desarrollo sustentable (ecológicamente sostenible y socialmente justo), que parecen disimularlo de mejor manera. Así, las comunidades campesinas que dependen del café para la reproducción de sus territorios en México, y los migrantes estacionales centroamericanos, juegan con el *fuego* de la colonialidad, se aproximan a él y de hecho lo buscan, como el poema con que abre este texto: “Escucha mi voz: un hombre te invoca sin miedo”.

En la segunda parte de este texto describí algunas de las andanzas campesinas que se llevan a cabo para sortear el peligro. Se trata de andanzas que resisten en los intersticios a los que no llega el *fuego*, la resignificación y la desobediencia estratégica. En estas andanzas se ejerce una agroecología aparentemente despolitizada y contraintuitiva a lo que los teóricos de izquierda han dictado de la emancipación/transformación. Desde una parcela subordinada a reglamentos dictados por instituciones del Norte global para la producción de un grano no-nativo que tampoco es un alimento básico, que se consume en su mayoría en otros territorios, y dependiente de la mano de obra de poblaciones campesinas centroamericanas sobreexplotadas, las comunidades cafecultoras campesinas construyen soberanía alimentaria. Las comunidades cafecultoras, bajo sus propias epistemologías, reconocen estos patrones de colonización y los manipulan a su favor mediante acciones poco frontales, interpretativas de su “deber ser”, aparentando estar de acuerdo, pero desobedeciendo estratégicamente.

Si bien cualquier iniciativa que venga del Norte global a ejecutarse en el Sur global representa un potencial *fuego*, existen algunas acciones que pueden ser llevadas a cabo a fin de detener la reproducción de acciones coloniales. Se trata de tomar conciencia de la concentración del poder, de la representatividad de las voces y epistemologías, de la apertura al diálogo y a la traducción intercultural, así como del respeto y reconocimiento de las particularidades de cada territorio.

Con todo, la labor de liberación corresponde a las comunidades dependientes de la producción de café certificado, las cuales no son víctimas pasivas y carentes de poder en su contacto con los *fuegos* de la colonialidad: por el contrario, sus andanzas campesinas resisten, disputan sus territorios y ejercen poder frente a las grandes instituciones del Norte global.

AGRADECIMIENTOS: A las comunidades productoras (y dependientes) de café, por enseñar, para quien lo quiera ver, sus muy otras andanzas campesinas. Ellas también abren grietas en el sistema.

A Rubén Madrigal, por su dedicada y crítica revisión a un primer borrador de este escrito. A la/el revisor anónimo de una versión más avanzada de este texto.

REFERENCIAS

- Anderzén, J., Guzmán Luna, A., Luna-González, D., Merrill, Scott C., Caswell, M., Méndez, V. E., Hernández Jonapá, R., Mier y Terán Giménez Cacho, M. (2020). Effects of on-farm diversification strategies on smallholder coffee farmer food security and income sufficiency in Chiapas, Mexico. *Journal of Rural Studies*, 77, 33–46. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2020.04.001>
- Bacon, C., Méndez, V. E., Flores, M. E. & Brown, M. (2008). Will “We” Achieve the Millennium Development Goals with Small-Scale Coffee Growers and Their Cooperatives? A Case Study Evaluating Fair Trade and Organic Coffee Networks in Northern Nicaragua. *The Center of Agroecology & Sustainable Food Systems*. Research Brief # 12, primavera.
- Bacon, C. (2010). Who decides what is fair in Fair Trade? The agri-environmental governance of standards, access and price. *Journal of Peasant Studies*, 37(1), 111–147.
- Baronnet, B., Carlos Fregoso, G. & Domínguez Rueda, F. (coords.) (2018). *Racismo, interculturalidad y educación en México*. Universidad Veracruzana, Biblioteca Digital de Investigación Educativa.
- Blaser, M. & de la Cadena, M. (2017). The Uncommons: An Introduction. *Anthropologica*, 59(2), 185–193. <https://doi.org/10.3138/anth.59.2.t01>
- Boff, L. & Boff, C. (1986). *¿Cómo hacer teología de la liberación?* Madrid: Ediciones Paulinas.
- Brown, N. (2019). Coffee producers Demand Immediate Action Amidst Price Crisis. *Daily Coffee News, Roast Magazine*. [online] Disponible en: <https://dailycoffeenews.com/2019/03/27/coffee-producers-demand-immediate-action-amidst-price-crisis/> [consultado el 20 de octubre de 2022].
- Castillo, M.Á. y Casillas Ramírez, R. (1988). Características básicas de la migración guatemalteca al Soconusco chiapaneco. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 3(3), 537–562.
- de la Cadena, M. (2015). *Earth Beings: Ecologies of Practice across Andean Worlds*. Durham, NC: Duke University Press. <http://dx.doi.org/10.1215/9780822375265>
- Durand, L. (2014). ¿Todos ganan? Neoliberalismo, naturaleza y conservación en México. *Sociológica*, 29(82), 183–223.
- Fair Trade International (2015). *Child Labour and Forced Labour*. https://files.fairtrade.net/2015_FairtradeChildForcedLabourGuidelines.pdf
- Fanon, F. (2010). *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.

- Fridell, G. (2005). Comercio justo, neoliberalismo y desarrollo rural: una evaluación histórica. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 24, 43–57.
- Giraldo, O. F. & Rosset, P. (2018). Agroecology as a territory in dispute: between institutionality and social movements. *Journal of Peasant Studies*, 45(3), 545–564.
- Gómez-Baggethun, E., Groot, R., Lomas, P., Montes, C. (2010). The history of ecosystem services in economic theory and practice: From early notions to markets and payment schemes. *Ecological Economics*, 69(6), 1209–1218.
- Grosfoguel, R. (2011). *La descolonización del conocimiento: Diálogo crítico entre la visión decolonial de Frantz Fanon y la sociología decolonial de Boaventura de Souza Santos*. Actas del IV Training Seminar del Foro de Jóvenes Investigadores en Dinámicas Interculturales (FIJDI) del Centro de Estudios y Documentación Internacionales de Barcelona (CIDOB). Barcelona, España, 26–28 de enero de 2011.
- Group of the World Coffee Producers Forum (2019). *Declaration of the Coordination Group of the World Coffee Producers Forum*. Nairobi, Kenya, 26 de marzo, 2019.
- Gutiérrez, G. (1975). *Teología de la liberación: perspectivas*. 7ma edición. Salamanca.
- Guzmán Luna, A., Ferguson, B. F., Schmook, B., Giraldo, O. F. & Aldasoro Maya, E. M. (2019). Territorial resilience the third dimension of agroecological scaling: Approximations from three peasant experiences in the South of Mexico. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 43(7–8), 764–784. <https://doi.org/10.1080/21683565.2019.1622619>
- Guzmán Luna, A., Bacon, C. M., Méndez, V. E., Flores G., M. E., Anderzén, J., Mier y Terán, M., Hernández J., R., Rivas, M., Duarte C., H. A. & Benavides G., Á. N. (2022). Toward Food Sovereignty: Transformative Agroecology and Participatory Action Research With Coffee Smallholder Cooperatives in Mexico and Nicaragua. *Frontiers in Sustainable Food Systems* 6, 810840. <https://doi.org/10.3389/fsufs.2022.810840>
- Isakson, S. R. (2009). No hay ganancia en la milpa: the agrarian question, food sovereignty, and the on-farm conservation of agrobiodiversity in the Guatemalan highlands. *The Journal of Peasant Studies*, 36(4), 725–759.
- Jaffee, D. (2014). *Brewing justice: fair trade coffee, sustainability, and survival*. Oakland: University of California Press.
- Jimenez-Soto, E. (2020). The political ecology of shaded coffee plantations: conservation narratives and the everyday-lived-experience of farmworkers. *The Journal of Peasant Studies*, 48(6), 1284–1303. <https://doi.org/10.1080/03066150.2020.1713109>
- Leff, E. (2000). Espacio, lugar y tiempo: la reapropiación social de la naturaleza y la construcción local de la racionalidad ambiental. *Desarrollo e Meio Ambiente*, 1, 57–69.
- Leff, E. (2013). La geopolítica de la biodiversidad y el desarrollo sustentable. Economía del mundo, racionalidad ambiental y reapropiación social de la naturaleza. *Cuaderno Interdisciplinar de Desarrollo Sostenible*, 10, 185–209.
- Liverman D. & Vilas S. (2006). Neoliberalism and the Environment in Latin America. *Annual Review of Environment and Resources*, 31(1), 327–363.
- Maldonado Torres, N. (2007). Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto. En: S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 127–167). Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos; Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- McCook, S. (2017). *Environmental History of Coffee in Latin America*. Oxford Research Encyclopedia of Latin American History. 1-26 pp.

- Mendoza, J. A., Pinto, J., Aguilar, J. y Mota Martínez, E. (2001). Exportación de café orgánico por los indígenas de la Sierra Madre de Motozintla, Chiapas, México. En: *Acceso a campesinos pobres a mercados dinámicos. Conferencia electrónica* (pp.9–15). Santiago de Chile: PROMER.
- Moguel, P. y Toledo, V. M. (1996). El café en México: ecología, cultura indígena y sustentabilidad. *Ciencias*, 43, 40–51.
- ONU (Organización de las Naciones Unidas) (1992). *Agenda 21: Programa de Acción para el Desarrollo Sustentable*. Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y Desarrollo, Río de Janeiro, 3-14 Junio.
- Perfecto, I. & Vandermeer, J. (2015). *Coffee agroecology. A new approach to understanding agricultural biodiversity, ecosystem services and sustainable development*. NY: Routledge.
- Pulido Tirado, G. (2009). Violencia epistémica y descolonización del conocimiento. *Sociocriticism*, 24(1 y 2), 173–201.
- Quijano, A. (1992). 'Raza', 'etnia', y 'nación' en Mariátegui: cuestiones abiertas. En: R. Forgues (ed.), *José Carlos Mariátegui y Europa: el otro aspecto del descubrimiento* (pp.167–187). Lima: Amauta.
- Quijano, A. (2000). Coloniality of Power, Eurocentrism, and Latin America. *Nepantla: Views from South*, 1(3), 533–80.
- Ramírez-Valverde, B. & González-Romo, A. (2006). La migración como respuesta de los campesinos ante la crisis del café: estudio en tres municipios del estado de Puebla. *Ra Ximhai. Revista de Sociedad, Cultura y Desarrollo Sustentable*, 2(2), 319–341.
- Rainforest Alliance (2020). *Estándar para la agricultura sostenible de Rainforest Alliance. Requisitos para las fincas*. Versión 1.2. Disponible en: <https://www.rainforest-alliance.org/wp-content/uploads/2020/06/SA-S-SD-1-V1.2ES-2020-Sustainable-Agriculture-Standard-Farm-Requirements.pdf>
- Rosset, P. & Martínez-Torres, M. A. (2016). Agroecología, territorio, recampesinización y movimientos sociales. *Estudios Sociales. Revista de Alimentación Contemporánea y Desarrollo Regional*, 47(25), 275–299.
- Santiago Vera, T., Rosset, P. M., Saldívar Moreno, A., Méndez, V. E. y Ferguson, B.G. (2021). La milpa: sistema de resiliencia campesina. Estudio de dos organizaciones campesinas. *Chiapas, región y sociedad*, 33, e1432. <https://doi.org/10.22198/rys2021/33/1432>
- Santos, Boaventura de Sousa (2009). *Una epistemología del Sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Siglo XXI-CLACSO.
- Santos, Boaventura de Sousa (2010). *Refundación del Estado en América Latina: Perspectivas desde una epistemología del Sur*. La Paz, Bolivia: Centro de Estudios Superiores Universitarios. Universidad Mayor de San Simón; Plural Editores.
- Santos, Boaventura de Sousa (2011). Epistemologías del Sur. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 16 (54), 17–39.
- Scott, J. C. (1990). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Ediciones Era.
- Segato, R. (2014). Colonialidad y patriarcado moderno: expansión del frente estatal, modernización y la vida de las mujeres. En: Y. Espinosa Miñoso, D. Gómez Correal y K. Ochoa Muñoz (eds.), *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala* (pp.75–90). Popayán, Colombia: Editorial Universidad del Cauca.
- SEGOB (Secretaría de Gobernación) (2017). *Guatemaltecos y Beliceños documentados en la frontera sur. Base de datos de trabajadores fronterizos*. [online] Disponible en: <http://porta>

les.segob.gob.mx/es/PoliticaMigratoria/TFyVR_FronteraSur [archivos TVTF_2017]

- Serrat, O. (2017). The Sustainable Livelihoods Approach. In: *Knowledge Solutions. Tools, Methods, and Approaches to Drive Organizational Performance* (pp. 21–26). Singapore: Springer. https://doi.org/10.1007/978-981-10-0983-9_5
- Soto-Pinto, L., Escobar C., S., Benítez K., M., López C., A., Estrada L., E., Herrera H., B. & Jiménez-Soto, E. (2022). Contributions of Agroforestry Systems to Food Provisioning of Peasant Households: Conflicts and Synergies in Chiapas, Mexico. *Frontiers in Sustainable Food Systems*, 5, 756611. <https://doi.org/10.3389/fsufs.2021.756611>
- Tellman, B., Gray, L. C. & Bacon, C. (2011). Not Fair Enough: Historic and Institutional Barriers to Fair Trade Coffee in El Salvador. *Journal of Latin American Geography*, 10(2), 107–127.
- Toledo V. & Barrera-Bassols, N. (2020). La milpa y la memoria biocultural de Mesoamérica. En: Ma. V. Camejo Pereira & F. Kessler Dal Soglio (coords.), *A conservação das sementes crioulas: uma visão interdisciplinar da agrobiodiversidade* (pp. 105–132). Rio Grande do Sul, Brazil: Universidade Federal do Río Grande do Sul (UFRGS), Série Ensino, Aprendizagens e Tecnologias.
- Velasco Cruz, S. (2016). Racismo y educación en México. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 61, 226, 379–408.
- Wallerstein, I. (1988). *El capitalismo histórico*. Madrid: Siglo XXI Editores.

⊙ *Esta es una página en blanco.* ⊙

EL ENFOQUE AGROECOLÓGICO EN EL GOBIERNO DE LA 4T: LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA ANTE LA HETEROGENEIDAD CAMPESINA

Wendy Bazán Landeros

Estudiante de Doctorado en el programa “Temporalities of Future”,
Freie Universität Berlin. / wendy.bazan.landeros@fu-berlin.de

RESUMEN: Este capítulo plantea un análisis del enfoque agroecológico promovido en el contexto del actual gobierno autonómico de la “4T”, a partir de dos esferas de análisis; el ámbito institucional (políticas públicas y cambios legislativos) que se expresa en la esfera pública, y el contexto local de Hopelchén, en el sureste mexicano, municipio en el que se desarrollan diferentes sistemas productivos entre la población maya y menonita que lo habitan. El análisis, con un enfoque desde la ecología política y el análisis del discurso, destaca cómo desde actores del gobierno de la 4T se ha generado un *collective action frame* que ha consolidado un enfoque agroecológico en la política rural del país, a partir de la construcción discursiva de sujetos y realidades idealizadas que hacen posible la concreción de un proyecto político “agroecológico”. Aunque operativamente se basa en la promoción de prácticas “agroecológicas” dirigidas a los pequeños productores que, fundamentalmente, los responsabiliza del cuidado del ambiente. A través de las percepciones locales de funcionarios locales y productores mayas y menonitas de Hopelchén, expongo cómo la propuesta agroecológica de la 4T, lejos de generar una estrategia de transición viable, discursiva y operativamente, resulta parcial a la heterogeneidad y diversidad campesina del país e ignora tanto la complementariedad de los sistemas productivos dirigidos al autoabasto y al mercado, como las expectativas de vida y aspiraciones económicas que los sujetos rurales tienen para ellos y sus familias. Lo cual pone en duda la posibilidad de consolidar una transición hacia un sistema agroalimentario mexicano más justo y sustentable.

INTRODUCCIÓN

La entrada del primer gobierno autonómico de la cuarta transformación (4T), en 2019, generó una serie de cambios al enfocar su política en los grupos desfavorecidos históricamente, bajo el lema de: “por el bien de todos primero los pobres”. Esta

consigna cobró relevancia particularmente en la política dirigida al campo, la cual se enfocó, a diferencia de las administraciones anteriores, en favorecer a pequeños productores indígenas y campesinos del país, especialmente del sur-sureste. Este cambio a su vez facilitó la introducción de un enfoque agroecológico en programas públicos de amplio alcance como propuesta de transformación para el campo mexicano.

A casi cinco años de la entrada del nuevo gobierno y la puesta en marcha de un conjunto de estrategias institucionales para impulsar “una transición agroecológica”, este capítulo busca conocer: ¿cómo se construye discursivamente y se circunscribe institucionalmente, es decir, en programas públicos y marcos normativos e institucionales el enfoque agroecológico que se promueve en el gobierno de la 4T?, ¿quiénes son los principales actores que promueven un enfoque agroecológico desde dicho gobierno? Y, ¿cómo este enfoque se operativiza y transforma desde las diversas realidades campesinas del país, particularmente en el municipio de Hopelchén?

Trato estas cuestiones a partir de un análisis antropológico comparado que toma como “esferas de análisis” el ámbito institucional, es decir, los discursos que se expresan en planes, programas y discursos públicos, y la esfera local del municipio de Hopelchén en el estado de Campeche, un municipio rural del sureste mexicano, considerado indígena, en el que campesinos mayas y menonitas desarrollan una diversidad de esquemas productivos, entre ellos el cultivo comercial de maíz, soya transgénica, la milpa, la apicultura, el trabajo asalariado, entre otros.

A partir de este análisis comparativo, con una mirada desde la ecología política, demuestro cómo el enfoque agroecológico que se promueve desde el gobierno de la 4T discursivamente construye sujetos y realidades que permiten la concreción de un proyecto político “agroecológico”. Aunque operativamente se basa en la promoción de prácticas “agroecológicas” dirigidas a los pequeños productores que, fundamentalmente, los responsabiliza del cuidado del ambiente.

A través de las percepciones de los ejidatarios mayas y menonitas de Hopelchén, expongo cómo la propuesta agroecológica que se promueve desde la 4T, más allá de proponer una estrategia de transición viable, oculta la heterogeneidad y diversidad campesina e ignora la complementariedad de sistemas productivos dirigidos al autoabasto y al mercado; así como las expectativas de vida y aspiraciones económicas que los campesinos tienen para ellos y sus familias.

1. COMPOSICIÓN DEL CAPÍTULO

El capítulo está dividido en 4 apartados. En el primero doy cuenta del enfoque teórico-metodológico que guía esta investigación, que se configura como una propuesta de análisis comparativo desde la ecología política, que busca resaltar las implicaciones que las percepciones, criterios y aspiraciones que se expresan en los discursos tienen en la definición de políticas públicas y percepciones ambientales.

En el segundo apartado describo cómo se circunscribe institucionalmente el enfoque agroecológico, a partir de los principales programas que incorporan en

su retórica el concepto de “agroecología”, como el Sembrando Vida y Producción para el Bienestar. Así como a partir de cambios legislativos e institucionales que se desarrollan desde algunas instancias federales y alianzas interinstitucionales.

Consecutivamente doy cuenta de cómo se construye *collective action frames* por la agroecología desde las voces de sus principales promotores, a quienes sitúo como una coalición discursiva en tanto que comparten un *framing*, es decir, un conjunto de significados, percepciones y criterios enfocados a la acción política.

Y finalmente, con el objetivo de ofrecer una perspectiva antropológica comparada, doy cuenta cómo se operativizan de manera general algunos programas que promueven la agroecología, concretamente en el municipio rural de Hopelchén en el sureste mexicano, y desarrollo cómo algunas de las prácticas productivas que despliegan productores y productoras en el municipio escapan a las representaciones discursivas que pretenden construirlos, entañando así alteridades agroecológicas o no tan ecológicas que responden a sus marcos temporales-materiales, culturales, así como a sus propias aspiraciones, posibilidades territoriales y necesidades.

2. ENFOQUE TEÓRICO METODOLÓGICO

Este análisis tiene como sustento empírico un *corpus* documental conformado por: 1) Programas, planes y reglas de operación del gobierno de la 4T, y 2) notas de prensa, webinarios y foros en los que participaron actores de gobierno y de la sociedad civil que promueven una política agroecológica.

Así también recupero mi experiencia investigativa en Hopelchén por más de cinco años, y 14 entrevistas que realicé, entre octubre y diciembre de 2020, a: *i*) productores mayas y menonitas con diversos perfiles productivos, particularmente en los ejidos de Dzibalchén, Xmabén y Cancabchén y las comunidades menonitas Nuevo Durango y La Trinidad; *ii*) dos técnicos locales que operan programas federales que incorporan en su retórica un enfoque agroecológico; uno del programa Sembrado Vida, que trabaja en 8 de los ejidos del municipio,¹ y otro del componente “asistencia técnica” del programa Producción para el Bienestar, que opera en los poblados de Xmabén y Chunchintok; y *iii*) un funcionario local encargado del Centro de Apoyo al Desarrollo Rural (CADER) de Hopelchén, que opera localmente los programas de la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (SADER).²

La conformación del *corpus* documental me permitió construir un panorama de las modificaciones en la política pública rural introducidas por el nuevo gobierno. A partir del análisis de sus discursos y sus posiciones respecto a diversos temas relacionados con la política rural, pude conocer el enfoque agroecológico que se promueve en su interior, los perfiles de los diferentes actores que participan en su construcción, y las disputas que se gestan al interior del gobierno para de esta manera ubicar a los diferentes actores en coaliciones discursivas.

¹ Dzibalchén, Iturbide, Cancabchén, Ramón Corona, Santa Rita, Xcupil, Chunchintok y Xmabén.

² Por razones de confidencialidad y en respeto a la confianza que los entrevistados me otorgaron, a lo largo del escrito omitiré sus nombres.

Para analizar cómo se conforma el enfoque agroecológico en el gobierno de la 4T (desde sus principales enunciantes), retomo la noción de *collective action frames*, propuesto por la antropóloga Abby Kinchy (2007, p.20) como una manera de entender los procesos de interpretación y construcción de conocimientos y discursos, a partir de los cuales los actores participantes de movimientos sociales diagnostican un problema, proponen una solución y motivan a otros a actuar.

Desde la perspectiva de Kinchy, los *collective action frames* son construidos de forma activa (e interactiva) por los participantes de los movimientos sociales, partiendo de “un conjunto de creencias y significados orientados a la acción que inspiran y legitiman las actividades, organización y campañas de movimientos sociales”, a partir de la concreción de nuevas formas de conceptualizar o categorizar experiencias con fines de cambio político (Kinchy, 2007, p.21, traducción propia).

Para diferenciar las percepciones al interior del gobierno retomo también el concepto de coaliciones discursivas, propuesto por Maarten A. Hajer (1993), quien a partir del análisis de la construcción de la política ambiental en relación a la lluvia ácida en Gran Bretaña y Países Bajos, propone esta noción para dar cuenta de los mecanismos que se usan en el ámbito público para construir discursos que definen los problemas públicos y legitiman decisiones políticas (Cejudo, 2008).

Desde este enfoque, los discursos y conceptos generan realidades donde los elementos y prioridades se ordenan con base al contexto sociopolítico de creación del mismo discurso. Actores inmersos en contextos diferentes generan discursos disímiles y, por lo tanto, como analizó Durand (2017), considerando los discursos en torno a la conservación en México, producen naturalezas distintas o desiguales según sus realidades e intereses específicos (Durand, 2017, p.16). En tal sentido, siguiendo a Norman Long (2007), en este trabajo entiendo que los discursos constituyen “versiones particulares de la verdad” con respecto a objetos, personas o eventos específicos, a través de los cuales los actores sociales van dando sentido y construyendo “la realidad”, de acuerdo a sus intereses, realidades y aspiraciones.

El enfoque constructivista insiste en que no podemos interpretar ni comunicar nada sobre la realidad sin ingresar al mundo de las palabras y conceptos, es decir, a la asignación de significados. Es por esto que, aunque la realidad existe físicamente, no hay una forma inocente u objetiva de describirla, pues está inmersa en una trama permanente de relaciones de poder y conocimiento (Escobar, 1995; Braun & Wainwright, 2001).

Así, otro objetivo del análisis del discurso es mostrar que las representaciones de la realidad son parciales y estructuradas de acuerdo a ciertos estereotipos, excluyendo aquellas partes que no encajan o no son útiles para alcanzar cierto fin (Hewitt, 2009).

Siguiendo este orden de ideas, las representaciones y cambios de significados que se aprecian en los discursos y conceptos, como menciona Durand (2017, p.117): “no son sólo opiniones o sentires vagos sobre una problemática particular, son además proyectos, aspiraciones, acciones y criterios que van cristalizando realidades particulares”.

En tal sentido, los discursos, como “un conjunto de ideas, conceptos y categorizaciones que se producen, reproducen y transforman en un conjunto particular de prácticas a través de las cuales se da significado a las realidades físicas y sociales” (Hajer, 1993, p.44), como demuestro en este capítulo, juegan un rol importante en la toma de decisiones y acciones políticas, así como en la legitimación de ciertas decisiones políticas.

3. LOS ACTORES Y PROGRAMAS QUE PROMUEVEN UN ENFOQUE AGROECOLÓGICO EN EL GOBIERNO DE LA 4T

Para entender el enfoque agroecológico que se expresa en el gobierno autonómico de la 4T, en un primer momento hay que recalcar, tal como han señalado algunos analistas, su carácter “híbrido”, es decir, la presencia de actores con diversos perfiles e intereses en diferentes instancias (Toledo, 2021b; Economist, 2022). Esto cobra relevancia particularmente en las instituciones relacionadas al medio rural donde participan funcionarios vinculados a sectores empresariales –particularmente de la agroindustria– así como actores con historiales en la academia, la sociedad civil y el activismo, relacionados a organizaciones defensoras del medio ambiente y de los derechos de los pueblos indígenas fundamentalmente.

El papel y perfil de los actores que participan en estas instancias resulta crucial para entender el enfoque agroecológico que se promueve en el nuevo gobierno, en tanto que éste se sostiene en los *framing* que cada uno de los actores que participa en la coalición discursiva agroecológica ha conformado como parte de su historia de vida y perfil profesional. Desde estos marcos, diversos actores están promoviendo una serie de propuestas como solución a problemas socioambientales que perciben como urgentes, no sólo a través de las instancias que dirigen, sino también mediante la conformación de alianzas intersecretariales, lo que ha resultado en modificaciones legislativas sumamente importantes y polémicas, como el decreto por el que se busca erradicar el uso del glifosato y el maíz transgénico en el país hacia 2024.³

Los principales promoventes de un enfoque agroecológico en la política rural del gobierno de la 4T son actores que se encuentran principalmente en las instancias de desarrollo rural, protección al ambiente y la ciencia y tecnología. Algunos de ellos, desde ámbitos de la sociedad civil y la academia, a partir de la década de 1990, han ido construyendo un *collective action frame*, en oposición a los cambios políticos promovidos por las reformas neoliberales, y particularmente ante la presencia de maíz transgénico en el campo mexicano (Fitting, 2020).

En el contexto de la 4T estos actores –ahora como funcionarios de gobierno–, en alianza con grupos de la sociedad civil y académicos y académicas, han lleva-

³ Este decreto establece las acciones que deberán realizar las dependencias y entidades que integran la Administración Pública Federal, en el ámbito de sus competencias, para sustituir gradualmente el uso, adquisición, distribución, promoción e importación de la sustancia química denominada glifosato y de los agroquímicos utilizados en nuestro país que lo contienen como ingrediente activo, por alternativas sostenibles y culturalmente adecuadas, que permitan mantener la producción y resulten seguras para la salud humana, la diversidad biocultural del país y el ambiente (DOF, 31/12/2020).

do esta construcción argumentativa al ámbito institucional, estableciendo así una coalición discursiva por una “política agroecológica” que se confronta con la visión predominante de desarrollo rural basado en la productividad para la exportación y el crecimiento económico.

Entre los actores que conforman la coalición discursiva agroecológica cobra relevancia el académico-activista Víctor Manuel Toledo quien, a pesar de su corto tiempo al frente de la SEMARNAT, abrió un fuerte debate político respecto al uso de plaguicidas en la producción agropecuaria, en particular sobre el herbicida glifosato y el uso de semillas transgénicas, así como sobre la pertinencia e importancia (en un contexto de gran biodiversidad como México) de impulsar la agroecología como modelo de desarrollo rural.

La presencia de Toledo en dicha secretaría fue un gran impulso al enfoque agroecológico de la 4T, ya que fue a partir de la articulación interinstitucional del Grupo Intersecretarial de Salud, Alimentación, Medio Ambiente y Competitividad (GISAMAC) en 2020, del que Toledo fue precursor, junto a López Gatell, que se suscitaron una serie de proyectos gubernamentales que se presumen como “promovientes de la agroecología”, tales como el etiquetado de los alimentos industrializados y el decreto presidencial que prohíbe la siembra del maíz transgénico y establece el retiro gradual del glifosato (Toledo, 2021a).

GISAMAC está integrado por instituciones y funcionarios del gobierno federal que recojen demandas de organizaciones de la sociedad civil y se ha propuesto como objetivo “trabajar en pro de un sistema agroalimentario y nutricional justo saludable, sustentable y competitivo” y “garantizar la seguridad alimentaria y nutricional del país” (SADER, 2019).⁴ En palabras del propio Toledo, este grupo “se orienta, justifica y soporta una ciencia: la agroecología” (Toledo, 2021a).

Otro actor que hace parte de GISAMAC y de esta coalición discursiva es Víctor Suárez, quien es el actual subdirector de la instancia recientemente creada para promover la soberanía alimentaria en México, Seguridad Alimentaria Mexicana (SEGALMEX).⁵ Antes de su presencia en el gobierno, Suárez fue director por más de 10 años de la Asociación Nacional de Empresas Comercializadoras de Productores del Campo, A. C. (ANEC), que ha sido una importante demandante de mejores condiciones comerciales para los campesinos mexicanos.⁶

A raíz de la entrada de semillas de maíz transgénico al país, en la década de 1990, Suárez se consolidó como uno de los principales promovientes del movimien-

⁴ GISAMAC está conformado por la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT, líder Grupo); Secretaría de Salud (SS); Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (SADER); Secretaría de Economía; Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS); Secretaría de Educación Pública (SEP); Secretaría de Bienestar (BIENESTAR); Instituto Nacional de la Economía Social (INAES); Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT); Comisión Intersecretarial de Bioseguridad de los Organismos Genéticamente Modificados (CIBIOGEM); Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (INPI); y la Procuraduría Agraria.

⁵ Órgano descentralizado de la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (SADER).

⁶ La Asociación Nacional de Empresas Comercializadoras de Productores del Campo, A.C. (ANEC) es una red de organizaciones campesinas de base, productoras y comercializadoras de granos básicos, con presencia en 16 entidades federativas. Víctor Suárez fue su director ejecutivo por más de 10 años, de 1995 hasta 2016.

to nacional contra los organismos genéticamente modificados (OGMs), al participar en la organización de las campañas “El campo no aguanta más” y “Sin maíz no hay país”, que demandaron el cese de la entrada de maíz transgénico, propiedad de Monsanto, al país (Massieu, 2009).

Desde la instancia que Suárez dirige se opera uno de los programas que se propone como un medio para la transición hacia la agroecología, llamado Producción para el Bienestar. Se enfoca en los pequeños y medianos productores (con superficies de hasta 20 hectáreas en tierras de temporal y de hasta 5 hectáreas en riego), que cultivan granos como maíz, frijol, trigo panificable, arroz, amaranto, chía y/o sistema milpa, café y caña de azúcar. El enfoque agroecológico de este programa se propone mediante el componente de “asistencia técnica”, que busca “brindar capacitación y/o acompañamiento técnico-organizativo a los productores, para facilitar la adopción de prácticas agroecológicas y sustentables e incrementar los rendimientos en predios y unidades de producción de productores” (DOF, 18/03/2022).

Como parte de esta coalición discursiva sitió también a María Luisa Albores, quien al principio del gobierno se desempeñó como directora de la Secretaría de Bienestar, instancia desde la que promovió el programa Sembrando Vida. Este programa plantea el establecimiento del sistema agroforestal conocido como Milpa Intercalada entre Árboles Frutales (MIAF), que implica la combinación de “cultivos tradicionales” (como la milpa) con árboles frutales y maderables, en parcelas de hasta 2.5 hectáreas, a partir de un subsidio monetario mensual de \$ 5000, apoyos en especie como herramientas y tecnologías (como bombas solares), así como acompañamiento técnico basado “en el diálogo de saberes” (DOF, 12/07/2019).

Este programa surge como propuesta tanto a partir de la trayectoria profesional de Albores como agroecóloga, como de su experiencia en el cooperativismo en regiones indígenas de México, particularmente con la Unión de Cooperativas Tosepan Titaniske en la Sierra Norte de Puebla, la cual se considera como un modelo cooperativo exitoso, y, por ello, digno de ser replicable en otras regiones indígenas del país (ADN Opinión, 2018).

Sembrando Vida se ha promovido como un programa “prioritario” y como uno de los emblemas de cambio del nuevo gobierno. Es particularmente significativo tanto por el amplio alcance que tiene a nivel nacional como porque abiertamente propone un “modelo agroecológico” como forma de atacar la pobreza rural y coadyuvar al freno de la degradación ambiental. En la actualidad Albores es directora de la SEMARNAT, como remplazo de Víctor Toledo, quien debido a presiones políticas ante sus perspectivas de cambio renunció a su cargo argumentando problemas de salud.⁷

⁷ Durante su periodo como titular de la SEMARNAT, Toledo abrió un fuerte debate mediático cuando se posicionó públicamente sobre el primer anteproyecto que supuestamente prohibiría el glifosato y los transgénicos en el país, subido a CONAMER en agosto de 2020 por su aparente contraparte, Víctor Villalobos. Su posicionamiento altamente publicitado, aunado a un audio que se filtró a los medios nacionales, en el que expresaba las contradicciones que, desde su perspectiva, hay en la 4T, finalmente resultó en su renuncia de la SEMARNAT. La renuncia, sin embargo, no se anunció como un resultado de sus diferencias con otros funcionarios al interior de la 4T, sino como un retiro voluntario debido a su

Otra instancia que ha resultado una gran promotora del enfoque agroecológico, que se origina en el contexto del gobierno de la 4T, es el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), dirigido por María Elena Álvarez-Buylla Rocas, una reconocida científica que, desde el ámbito académico, ha participado activamente en el movimiento contra los cultivos transgénicos en el país a partir de la investigación sobre diversas consecuencias ambientales y sociales de la introducción de maíz genéticamente modificado al país.⁸

En su papel actual promovió cambios en la política de ciencia y tecnología del país, modificando criterios de programas de CONACYT, con el objetivo de que la institución se “ponga al servicio del pueblo” y contribuya a los programas “prioritarios” de la 4T, así como a la “solución de los problemas nacionales” que se han definido como respuesta a la crisis ambiental y de salud que ha dejado el régimen neoliberal (Poy Solano, 2019).

Como ejemplo de tales cambios se puede hablar sobre algunos financiamientos otorgados mediante los Programas Nacionales Estratégicos (PRONACES), que se vinculan a objetivos como el de la recuperación de la soberanía alimentaria que se promueve desde programas como el Sembrando Vida. Así como del programa de reciente creación Pies Ágiles, el cual, a través de 200 becas para la formación de “profesionales comunitarios” en todo el país, busca impulsar la promoción de la agroecología “como parte de las iniciativas de atención al campo y al fortalecimiento de agriculturas de pequeña y mediana escala... y el tránsito hacia la soberanía alimentaria” (CIATEJ–Programa Pies Ágiles, 2021).

En esta coalición están también funcionarios de la Secretaría de Salud, de CI-BIOGEM, así como organizaciones de la sociedad civil que trabajan en temas ambientales, de desarrollo rural y en la defensa de los derechos humanos y derechos indígenas, así como académicos y académicas mexicanas.

En palabras de Toledo, la propuesta institucional que integran los actores de esta coalición se define como:

Una política de emergencia, de restauración y cuidado de los elementos vitales que los mexicanos requerimos como un derecho humano esencial: aire limpio y respirable, agua para todos, energía ya no fósil, alimentos sanos, hábitat apropiado, reciclaje de desechos, hogares sustentables, ciudades ordenadas. (Sommerz, 2019)

4. EL ‘FRAMING’ QUE SOSTIENE EL ENFOQUE AGROECOLÓGICO

El enfoque agroecológico que se propone desde la coalición discursiva por la agroecología se sostiene en un *framing*, es decir, en una serie de representaciones sobre el campo y los campesinos, que discursivamente permite hacer operativo el proyecto político agroecológico nacional.

Una de las premisas del enfoque es que, pese a más de 30 años del embate de las políticas neoliberales en el campo mexicano, “persiste” un modelo de producción alternativo al modelo agroindustrial de la Revolución Verde y la biotecnología

edad y problemas de salud (La Redacción, 2020; Forbes Staff, 2020).

⁸ Véase: Álvarez-Buylla y Piñeyro, 2009; Álvarez-Buylla y Piñeyro, 2013.

moderna: “los cultivos tradicionales” y “las agriculturas practicadas por las comunidades campesinas e indígenas” (Vandame y Álvarez-Buylla, 2012; Lira, 2018).

En estos sistemas, siguiendo lo expresado por actores de la coalición, se produce más del 40 % de los alimentos que consumimos los mexicanos, por lo que, desde sus perspectivas, con apoyo gubernamental se podrá aumentar su producción con miras a la autosuficiencia alimentaria (Canal Instituto de Investigaciones Sociales, 2020; Campaña Nacional Sin Maíz no hay País, 2021).

Estas agriculturas, desde la perspectiva de estos actores, se basan en “prácticas agroecológicas”, que usan tecnologías “más amigables” ambientalmente, menos riesgosas y “socialmente más justas”, que son parte de una “herencia milenaria” y producto de “conocimientos ancestrales” y “saberes tradicionales” que las comunidades campesinas y los pueblos indígenas han adquirido históricamente en un complejo proceso biocultural, como parte de las estrategias de cuidado de sus territorios (Toledo y Barrera-Bassols, 2008; Lorot, 2012; Ambulante Gira de Documentales, 2020).

Desde este enfoque, a las prácticas agrícolas de grupos campesinos e indígenas se les atribuye ser “protectoras del ambiente”, también ser “guardianas de la preservación de la biodiversidad”, y generadoras de la agrodiversidad que hay en el país, la producción de alimentos “más sanos y sin el uso de agroquímicos”, además de funcionar bajo lógicas colectivas como “economías campesinas” y “autonomías” (Lira, 2018; Altieri y Toledo, 2011).

Desde este enfoque, los campesinos, sembradores y promotores viven en una lógica de producción comunitaria que “no se circunscribe al beneficio individual y propio sino para beneficio de la comunidad” (Argueta, 2019). Es decir, de alguna forma contribuye no sólo a la economía familiar sino al sostenimiento de toda la comunidad.

Así, entonces vemos que algunos de los elementos del *framing* de la coalición por un modelo de desarrollo rural alternativo se centran en el reconocimiento de un importante número de productores campesinos e indígenas, a quienes se les atribuyen una serie de características que, en palabras de Folchi (2001), lo “ecologizan” y colectivizan, lo cual da sentido y legitima la propuesta de promover un modelo rural agroecológico. Pues, tal como menciona Toledo, “la agroecología está dirigida fundamentalmente a pequeños propietarios, a comunidades campesinas, etc.” (Revista Leisa al, 2013, min.2:40).

El enfoque también tiene como supuesto que, bajo una lógica productiva intrínsecamente ecológica, los campesinos a quienes en ocasiones se les equipara como indígenas o sembradores, están dispuestos a introducir y/o sustituir ciertos insumos químicos, o a mejorar o adoptar ciertas “prácticas agroecológicas” como la aplicación de abonos, microorganismos, intercalamiento de plantas, con el objetivo de volver más amigable su producción.

Sin embargo, a nivel programático, la agroecología en programas públicos muchas veces se propone como un conjunto de técnicas a ser aplicadas a través de una capacitación constante a los sujetos agrarios, basado en un “diálogo de saberes y en el intercambio de conocimientos y experiencias”. Aunque, como se ha documen-

tado ampliamente, las capacidades técnicas de esos programas no siempre funcionan como se propone en las reglas de operación y en los discursos públicos, ya sea por falta de formación adecuada en los técnicos, por deficiencias presupuestales y/u operativas, resistencias de los propios campesinos, entre otras causas (Vera Herrera, 2021; Bazán, 2021; Bazán y Torres, 2021).

Programas como el Sembrando Vida y Pies Ágiles, también se ha demostrado, operan bajo una estructura vertical en la que el poder de decisión pocas veces recae sobre los beneficiarios y sí muchas veces sobre la burocracia operativa del programa y las posibilidades de ejecución de los promotores o técnicos (Vera Herrera, 2021; observación participante en el programa Pies Ágiles). Esta lógica vertical en la que operan los programas que promueven la agroecología contrasta en gran medida con la lógica comunitaria que se les atribuye a los campesinos.

Basta traer de ejemplo cómo se impone la siembra de árboles frutales y maderables en época de sequía, a pesar de que los propios “sembradores” saben que perderán una gran cantidad de ellos debido a la falta de agua en sus parcelas, o la lógica de “implementar el mismo policultivo o sistema agroforestal en todas las regiones donde se implementa el programa, sin importar si las especies se dan o no en los diversos hábitats” (Giraldo y Rosset, 2021, p.726). Es decir, ni el “conocimiento milenario” ni las “prácticas comunitarias”, que supuestamente son pilares de la agroecología, se incorporan en la implementación de los programas, lo cual contradice explícitamente el *framing* que sostiene la propuesta agroecológica.

Además, esta propuesta se basa también en la prohibición y satanización de sustancias vinculadas al modelo de producción agroindustrial, como se aprecia claramente con el decreto que busca la erradicación del glifosato y las semillas transgénicas, y la prohibición de ciertas prácticas, como la quema (que ha sido una práctica milenaria entre los pueblos originarios de México), en el programa Sembrando Vida.

Esta visión prohibicionista deja de lado un plan real de transición, pues busca erradicar a un corto plazo la utilización del glifosato y otros plaguicidas que en muchas localidades del país se han vuelto una herramienta que, junto a otras prácticas que podrían considerarse agroecológicas, sostienen la reproducción de la vida campesina, como veremos más adelante.

Un asunto interesante que se aprecia en la constitución de este enfoque es que a pesar de que en el discurso se exalta que la agroindustria es la causante de las mayores afectaciones ambientales y sociales que se observan en el campo, la política pública y programas de transición únicamente se promueven para los pequeños y medianos productores (de hasta 20 hectáreas), en terrenos principalmente dedicados a la producción de granos y frutales. Es decir, no tiene propuestas de cambio para los sistemas agroindustriales causantes de las mayores catastrofes ambientales.

El enfoque agroecológico que se promueve desde un sector del gobierno federal se sostiene sobre la lógica productiva de un perfil de campesino muy específico, que tiene las características necesarias para operativizar un proyecto político que puede llevar al país a un “desarrollo sustentable” (Álvarez-Buylla, 2018). En es-

te sentido, la responsabilidad del cuidado del medio ambiente y de promoción y adopción de la agroecología recae en los pequeños y medianos productores. Y deben ser ellos quienes promuevan un modelo de desarrollo rural menos contaminante y “sustentable”.

Este perfil de campesino bajo una lógica intrínsecamente ecológica está dispuesto a adoptar “prácticas agroecológicas” para volver más productiva y ecológica su producción, así como a dirigir su producción hacia los mercados locales con el objetivo de aportar a la soberanía alimentaria nacional. Sin embargo, este enfoque oculta parcialmente la complejidad del sistema agroalimentario mexicano, que está sostenido en lógicas productivas diversas y perfiles campesinos bastante más heterogéneos que los que se aprecian en los discursos, como veremos al centrar la mirada en el municipio rural de Hopelchén.

5. ALTERIDADES AGROECOLÓGICAS Y COEXISTENCIAS PRODUCTIVAS EN HOPELCHÉN

Más allá de las representaciones discursivas que sostienen este enfoque, resulta importante conocer cómo los programas que impulsan “la agroecología” en el gobierno de la 4T se concretizan en las realidades campesinas del país. En este apartado tomo como caso de estudio la esfera local del municipio de Hopelchén,⁹ una localidad rural del sureste mexicano que cumple los criterios de prioridad de la política rural: ser una zona con “alta y muy alta marginalidad y con población indígena” (PND, 30/04/2019).

En el municipio, si bien es mayoritaria la población de origen maya, desde finales de la década de 1980 habitan también comunidades menonitas, provenientes del norte de México (Durango y Chihuahua principalmente). Ambos grupos étnicos (con sus muchos matices y escalas) desarrollan esquemas de producción agroindustrial en actividades como la agricultura y la ganadería.

Tras la aprobación de la siembra de soya transgénica, en 2012, el cultivo se ha erigido como el más atractivo para menonitas y para algunos campesinos mayas, debido a las mejores ganancias que en escalas de producción grandes (mayores a 50 hectáreas) se consiguen. Lo que ha posicionado al municipio como el primer productor de la oleaginosa en el sureste, a la vez que ha ocasionado el surgimiento de un movimiento social de organizaciones locales en alianza con otros actores que se posicionan en contra de la siembra de soya transgénica. Lo que mediáticamente expone al municipio como un escenario de lucha entre apicultores mayas y la soya transgénica (Echanove, 2016; Torres-Mazuera et. al, 2020; Bazán, 2021).

Hopelchén, sin embargo, es mucho más complejo. En su interior se tejen dinámicas agrarias, productivas, sociales y económicas interculturales bastante heterogéneas, desiguales, y, por supuesto, sometidas a relaciones de poder. Si bien el

⁹ Hopelchén destaca por ser uno de los municipios de mayor producción agrícola y con una alta productividad de miel. El municipio también es conocido localmente como “Los Chenes”. Esta expresión alude al nombre de diversos pueblos del municipio que empiezan o terminan con “chen” que en lengua maya significa pozo o depósito de agua.

modelo agroindustrial es predominante en el municipio, en tanto que productores mayas y menonitas hacen uso de maquinaria agrícola, semillas híbridas y plaguicidas, este modelo coexiste con la siembra de la milpa (maíz criollo, frijol y calabaza en policultivo), además ibes, jamaica, calabaza, ajonjolí, yuca, jícama, camote, entre muchos otros árboles frutales, así como con la apicultura y la ganadería a pequeña escala o extensiva. Es decir, en el municipio se mantiene una lógica de diversificación campesina en actividades y escalas (observación participante en campo).

En Hopelchén muchos productores, sobre todo mayas, que tienen terrenos dedicados al cultivo de tipo comercial (llamados localmente mecanizados) en los que siembran semillas híbridas o incluso transgénicas, cuya producción dedican a la venta, en otros terrenos o en la periferia de sus mecanizados siembran maíz criollo en asociación con ibes, frijoles, calabaza, etc., que usan para su autoconsumo o la venta a nivel local. También siembran jamaica, camote, macal, que cosechan específicamente para “finados” o día de muertos. En los traspatios de las familias mayas podemos encontrar diversidad de cultivos, árboles frutales como cítricos, mamey, tamarindo, huaya, hortalizas menores como lechugas, cilantro, pepino, calabacita, etc., que coexisten con animales de traspatio como gallinas, patos, borregos y cerdos (observación participante en campo).

Aun los menonitas que tienen como base económica una agricultura comercial, que destinan sobre todo para la venta, también cultivan algunas hortalizas para su consumo y crían animales de traspatio. En los campos menonitas se pueden ver árboles frutales bien ordenados adornando las casas, como mangos, higos, palmeras de coco, y algunos negocios de transformación de su producción pecuaria como queserías. Incluso, en mis años de andanza en el municipio, conocí a menonitas que practican la apicultura como actividad principal, o en asociación con la agricultura y la ganadería (observación participante en campo).

Hopelchén es un municipio de grandes contrastes en el que se tejen dinámicas sociales interculturales y hay una diversidad productiva bastante dinámica que, por supuesto, está integrada a los mercados transnacionales, empezando por la producción de miel,¹⁰ pero también a los mercados locales y nacionales en los que están integrados la soya, el maíz y hortalizas como la sandía y el tomate, y también hay dinámicas productivas de subsistencia y autoconsumo (observación en campo).

Todas estas actividades, aunque tienen fines distintos, como aportar a la autosuficiencia alimentaria campesina o suplir al mercado, tienen en común su dependencia a distintos plaguicidas, principalmente a los herbicidas como el glifosato. El uso de estas sustancias no está restringido a la agricultura, se utiliza también en la ganadería, para “limpiar” patios de casas, escuelas, sitios públicos como parques, banquetas y hospitales (observación participante en campo).

En esta dinámica productiva y social tan heterogénea resulta crucial indagar de qué manera cobra concreción el enfoque agroecológico que se promueve desde la política rural del gobierno de la 4T. En este apartado lo hago a partir de entre-

¹⁰ El 95 % de la miel producida en Hopelchén se exporta, sobre todo a países de la Unión Europea (UE), principalmente a Alemania, Holanda, Italia y Bélgica (Bazán, 2019).

vistas a productores mayas y menonitas con esquemas productivos diversos: tanto beneficiarios de los programas que promueven un enfoque agroecológico, como el Sembrando Vida y Producción para el Bienestar, como productores desterrados de los programas, así como a partir de los técnicos que operan *in situ* el programa Sembrando Vida y el componente de asistencia técnica del programa Producción para el Bienestar; y del encargado de CADER, que gestiona la relación de los productores locales con los programas de la SADER.

Este último me comentó que al municipio de Hopelchén “le cayó como anillo al dedo” los cambios introducidos en la política rural de la 4T: “fuimos beneficiados de gran manera dado que caemos en la zona de alta y muy alta marginalidad con población indígena”, criterio que el gobierno federal impuso para acceder a programas como el Sembrando Vida y para enlistarse en el padrón de beneficiarios del programa Producción para el Bienestar.

El encargado mencionó: “en el CADER de Dzibalchén se logró incrementar el padrón casi en un 100%” lo cual, desde su perspectiva, cumple con el objetivo de la 4T que es “apoyar a más productores, pequeños productores, con menos oportunidades [...] la idea era darle ingreso a productores nuevos, jóvenes que cuenten con la legal posesión de la tierra y sean realmente los que lo están trabajando” (comunicación personal, 8 de diciembre de 2020).

Desde la perspectiva del funcionario, el criterio impuesto por el gobierno ha significado un aumento de los apoyos para los productores mayas del municipio, y no así el propósito el tránsito hacia esquemas de producción más sustentables. En entrevistas que realicé a dos de los nuevos enlistados en el padrón de Producción para el Bienestar no hubo mención de que su ingreso al programa los comprometa a adoptar esquemas productivos más sustentables. Para los productores que entrevisté este programa es simplemente la continuidad del PROCAMPO con otro nombre, y aunque esta vez les mencionaron que habrá revisión de sus predios, es bien sabido por ellos que por parte del gobierno federal no existen las capacidades operativas para revisar a cada productor (comunicación personal, oct–dic de 2021).

Este programa, como mencioné en el segundo apartado, promueve un enfoque agroecológico a través del componente “asistencia técnica”. En el municipio este componente se está operando de manera paulatina por la comunidad, bajo un esquema de “escuelas populares”, en las que se enseña y promueve la adopción de “prácticas agroecológicas”, como la generación de abonos con insumos locales, reproducción de microorganismos, lombricomposta, etc.

En diciembre de 2020, fecha en que entrevisté al único técnico que opera el componente en el municipio, éste sólo tenía presencia en los ejidos de Xmabén y Chunchintok. Pese a que se habían convocado algunas reuniones, en Chunchintok no se había podido generar un grupo como tal, según refirió el técnico. En Xmabén sólo lo habían implementado dos productores, el padre del técnico que es originario del poblado y un señor más que, según me dijo el técnico, es el “productor innovador” del grupo que se está promoviendo en Xmabén.

La poca respuesta de los productores a la convocatoria quizá se debe a que el programa era muy incipiente, arrancó en marzo de 2020, y fue interrumpido 5

meses por la pandemia (técnico local, comunicación personal, 11 de diciembre de 2020). Por lo que he podido ver en la página de Facebook del programa y la comunicación que he mantenido con el técnico en los sucesivos meses a la entrevista, las reuniones que, en el marco del programa se han convocado, no han logrado ser lo suficientemente atractivas para los productores.

Desde la percepción del técnico: “la limitante que tenemos es que esto es voluntario, esa es la parte que dificulta la participación [...] esta es una actividad voluntaria para quien quiera aprender, no se le va a cobrar por el acompañamiento técnico, los bioensayos se van a repartir entre los integrantes de la escuela” (técnico local, comunicación personal, 11 de diciembre de 2020). La poca capacidad técnica y el carácter voluntario del programa puede ayudar a explicar por qué ninguno de los productores que entrevisté fuera de estas localidades sabía de la existencia de este componente.

Respecto al Sembrando Vida, fue hasta el 2020 que el programa comenzó a operar en los 32 ejidos del municipio, integrando a unas 2000 personas, lo que representa un poco más del 30 % del total de las 6159 unidades de producción en el municipio (comunicación personal con Irma Gómez, 18 de noviembre de 2020; PSDR).

En Dzibalchén, uno de los ejidos más grandes del municipio, pude constatar la conformación de dos comunidades de aprendizaje (CACs), integradas por 25 y 28 personas, la mayoría hombres de entre 30 y 60 años quienes, a la par de su participación en el programa, desarrollan esquemas productivos diversos que combinan la producción de tipo agroindustrial, como la siembra de soya y maíz transgénicos o híbridos, con los sistemas productivos dedicados al autoconsumo.

Algunos de los beneficiarios que entrevisté no se mostraron muy animados respecto al programa, incluso se quejaron del formato grupal del programa, de las reuniones constantes (2 al mes) que “fastidian”, de las cooperaciones que han tenido que hacer para la compra de insumos, y uno de ellos, de “las imposiciones”. Este productor me explicó que a su modo de ver el programa le quiere imponer “formas de hacer las cosas”, y que quisiera ver a los técnicos hacer lo que promueven “a ver si son muy chingones”, refiriéndose a aspectos como no usar herbicidas en una superficie de 2 hectáreas y media (comunicación personal, 5 de diciembre de 2020).

Algunos productores también me comentaron no estar seguros de continuar hasta el final con el programa, incluso dijeron que ya veré cómo las personas van desertando y también que si no están de acuerdo con algo sobre la operatividad del programa, se retirarán.

Uno de los productores de Dzibalchén me dijo que escuchó el rumor de que no pueden tener más de un programa federal y, de ser el caso, prefiere quedarse con el subsidio de Producción para el Bienestar que anualmente le da un “apoyo” de \$ 1500 por hectárea, porque no es “tanto trabajo” y “nadie verifica que lo estás haciendo” (comunicación personal, 7 de diciembre de 2020).

La mayoría de los entrevistados considera como mayor beneficio del programa la parte económica, es decir los \$ 4500 (+ \$ 500 que se van a una caja de ahorro), que

reciben mensualmente como parte de su participación en el programa. Mencionaron: “es buen dinero”, “ningún programa ha dado tanto”, “alcanza para comer”. El programa llegó en un momento bastante crítico para los pobladores de Hopelchén, debido a que el contexto generado por la pandemia de COVID-19, y las medidas que tomaron las autoridades de los pueblos (como cerrar los accesos y salidas) los privó de ciertos ingresos que algunos tenían por las dinámicas comerciales que tienen en otros poblados (como comercio, trabajo en servicios remunerados, como jornaleros, etc.). Un productor de Dzibalchén dijo: “Yo entré porque estaba dura la situación con esto del COVID” (comunicación personal, 5 de diciembre de 2020). Todo ello me hace pensar que en principio el programa no fue tan atractivo por las prácticas productivas que propone, sino más bien lo fue por la remuneración económica que es una necesidad sentida de la gran mayoría de la población de los Chenes.

Así mismo pude constatar ciertas contradicciones entre lo que promueve el programa a nivel discursivo y lo que sucede a nivel local. Tres productores que participan en el programa me comentaron haber desmontado “un poco” de terreno para sembrar los árboles que les han dado como parte del programa.¹¹ Todos los productores revelaron utilizar herbicida para poder cumplir con lo propuesto en el programa, mencionaron: “nos vemos obligados a usarlos”, “la hierba te gana”, “es imposible mantener limpio dos y media hectáreas” (comunicación personal, 2 de diciembre de 2020).

Al respecto el técnico social que opera el programa en 8 ejidos del municipio me dijo que “el programa no está fomentando el uso de agroquímicos”, pero “cuando la plaga está muy descontrolada, o sea la maleza o la plaga, se les sugiere [el uso de agroquímicos], pero poco a poco es irlo evitando” (comunicación personal, 1 de diciembre de 2020).

Las declaraciones de estos productores y el técnico me hacen constatar contradicciones entre los objetivos que se proponen en el programa, de reforestación y de no uso de plaguicidas, y las prácticas productivas locales, las cuales en el municipio, y aun entre la población indígena, conllevan una alta dependencia a los agroquímicos, sobre todo respecto a los herbicidas (observación participante en campo). También con el significado que le es atribuido al campesino/indígena en el discurso de la coalición discursiva agroecológica que considera a productores indígenas como pequeños productores, como los de Hopelchén, que producen en “sistemas tradicionales” como la milpa, sobre todo para el autoconsumo.

El perfil de campesino que se propone desde este enfoque, vale aclarar, no es un perfil que no exista en el municipio, sin embargo, los productores más pobres quienes mantienen prácticas como la milpa, cuya producción es, sobre todo, para su autoconsumo, por diversas razones no pudieron ingresar al programa. Otros productores, tanto ejidatarios como comuneros, que se mueven entre la agricultura comercial y la agricultura para autoconsumo, y algunas mujeres que producen

¹¹ Es importante mencionar que estos tres productores son medianos, y tienen tratos de aparcería o renta con menonitas, lo que podría estar influenciando su decisión de no destinar espacio de sus terrenos ya mecanizados para el programa (comunicación personal, 4 de diciembre de 2020).

para el autoconsumo tampoco pudieron ingresar, debido a las relaciones de poder que se gestan al interior de sus comunidades.¹²

Por su parte, los programas de CONACYT, y más aún, el propio CONACYT es una instancia desconocida para la mayoría de los productores. Y no así, por ejemplo, los técnicos de las empresas agropecuarias que motivan a los productores a usar sus productos. En tanto que SEMARNAT es mayormente conocida por su programa “Pago por servicios ambientales” (observación participante).

Los campesinos de Hopelchén, a diferencia de cómo son consideradas “las poblaciones indígenas” desde el enfoque agroecológico, no practican una lógica productiva comunitaria, incluso los muchos intentos por organizar la producción agrícola y apícola en esquemas comunitarios ha resultado en rotundos fracasos y en la profundización del rompimiento del tejido social comunitario (Bazán, 2019).

Desde la perspectiva de los productores de Hopelchén, los programas de gobierno a los que localmente se les llama “apoyos” son pasajeros, es decir, duran un tiempo determinado y se acaban. Lo cual me hace pensar que posiblemente para algunos productores su participación en estos programas “de transición” y promoción de la agroecología signifique continuar con sus actividades agropecuarias de manera “convencional”. No percibí que los productores reconocieran estos programas como mecanismos para transitar sus prácticas productivas hacia prácticas menos dañinas con el ambiente o hacia sistemas agroecológicos, que, de hecho, muchos de ellos, realizan.

Sin embargo, muchos productores de Hopelchén con diferentes perfiles productivos demostraron mucho ánimo de aprender a utilizar insumos menos perjudiciales para su salud. No obstante, hasta el momento que realicé las entrevistas, las enseñanzas que algunos de los beneficiarios estaban recibiendo por parte de los técnicos, al menos en el caso del Sembrando Vida, no representaban alternativas viables a los diversos sistemas de producción que practican.

Los campesinos en Hopelchén siguen viendo con desánimo cómo el modelo agroindustrial sigue representando la mejor opción para cumplir las aspiraciones de ellos y para sus hijos e hijas, como lo ejemplifica lo dicho por un productor mediano, padre de familia:

Yo estoy consciente de eso, que estamos perjudicando, estoy muy consciente, desde basura, contaminación, devastación, todo eso lo entiendo, estoy consciente... pero es parte de mi trabajo para que yo pueda darle estudio a mis hijos, les estoy dando de comer, les estoy dando estudios para que el día de mañana ellos se superen, para que ellos tal vez el día de mañana, ellos no dañen la tierra como yo, yo estoy consciente pero es parte de mi trabajo... los campesinos no podemos vivir si no tumbamos, si no sembramos, de eso vivimos nosotros (comunicación personal, 11 de diciembre de 2020).

Las percepciones de campesinos con diferentes perfiles productivos en Hopelchén nos muestran cómo el enfoque agroecológico que se promueve desde el go-

¹² Entre las principales causas de exclusión al programa están: concentración de poder en el ejido, exclusión por género o distinción económica. Para ampliar la información sobre las exclusiones que se suscitaron localmente para ingresar al programa Sembrando Vida ver: Bazán, 2021, p.112.

bierno de la 4T resulta bastante parcial a la heterogeneidad y dinamismo productivo del sistema agroalimentario mexicano, lo que en principio hace que las propuestas “agroecológicas” que se proponen como solución a problemas ambientales y sociales resulten bastante limitadas, incluso en el marco de los programas.

Desde las perspectivas de los campesinos mayas y menonitas de Hopelchén, asuntos como el uso de plaguicidas son mucho más complejos que los que se pueden leer en prensa y escuchar en foros de discusión desde voces de actores hegemónicos. Estos discursos suelen ignorar, por ejemplo, las aspiraciones de los productores para sus hijos e hijas, las limitaciones económicas y productivas de los sistemas de pequeña escala, el vínculo de la producción campesina e indígena con los mercados comerciales nacionales y globales y sus restricciones e imposiciones, las incompetencias e incapacidades gubernamentales, las evoluciones diversas de los sistemas socioprodutivos; así como con las metas de muchos campesinos y campesinas que tienen que ver más con una participación viable en el mercado, y la posibilidad de que sus actividades productivas, más que ecológicas, resulten rentables para suplir sus necesidades y aspiraciones.

CONSIDERACIONES FINALES

La serie de transformaciones en políticas, programas y alianzas, encaminadas a promover la agroecología en el gobierno autonómico de la 4T, responden al cambio de un sector de actores con historiales en la academia, el activismo y organizaciones de la sociedad civil. Estos actores han construido un *collective action frame* que promueve un discurso institucional que legitima ciertas propuestas y percepciones, generando con ello impactos a nivel político que se traducen en programas y cambios legislativos que, en suma, promueven “una política rural agroecológica”.

Este enfoque, sin embargo, como se circunscribe institucionalmente en programas y propuestas, y se está operando localmente, se basa en la promoción de prácticas e insumos “agroecológicos” que se proponen a pequeña escala y están enfocadas en un perfil de campesino muy particular, que representa apenas una parte de las heterogeneidades productivas que sostienen el sistema agroalimentario del país.

El enfoque agroecológico que se promueve desde la 4T, más allá de proponer un esquema de transición viable para los sistemas de producción más contaminantes, impone la responsabilidad del cuidado del ambiente a los pequeños productores a través de la adopción de prácticas “agroecológicas”.

Las percepciones de campesinos mayas y menonitas de Hopelchén, sin embargo, dejan ver aspectos ignorados desde una visión que, al idealizarlos, oculta la heterogeneidad y diversidad campesina. Así como la complementariedad de sistemas productivos dirigidos al autoabasto y al mercado que, conjuntamente, responden a las expectativas de vida, marcos culturales y aspiraciones económicas que los campesinos tienen para ellos y sus familias.

BIBLIOGRAFÍA

- Altieri, M. y Toledo, V. (2011). La revolución agroecológica en América Latina. SOCLA. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/ilsa/20130711054327/5.pdf>
- Álvarez-Buylla, M. E. (2018). *Plan de reestructuración estratégica del Conacyt para adecuarse al Proyecto Alternativo de Nación (2018–2024) presentado por MORENA*. México, D.F.: Sociedad Mexicana de Ciencias Fisiológicas, A. C.
- Álvarez-Buylla, M. E. y Piñeyro Nelson, A. (2009). Riesgos y peligros de la dispersión de maíz transgénico en México. *Ciencias*, 92, 82–96.
- Álvarez-Buylla, M. E. y Piñeyro Nelson, A. (2013). *El maíz en peligro ante los transgénicos. Un análisis integral sobre el caso de México*. México: CEIICH-UNAM, UCCS.
- Argueta, A. (2019). *Plan Nacional de Agroecología como eje rector de la Semarnat en la 4T*. Fideicomiso para el Desarrollo Regional del Sur Sureste (FIDESUR), Semarnat. Disponible en: https://sursureste.org.mx/sites/all/themes/fidesur/archivo/encuentro2zzcc/4._Plan_Nac_Agroecolog%C3%ADa-Eje_Rector,_SEMARNAT_25-Sep-19.pdf
- Bazán L., W J. (2019). *El comercio justo y la producción de miel orgánica en Hopelchén: un estudio sobre las asociaciones de apicultores mayas Lol K'ax y Kabitah* [tesis de licenciatura en Desarrollo y Gestión Interculturales, UNAM, Mérida Yucatán].
- Bazán, W. (2021). *Entre la construcción discursiva y las prácticas productivas. Las disputas en torno a los cultivos transgénicos, el glifosato y la política de desarrollo rural en el gobierno de la 4T* [tesis de maestría en Antropología Social, CIESAS Pacífico-Sur].
- Bazán, W. y Torres-Mazuera, G. (2021). Las disputas por el desarrollo rural en el gobierno de la 4T. *Revista Nexos*. Disponible en: <https://medioambiente.nexos.com.mx/las-disputas-por-el-desarrollo-rural-en-el-gobierno-de-la-4t/> [consultado el 19 de enero de 2022].
- Braun, B. & Wainwright, J. (2001). Nature, Poststructuralism, and Politics. In: N. Castree y B. Braun (eds.), *Social Nature: Theory, Practice, and Politics* (pp. 41–63). Blackwell.
- Cejudo, G. M. (2008). *Discurso y políticas públicas: enfoque constructivista*. México: CIDE.
- Durand, L. (2017). *Naturalezas desiguales. Discursos sobre la conservación de la biodiversidad en México*. Cuernavaca: CRIM-UNAM.
- Echanove, F. (2016). La expansión del cultivo de la soja en Campeche, México: Problemática y perspectivas. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 36(1), 49–69.
- Escobar, A. (1995). El desarrollo sostenible: diálogo de discursos. *Ecología política*, 9(1), 7–25.
- Fitting, E. (2020). ¿La economía “natural” enfrenta a la global? Desafíos a los debates sobre el maíz mexicano. *Bajo el volcán. Revista del Posgrado de Sociología*, 7(11), 17–44.
- Folchi, M. (2001). Conflictos de contenido ambiental y ecologismo de los pobres: no siempre pobres, ni siempre ecologistas. *Ecología política*, 22, 79–100.
- Giraldo, O. F. y Rosset, P. M. (2021). Principios sociales de las agroecologías emancipadoras. *Desenvolvimento e Meio Ambiente. Seção especial – Territorialização de la agroecología*, 58, 708–732. <http://dx.doi.org/10.5380/dma.v58i0.77785>
- Hajer, M. (1993). Discourse coalitions and the institutionalization of practice: The case of acid rain in Great Britain. In: F. Fischer & J. Forester (eds.), *The Argumentative Turn in Policy Analysis and Planning* (pp. 43–76). Durham, NC: Duke University Press.
- Hewitt, S. (2009). *Discourse analysis and public policy research*. Centre for Rural Economy Discussion Paper Series no. 24, Newcastle University.

- Kinchy, A. (2007). *Genes out of place: science, activism, and the politics of biotechnology* [tesis de doctorado, University of Wisconsin–Madison].
- Long, N. (2007). *Sociología del desarrollo: una perspectiva centrada en el actor*. México: CIESAS, El Colegio de San Luis.
- Massieu, Y. (2009). Cultivos y alimentos transgénicos en México. El debate, los actores y las fuerzas sociopolíticas. *Argumentos*, 22(59), 217–243. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-57952009000100008&lng=es&tlng=es
- Toledo, V. M. y Barrera-Bassols, N. (2008). *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Icaria editorial.
- Torres-Mazuera, G., Bazán, W., Vides, E., Gómez, I., Boué, C. (2020). Expansión agroindustrial y tratos agrarios en una región biodiversa de la Península de Yucatán. En: G. Torres-Mazuera & K. Appendini (eds.), *La regulación imposible. (I)legalidad e (i)legitimidad: en los mercados de tierra en México al inicio del siglo XXI* (pp. 111–160). CDMX: El Colegio de México, A. C.
- Vera Herrera, R. (ed.) (2021). *Comunidad y autonomía frente a Sembrando Vida*. CDMX: Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano.

Documentos de gobierno

- CIATEJ (Centro de Investigación y Asistencia en Tecnología y Diseño del Estado de Jalisco A.C.) – Programa Pies Ágiles (2021). [online] Disponible en: https://ciatej.mx/estudia-ciatej/posgrados/pies_agiles [consultado el 19 de enero de 2022].
- DOF (*Diario Oficial de la Federación*) (12/07/2019). “Plan Nacional de Desarrollo (2019-2024)”. México: Secretaría de Gobernación. [online] Disponible en: https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5565599&fecha=12/07/2019#gsc.tab=0 [consultado el 17 de febrero de 2021].
- DOF (31/12/2020). “Decreto por el que se establecen las acciones ... de la sustancia química denominada glifosato y de los agroquímicos ...”. México: Secretaría de Gobernación. [online] Disponible en: https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5609365&fecha=31/12/2020#gsc.tab=0 [consultado el 12 de enero de 2021].
- DOF (18/03/2022). “Acuerdo por el que se dan a conocer las Reglas de Operación del Programa Producción para el Bienestar de la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural para el ejercicio fiscal 2022”. México: Secretaría de Gobernación. [online] Disponible en: <https://tierrablancaver.gob.mx/transparencia/uploads/transparencia/56d00269dc654171559aa04fcc422587.pdf> [consultado el 20 de julio de 2023].
- PSDR (Programa Sectorial de Desarrollo Rural, 2016-2021). Gobierno del Estado de Campeche. [online] Disponible en: <http://www.seplan.campeche.gob.mx/copladecam/ps/ps-sdr.pdf> [consultado el 17 de enero de 2021].
- PND (Plan Nacional de Desarrollo, 2019-2024) (30/04/2019). *Gaceta Parlamentaria*, Cámara de Diputados. [online] Disponible en: <http://gaceta.diputados.gob.mx/PDF/64/2019/abr/20190430-XVIII-1.pdf> [consultado el 18 de junio de 2020].

Notas de prensa, comunicados y artículos periodísticos

- Economist (2022). A new low for global democracy. More pandemic restrictions damaged democratic freedoms in 2021. *The Economist*. [online] 9 de febrero. Disponible en: <https://www.economist.com/graphic-detail/2022/02/09/a-new-low-for-global-democracy> [consultado el 9 de enero de 2023].
- Forbes Staff (2020). 5 claves de la polémica salida de Toledo en Semarnat. *Forbes México*. [online] 2 de septiembre. Disponible en: <https://www.forbes.com.mx/politica-5-claves-salida-toledo-semarnat/> [consultado el 18 de febrero de 2023].
- Elizondo, C. (2020). Rumbo al sistema agroalimentario que necesitamos: GISAMAC. *La Jornada del Campo*. [online] 17 de octubre. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2020/10/17/delcampo/articulos/rumbo-agroalimentario.html> [consultado el 9 de febrero de 2022].
- La Redacción (2020). Víctor Toledo renuncia a la Semarnat por ‘motivos de salud’. *Proceso*. [online] 31 de agosto. Disponible en: <https://www.proceso.com.mx/nacional/2020/8/31/victor-toledo-renuncia-la-semarnat-por-motivos-de-salud-248578.html> [consultado el 18 de febrero de 2022].
- Lira, I. (2018). Este gobierno arrancó cultivos nativos y “sembró” transgénicos: Premio Nacional de Ciencias 2017. *Sin Embargo*. [online] 2 de junio. Disponible en: <https://www.sinembargo.mx/02-06-2018/3423774> [consultado el 17 de abril de 2021].
- Lorot, A. (2012). Los transgénicos son la nueva colonización de las semillas: Ana de Ita. *DesInformémonos*. [online] 14 de octubre. Disponible en: <https://desinformemonos.org/los-transgenicos-son-la-nueva-colonizacion-de-las-semillas-ana-de-ita/> [consultado el 19 de mayo de 2021].
- Poy Solano, L. (2019). La ciencia pública debe dar resultados a la sociedad. *La Jornada*. [online] 24 de febrero. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2019/02/24/politica/007e1pol> [consultado el 16 de junio de 2023].
- Toledo, V. (2021a). Los avances agroecológicos de la 4T. *La Jornada*. [online] 20 de abril. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2021/04/20/opinion/012a1pol> [consultado el 17 de enero de 2022].
- Toledo, V. (2021b). La izquierda social y el futuro de la 4T. *La Jornada*. [online] 13 de julio. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2021/07/13/opinion/015a2pol> [consultado el 29 de abril de 2021].
- Vandame, R. y Álvarez-Buylla, E. (2012). Miel y transgénicos, ¿la imposible coexistencia? *La Jornada*. [online] 12 de junio. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2012/06/12/opinion/020a2pol> [consultado el 17 de febrero de 2021].

Material audiovisual

- ADN Opinión (2018). *¿Quién es María Luisa Albores?* [video online] Disponible en el sitio: <https://www.youtube.com/watch?v=RQRILZP9gYY&t=853s> [consultado el 19 de enero de 2021].
- Ambulante Gira de documentales (2020). *Entrevista a Leydy Pech, miembro del Colectivo de Comunidades Mayas de Hopelchen | Ambulante en Casa*. [video online] 18 de mayo. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=A349QIg2UrE&ab_channel=AmbulanteGiradeDocumentales [consultado el 17 de marzo de 2021].
- Campaña Nacional Sin Maíz no Hay País (2021). *Panel 3: “Políticas de gobierno sobre el campo ante transgénicos”*. Coloquio: *Defender los maíces y la milpa para la soberanía alimenta-*

ria. [Facebook video online] 26 de enero. Disponible en: <https://www.facebook.com/556870934825967/videos/151998783255462> [consultado el 30 de enero de 2021].

Canal Instituto de Investigaciones Sociales (2020). *Sesión Inaugural Diálogos hacia la construcción de la soberanía y seguridad alimentaria en México. Sesión 1. Soberanía y seguridad alimentaria: conceptos, escalas e implicaciones*. [video online] 20 de octubre, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM. Disponible en: <https://www.youtube.com/live/yK8a-m6lxWs?feature=share> [consultado el 20 de octubre de 2020].

Revista Leisa al (2013). *Víctor Toledo nos explica qué es la agroecología*. [video online] 13 de diciembre. Disponible en: <https://youtu.be/bsHG3G8Pfgg> [consultado el 11 de abril de 2020].

Sommerz, A. (2019). *Discurso de Víctor M. Toledo, nuevo titular de la Semarnat, en la conferencia matutina de la Presidencia de la República*. [video online] 29 de mayo. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=uxnQlgIGtQI> [consultado el 24 de mayo de 2020].

⊙ *Esta es una página en blanco.* ⊙

AGROECOLOGÍA FEMINISTA: CONVERGENCIAS Y ARTICULACIONES DESDE LA COMPLEJIDAD

Coral Rojas Serrano

Directora de Proyectos de Política Ambiental, Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales /
coral.rojas@semarnat.gob.mx

RESUMEN: En este texto se tejen marcos teóricos con la experiencia de vida de la autora para culminar en la conceptualización de una agroecología feminista crítica cimentada en la multidimensionalidad y la complejidad. Así, desde las vivencias de la autora como mujer mestiza formada como agroecóloga de Chapingo y con amplia experiencia en el campo mexicano, se pone énfasis en la “investigación de huarache” del maestro Hernández Xolocotzi. Con esto, la autora resalta la necesidad de partir de la evidencia empírica y la integración de otros saberes en la comprensión del agro mexicano. Por lo que la necesidad de realizar investigación situada, útil, práctica y popular, reconociendo las escalas de poder entre las propias mujeres y hombres del medio rural y la academia, atraviesa constantemente este texto. Teóricamente, este ensayo se nutre de la ecología política feminista, de estudios agrícolas y rurales, Feyerabend, Bourdieu y Bonfil Batalla. A partir de la documentación de un viaje al pasado prehispánico teotihuacano, el análisis del paisaje limítrofe entre Tlaxcala y Puebla, y una ex hacienda en San Martín Texmelucan, se fundamenta la relevancia de no fragmentar la realidad, sino de incorporar una visión multidimensional como un cubo que tiene varias caras: política, económica, social, ambiental, tecnológica y cultural. Hacia el final del capítulo, la autora integra todos los elementos expuestos para definir la agroecología feminista como un corpus y una praxis con un enfoque complejo y multidimensional que integra el género, pero además la clase social, la edad, la etnia y la raza en la conformación de las sociedades, principalmente rurales, y el medio ambiente.

INTRODUCCIÓN

La agroecología es una disciplina científica que tiene sus orígenes en México en los años 70 del s.XX, y que ha venido construyéndose teóricamente a partir de los estudios y planteamientos de Efraím Hernández Xolocotzi, conocido entre sus

estudiantes como el “maestro Xolo”. Hernández X. fue un muy prolífico investigador y educador, publicó numerosos artículos sobre la agricultura tradicional en México, compilados en su mayoría en los dos tomos de la obra titulada *Xolocotzia* (Hernández X., 2014). A pesar de que me formé como agroecóloga en la Universidad Autónoma Chapingo, en ninguna de las asignaturas estudié a profundidad la obra de este ilustre investigador.

En 2017 fui encomendada a realizar una serie de ensayos sobre maíz nativo, y al ser el maestro Xolo el más reconocido estudioso del maíz nativo en México, recurrí a sus artículos. Me sorprendí enormemente con sus planteamientos tan sagaces, pues desde los años 50 del siglo pasado, el maestro Xolo advirtió de la incompatibilidad del modelo de la agricultura norteamericana con las condiciones predominantes en el medio rural mexicano, así como del inminente riesgo de pérdida de agrobiodiversidad invaluable.

Hernández Xolocotzi esbozó propuestas teóricas para comprender y explicar la compleja realidad agrícola mexicana, en la que conjuntó diversas disciplinas, como antropología, sociología, economía y ecología, y propuso el concepto de agroecosistema en los años 60 del siglo pasado. El agroecosistema se refiere a un sistema productivo agrícola, moldeado por un devenir histórico específico, diseñado y manejado por un grupo social, cuyo actuar responde a un contexto cultural, ecológico, económico y político. El maestro Xolo centró su atención en comprender el funcionamiento, estructura y componentes de los sistemas agrícolas campesinos e indígenas de México, y fue enfático en señalar que éstos eran despreciados por la academia y el estado, por el racismo y la discriminación cultural, instaurados desde el colonialismo español. En la última etapa de su vida, Hernández X. instó a sus estudiantes a realizar “investigación de huarache”, es decir, aquella que es llevada a cabo en el “laboratorio vivo”, en el terreno de los hechos, con la gente que está haciendo y existiendo en el medio rural.

Tuve que pasar por un proceso de reestructuraciones paradigmáticas en mi historia personal para entender la profundidad y pertinencia de sus planteamientos. Mi objetivo en este escrito es plantear una construcción teórica que he llamado “agroecología feminista”, que si bien tiene muchas coincidencias con la ecología política feminista, la sitúo en un plano diferente porque parte de un núcleo agrícola y rural, y porque la planteo desde la necesidad de realizar investigación situada, útil, práctica, popular y feminista, reconociendo las escalas de poder entre las propias mujeres y hombres del medio rural y la academia. Con la agroecología feminista hago un llamado a replantear no sólo las metodologías con las que se hace ciencia desde el género, sino las propias motivaciones y finalidades con las que se producen los estudios de género y medio ambiente.

Soy una agroecóloga que, conducida por el sueño de incidir en la construcción de sociedades sustentables, me adentré en los estudios de género y desarrollo rural en la academia feminista. Si bien una gran parte de mi actividad laboral la he realizado en la academia, no he visto en ésta un fin, sino un medio para hacer efectivo mi trabajo práctico con las comunidades con las que participo en proyectos para la construcción de relaciones de vida más sustentables. Las ciencias agrícolas

y ambientales, así como los estudios de género aterrizados en la práctica, han provocado en mí un continuo replanteamiento de la forma en que deben analizarse y comprenderse los contextos, y las metodologías que permiten la interacción horizontal y efectiva entre las y los actores sociales, para construir conocimiento útil y pertinente para mejorar nuestras condiciones y posiciones socio-ambientales.

Considero que la mía es una “identidad de fronteras”, pues nunca me he sentido plenamente identificada con algún grupo y siempre he sentido que participo como una “otra” en los diferentes espacios. Mi madre es de origen indígena y rural, mi padre es mestizo y urbano, soy la menor y única mujer de tres hermanos. He interactuado en el complejo mosaico cultural mexicano, y he sentido las fuerzas sociales que marcan las relaciones por los significados que tienen las diferencias. Fue hasta que leí la propuesta de los campos sociales de Bourdieu (2010) que pude enmarcar y explicar el actuar del agente social, reconociendo que éste participa en diferentes campos sociales, habiendo en cada uno reglas distintas de juego. Ahora estoy consciente del “juego” que me dan mis cartas por género, raza, etapa de vida, relaciones sociales y culturales, con las que tengo posibilidades y poderes disímiles en los diferentes campos donde interactúo.

Incursioné en los estudios de género a partir de mi trabajo con grupos de mujeres indígenas y campesinas, debido a que con ellas encontré un “nicho” adecuado para mí, pues en los grupos de campesinos varones me ví relegada y menospreciada por mi condición de género. Mi pobre formación en antropología, sociología y género, me llevó a cometer muchos errores que repercutieron en mis primeros trabajos profesionales. Tras participar con una asociación civil de mujeres indígenas y campesinas, comprendí que debía profesionalizarme en “género y desarrollo” si quería influir de manera positiva en la vida de las mujeres rurales y sus comunidades.

Existía en mis tiempos de estudiante una broma autocrítica entre la comunidad de agroecología, en la que se decía que éramos como los “patos”, que hacen de todo pues pueden volar, nadar y caminar, pero todo de manera mediocre con respecto a las aves especializadas. La construcción de un marco teórico conceptual que relacione y articule adecuadamente los planteamientos entre las disciplinas técnicas, ecológicas y sociales, permitirá a la agroecología erigirse como una disciplina científica con amplio poder explicativo y de acción positiva para encarar los retos y problemáticas, no sólo de las sociedades rurales sino de la propia humanidad.

Considero que el devenir de la ciencia socialmente responsable ha hecho converger a múltiples disciplinas que comienzan a construir epistemologías complejas que permiten el entendimiento y articulación mutuos, con perspectivas, categorías y sinergias comunes. Al adentrarme profundamente en la construcción de un problema de investigación en mi tesis doctoral, establecí un marco teórico metodológico ecléctico pero articulado, que llamé “agroecología feminista”, el cual tiene tres pilares analíticos: el pensamiento complejo, la ecología política feminista, y el enfoque territorial. Todos estos campos de conocimiento corresponden a las distintas dimensiones necesarias para analizar, comprender, actuar, incidir y facilitar la construcción de sociedades sustentables.

LA NECESIDAD DEL CONTEXTO

Mi primer trabajo al concluir la licenciatura fue con mujeres artesanas mixtecas de Chigmecatitlán, Puebla, con quienes, tras un rápido diagnóstico supuestamente participativo, diseñé junto con mi equipo de trabajo, un proyecto que buscaría innovar en modelos de artesanías de palma y proporcionarles un crédito blando para que las artesanas adquirieran materias primas. El grupo de trabajo de mujeres artesanas se fracturó tras recibir el crédito, y hubo tensiones fuertes entre ellas mismas y nosotros. El proyecto que realizamos no tomaba en cuenta la heterogeneidad social entre las mujeres de esta comunidad, ni sus propias estructuras organizativas productivas y comerciales tradicionales.

Para estudiar a fondo el contexto y la dinámica propia de las artesanas mixtecas de Chigmecatitlán y comprender el por qué nuestro proyecto no había resultado como lo esperábamos, ingresé a la maestría en Estrategias para el Desarrollo Agrícola Regional, en el área de género y sustentabilidad del Colegio de Postgraduados. Haciendo mi investigación fui entendiendo por qué Feyerabend (1986) señalaba que la actividad científica no es lineal ni mecánica, y que la construcción y deconstrucción de mi investigación estaba influida no sólo por mi experiencia en campo, sino por mis vivencias en otros espacios y por lecturas disímiles, no siempre relacionadas directamente con mi tema de investigación. Entendí que si bien existía un espíritu científico sólido que deslinda la realidad del mito totalizador, en el devenir histórico de la ciencia existían diferentes perspectivas teóricas y metodológicas que nacían a partir de distintas ontologías. La construcción de lo que se consideraba verdadero devenía de una filosofía que definía el carácter y los límites de lo conocible y del propio conocedor. Comprendí que no existía una sola realidad, sino por el contrario múltiples realidades. La realidad que se abordaba, estudiaba y explicaba era una construcción teórica de actores sociales, influidos por los sistemas de significados inculcados e incorporizados por acciones disciplinarias y normas culturales arbitrarias (Bourdieu, 2010). Sonreí para mí cuando recordé el sabio dicho popular: “En este mundo traidor, nada es verdad ni mentira, y todo tiene el color del cristal con que se mira”. Definitivamente los pueblos son sabios.

Con un acercamiento a la hermenéutica, señalé que lo que yo realizaba en mi trabajo de investigación era una interpretación enmarcada desde el enfoque de género, la economía campesina y la agroecología, así como de los discursos de los actores sociales y de mis propias observaciones. De esta forma pude describir y explicar de manera ordenada y sistémica, la lógica con la que las y los artesanos mixtecos de Chigmecatitlán elaboraban piezas artesanales de palma y participaban en el mercado. Entendí que los y las artesanas eran un grupo social con raíces milenarias que habían creado y recreado su cultura a partir de una adaptación a un sistema social, económico, político y ambiental, global y dinámico. Los y las artesanas mixtecas no eran actores del “pasado” ni entes “pasivos” o “vulnerables”, sino actores sociales históricamente determinados que desde una posición económica, ambiental y social (racializada) desfavorable, eran capaces de desplegar estrate-

gias de reproducción para mejorar sus condiciones de vida. El reconocer su propia y compleja problemática, estructura y relaciones de género, así como sus anhelos, capacidades y fortalezas, permitiría construir estrategias más asertivas hacia mejores condiciones de vida y posición social.

Al terminar la maestría decidí comenzar mi práctica docente en la Universidad Intercultural del Estado de Puebla (UIEP), donde tuve la oportunidad de relacionarme con jóvenes nahuas y totonacos. A pesar de las condiciones materiales tan limitadas de la UIEP, mi interacción con las y los estudiantes y con el propio modelo educativo me dio la oportunidad de reflexionar y replantear mi subjetividad. Huehuetla, el municipio sede de la UIEP, es uno de los cien municipios más marginados de México, con pobreza extrema entre la población originaria y altos índices de violencia. Percibí con enfado lo precario de mi condición de vida a pesar de mis estudios y títulos, pero tuve también las más importantes reflexiones a partir de la vivencia en el seno del México profundo (Bonfil, 2003).

Fue en ese tiempo cuando comprendí la importancia de la posesión y titularidad de “la tierra” entre la población rural, pues observé cómo a partir de su posesión y control se estructuraba la sociedad y sus agentes sociales. En Huehuetla el 70 % de los grupos domésticos indígenas que practican la agricultura no son propietarios de tierra y deben rentarla a terratenientes, que en su mayoría son gente blanca, descendientes de españoles.

Concluí que era imposible mejorar las condiciones de vida de los grupos domésticos campesinos con las técnicas agroecológicas si antes no existían cambios en la posesión de tierra de los grupos indígenas. Recuerdo con un nudo en el estómago cuando uno de mis estudiantes, de nombre Ascensión, me dijo: “es bonito conocer todas estas técnicas, profa; pero el problema ahora es dónde las vamos a aplicar, si no tenemos tierras”.

Percibí que la violencia simbólica, material y corporal era omnipresente en toda la estructura y las relaciones sociales en dicho municipio, y que de ésta se valía para reproducirse y perpetuarse. Me quedó bien impreso en la memoria el día en que el rector de la universidad, en el año 2008, rentó un área de los terrenos de la UIEP a un precio supuestamente más bajo a hombres indígenas campesinos, y ellos como parte del pago, que incluía el monetario, limpiaron los caminos y brechas del plantel, agradeciendo al final de su faena la oportunidad de participar en ello. “Así es la costumbre, ellos trabajan como parte del pago y al final agradecen”, dijo el entonces secretario académico. La estructura discriminatoria estaba profundamente interiorizada y naturalizada por los propios directivos, oriundos de esa región.

Cansada del hostigamiento de mis directores por cuestionar muchos de sus procedimientos, renuncié a la UIEP para integrarme a mis estudios de doctorado en la misma institución donde había realizado la maestría. Conservo aún una bella relación de amistad con muchos de mis estudiantes, algunos de los cuales se convirtieron en mis compadres.

Me incorporé con mucho entusiasmo a mis estudios de doctorado, reconociendo el privilegio y el bienestar que con ello me vendría en el futuro. En el año 2010 la beca que me otorgaron superaba significativamente mis ingresos como profesora.

ra universitaria, y la moneda mexicana valía lo suficiente para cubrir mis gastos e incluso ahorrar algunos recursos.

Durante mi práctica docente aprendí mucho sobre relaciones sociales de poder, de la interacción con mis compañeros y jefes, en su gran mayoría varones. De este modo, de manera totalmente consciente busqué en mi doctorado relacionarme con mis compañeros y profesores siempre con un estilo de cordialidad, respeto y hasta podría decirse de sumisión. Había comprendido que no ganaba mucho con ser “contestatario” y que podía lograr más, en este sistema patriarcal, siendo condescendiente y sólo sutilmente persuasiva para aquello que valiera realmente la pena.

Para realizar mi doctorado me remití a la sede del Colegio de Postgraduados en Montecillo, Texcoco, para tomar todos los cursos de las profesoras del área “Mujer rural”, lo cual disfruté enormemente. En el curso de género y medio ambiente conocí las diferentes corrientes teóricas que han explicado las relaciones entre género y medio ambiente, sus evoluciones y revoluciones. Supe que existía una corriente materialista y otra idealista, que llegaban a explicaciones disímiles al establecer diferentes marcos teóricos y metodológicos. Conocí cómo algunos planteamientos teóricos feministas lejos de favorecer a las mujeres y actores sociales subordinados, complicaban más sus condiciones y posiciones al perpetuar sus roles de reproductoras desinteresadas y altruistas, tal como el enfoque mujeres en el desarrollo (MED).

Me percaté que la ecología política feminista planteaba un enfoque acorde al que yo había usado en mi tesis de maestría, al conjuntar y poner en interacción al género, antropología, sociología, economía y ecología, para explicar las relaciones entre sociedad y medio ambiente. Esta corriente establece como categoría de análisis las “instituciones” que norman las relaciones de los distintos actores sociales, lo cual resultó novedoso para mí y me dio la posibilidad de enmarcar y analizar mejor la realidad.

Y EN EL CONTEXTO: EL MÉXICO PROFUNDO

Para festejar mi cumpleaños de ese año, fui con mi familia a Teotihuacan, ciudad antigua tolteca (500 a.C–650 d.C), donde por primera vez pude entender y explicar la magnitud de lo que veía. En los estudios de agua de Wittfogel (1955), se establece que las primeras civilizaciones (ciudades estado) tuvieron como inicio común la “agricultura de riego”. La irrigación que permitía la producción de excedentes, requería de la estructuración de una organización que garantizara su funcionamiento, mantenimiento, mejoramiento y creciente complejidad.

Observando las grandes pirámides teotihuacanas repensé lo que había acontecido en esas tierras tres mil años atrás. Encontré los vestigios de los canales de agua y admiré los trazos de los barrios que, según dicen los arqueólogos, se estructuraban por oficios y estaban habitados por diversas culturas de inmigrantes del entonces Ce Anáhuac, el Único Mundo. Así mismo, reflexioné lo que la teoría de sistemas señala en cuanto a la entropía, el “desorden de la energía”, que aumenta

con la evolución de la complejidad de los sistemas. La Ciudad de los Dioses, Teotihuacan, era ya una ciudad abandonada cuando los aztecas pisaron el altiplano del Anáhuac, 300 años antes de la llegada de los españoles. Teotihuacan se eclipsó hacia el año 650 d.C. por diversos factores relacionados a su crecimiento acelerado, la ciudad tuvo problemas para generar bienes y satisfacer las necesidades de su población. La propia dinámica productiva y de uso de recursos provocó cambios ambientales, con alteraciones en el régimen de lluvias y una disminución en el caudal de los manantiales, carencia de alimentos y aumento en las pugnas sociales (Manzanilla, 1998). Quedó el testimonio en piedra y barro de lo refinado de esta sociedad agrícola, que cultivó las matemáticas y la astronomía, y entendió la existencia como un ciclo de destrucción-muerte, renacimiento y vida.

Al contemplar las pirámides del Sol y de la Luna me atreví a pensarlos desde la propia dialéctica de mis ancestros. Los extranjeros suelen externar su asombro por la omnipresencia de la muerte entre los pueblos actuales de raíz mesoamericana, se señala coloquialmente que los mexicanos tenemos una obsesión por la muerte, cuyo clímax acontece durante la festividad de los muertos, en los primeros días de noviembre. Sin embargo, vale destacar que no es la muerte la que tiene un papel central en la cultura original mesoamericana, sino que su culto es sólo parte de la concepción indígena de la “realidad” como ciclo de cambio y transición entre los opuestos. Las culturas del antes llamado Ce Anáhuac (Único Mundo) entendían que la vida dependía de la muerte, y que la muerte engendraba vida. No existía contradicción entre vida y muerte, sino complementariedad. La realidad era concebida como un movimiento continuo y cíclico entre las dualidades: la noche y el día, la época de lluvias y secas, los hombres y mujeres, cuyas relaciones eran también ambiguas, de confrontación y complementariedad.

No obstante, para Mesoamérica el universo tenía un marcado dominio “masculino”, lo que según Navarrete (2012) queda representado en el mito mexica de la lucha diaria del viril sol con la femenina luna. Los mexicas o aztecas pensaban que cada día acontecía una batalla entre el sol y la luna, imponiéndose siempre el primero, el cual consumaba su victoria cada 28 días, cuando daba muerte a su hermana y la desmembraba (cambio de luna llena a luna menguante). La diosa Coyolxauhqui (la luna) se vislumbraba como hechicera, femenina, húmeda y fría, con influencia en las germinaciones, la fertilidad y siempre ávida de poder. El sol, Huitzilopochtli, se identificaba masculino, caliente, guerrero, poderoso, arrollador e implacable, patrono de las guerras, ávido de ofrendas de sangre y corazones, dador de energía para el crecimiento y el movimiento. En la conformación de los diferentes imperios mesoamericanos, la captura de prisioneros de pueblos enemigos para los sacrificios servía como práctica de dominación y terror, y reafirmaba concepciones filosóficas sobre la retroalimentación entre las fuerzas cósmicas y la humanidad.

Para Mesoamérica no existían los seres dicotómicos sino los duales, no existían deidades situadas en polos opuestos, no había un ser de la maldad absoluta, ni uno benévolo a ultranza, y se pensaba que en cada ser residían las contradicciones. Si bien se imponía el poderío masculino la luna no se rendía nunca. Es posible

pensar que ante estas concepciones filosóficas las mujeres ostentaran cierto poder político y social-ritual, así como mayores posibilidades de acción en los ámbitos doméstico y público. Me atrevo a pensar que la cosmogonía daba lugar a un mayor respeto a las otredades, constituidas por demás seres animales y vegetales, seres quimeras y transgénero, al considerar lo divino en todo, así como la dualidad y ambigüedad constitutiva de todas las entidades, a diferencia de la dicotomía férrea de Occidente.

Comencé en ese tiempo a ver el mundo desde “fuera”, y a considerar nada como “natural”, fui intentando descifrar los significados, estructura y funcionamiento de la realidad observada. Un recuerdo que me compartió uno de los discípulos del maestro Xolo se me vino a la cabeza: el maestro Xolo consideraba que los viajes de estudio eran una herramienta formativa muy importante para los estudiantes de agronomía, y en aquellos que él organizaba iba preguntando en las distintas paradas lo que podían decir de lo observado. Según ese discípulo, el maestro Xolo los regañaba fuertemente porque sólo alcanzaban a describir los elementos del paisaje, cuando él les requería una explicación de ese trozo de realidad. Creí entender que el maestro Xolo quería instarlos a ver en la evidencia que se presentaba, el funcionamiento y estructura social, económica, política y ecológica que provocaban aquel paisaje, parcela o suelo específico, es decir, el funcionamiento del todo observado en la parte y el cómo esa parte constituía una fracción del todo.

REALIDAD MULTIDIMENSIONAL

Como mi interés era en un principio trabajar “liderazgos femeninos”, tomé un curso de psicología social, en el cual tuve un único y verdadero aprendizaje: que los pensamientos y vivencias se inscriben en el cuerpo, provocando sensaciones y sentimientos. El cuerpo experimenta y recuerda con emociones que se disparan de manera automática. Recuerdo también cuando esa lectura retornó a mi mente, como una sensación crispante. No es posible escindir a los elementos inscritos en el pensamiento de las emociones, positivas, negativas o ambiguas, eso es el “sentir-pensar” del que hablan las compañeras del Sur, creo ahora.

Regresé a mi campus en Puebla para estudiar “Estrategias para el desarrollo agrícola regional”, en una práctica inversa al orden, porque tal curso ya lo había realizado desde la maestría; José Francisco Escobedo era un gran maestro, y combinaba humor, inteligencia, conocimiento, sabiduría y propiamente “estrategia”. De esta clase recuerdo sobre todo el viaje de estudios en el que él, a la manera del maestro Xolo, quiso que amarráramos lo que habíamos venido analizando, reflexionando y discutiendo en clase. Así, Escobedo nos llevó a la zona limítrofe de los estados de Tlaxcala y Puebla, para visitar una comunidad que estaba edificada en un pequeño cerro. Desde un mirador de esa comunidad nos preguntó lo que veíamos: –¿Tiene Tlaxcala la misma configuración paisajística que Puebla? Vean que la separa tan sólo una autopista–. Se podía ver que las dos eran diferentes, pues en Tlaxcala las zonas urbanas se encontraban en su mayoría en las zonas cerriles, mientras que los terrenos agrícolas ocupaban los bajos llanos. En Puebla, por lo

contrario, los terrenos agrícolas estaban entremezclados con las construcciones urbanas. –¿Por qué son distintas si están casi pegadas?, nos preguntó Escobedo. No supimos responder, y él nos siguió preguntando: –¿Qué aconteció con los tlaxcaltecas a diferencia de los pueblos que ahora constituyen el estado de Puebla? Varios contestaron que los tlaxcaltecas fueron aliados de los españoles en la guerra de “conquista”. Los gobernantes tlaxcaltecas y sus estructuras organizativas habían sido respetados por los españoles, las de los pueblos aliados de los mexicas habían sido avasalladas.

La configuración del paisaje respondía a distintos acuerdos políticos que implicaron una determinada organización social, económica y agroecológica. Los mesoamericanos del centro de México destinaban las mejores tierras a la agricultura, los cerros pequeños eran ocupados para edificar las viviendas y los grandes montes eran reverenciados por ser fuentes de agua. Los colonizadores impusieron a la mayoría de los pueblos dominados urbanizaciones similares a las suyas, con asentamientos en los valles; desmontaron los cerros, fomentaron la crianza de rumiantes, implementaron una agricultura e industria variadas, y el paisaje se reconfiguró a partir de esto.

Escobedo retomaba con frecuencia un modelo para entender la “realidad”, ideado por otro investigador distinguido del Colegio de Postgraduados, y que había sido su profesor, Leobardo Jiménez Sánchez. Escobedo sostenía que la realidad podía entenderse como un “cubo” con seis diferentes caras que representaban seis dimensiones constituyentes: política, económica, social, ambiental, tecnológica y cultural. En un principio me pareció una analogía vacía y simplista, pero ahora considero que este modelo puede permitirnos entender la complejidad multidimensional de la realidad estudiada, en la que queremos incidir positivamente.

Escobedo nos llevó también a la ex hacienda de Chautla, en San Martín Texmelucan, Puebla, que había funcionado productivamente con la tecnología más moderna de la época, hasta el estallido de la Revolución Mexicana. Escobedo nos condujo a los paredones de la ex hacienda, en donde aún permanecen los agujeros provocados por las balas usadas para dar muerte a los peones infractores. Visitamos el casco de la hacienda, la casa señorial destinada a los dueños y administradores, y estando ahí nos preguntó cuál era el mensaje que la construcción transmitía. Ante nuestro mutismo él mismo respondió: “poderío arrollador”. Las construcciones hablan, tienen significados e intenciones dentro de sus específicos sistemas.

Escobedo nos pidió que observáramos el paisaje actual, que difería de los dibujos plasmados en el pasado porfirista que adornaban el interior de la casona. La tierra agrícola circundante al casco continuaba contando con riego, por lo que los cultivos se presentaban esplendorosos a pesar de ser tiempo de secas, la tierra estaba ahora parcelada, pues pertenecía a numerosos agricultores organizados en la estructura social agraria –llamada ejido– que se estableció tras la Revolución Mexicana.

El casco era ahora un museo y el antiguo castillo de juegos funcionaba como un restaurante, administrados ambos por el estado. Escobedo preguntó: –¿Qué cam-

bió aquí? –¡Todo!, contestamos. –¿Pero qué cara del cubo provocó los cambios? –La social, contesté, –el movimiento revolucionario fue un estallido social provocado por las contradicciones del sistema, los peones se sublevaron ante su severa explotación. En ese momento entendí la sinergia del cubo, tras esa sublevación social transmutaron las otras cinco caras del cubo, pues sucedieron cambios políticos, reestructuración de la economía, reorganización social y tecnológica, y hasta se construyó una “cultura de la revolución”, con su propia estética, festividades, valores y retórica.

LA COMPLEJIDAD

En el curso de “sistemas y sistemas agrícolas”, me acerqué al filósofo francés Edgar Morin, quien ha venido planteando, desde la segunda mitad del siglo XX, la necesidad de que la ciencia aborde la realidad desde un “pensamiento complejo”. Para Morin (2002) la ciencia positivista es una forma de inteligencia ciega que destruye los conjuntos y las totalidades, aísla todos sus objetos de sus ambientes, y es incapaz de concebir el lazo inseparable entre el observador y la cosa observada. Morin insta a construir un saber no parcelado, no dividido, no reduccionista, que reconozca lo inacabado e incompleto de todo conocimiento. El pensamiento complejo establece la necesidad de reconocer todo objeto desde su contexto, sus antecedentes y su devenir histórico, comprendiendo que todo fenómeno es multidimensional, con ambigüedades e incertidumbres inherentes.

Me alegré de conocer su planteamiento, porque sin haberlo leído había llegado a una reflexión similar cuando construí mi investigación de maestría, al establecer como necesario el entender la actividad artesanal en Chigmecatitlán a partir del análisis de su devenir histórico, económico, político, social, cultural y ambiental. Así mismo reflexioné que ese enfoque multidimensional era propio también de la ecología política feminista, pero Morin había dedicado 60 años a desarrollar su propuesta, por lo que era mucho más amplia y profunda que mis someras reflexiones, entendí que había mucho que aprender de su pensamiento.

Morin (1993) sostiene, al igual que los teóricos del “constructivismo epistemológico”, que el conocimiento se construye en un proceso de organización del saber en sistemas de ideas (teorías, leyes, fundamentos), donde se seleccionan conocimientos significativos y se desechan conocimientos no significativos. De este modo cada sujeto cognoscente concibe, valora y se relaciona con la realidad a partir de un “paradigma”, que representa un sistema de teorías y leyes que una comunidad considera válidas por un tiempo determinado. Si un elemento o fenómeno no encuentra lugar o explicación dentro del paradigma causa una “disonancia”, y generalmente es desechado, pero es posible que lleve a una tensión tal al paradigma, que termine por echarlo abajo, dando origen a otro nuevo paradigma, con mayor poder explicativo. Como Kuhn (1971), quien sostiene que una teoría nunca es rechazada si no existe antes otra, y que siempre existe una resistencia muy arraigada por parte de las comunidades científicas para aceptar errores o vacíos en sus esquemas explicativos. Kuhn señala que las revoluciones científicas suceden cuan-

do existe una teoría alterna y nuevos científicos se acercan a ella, y no así porque exista una conversión de los científicos formados en una previa.

He visto de cerca la resistencia que existe hacia epistemologías emergentes entre los campos de conocimiento consolidados y legitimados. Entre algunas comunidades de profesores y estudiantes de la Universidad Autónoma Chapingo prevalece un rechazo hacia los planteamientos complejos de la agroecología, a la que se considera “no científica” o de la que sólo se aceptan algunos planteamientos técnicos, cercenando su propuesta interdisciplinaria y contestataria de la simplificación que caracteriza a la ciencia de la agricultura industrial. Si bien las investigaciones con enfoque de género en los temas ambientales complejizan el análisis, al considerar distintas variables de género, clase social, raza, etapa de vida en el actuar ambiental de los actores sociales, prevalecen estudios descriptivos con bajo poder explicativo, que escinden las teorizaciones de la experiencia práctica con actores “otros”, separando la teoría de la praxis dialógica para la construcción de la justicia social y ambiental.

Nuevas propuestas teóricas, como el feminismo comunitario, que hacen visibles las diferencias de poder entre razas, etnias y generaciones, y apelan por una construcción práctica y comunitaria del feminismo, llegan a tener eco en los espacios *ad hoc* de las y los agentes “otros”. La propuesta agroecológica feminista debe partir del autoreconocimiento, de nuestro lugar y ahora, de nuestra historia y contexto a múltiples escalas, de nuestras ambigüedades, contradicciones y dualidades, y de nuestras diferencias de poder.

Pareciera que la ciencia, que se ha querido erigir como ajena a otros campos de la creación humana (arte, filosofía, teología), se interconecta en diferentes puntos con estos otros, y se presenta como una forma más de conocer, así como lo señaló Feyereabend (1986). El enfoque de la complejidad permite a la ciencia, a los saberes populares y al arte, dialogar y retroalimentarse de sus diferentes métodos y construcciones epistemológicas, haciendo posible que se tiendan puentes y se conciba la multidimensión en las relaciones del todo y las partes.

PRINCIPIOS DEL PENSAMIENTO COMPLEJO

El pensamiento complejo no debe equipararse al “holismo”, pues no acepta la “totalidad” como premisa verdadera, sino por lo contrario, considera que la totalidad es una “no verdad”, y una forma de reducir la realidad al todo. Desde el pensamiento complejo se considera que la dualidad no es una contraposición, y por ello no busca separar lo diferente, sino que busca entender su complementariedad, se acepta la bivalencia, así se acepta que es posible que ocurra al mismo tiempo A y “no A”, una verdad siempre es una verdad a medias, de modo que se puede sentir amor y odio al mismo tiempo, pues existen los celos según Soto (2000).

Para evitar caer en el reduccionismo del análisis de las partes o del todo, Morin ha establecido principios que sirven para entender la complejidad de la realidad: principios dialógico, recursivo y hologramático. Estos tres principios me han sido de mucha utilidad para mi estudio de la realidad agroecológica y feminista, y me

han ayudado a entender planteamientos de las ciencias sociales, como el del estructuralismo constructivista de Pierre Bourdieu y de la teoría post-estructuralista queer de Judith Butler (2007). A partir de interiorizar estos principios he llegado a negar la contraposición de estas teorías, y así, pienso que si bien existen contradicciones entre éstas, su relación es también de complementariedad.

Principio dialógico

El principio dialógico se refiere al diálogo entre dos lógicas, y permite comprender que los antagónicos son también complementarios, pues no existe lo uno sin el otro y cada cual lleva en su seno su propia contradicción. La realidad se presenta como un movimiento continuo entre los opuestos que convergen y se diferencian en su interacción, como un imán que teniendo dos polos se presenta continuo y neutralizado en el medio (Soto, 2000).

El principio dialógico es el que me permitió entender cómo en el seno del capitalismo se gestaban también prácticas solidarias y de cooperación entre actores sociales “otros”, desfavorecidos en los capitales económico, cultural y simbólico (Bourdieu, 2010), como en el caso de las artesanas que yo había estudiado. La producción artesanal de bienes y la producción agroecológica, que parecen ajenas y contradictorias a la producción industrial del capitalismo, nacen del sistema que las niega, se gestan y desarrollan generando mercados alternos y aportando subsidios para el sistema capitalista dominante: tales como la conservación de biodiversidad, los servicios ambientales, la reproducción de mano de obra y el consumo.

Las artesanías suntuarias de palma de Chigmecatitlán son producto de la interrelación dialógica entre creadores y consumidores. Las propias artesanas reconocían que para mantener buenas ventas se requería de una constante renovación de sus obras y que los nuevos modelos eran muchas veces sugeridos por sus consumidores e intermediarios. Ellas interpretan la demanda y la plasman con su estilo particular en sus obras, siendo el diálogo entre los actores el motor creador de las nuevas y dinámicas artesanías, que se observan como productos entre la tradición y la modernidad (Rojas et al., 2010).

Morin señala que un mundo totalmente desordenado sería imposible, así como un mundo totalmente ordenado imposibilitaría la creación y la innovación. El principio dialógico es pilar de la cosmovisión mesoamericana, lo que se observa en su concepción de complementariedad entre los opuestos, como en el caso de la muerte y la vida, que son entendidas como interdependientes.

De este modo reflexiono que con el principio dialógico se requiere también considerar el “significado” que conforman las distintas categorías desde los diferentes sistemas de pensamiento (cultural, social, económico, político, ambiental y tecnológico). Para Occidente las entidades día, masculino, hombre blanco, urbano, heterosexual, sano, rico, tienen una connotación positiva, en contraposición con noche, femenino, hombre no blanco, homosexual, discapacitado, pobre, rural, aquel “otro” que es significado como opuesto “negativo” (Pérez, 2014). En la cosmovisión occidental el “otro” no es únicamente considerado como “diferente”, sino que su significado se asocia con valores malignos, dañinos, perniciosos. Las mujeres

suelen ser asociadas a la naturaleza, a lo salvaje, y opuesto a la civilización (Bourdieu, 2012). El/la otro/a debe ser domado, convertido, enclaustrado, eliminado, en aras de alcanzar el “desarrollo”.

En los distintos campos sociales se configuran sistemas de significación específicos que deben ser abordados y comprendidos, pues éstos constituyen la “supralógica”, en el sentido que son el marco que norma las interacciones entre los distintos agentes sociales así como las actitudes, intereses y relaciones hacia los distintos elementos del sistema. Se requiere considerar que todo ente está significado (y valorizado) en el seno de un sistema cultural, económico, político, social, ambiental y tecnológico, que es también histórico y dinámico.

En referencia a la intercomunicación necesaria entre agentes de diferentes grupos sociales, Hernández X. (2007) insta a los investigadores y extensionistas en su ensayo la “Investigación de huarache”, a entender “los elementos de interés del campesino”, porque consideraba necesario un diálogo y comunicación verdaderos para mejorar la práctica agrícola. El maestro Xolo resalta la necesidad de reconocer, en primera instancia, que todos somos seres subjetivos, con valores y prácticas interiorizadas que norman nuestras relaciones sociales, económicas, ambientales, políticas y tecnológicas. Hernández X. señala a modo de ejemplo la necesidad de comprender el significado del “maíz” para las y los campesinos, quienes se refieren a éste como su “maicito”, considerado un ente sagrado y vivo, al que festejan y honran en distintas celebraciones.

Sólo reconociendo y respetando los sistemas de significados es posible establecer un diálogo dual y no antagónico, a partir del cual se construya conocimiento y mejoren las prácticas y relaciones multidimensionales –incluidas las de género–. Intento con lo anterior reflexionar sobre el significado que tienen las distintas entidades en los sistemas multidimensionales en los que participo.

Entre los seres humanos y vegetales/animales de Mesoamérica no existen barreras claras de separación sino un continuum en el que se reconoce la vinculación y asociación entre todos. Me pregunto si el continuum humano, animal, vegetal mesoamericano se relaciona con la propuesta del *cyborg* de Donna Haraway, con el que la autora pretende desmontar la categoría “género” como esencia real y claramente delimitada. Donna Haraway rechaza la categoría de entes genéricos, y propone la existencia de seres quiméricos con afinidades políticas (conciencias opositivas), que convergen no por una identidad, sino por coincidencias políticas. El principio dialógico respalda la crítica que hace Haraway sobre los “dualismos antagónicos” (hombre/mujer, civilizado/primitivo, cultura/naturaleza, activo/pasivo, bien/mal, verdad/ilusión, constructor/construido), que rigen el corpus-praxis occidental, en los que la competencia del uno con otros recrea las relaciones paradójicas de dominación. Quiero pensar que en la dualidad dialógica de la cosmovisión mesoamericana se presenta la posibilidad de reivindicar y reposicionar a aquel construido como “otro” (mujeres, indígenas, negros/as, gente con discapacidades, LGBT’s, pobres, animales, plantas) y que en su reivindicación es posible estructurar mejores relaciones entre las y los actores sociales, animales y vegetales.

El principio dialógico permite establecer que no existe una escisión clara entre teorías que se presentan como opuestas, como la del materialismo y el idealismo, que para el campo del “género y medio ambiente” sostienen, respectivamente, el feminismo ambientalista (Agarwal, 2004) y el ecofeminismo (Mies y Shiva, 2004). Con el modelo multidimensional del cubo y el principio dialógico comprendo que en la configuración de la realidad existen estas dos lógicas en sinergia. Retomando el ejemplo del maíz, se puede señalar que la concepción de éste como grano sagrado (idealismo) se construye a la par de la dependencia material de su cultivo (materialismo), las dos dimensiones se construyen dialógicamente, representando así el “corpus y la praxis” que propone Toledo (1991) para la agroecología. Queda superada la relación lineal de un factor que siendo independiente antecede las variables, lo cual se comprende mejor desde el principio recursivo, que identifica el hecho de que los factores son también productos.

El principio dialógico hace posible desmontar el posicionamiento de la ciencia como una forma superior de conocimiento y opuesta al conocimiento campesino. Agarwal (2004) sostiene que la ciencia no es irreconciliable con el conocimiento tradicional y que de su interacción podrían construirse políticas, programas y proyectos eficientes y adecuados para mejorar las condiciones multidimensionales de las comunidades. Es posible la existencia de “A” y “no A” en la realidad, el/la científica puede ser un ente intelectual y práctico al mismo tiempo, se puede ser investigadora, campesina, artista y artesana, pueden moverse fines prácticos al mismo tiempo que fines espirituales. Se me viene a la mente José Martí, intelectual, artista, político y guerrillero:

*“Yo vengo de todas partes
y hacia todas partes voy:
Arte soy entre las artes,
en el monte, monte soy”.*

Principio recursivo

El principio recursivo se refiere a que los productos y los efectos son al mismo tiempo causas y efectos de aquello que producen. Este principio es el primero que interioricé porque precisamente fue el que encuadró una reflexión que ya había realizado. En un taller en el que participé, impartido por la Secretaría de Agricultura, para fortalecer capacidades en los llamados “facilitadores” del desarrollo, el coordinador nos preguntó si la “pobreza” era una causa o un efecto, esperando que contestáramos la segunda opción. Sin embargo, entre las y los participantes coincidimos que eran las dos posibilidades al mismo tiempo, pues las condiciones de pobreza representaban un factor limitante para el acceso a educación, crédito, relaciones sociales que en conjunción y sinergia generaban y reproducían pobreza, ambos representaban relacionalmente un ciclo en espiral con diferentes manifestaciones de pobreza como causa y efecto. El facilitador no quedó convencido con nuestros argumentos ya que él quería que identificáramos con claridad las relaciones lineales de la causa y el efecto, pues señalaba que si no teníamos certeza

de aquello que precedía al producto no podríamos generar cambios positivos ni concretar los objetivos de nuestros proyectos.

La ciencia ha tenido como lógica metodológica dominante la descomposición de la realidad en términos de causas y efectos, en la que el sentido de la reversibilidad queda excluido (Soto, 2007). Aún en las ciencias sociales prevalece la idea: que es posible identificar sistemas de variables que llegan a ser manejables y estables con las que se pueden hacer inferencias certeras. La ciencia ha optado por pensar que es posible predecir a partir de vincular linealmente las causas y los efectos, negando la incertidumbre, y apostando por las certezas.

Con el principio recursivo observé las “relaciones de género” entre los distintos actores en diferentes campos sociales. La recursividad permite entender cómo las relaciones de ida y vuelta van configurando de distinta manera a los actores y de su relación se construyen y reproducen sistemas dinámicos. Al incorporar las variables de “poder” y “escala”, el principio recursivo se convierte en una herramienta clave para comprender las relaciones, actitudes, negociaciones, y anhelos de los diferentes actores sociales.

El “poder” ha sido una variable de interés para distintos autores como Foucault (1988), Bourdieu (2010), y las teóricas feministas del empoderamiento (Batliwala, 1997), quienes señalan que la inequidad y desigualdad de género, raza, etnia, clase social, etapa generacional, es en su raíz una desigualdad en el ejercicio del poder. Si bien coincido con las teóricas del empoderamiento, sobre que es posible acrecentar el poder individual y colectivo a partir de ampliar y fortalecer capacidades con educación y organización, la propuesta de Bourdieu (2010) de los campos sociales me resulta sumamente explicativa.

Abordé a Bourdieu desde el enfoque de la complejidad de la teoría de sistemas, así como a las demás lecturas antropológicas y sociológicas que revisé en el seminario de “sociología feminista”, magistralmente conducido por las profesoras María Eugenia D’Aubeterre y Patricia Castañeda. Para mí esta teoría tuvo un sentido pleno: los campos sociales y sus lógicas estructurantes establecen reglas de juego para con sus actores sociales, quienes participan de diferente manera según su disposición de capitales (como cartas de baraja), en los que el género no es una variable sino un factor que provoca diferentes significaciones, posibilidades, responsabilidades, y poder para los diferentes capitales.

El modelo del cubo, con dimensiones constitutivas distintas me permitió entender a los “agentes sociales” como entes configurados con distintos capitales, con los que podía relacionarse en un campo social, bajo determinadas reglas del juego, con otros actores-cubos. El campo social podía entenderse también como un cubo multidimensional, configurado por una lógica estructurante que determinaba qué microconfiguraciones en los actores-cubos generaban una mejor actuación y posicionamiento.

En cada campo social que participaba, con mis diferentes capitales, interactuaba de manera distinta, ocupando posiciones disímiles en la estructura de poder. Así, cuando hablaba entre mis compañeros de posgrado, en su mayoría estudiantes de maestría, yo era un actor-cubo con actitud más segura, manifestado en un

mayor número de participaciones y mejor sentido del humor. Cuando me presentaba ante mi comité de tesis, mi poder era disminuido, pues todos mis capitales eran menores en comparación a los de mis profesoras, actuaba seria, tímida y limitada. En dichas situaciones yo asumía las diferentes lógicas estructurantes, considerándolas “naturales”, desplegando disposiciones disímiles. Fui observando las distintas actuaciones y relaciones de las y los actores sociales en los diferentes campos.

He sustituido el concepto “agente social” por el de “actor social” (“actor cubo”), debido a que encuentro que la propuesta de Giménez (2006), bajo el principio dialógico, concilia las perspectivas opuestas de agente-sujeto sociales. Bourdieu explica la reproducción de los campos sociales en cuanto a que los agentes que en ellos participan no pueden escapar de la lógica estructurante, e incorporan las normas a modo de disposiciones, de las que no es posible separarse a partir de la concientización, como lo proponen las teóricas del empoderamiento. Skeggs (1997) rechaza esta propuesta de Bourdieu y señala que no permite explicar los cambios sociales que se presentan, y sólo permite dar cuenta del “ahora”. Skeggs (1997) señala la conciencia que tienen las y los “sujetos sociales” de las normas de los sistemas, de su posición social y de las estrategias que despliegan para acrecentar su poder y ascender en la estructura social, lo cual puede comprenderse mejor con el principio hologramático, en conjunción con los principios dialógico y recursivo.

Principio hologramático

El principio hologramático permite ver el todo en la parte y la parte en el todo, de tal modo que entiende la influencia de un sistema más amplio en uno más pequeño, así como la influencia del más pequeño en el todo. El principio hologramático fue desarrollado por Morin para superar el holismo como perspectiva que considera sólo el todo sin reparar en la parte. El principio hologramático destaca el hecho de que es posible observar el todo en la parte, y que la parte constituye parcialmente al todo, sin que necesariamente la parte pueda ser explicada con el todo, porque siempre presenta especificaciones. Recuerdo que en mi infancia mi padre nos señalaba que en la naturaleza lo que importaba era la manada y no el individuo, y yo intentaba encontrar en ello la lógica sin lograrlo. Considero que mi padre tenía parcialmente la razón. Es cierto que las especies sobreviven con base en poblaciones con variabilidad genética amplia (en su mayoría), y que en la cooperación y competencia se inscribe su capacidad de adaptación, pero también se debe reconocer que el individuo es parte constitutiva y funcional de ese grupo, y que un solo individuo puede llegar a cambiar el funcionamiento y pool genético de la manada.

De este modo, siguiendo con la discusión de la propuesta de actor social, bajo el principio hologramático, Giménez (2006) considera que ni la teoría del sujeto social ni la del agente social son teorías acabadas que puedan explicar la complejidad social. Giménez propone la teoría del “actor social”, en la que un actor social puede ser un individuo, una red social, un grupo, un colectivo o una sociedad, en donde los individuos pueden participar bajo su propia identidad idiosincrática, pero

también puede hacerlo como representante de diversos grupos o de su sociedad, teniendo una pertenencia múltiple. De manera dialógica, Giménez reconoce, en concordancia con Bourdieu, la existencia de una estructura social que genera una amplia diversidad de actores sociales, una red de sistemas y subsistemas sociales que en interrelación hacen posible el cambio social.

Si bien la/el actor incorpora normas, reglas y funciones de los procesos sociales, con los que se relaciona, dispone siempre de un margen de acción, un grado de autonomía, que llega a ser importante. De esta manera Giménez, bajo el enfoque de la complejidad dialógica-recursiva-hologramática, rechaza tanto la reducción del sistema al actor, como el actor al sistema, así como la concepción bipolar y excluyente de la realidad, que por el contrario es un continuo sin unidades discretas. De este modo es posible reconocer que los campos sociales y sus estructuras jerarquizadas tienden a reproducirse inamovibles, pero que en ellos existen cambios en el poder, derivados del acrecentamiento de los capitales simbólicos, sociales, culturales, económicos de las y los actores, que, como en el caso de las mujeres indígenas, se despliegan como seres creativos que pueden ir escalando en espiral hacia campos sociales más equitativos y sustentables.

Desde el enfoque de la complejidad se concibe además que todo sistema es parte de un sistema más amplio, y que existen relaciones recursivas a distintas escalas. Las escalas más amplias detentan mayor poder e influencia en las escalas más pequeñas, pero los fenómenos relacionales que ocurren en éstas también les afectan. De este modo, se observa que las comunidades rurales en México son parte constitutiva de estados republicanos que les imponen políticas, relaciones económicas, modelos culturales y tecnológicos, que influirán en las dinámicas multidimensionales comunitarias. Sin embargo, las comunidades con una dinámica interna propia, resultado de su configuración y sinergia multidimensional, se relacionarán recursivamente con el macrosistema y lo afectarán también, cumpliendo con el principio hologramático.

Desde la complejidad y sus tres principios se explica lo señalado por autoras como Batliwala en cuanto que el género no es sólo una categoría inmóvil, sino el producto de relaciones multidimensionales a diferentes escalas y en diferentes campos sociales. El sistema no era la suma de las partes inmutables, sino el resultado de interacciones bajo ciertas condiciones y principios.

CONSTRUYENDO LA AGROECOLOGÍA FEMINISTA

Conocí la comunidad de Santa Catarina Lachatao en un viaje de estudios que organizó una de mi profesora de doctorado, Verónica Vázquez, quien nos hizo partícipes de su trabajo de investigación con mujeres que habían sido presidentas municipales, con gobiernos por usos y costumbres, en el estado de Oaxaca, México. La comunidad de Lachatao, pueblo zapoteca, había tenido una mujer presidenta municipal, tenía un proyecto de turismo comunitario, y para el año 2010 había construido e inaugurado un centro para pequeñas convenciones. Al preguntarles sobre la posibilidad de realizar mi investigación con la administradora del proyec-

to turístico, y conocer la apertura de la comunidad para acoger a tesistas, decidí realizar mi investigación en Lachatao.

Durante mi primera estancia en la localidad, al realizar un sondeo, el tema del “bosque” se posicionó como el de mayor interés entre la población. Existía un conflicto en torno al manejo del bosque entre Lachatao y las comunidades de Pueblos Mancomunados (Amatlán, La Nevería, Latuvi, Benito Juárez, Cuajimoloyas y Llano Grande). Pueblos Mancomunados es un núcleo agrario comunal con características únicas en México, reconocido desde 1961 por la nación. Las comunidades comparten un mismo territorio comunal, que comprende una superficie de 29,430 hectáreas de bosque de pino y pino encino, cuya orografía es accidentada, con altitudes que fluctúan entre los 2100 y 3100 msnm.

Durante los 50 años de su reconocimiento oficial, el territorio forestal de los Pueblos Mancomunados había sido un espacio disputado en su control y manejo, por empresas privadas, el Estado, las ocho comunidades que integran Pueblos Mancomunados y los grupos de poder de éstos. Según me lo señalaron en mis primeros encuentros con la comunidad de Lachatao, su pugna por el bosque se relacionaba con sus intenciones por separarse de la explotación forestal de la empresa comunitaria de Pueblos Mancomunados, al no estar conformes con la extracción de madera para venta en el mercado, el deficiente saneamiento del bosque, y la dirección administrativa de la empresa. La comunidad de Lachatao buscaba adjudicarse un territorio forestal que identificaba como propio, para realizar ahí actividades turísticas, saneamiento y restauración forestal, con los que se garantizara la permanencia del manantial de las Vigas, del cual la comunidad dependía para uso doméstico y riego agrícola.

En un primer momento, siguiendo las premisas de la ecología política y el ambientalismo feminista me avoqué a reconocer la estructura organizativa de la comunidad, identificando instituciones y organizaciones no formales que regulaban los campos económicos, políticos, sociales, culturales y ambientales. Reconociendo que para entender el “lugar y momento” de la comunidad era necesario conocer el devenir histórico, identifiqué a actores sociales que me podrían dar cuenta de éste. De esta manera entrevisté a los varones líderes o “tatas mandones” quienes me narraron la historia sabida y vivida por ellos de la comunidad de Lachatao. Ellos me contaron de las precariedades de su infancia, de su voluntad por el progreso y el estudio, de su vocación de servicio comunitario. Destacó en sus relatos siempre la palabra “servir”, “servir a su pueblo”.

Las mujeres mayores que entrevisté, me narraron sus dificultades por atender a sus grupos domésticos durante el ejercicio de los “cargos” comunitarios de sus esposos, pues en la ausencia de ellos, ellas eran las encargadas de atender los cultivos, el comercio, la cría de animales, además de sus actividades tradicionales en la cocina, la sanidad y el cuidado de los hijos/as. Siempre tuvieron voluntad de recibirme y de compartirme sus conocimientos sobre las plantas medicinales y de su lengua originaria que, por el racismo de las instituciones educativas y de la población de sus destinos urbanos migratorios, se perdió entre las nuevas generaciones de Lachatao.

El modelo del cubo me fue muy útil para entender los distintos sistemas en los que las estrategias de reproducción se reconfiguraban a partir de cambios económicos y políticos a escalas más amplias (reformas estructurales), cambios en la actividad económica local por agotamiento de recursos mineros y desastres naturales de varias décadas pasadas, así como reconfiguraciones por cambios sociales, como el caso de la población que después de migrar se retiraron y regresaron a la comunidad y que con sus capitales económicos, culturales, simbólicos y sociales (Bourdieu, 2010), influían en la toma de decisiones y actividades económicas locales.

A partir de la teoría de la acción colectiva en torno al agua, me interesé desde el principio de mi investigación en este recurso de uso común, y así recorrí el bosque para conocer el manantial y la sorprendente infraestructura de 13 km de canalización, que la comunidad realizó con “tequio”, el trabajo comunitario, obligatorio y no remunerado para los ciudadanos de los pueblos originarios de Oaxaca. En Lachatao el agua se almacenaba en una enorme caja de agua y se conducía a los hogares y parcelas al interior de la comunidad, donde se cultivaba la “milpa” tradicional, asociada en muchos casos con árboles frutales injertados con variedades estadounidenses que trajeron algunos braceros emigrantes. Conocí traspatios manejados por mujeres, que eran proezas de producción orgánica, en los que cultivaban toda clase de hortalizas, flores ornamentales y frutales. La fertilidad de los traspatios dependía de la elaboración de composta, pero también de tierra de “monte” que usaban pero no comercializaban por acuerdo comunitario.

La comunidad de Lachatao se había regido durante toda su historia por “usos y costumbres”, y toda su tierra era “comunal”, a pesar de las leyes de desamortización de los bienes comunales de la Reforma de 1854. La comunidad no aceptó el cambio político a sistema representativo partidista y continuaron eligiendo a sus autoridades en asamblea cada tres años. La asamblea era el máximo órgano de poder político y social donde los ciudadanos, personas adultas con derechos y obligaciones, participan activamente de manera mensual para decidir sobre todo asunto de la vida colectiva. Me permitieron tras un tiempo, al verificar mi buen comportamiento e intencionalidad, presenciar una de sus asambleas. Ahí observé la formalidad y solemnidad con que se conducían autoridades y ciudadanos, al mismo tiempo que comprobé la baja participación femenina en este espacio.

En asamblea comunitaria, las y los ciudadanos habían tomado la decisión de prohibir el uso de desechables, porque se convertían en un problema de contaminación local y regional. Así mismo fue prohibido el uso de insecticidas, herbicidas y fertilizantes químicos, que la comunidad consideraba dañinos para la tierra, mantos acuíferos y la salud. Comprobé que para el caso de los fertilizantes se permitía un uso moderado, pues dependían de estos para lograr sus de por sí magras cosechas. Las mujeres que participaban en la asamblea como ciudadanas eran en su mayoría jefas de familia, quienes no tenían cónyuge o bien éste era emigrante y debían cubrir sus obligaciones comunitarias. Otras mujeres participaban activamente porque estaban convencidas que era necesario hacerlo para garantizar que las decisiones fueran más adecuadas. Estas mujeres tenían una elevada escolaridad.

dad y pertenecían a grupos domésticos con cierto prestigio social, es decir, poseían capitales simbólicos y culturales que deseaban conservar y/o acrecentar, como lo señalara Bourdieu (2010).

La vida comunal era para las y los entrevistados un sinfín de obligaciones colectivas, que les requería de trabajo, cooperaciones monetarias, y participación en el sistema de cargos no remunerados. La vida comunitaria era dialógicamente un “sufrir y un gozo”; la dialógica me ayudó a comprender su forma de vida, desterrando de mi mente la premisa de bienestar occidental, concentrado en derechos, independencia y prestigio económico. En Lachatao, el prestigio social se relacionaba a la participación activa por el bien común, la honestidad y buen desempeño en el sistema de cargos. Para “recibir” era necesario “dar” y “cumplir”, pues para las y los comuneros de Lachatao no era posible “exigir” si no se aceptaba trabajar y servir a su pueblo.

En mis visitas a Lachatao (distintas estancias repartidas en tres años), recorrí los bosques, colaboré en tequios, participé en guelaguetzas (trabajo solidario campesino) y fiestas, realicé una encuesta y numerosas entrevistas, fui analizando todo desde el enfoque de género, observando cómo este representaba un factor de distinción laboral, económica, cultural, simbólica, que marcaba espacios y experiencias, generaban expectativas y significados en torno al bosque y sus elementos constituyentes (Rocheleau, Thomas-Slater y Wangari, 2004), pero que también existía lo que llaman “interseccionalidad” con otros factores, como la clase social, situación de parentesco y etapa de vida. Fui comprendiendo lo que Hernández Xolocotzi (2014), Leff (2001) y Toledo (1991) señalaban en cuanto a que las prácticas agrícolas y ambientales corresponden a un corpus, o sistema de conocimientos, que se construye en la práctica a partir de su viabilidad ambiental, económica, social y cultural. Las y los agricultores eran actores que experimentaban constantemente nuevas técnicas y tecnologías, pero sólo aquellas que les generaban ventajas multidimensionales eran “apropiadas” por ellos, incorporadas a sus sistemas productivos.

A pesar de que tuve evidencia de que la comunidad de Lachatao era dinámica, corroboré lo que Agarwal (2001) señala en cuanto a que los sistemas de significados se reconfiguran sobre estructuras y concepciones preexistentes. La categoría “territorio” fue fundamental para que comprendiera el significado del “bosque” para la población de Lachatao. Entendiendo al territorio como espacio socialmente construido, reconocí que cada paisaje era un “cubo” producto de la intersección y sinergia con dimensiones económicas, políticas, sociales, culturales, ambientales y tecnológicas. Los diferentes espacios eran valorizados y significados a partir de una organización social, económica y cultural (Rodríguez et al., 2010). El bosque era el medio y producto del devenir histórico de las estrategias locales de reproducción, y por lo tanto, parte (principio hologramático) de un sistema social, económico y político que opera a escalas más amplias, y que lo impacta significativamente (Agarwal, 2001; Velázquez, 1997).

De esta forma, observé que a pesar de que existían actores sociales al interior de Lachatao que se oponían al movimiento de desobediencia a la empresa forestal

comunitaria de Pueblos Mancomunados, una mayoría se manifestaba y trabajaba a favor de la agencia de un territorio forestal propio. La comunidad vigilaba sin interrupción el monte, a partir de una organización que obedecía a su gobierno comunitario por usos y costumbres, ajeno por ley a los asuntos comunales de manejo forestal.

Las y los comuneros me señalaron que la importancia del bosque para ellos era diversa y no económica, es decir, en cuanto a la generación de capital económico. Que lo defendían porque era la fuente de agua para vivir y llevar a cabo hasta tres cultivos escalonados al año, por producirles tierra fértil y fresca, ante el calor que aumentaba en las cercanías de la ciudad capital de Oaxaca. Al bosque lo querían porque en su interior tenían ranchos, que si bien estaban en esos momentos subutilizados, en un futuro podrían llegar a rescatarse. El bosque era la morada de plantas y animales que tenían el derecho de existir, defendidos por el "Dueño del monte", al que se dirigían con sumo respeto, pidiéndole siempre autorización para entrar a sus dominios y al que le hacían ofrendas el día de la Santa Cruz para pedirle buena lluvia. Al bosque iban por alimentos silvestres y medicinas, por leña para sus hogares, y por madera para la construcción de sus propias moradas. Era el espacio de sanación y retiro de los ciudadanos mayores que habían regresado enfermos de las ciudades.

Las y los ciudadanos de Lachatao me señalaron que nunca habían obtenido su sustento de la venta de los recursos y bienes del monte, pero en la actualidad visualizaban al proyecto ecoturístico comunitario como un detonador de empleos y derrama económica para el cual era necesario conservar y mejorar las condiciones de biodiversidad del bosque. Una dimensión, o una de las caras, cambiaba la sinergia de todo el cubo y fue importante que yo tuviera los sentidos y la razón abierta para escuchar, ver, sentir y comprender.

Los diferentes momentos que los actores sociales identificaban como de cambio en el "modo de vida" de Lachatao, resultaban ser reconfiguraciones del territorio. Una de mis asesoras de tesis me instaba continuamente a dejar atrás mi "mirada" de agroécologa y a concentrarme en el bosque. Tuve que construir una propia propuesta teórica, a la que llamé "agroecología feminista", para defender y explicar el por qué yo señalaba que el bosque era un sistema del que eran parte y resultado las parcelas agrícolas, y que éstas eran un elemento y medio más en las estrategias de reproducción, que, en sinergia con las actividades ecoturísticas, de servicios y comerciales, permitían a la comunidad de Lachatao reproducirse.

La agroecología feminista es una construcción teórica ecléctica que podría ser identificada como afín a la corriente de la "ecología política feminista", pues retoma como ésta los enfoques de género, el territorial y la escala operacional en la que acontece el fenómeno de estudio. Sin embargo, yo he querido diferenciar teóricamente a la agroecología feminista por su carácter práctico y productivo, y por considerar como unidades de análisis a la parcela, el grupo doméstico campesino y sus estrategias de reproducción. Las y los agroécologos feministas trabajamos en la práctica para cambiar la realidad multidimensional, que atraviesa las condiciones de género, clase social, grupo étnico, raza y etapa de ciclo de vida.

AGROECÓLOGA FEMINISTA: MI CORPUS Y PRAXIS

Si bien la agroecología ha sido desde sus inicios un enfoque complejo y multidimensional de la práctica agrícola, la agroecología feminista apela a complejizar aún más el análisis, al reconocer al género, clase social, etapa en el ciclo de vida, etnia y raza, en la sinergia de las relaciones sociedad y medio ambiente. Reconoce, al igual que la ecología política feminista, que la interseccionalidad entre éstas configura la experiencia, expectativas, acceso y control sobre los bienes naturales, y que existen diferencias en la capacidad de negociación por disímiles capitales económicos, simbólicos, sociales y culturales. Así mismo reivindica la capacidad y conocimiento ancestral de las y los actores sociales para manejar de manera eficiente sistemas agrícolas sostenibles y gobernar adecuadamente sus territorios, trabajar por el bien común y la equidad.

La agroecológica feminista permite reconocer el por qué las mujeres son quienes suelen tener mayor interés en los modelos agroecológicos de producción: la agroecología les permite producir biodiversidad en espacios reducidos, con técnicas que no requieren de inversión monetaria. La biodiversidad les significa alimento, medicina, materia prima, disfrute emocional, estrategia de sobrevivencia y cartas para la negociación. La agroecología, con su corpus y praxis para la vida, reconoce y reivindica la economía para la subsistencia (Mies y Shiva, 2004) de las mujeres y los talleres didácticos en los que ellas participan se vuelven espacios de agencia, capacitación informal y esparcimiento, necesarios para acrecentar su autoconfianza y bienestar.

El enfoque complejo de la agroecología feminista hace posible entender la sinergia de las tres vertientes, que algunos académicos y activistas identifican (Méndez, Bacon y Cohen, 2013), de la agroecología: disciplina científica, movimiento social-político y prácticas alternativas de producción. Desde la agroecología feminista no existe escisión de ninguna de estas dimensiones pues la producción agroecológica requiere, como lo he señalado, de acción política popular y feminista, así como de un diálogo horizontal entre ciencia y conocimiento tradicional. Del diálogo recursivo entre actores a distintas escalas, y con mejores cartas de negociación de las y los subalternos, existirán reconfiguraciones de un cubo más equitativo y justo.

Para garantizar la reproducción de nuestros modos de producción agroecológicos hemos tenido que establecer pugnas y negociaciones con actores a escalas más amplias, para evitar que los “proyectos de muerte” (minería a cielo abierto, agricultura industrial extractiva, hidroeléctricas, proyectos carreteros) se traslapen con nuestros territorios. Así mismo, para lograr una producción diversificada y de buena calidad, hemos tenido que revalorar y traer de vuelta conocimientos ancestrales, reivindicando a las culturas originarias y a sus detentores, quienes con frecuencia son mujeres.

¿Por qué me construí como agroecóloga feminista? Tal vez porque nací “nepantle”, en medio de todo, en la frontera de las identidades. Durante mi infancia anhelé haber nacido hombre, me supe siempre subalterna, me sentí conectada con todo lo incomprendido, quise persistentemente indagar en los “motivos del lobo”.

Mi liberación atraviesa la de las identidades “otras”, la de los pueblos colonizados, los pueblos indios, las pieles morenas, las mujeres, las comunidades rurales, las tenencias comunales, las epistemologías dialógicas y recursivas, las mitologías no dicotómicas.

Soy agroecóloga feminista y agradezco ahora ser una “otra”, pues así he reflexionado la opresión y exclusión desde la propia experiencia encarnada en raciocinio y sentimiento. Puedo señalar desde mi ser que es posible la agencia y la contestación constructiva no revanchista, la convergencia de afinidades quiméricas. Soy un cubo que manteniendo un núcleo de identidad feminista, india, izquierdista, campesina y científica, me reconfiguro y apuesto por jugar en diferentes campos. Busco constantemente formar alianzas, para continuar construyendo un sueño agroecológico y feminista, soy calculadora y estratega, pero sé que en muchas ocasiones requiero “quemar las naves” y apostar todos mis capitales en un “volado”. Mi actuar político sucede en campos disímiles, en la academia, en el espacio comunitario-religioso, en mi práctica agroecológica, y en mi militancia en un partido político de izquierda.

Consciente de mis cartas participo en diferentes “juegos”, mi apuesta es por “avanzar”, sabiendo que la victoria es un sueño distante. Mi apuesta es por construir con actores afines un “nicho alterno”, los nichos existentes no son para mí/nosotros. Pienso entonces en Kuhn, en las ovejas negras, en el conocimiento ciego, en la diosa Coyolxauhqui y sus reiteradas batallas tras sus innumerables derrotas. La agroecología feminista como “ciencia otra”, me permite plantarme en un espacio práctico-teórico, entender la compleja sinergia entre las dimensiones de la realidad, establecer diálogos horizontales con campos disímiles y erigirme como un actor político alterno que trabaja en colectivo por construir un modo de vida que merezca ser vivido (Pérez, 2014). Ojalá mis planteamientos sirvan de algún modo a todos aquellos seres afines que trabajan persiguiendo un sueño de bienestar, justicia y equidad a diferentes escalas.

BIBLIOGRAFÍA

- Agarwal, B. (2001). Participatory Exclusions, Community Forestry, and Gender: An Analysis for South Asia and a Conceptual Framework. *World Development*, 29(10), 1263–1648.
- Agarwal, B. (2004). El debate sobre género y medio ambiente: lecciones de la India. En: V. Vázquez G. y M. Velázquez G. (comps.), *Miradas al futuro. Hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género* (pp. 239–285). México: PUEG, CRIM, Colegio de Postgraduados.
- Aguirre Pérez, I. G. (2004). Del silencio a la palabra. La experiencia de las lideresas indígenas de Xochistlahuaca, Guerrero. *Feminismo/s*, 3, 101–116.
- Barros, C. y Buenrostro, M. (1997). El maíz, nuestro sustento. *Arqueología Mexicana*, 5, 25, 6–15.
- Batliwala, S. (1997). El significado del empoderamiento de las mujeres: Nuevos conceptos desde la acción. En: M. León (comp.), *Poder y empoderamiento de las mujeres* (pp. 187–211). Santa Fé de Botogá: T/M editores.

- Bautista, D. I. (2015). *Evidencias del principio dialógico del pensamiento complejo en la relación comercio formal-ventas callejeras* [tesis de maestría, Bogotá, Colombia, Universidad Militar de Nueva Granada].
- Bonfil, G. (2003). *México profundo: Una civilización negada*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, P. (2010). *La dominación masculina*. 6a. edición. España: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2012). Violencia simbólica. *Revista Latina de Sociología*, 2(1), 1–4. <https://doi.org/10.17979/relaso.2012.2.1.1203>
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Feyerabend, P. (1986). *Tratado contra el método: Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Editorial Tecnos, S. A.
- Foucault, M. (1988). *El sujeto y el poder*. Traducción de S. Carassale y A. Vitale. Edición electrónica de Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS. Disponible en: <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Foucault/El%20sujeto%20y%20el%20poder.pdf> [consultado el 8 de agosto de 2022].
- Giménez, G. (2006). Para una teoría del actor en las ciencias sociales. Problemática de la relación entre estructura y “agency”. *Cultura y representaciones sociales*, 1(1), 145–147. <https://www.scielo.org.mx/pdf/crs/v1n1/v1n1a6.pdf>
- Hardin, G. (1995). La tragedia de los comunes. Traducción de H. Bonfil. *Gaceta Ecológica*, núm. 37. Instituto Nacional de Ecología, México. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/305/30541023.pdf> [consultado el 7 de febrero de 2022].
- Hernández X., E. (2007). La investigación de huarache. *Revista de Geografía Agrícola*, 39, julio-diciembre, 113–116.
- Hernández X., E. (2014). *Xolocotzia. Obras de Efraím Hernández Xolocotzin*. Tomo I. 2a. edición. México: Universidad Autónoma Chapingo.
- Kuhn, T. S. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- Leff, E. (2001). *Ecología y capital: racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*. México, D. F.: Siglo XXI Editores.
- Manzanilla, L. R. (1998). Teotihuacan. *Arqueología Mexicana*, 30, 26–29.
- Matos Moctezuma, E. (2009). *Teotihuacan*. México: FCE, Colegio de México.
- Méndez, V. E., Bacon, C. M. y Cohen, R. (2013). La agroecología como un enfoque transdisciplinar, participativo y orientado a la acción. *Agroecología*, 8(2), 9–18.
- Merino, L., Gérez, P. y Madrid, S. (2000). Políticas, instituciones comunitarias y uso de los recursos comunes en México. En: M. Bañuelos (coord.), *Sociedad, derecho y medio ambiente. Primer informe del Programa de Investigación sobre Aplicación y Cumplimiento de la Legislación Ambiental en México* (pp. 57–143). México: CONACYT, UAM y SEMARNAP.
- Mies, M. y Shiva, V. (2004). Del porqué escribimos este libro juntas. En: V. Vázquez G. y M. Velázquez G. (comps.), *Miradas al futuro. Hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género* (pp. 71–94). México: PUEG, CRIM, Colegio de Postgraduados.
- Mies, M. (2004). La necesidad de una nueva visión: la perspectiva de la subsistencia. En: V. Vázquez G. y M. Velázquez G. (comps.), *Miradas al futuro. Hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género* (pp. 95–125). México: PUEG, CRIM, Colegio de Postgraduados.
- Montemayor, C. (2008). *Los pueblos indios de México. Evolución histórica de su concepto y realidad social*. México: De Bolsillo.
- Morin, E. (2002). *La cabeza bien puesta. Repensar la reforma, reformar el pensamiento*. 1ª ed., 5ª reimpresión. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Morin, E. (1993). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Navarrete, F. (2012). *La batalla de los dioses: Coatlicue*. History Channel [documental].
- Ostrom, E. (2011). *El gobierno de los bienes comunes: la evolución de las instituciones de acción colectiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Palerm, J. y Martínez, T. (2000). *Antología sobre pequeño riego, vol. II*. México: Colegio de Postgraduados-Plaza y Valdés.
- Pérez, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Prebisch, R. (1983). Cinco etapas de mi pensamiento sobre el desarrollo. *El trimestre económico*, 50(2), 198, 1077–1096.
- Rocheleau, D., Thomas-Slater, B. y Wangari, E. (2004). Género y ambiente: una perspectiva de la ecología política feminista. En: V. Vázquez G. y M. Velázquez G. (comps.), *Miradas al futuro. Hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género* (pp. 343–371). México: PUEG, CRIM, Colegio de Postgraduados.
- Rodríguez, C., Bastida, M., Grajalas, S., Lima, M., Meza, A., Moreno, V. y Nieves, M. (2010). Escudriñar los enfoques teóricos sobre el territorio. En: C. A. Rodríguez (coord.), *Defensa comunitaria del territorio en la zona central de México. Enfoques teóricos y análisis de experiencias* (pp. 19–32). México: Juan Pablos Editor, S. A.
- Rojas, C., Martínez, B., Ocampo, I. y Cruz, J. A. (2010). Artesanas mixtecas, estrategias de reproducción y cambio. *La ventana. Revista de estudios de género*, 4(31), 101–138.
- Rojas, C. (2017). *Transformaciones y continuidades en el manejo del bosque y relaciones de género en Santa Catarina Lachatao, Oaxaca*. Cuernavaca: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM.
- Shiva, V. (2004). La mujer en el bosque. En: V. Vázquez G. y M. Velázquez G. (comps.), *Miradas al futuro. Hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género* (pp. 127–167). México: PUEG, CRIM, Colegio de Postgraduados.
- Skeggs, B. (1997). *Formations of Class and Gender*. USA: Stanford University.
- Solares, B. (2007). *Madre terrible. La diosa en la religión del México antiguo*. Barcelona: Anthropos; México: UNAM, PUEG, CRIM, Instituto de Investigaciones Filológicas.
- Soto, J. (2000). Tres principios para la configuración de una psicología de lo complejo. *Cinta de Moebio. Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, 8, 159–168. Disponible en: www.moebio.uchile.cl/08/soto.html [consultado el 3 de marzo de 2018].
- Toledo, V. M. (1991). *El juego de la supervivencia: un manual para la investigación etnoecológica en Latinoamérica*. Santiago de Chile: Consorcio Latinoamericano de Agroecología y Desarrollo (CLADES).
- Wittfogel, K. A. (1955). Aspectos del desarrollo de las sociedades hidráulicas. En: J. H. Steward (ed.), *Las civilizaciones antiguas del Viejo Mundo y de América. Symposium sobre las civilizaciones de regadío* (pp. 45–54). Washington, D. C.: Unión Panamericana, Secretaría General, OEA.
- Velázquez, M. (1997). Desarrollo y participación: El uso de los recursos naturales de bosques y selvas. Una aproximación desde la perspectiva de género. En: M. Velázquez y L. Merino (coords.), *Género, análisis y multidisciplinaria* (pp. 55–79). México: CRIM, UNAM.